¿Qué es LA HISTORIA AHORA?

DAVID CANNADINE (ed.)

016.8
H4318
1283607

almED

DAVID CANNADINE (ed.)

David Cannadine es director del *Institute of Historical Research* de la Universidad de Londres, puesto que ocupa desde que regresó a Inglaterra procedente de la Universidad de Columbia, donde estuvo al frente de una cátedra de historia. Entre sus muchos libros publicados se incluyen *The Pleasures of the Past, The Decline and Fall of the British Aristocracy, Class in Britain* y *Ornamentalism: How the British Saw their Empire*. Es el editor de las revistas, *Historical Research* y *Reviews in History.*

¿QUÉ ES LA HISTORIA AHORA?

(ed.)

¿QUÉ ES LA HISTORIA AHORA?

Traducción de Francisco Santaella Serrano
Revisión, actualización y apéndice bibliográfico
de Rafael G. Peinado Santaella

alm ED

Editorial Universidad de Granada

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
FILOSOFIA LETRAS
D16.8
W 4318
M.1121840

What is History now?
© De la edición inglesa Palgrave Mac Millan Ltd. 2002
© De esta edición Almed 2005 y Universidad de Granada
© De la traducción Francisco Santaella Serrano
Editorial Almed
Avenida Divina Pastora, 7; local 18. 18012 Granada
Tel.: 958 80 60 05
Fax: 958 28 24 35
www.almed.net
almed@almed.net

Traducción: Francisco Santaella Serrano
Diseño de la colección: Manuel Estrada
Edición: Fernando Miranda
Consultor editorial: Juan Fernández

ISBN: 84-934215-0-2 (Almed)
ISBN: 84-338-3332-4 (UGR)
Depósito legal: GR.-638-05
Fotocomposición: Cícero
Impreso en España por Copartgraf, s.c.a. Granada

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo o por escrito de la editorial.

SUMARIO

Prefacio 9

Prólogo: ¿Qué es la historia? — Ahora 21
por Richard J. Evans
1. ¿Qué es la historia social ahora? 53
por Paul Cartledge
2. ¿Qué es la historia política ahora? 79
por Susan Pedersen
3. ¿Qué es la historia religiosa ahora? 113
por Olwen Hufton
4. ¿Qué es la historia cultural ahora? 149
por Miri Rubin
5. ¿Qué es la historia de género ahora? 173
por Alice Kessler-Harris
6. ¿Qué es la historia intelectual ahora? 203
por Annabel Brett
7. ¿Qué es la historia imperial ahora? 235
por Linda Colley
8. Epílogo: ¿Qué es la historia *ahora*? 263
por Felipe Fernández-Armesto

Apéndice 287
Notas sobre los colaboradores 301

F 283607

PREFACIO

Los capítulos reunidos en este volumen, que recorren ampliamente (aunque sin abarcarlo todo) nuestras perspectivas actuales sobre el pasado, fueron pronunciados en su origen como conferencias en un simposio de dos días, celebrado en el Instituto de Investigación Histórica de Londres el 14 y el 15 de noviembre de 2001, para conmemorar el cuadragésimo aniversario de la publicación original, por Macmillan, de la fundamental y perenne *¿Qué es la historia?* de E. H. Carr. Por tanto, mis primeros agradecimientos son para los generosos copatrocinadores de aquella animada, memorable y muy concurrida ocasión: el Decano y los miembros de la Junta de Gobierno del Trinity College, en Cambridge (donde Carr fue miembro de dicha Junta de Gobierno durante muchos años), y para Palgrave Macmillan (descendiente en línea directa de los propietarios de la editorial Macmillan). Estoy asimismo agradecido a cada uno de los oradores principales, no sólo por intervenir con tal vigor e ímpetu ese día, sino también por revisar con celeridad sus conferencias para su publicación dentro de un plazo de tiempo muy ajustado. Tal y como se presentaron originalmente, cada conferencia fue seguida de una réplica, y estoy muy agradecido a Judith Herrin, Warren Boutcher, Peter

Marshall, Philip Williamson, Lyndal Roper, Daniel Pick y Catherine Hall por sus estimulantes comentarios y sus sugestivas puntualizaciones, que no sólo ayudaron a iniciar y sostener una vigorosa discusión en la conferencia, sino que también sirvieron de mucha ayuda para los colaboradores de este volumen al revisar sus conferencias para publicarlas.

Desde el principio, y de conformidad con la misión del Instituto de Investigación Histórica de proporcionar un escenario en el que los estudiosos de Gran Bretaña y de todo el mundo se puedan congregar y relacionarse, consultar y debatir, el propósito de esta compilación fue triple: celebrar y revaluar la publicación original de Carr cuatro décadas después de su primera aparición; explorar y explicar las muchas tendencias y la sorprendente diversificación de la historia en los años que median desde que Carr escribió su libro; y componer un volumen que pudiese llegar a un amplio público para el que la historia sigue siendo justamente (como debe y tiene que ser) un elemento esencial en la ciudadanía culta, en la cultura pública y en la vida nacional. En una reunión, que, por razones prácticas varias, sólo podía durar dos días, era imposible cubrir toda la urdimbre del vestido de Clio tejido durante tanto tiempo, y los historiadores económicos, los historiadores militares, los historiadores financieros, los historiadores locales, los historiadores marítimos, los historiadores del arte, de la ciencia, de la población, de la familia, y de la diplomacia (por nombrar los ejemplos más obvios), muy bien podrían sentirse olvidados sin justificación e inútilmente excluidos. La única respuesta posible a esto sería que un segundo volumen complementario no está en absoluto descartado.[1]

1. Para un volumen anterior que trata asuntos similares, véase J. Gardiner (ed.), *What is History Today?*, Londres, Macmillan, 1988.

¿Qué es la historia? de E. H. Carr tuvo su origen en las Conferencias "George Macaulay Trevelyan", dictadas en la Universidad de Cambridge entre enero y marzo de 1961.[2] Como tales, eran un saludo de un miembro de la Junta de Gobierno del Trinity a un antiguo Decano de la Facultad que gozaba de gran prestigio como el Gran Decano de la historia británica y el último gran historiador *whig*. En aquel momento, Trevelyan estaba muy pasado de moda entre los historiadores profesionales, y los cambios experimentados en la escritura de la historia durante los años sesenta —muchos de ellos prefigurados y previstos por Carr— lo hicieron más visible aún. Por supuesto, al describir la historia como un constante encuentro entre el entonces y el ahora, en el que las preocupaciones limitadas por el tiempo del especialista necesitaban ser reconocidas y apreciadas, Carr no estaba diciendo nada que Trevelyan hubiese considerado excepcional. Pero, al preconizar la primacía de las fuerzas económicas y sociales a largo plazo, al insistir en la validez de la historia extra-europea, al prestar una atención significativa a la sociología y a la causalidad, y al negar la importancia del individuo o del hecho único, Carr estaba defendiendo un tipo de historia muy distinto de las narrativas nacionales y de las admiradas biografías de Trevelyan.[3]

Además, fue precisamente este tipo de historia, tal y como la describió y definió Carr, la que se puso muy de moda en los nuevos campus en expansión de Gran Bretaña, Europa

2. Para los antecedentes de este libro, véase R. J. Evans, "Introduction" en What is History? de E. H. Carr, edición del cuadragésimo aniversario, Basingstoke, Palgrave, 2001, págs. IX-XLVI [trad. esp.: "Introducción", en E.H. Carr, *¿Qué es la Historia?,* Barcelona, Ariel, 2003 (nueva edición completa), págs. 9-46].

3. D. Cannadine, *G. M. Trevelyan: A Life in History*, Londres, Harper Collins, 1992, págs. 221-222.

Occidental y Norteamérica durante los años sesenta y setenta, a medida que la historia económica y social (asistida y secundada por el culto a la cuantificación) amenazaba con marginar la historia política tradicional, al tiempo que la preocupación por las causas y el análisis desbancaba al interés convencional por la narrativa y la crónica, y la creencia de que la historia podía ayudarnos a dominar el presente e incluso a cambiar el futuro parecía darle una progresiva finalidad pública de la que muchos eruditos conservadores desconfiaron y detestaron.[4] El primero entre estos fue G. R. Elton, cuyo libro *The Practice of History* (Sydney, Sydney University Press, 1967) fue escrito incluso, según el mismo temió, como una vana protesta contra las tendencias (y lo moderno) de los años sesenta, y de manera explícita contra E. H. Carr, buscando, como hizo, reafirmar la primacía de la historia política y de la narrativa; volver a plantear la visión de que la historia no nos ayudaba a comprender el presente, y mucho menos a influir en el futuro; y denunciar la moda pasajera de la sociología y de la historia social, y el estudio del (¿no existente?) pasado extra-europeo.[5]

Sin ninguna duda, una gran parte de la mejor historia realizada durante los años sesenta y setenta fue del tipo que Carr alentaba y que a Elton no le gustaba: trabajos

4. Para un más amplio contexto de los años sesenta, véase D. Cannadine, "Historians in the 'Liberal Hour': Lawrence Stone and J. H. Plumb Re-Visited", *Historical Research*, LXXV, núm. 189 (2002), págs. 316-354; Eric Hobsbawm, "From Social History to the History of Society", *Daedalus*, 100 (1971), págs. 20-45 [trad. esp.: "De la historia social a la historia de la sociedad", en E. J. Hobsbawm, *Sobre la Historia,* Barcelona, Crítica, 1998, págs. 84-104].

5. J. P. Kenyon, *The History Men: The Historical Profession in England since the Renaissance*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983, págs. 278-279; R. J. Evans, "Afterword" en *The Practice of History*, de G. R. Elton, segunda edición, Oxford, Blackwell, 2002, págs. 165-203.

tales como *The Crisis of the Aristocracy, 1558-1641* de Lawrence Stone (Oxford, Oxford University Press, 1965 [*La crisis de la aristocracia, 1558-1641,* ed. abreviada, Madrid, Revista de Occidente, 1976, y Alianza Editorial, 1984]), *The Growth of Political Stability in England, 1675-1725* de John Harold Plumb (Londres, Macmillan, 1967), *The Making of the English Working Class* de Edward Palmer Thompson (Londres, Victor Gollancz, 1963 [*La formación de la clase obrera de Inglaterra,* Barcelona, Crítica, 1978]) y *Africa and the Victorians* de Ronald Edward Robinson y John A. Gallagher (Londres, Macmillan, 1961). Sin embargo, a pesar de sus crecientes miedos paranoicos, mucha de la historia producida durante los años sesenta y setenta se hacía todavía al estilo de Elton: era la tradicional erudición política y constitucional, profundamente cimentada en los archivos, y conservadora y empírica en sus valores académicos. En verdad, hacia finales de los años setenta, hubo una especie de crisis en la muy alabada "nueva" historia, de la cual ¿Qué es la historia? había sido, en algunos aspectos, el precursor: la cuantificación no parecía rendir tanto como se esperaba de ella; la sociología proporcionaba menos ayuda de la que en un principio se había creído; y el hincapié en lo causal y lo analítico no parecía tan atractivo por más tiempo. Ese sentimiento de desilusión lo captó muy bien Lawrence Stone en su artículo "The Revival of Narrative" ["El resurgimiento de la narrativa"], que apareció en *Past & Present* en 1979, y que muy bien podría haberse titulado también "La defunción de la causalidad".[6]

6. L. Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past & Present,* 85 (1979), págs. 3-24 [trad. esp.: "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", en L. Stone, *El pasado y el presente,* México, Fondo

Un año después del artículo de Stone, el paisaje intelectual cambió de forma aún más significativa con la llegada al poder de Margaret Thatcher en el Reino Unido y de Ronald Reagan en los Estados Unidos. El hecho de que los años ochenta fuesen también testigos del "revisionismo" histórico no era una mera coincidencia: al acentuar la importancia y la autonomía del pasado político, los revisionistas estaban rechazando deliberadamente el determinismo económico y social de moda en los años sesenta, lo mismo que Thatcher y Reagan perseguían en el presente político. Si embargo, y a pesar de todo su ardiente apoyo a la causa revisionista, ello no significó, como esperaba Geoffrey Elton, que los años ochenta y noventa viesen una "vuelta a lo esencial", pues dichas décadas conocieron asimismo un vasto muestrario de otras tendencias que cambiaron la naturaleza de la investigación histórica hacia modos que a Elton no le gustaban y que Carr no previó.[7] Entre ellas estaban la revolución de la tecnología de la información, que transformó y democratizó la erudición, y la expansión adicional de la educación superior; el paso de la sociología a la antropología como el tema más fructífero del que los historiadores se estaban apropiando ahora; la influencia de Michel Foucault, el posmodernismo y el "cambio lingüístico"; el surgimiento de la historia de las mujeres, la historia de género y la historia cultural, y la reconfiguración de la historia "impe-

---

de Cultura Económica, 1986, págs. 95-120]. Véase también su " History and the Social Sciences in the Twentieth Century", en C. F. Dalzell (ed.), *The Future of History*, Nashville, TN, Vanderbilt University Press, 1977, págs. 3-42 [trad. esp.: "La historia y las ciencias sociales en el siglo XX", en L. Stone, *El pasado y el presente*, págs. 15-60].

7. G. R. Elton, *Return to Essentials: Some Reflections on the Present State of Historical Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991. El título de Elton tenía un profundo parecido con la campaña de John Major "Vuelta a lo básico", y se encontró con una similar falta de éxito.

rial"; y un cambio más amplio que postergaba la búsqueda de la causalidad por la búsqueda del significado.[8]

Muchas de estas tendencias se consideran y analizan en los capítulos que siguen. Como sus más ardientes apologistas admiten, la historia social ha dejado de ser ya el tema seguro y que lo abarca todo que parecía ser durante los años sesenta y setenta. En vez de eso, se ha asentado como una más modesta, más realista y, por ello mismo, más útil agenda: no como la historia de la sociedad en su totalidad, sino como la historia de varios aspectos de la sociedad. En cambio, la historia política, que parecía tan bajo "amenaza" durante aquellas décadas, se ha restablecido y reavivado a sí misma, no mediante la reafirmación de las pretensiones *eltonianas* de independencia y superioridad, sino a través de la ampliación de su campo y al abrazar muchos de los más recientes cambios que han tenido lugar en las disciplinas vecinas. Del mismo modo, la historia "imperial", que parecía un tema tan periférico en los planes de estudios de historia de los años sesenta, se ha movido ahora hacia el centro de la escena, se ha transformado y realzado gracias a la influencia del posmodernismo y de los estudios poscoloniales, proporcionando un puente esencial entre la historia nacional y la global. En todas estas áreas, el cambio del interés por las causas al significado, por la explicación a la comprensión, es bien apreciable; y, como tales, todas siguen en cierto modo la agenda alternativa que fue esbozada por los historiadores del pensamiento político hace más de treinta años.[9]

8. Estas tendencias están bien tratadas, aunque variablemente, en J. Tosh, *The Pursuit of History*, Londres, Longman, 1991; R. J. Evans, *In Defence of History*, Londres, Granta, 1997.

9. Q. R. D. Skinner, "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory*, VIII (1969), págs. 3-53.

Sin embargo, de todas las subespecializaciones que ya existían cuando Carr escribió su libro, ha sido tal vez la historia religiosa la que más, y fundamentalmente, ha sido transformada desde entonces por las nuevas tendencias, al quedar lejos de la historia de la teología y de las instituciones (dominadas por varones) que la proclamaron y apoyaron, y al moverse hacia una más amplia preocupación por la religiosidad popular, según se aborda a través del ritual, la cultura y el género, que ha abierto grandes franjas de territorio hasta ahora ignoradas. Ciertamente, al igual que la historia social parecía preparada para barrer todo lo anterior a ella en los años sesenta, ahora la historia cultural parece estar en alza; en parte, porque ha sido la más receptiva a las ideas de la antropología; en parte, porque tiene grandes pretensiones sobre el terreno del pasado que abarca; y, en parte, porque es la que más se ha beneficiado del cambio del interés por la explicación hacia el de la comprensión. No obstante, para mucha gente hoy, dentro y fuera del mundo académico, la tendencia más significativa durante las décadas recientes ha sido el desarrollo de la historia de las mujeres y de la historia de género: la recuperación de las vidas y experiencias de una mitad de la población mundial, basada en el reconocimiento de que el género no era una categoría meramente útil, sino razonablemente esencial, del análisis histórico y de la comprensión.[10]

Como estos capítulos dejan claro de manera meridiana, la historia que se practica durante la primera década del siglo XXI atraviesa un periodo excepcionalmente vigoroso, vivo e innovador. Hay más gente que escribe más historia

10. J. Scott, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988.

sos hacen ahora era del todo impensable o literariamente inimaginable cuando Carr se propuso describir y definir el tema hace cuarenta años. Pero éste no es el único modo en que la historia se ha expandido y desarrollado desde entonces, pues se ha popularizado en su ámbito y en su atractivo tanto fuera como dentro de la academia. La preocupación muy extendida por la historia de la familia, la creciente preocupación por definir y preservar el "patrimonio nacional" y el atractivo sin precedentes de la historia en la televisión: todo esto anuncia un floreciente interés popular por el pasado tan enérgico y entusiasta como el que se encuentra en el seno del mundo académico. La historia es aclamada ahora al igual que la "nueva jardinería" o el "nuevo rock and roll", y no cabe ninguna duda de que su potencial masivo para el entretenimiento y el ocio todavía no ha sido explotado del todo. Pero es también un tema serio con un poderoso propósito público.

Como esta advertencia sugiere, se piden también algunas palabras de precaución. A pesar de lo fértil y vigorosa que es la escena histórica presente, dentro y fuera del mundo académico, hay también críticas y retos. Ahora se escribe tanta historia que muy pocos estudiosos pueden seguir siquiera una pequeña fracción de lo que se publica: todos sabemos cada vez más sobre menos. El desarrollo de tantas nuevas subespecializaciones amenaza con producir una especie de chauvinismo subdisciplinar, donde algunos practicantes sostienen con insistencia la primacía de su aproximación al pasado y muestran poca comprensión o conocimiento de otros enfoques. Y demasiada es la historia que se escribe hoy en una prosa deprimente o en una jerga impenetrable que sólo la pueden entender unos pocos *aficionados*, de modo que fracasa completamente al intentar llegar a una audiencia pública más

amplia.[11] Tampoco está exenta de problemas la historia fuera de las Universidades: la historia de la familia es a menudo excesivamente antigua, desprovista del sentido de una imagen más vasta; el culto al "patrimonio nacional" está con frecuencia cegado por la nostalgia y distorsionado por el esnobismo; y la historia de la televisión, aunque es sin ninguna duda popular y en lo mejor de ella bastante excelente, se beneficiaría en gran medida de un diálogo más sostenido y minucioso entre la gente de los medios de comunicación y los historiadores que ejercen su oficio fuera de los mismos. Hay, pues, motivos para la celebración y para el menosprecio. Y quizás también para una especie de humilde escepticismo.

Hoy, la mayor parte de los historiadores han dejado de impresionarse por los esfuerzos de sus antepasados profesionales, de los años sesenta y setenta, por enumerar las causas del cambio histórico y por ofrecer explicaciones convincentes de cómo, porqué y cuándo ocurrieron las cosas. Sin embargo, durante esas dos décadas, este modo de aproximación al pasado parecía al mismo tiempo innovador, excitante, plausible y relevante. Hoy, muchos de nuestros primeros estudiosos reivindican que, al moverse de la explicación al significado, de las causas al entendimiento, hemos llegado a ser mucho más sofisticados en nuestra comprensión del pasado. Quizás esto sea cierto. En efecto, hay un impresionante cuerpo de erudición en muchas de las sub-disciplinas de la historia que da pie a pensarlo. Pero quizás no sea del todo cierto, pues los mismos historiadores, como Carr insistía una y otra vez, son agentes y víctimas del proceso histórico. En cada generación, los eruditos se han levantado proclamando que han encontrado

11. K. Jenkins, *Re-thinking History,* Londres, Routledge, 1991; A. Munslow, *Deconstructing History,* Londres, Routledge, 1996.

una nueva llave que abre la esencia del pasado de tal manera que ninguna aproximación histórica previa había conseguido. Nuestra propia generación no es una excepción a esta regla, y tal vez no será una excepción a este destino. Pues estas pretensiones no han soportado aún el examen del tiempo. Dentro de veinte años, los eruditos estarán probablemente preocupados por algo muy distinto, y observarán con asombro y desconcierto que nuestra generación pudiese creer con tanta seguridad que desenredar el "significado" del pasado fuese la tarea crucial y esencial del historiador.[12] Estos son algunos de los asuntos planteados, pero, en verdad, no solucionados en su totalidad por los colaboradores de este libro. Residen a ambos lados del Atlántico; practican muchas, aunque no todas, de las variadas y diferentes subespecializaciones de la historia; sus intereses van desde el mundo antiguo hasta la Alemania del siglo XX; y —de nuevo de un modo que hubiese sido inimaginable hace cuarenta años— la mayoría de los colaboradores son mujeres. Cuando originariamente se pronunciaron como conferencias, estos capítulos informaron, iluminaron, estimularon y provocaron, y continuarán haciéndolo en su forma final, y también alcanzarán una audiencia mucho más amplia. Cuarenta años después de que Carr escribiese ¿Qué es la historia?, las respuestas a esa pregunta que se ofrecen aquí son en muchos aspectos bastante diferentes de las respuestas que Carr dio. Pero no del todo. "La historia", nos dijo él, "es un diálogo sin fin entre el presente y el pasado".[13]

12. Lord Drace of Glanton (H. R. Trevor-Roper), "The Continuity of the English Revolution", *Transactions of the Royal Historical Society*, serie sexta, I (1991), pág. 122.

13. E. H. Carr, *What is History?,* Harmondsword, Penguin, 1964, pág. 30 [trad. esp.: *¿Qué es la historia?,* Barcelona, Seix Barral, 1966, pág. 40 y pág. 105 de la edición completa de 2003 publicada por Ariel, citada en la nota 2, por la que en adelante se harán las citas].

Así era entonces y así, ciertamente, lo es todavía ahora. La naturaleza de la conversación puede cambiar, junto con los temas de discusión y la gente que los discuta. Pero el diálogo continúa como, en cualquier sociedad libre con sentido de su existencia en el tiempo y sobre los tiempos, debe y tiene que continuar siempre.

Al completar este libro de varios autores, y al verlo a través del editor en un tiempo muy corto, soy consciente de tres grandes deudas que, como director, tengo. La primera es con Josie Dixon, de Palgrave Macmillan, quien concibió inicialmente este proyecto, hizo todo lo posible para llevarlo a cabo, fue una fuente constante de asesoramiento, estímulo y apoyo, y no cesó en su determinación de conducir la empresa hacia un resultado pleno de éxito. La segunda es con Chase Publishing Services, quienes han corregido el texto con un cuidado meticuloso, han tratado con cada uno de los colaboradores con una combinación de tacto y firmeza sin igual, han comprobado las pruebas y realizado el índice, y en general han supervisado el libro a lo largo de su producción. Mi tercera deuda es con la doctora Debra Birch, Responsable de Acontecimientos e Instalaciones del Instituto de Investigación Histórica, que no sólo planificó y organizó la conferencia original —con su acostumbrado entusiasmo, dedicación, eficiencia, inteligencia y buen ánimo—, sino que también se aseguró de que todas las contribuciones para este libro fuesen presentadas en extensión adecuada y a tiempo. A ellos tres, y también al estímulo y ejemplo de E. H. Carr, extiendo mi sincero agradecimiento.

David Cannadine
Norfolk
Diciembre de 2001

PRÓLOGO: ¿QUÉ ES LA HISTORIA AHORA?

Richard J. Evans

"¿Qué es la historia? ", se preguntaba E. H. Carr en 1961. En el transcurso de sus conferencias "Georges Macaulay Trevelyan", celebradas en Cambridge, transmitidas por la radio de la BBC, y publicadas en un libro del que desde entonces se han vendido más de un cuarto de millón de copias en todo el mundo, Carr trató de responder a esta cuestión de varios modos. Empezó por hacer una distinción entre historia y crónica. La historia era un intento de comprender e interpretar el pasado, de explicar las causas y los orígenes de las cosas en términos inteligibles. La crónica, por su parte, era la mera catalogación de los hechos sin ninguna intención de establecer conexiones entre ellos. El cronista se contentaba con mostrar que una cosa seguía a otra; el historiador tenía que demostrar que una cosa causaba otra. Por supuesto, admitía Carr, estableciendo que el acontecimiento era una parte importante del trabajo del historiador. Era la cimentación sobre la que descansaba todo lo demás.

Pero la parte realmente importante del trabajo del historiador radicaba en el edificio de la explicación e interpretación que se erigía sobre esta cimentación.[1]

Una investigación diligente y una precisión objetiva eran condiciones necesarias, según Carr, para convertirse en historiador, pero no eran suficientes en sí mismas. Para el cronista, un hecho era algo que había ocurrido en el pasado. Pero solamente se convertía en un hecho *histórico* cuando era tomado y utilizado por un historiador como parte de un argumento.[2] Para Carr, sin embargo, los argumentos históricos iban más allá de preguntarse sobre quién hizo qué en el pasado, y por qué. Carr pensaba que el historiador debía mirar a las fuerzas más amplias de la historia, al cambio económico, la industrialización, la formación y la lucha de clases, y así sucesivamente, y para comprender estas fuerzas el historiador necesitaba teorías desarrolladas en el presente, fuesen estas ideas marxistas de cualquier tipo, paradigmas weberianos, conceptos sociológicos o similares. En el transcurso de la investigación, admitía Carr, estas teorías serían modificadas en un sentido u otro, y a veces podrían ser descartadas del todo. Sin embargo, Carr insistía en que la tarea central del historiador, con o sin la ayuda de la teoría, consistía en discernir e interpretar los modelos y las regularidades del pasado.[3]

1. E. H. Carr, *What is History?,* edición del cuadragésimo aniversario, con una nueva introducción de Richard J. Evans, Basingstoke, Palgrave, 2001, págs. 5-6, 22-24 [trad. esp.: *¿Qué es la historia?,* págs. 84-86, 103-104 y, en general, todo el primer capítulo, o conferencia, sobre "El historiador y los hechos"]; también E. H. Carr, "History and Morals", *Times Literary Supplement,* 17 de diciembre de 1954, que distingue entre historia y crónica.

2. Carr, *¿Qué es la historia?,* págs. 84-86.

3. *Ibid.,* págs. 59 y ss. [y, en general, todo el capítulo 2, "La sociedad y el individuo"].

Para Carr, el objetivo de tal proyecto era ayudar a la sociedad humana a comprender el presente y moldear el futuro. El pasado sólo interesaba en la medida en que contribuía a esta tarea. Había poco o ningún interés, pensaba él, en explicar el pasado en términos de accidente histórico o de realización de las intenciones de los grandes hombres. No se trataba sólo de que las grandes modas y tendencias de la historia dejaran aparte los hechos accidentales y las causas, que no podían tener sino una influencia parcial y temporal, a corto plazo, sobre el sentido en que se movía la historia; ni tampoco que los hombres, incluso los grandes hombres, rara vez eran del todo conscientes de por qué hicieron lo que hicieron, y casi nunca lograron exactamente lo que querían, de tal modo que el cambio histórico a menudo no ocurría de la manera que lo habían propuesto. Más importante a los ojos de Carr era la cuestión de que las causas históricas y las tendencias sólo interesaban al *historiador*, en tanto que opuesto al *cronista*, si podían ayudar a la sociedad a tratar los problemas a que se enfrentaba en la propia época del historiador.

Así, cuando estudiamos la Revolución rusa, como hizo Carr durante las tres últimas décadas o más de su larga vida, lo que debe interesarnos —y lo que ciertamente interesó a Carr— no es el drama del conflicto revolucionario, las ideas y acciones de las fuerzas derrotadas del zarismo, liberalismo, socialismo democrático, anarquismo, etcétera, ni incluso las razones por las que estas alternativas al comunismo soviético fueron derrotadas con tanta facilidad; pues nada de esto tiene ninguna relevancia directa para los problemas a que se enfrenta la sociedad en nuestro propio tiempo. El epicentro real del interés del historiador debería estar donde estaba el epicentro real de los catorce volúmenes de la historia de la Rusia soviética del propio Carr, en cómo los

bolcheviques desarrollaron las ideas que trataban de practicar una vez que hubiesen llegado al poder, y en cómo, sobre todo, la idea de la economía planificada vino a ocupar una posición central en su pensamiento y en su política.[4]

Carr no adoptó este punto de vista porque él mismo tuviera una experiencia un tanto peculiar —peculiar para un historiador— no ya en la vida académica sino en el periodismo y en la administración pública. A pesar del hecho de que su libro *¿Qué es la historia?* llegó a ser el texto que más leyeron sobre este tema los estudiantes de historia en todas partes, E. H. Carr nunca trabajó en un departamento de historia de una universidad ni tuvo una cátedra de historia en ninguna institución académica. Estudió los clásicos, trabajó en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico durante veinte años, enseñó relaciones internacionales y estuvo empleado en el periódico *Times* de Londres, siendo así, en efecto, que hoy día su trabajo en el campo de las relaciones internacionales está mejor considerado que su trabajo en el campo de la historia.[5] Esta experiencia le proporcionó a Carr una visión instrumental de la historia y de su estudio. Como muchos funcionarios, sólo estaba interesado en lo que pudiera servir al hacer política; como muchos funcionarios, también, tendió a desechar como gente sin interés o irrelevante —la inmensa mayoría de gente del pasado— a quienes carecían del poder, la organización o la educación para participar en la determinación de los acontecimientos. Carr,

4. E. H. Carr, *A History of Soviet Russia*, vol. I: *The Bolshevik Revolution,* I, Londres, Macmillan, 1950, págs. 5-6 [trad. esp.: *La Revolución Bolchevique (1917-1923). I. La conquista y organización del poder,* Madrid, Alianza Editorial, 1972, pág. 10].

5. Jonathan Haslam, *The Vices of Integrity: E. H. Carr 1892-1982,* Londres, Verso, 1999; E. H. Carr, "An Autobiography" (1989), en Michael Cox (ed.), *E. H. Carr: A Critical Appraisal,* Basingstoke, Palgrave, 2000, págs. XIII-XXII.

como mantenían sus críticos, sólo estaba realmente interesado en "los grandes batallones". Tendía a identificarse con demasiada facilidad con las acciones de los gobiernos y de los poderosos, y pensaba que cualquier cosa que hubiese ocurrido estaba históricamente justificada, algo así como un mandarín del Ministerio de Asuntos Exteriores que tiene que tratar con las situaciones existentes en la política internacional y no preocuparse mucho sobre lo que podría haber sido.[6]

Sin embargo, en la época en que él escribía, Carr tocó poderosamente la fibra sensible de la generación radical de estudiantes que estaba emergiendo en el curso de los años sesenta, la generación del *baby-boom* de los años de posguerra, que se beneficiaba de la expansión educativa, de la prosperidad creciente y de la liberalización política general de la década. Para muchos de esa generación, la historia era excitante precisamente porque ofrecía una explicación para el presente y esperanza para el futuro. Las revoluciones y los revolucionarios, los agitadores y los rebeldes, los movimientos laboristas, las huelgas y las protestas, los radicales y los recalcitrantes, que luchaban contra las ortodoxias encostradas y el autoritarismo opresivo de su época, eran figuras excitantes para redescubrir e identificarse con ellas en el ambiente embriagador de los años sesenta. Puede que ellos no hubiesen sido importantes en su propia época, pero se les prestó relevancia por la influencia de sus ideas en el presente y la promesa de victoria que tales ideas mantenían para el futuro. Los primitivos rebeldes en la sociedad preindustrial eran interesantes no porque fueran primitivos sino porque

6. Haslam, *The Vices of Integrity,* pág. 146; Isaiah Berlin, "Mr Carr's Big Battalions", *New Statesman,* 5 de enero de 1962, págs. 15-16; H. R. Trevor-Roper, "E. H. Carr's Success Story", *Encounter,* mayo de 1962, págs. 69-77.

eran rebeldes, y su rebelión apuntaba hacia adelante, indistintamente, no obstante, hacia el movimiento socialista que parecía estar barriendo en sus muchas formas las tediosas injusticias de la era de posguerra en Europa Occidental y en los Estados Unidos.[7]

Carr tocó también la fibra sensible con su petición de que la historia no fuese enseñada y estudiada, según todavía lo era en las viejas universidades de los comienzos de los años sesenta, como la historia de Gran Bretaña y su influencia en el mundo, sino sobre una base mucho más amplia, enfatizando mucho más, por ejemplo, la historia de Rusia y China, dos Estados cuya defensa de la economía planificada Carr pensaba que tenía mucho que enseñar a Occidente, y también la historia del "Tercer Mundo", cuya liberación del gobierno colonial estaba empezando justo cuando Carr escribía.[8] En efecto, sus conferencias inauguraron un largo y cada vez más apasionado debate entre los historiadores de su propia universidad, Cambridge, que cinco años más tarde se concretó en los primeros pasos provisionales hacia una reforma del plan de estudios universitario de historia de acuerdo con estas líneas.[9] Su petición de que se enseñara más historia no británica y extra-europea estuvo acompañada de otra petición, en las páginas de *¿Qué es la historia?,* de

7. Particularmente influyentes en este punto fueron E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels,* Manchester, Manchester University Press, 1958 [trad. esp.: *Rebeldes primitivos,* Barcelona, Ariel, 1983], y E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class,* Londres, Victor Gollancz, 1963 [trad. esp.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* 2 vols., Barcelona, Crítica, 1989].

8. Carr, *¿Qué es la historia?,* págs. 235-237.

9. Véase el informe del "debate" en el *Cambridge University Reporter,* 96 (1965-66), págs. 627, 1013- 1029, 1292, 1591, 1830, 1852-3, y de un modo más general en Patrick Collinson, "Geoffrey Rudolph Elton, 1921-1994", *Proceedings of the British Academy,* 94 (1996), págs. 429-455, aquí págs. 448- 449.

un intercambio más intelectual entre la historia y la sociología y de que se investigara, se escribiese y se enseñara más historia social, y esto encontró el favor de la generación de estudiantes de los años sesenta y de muchos de los jóvenes historiadores de la época.[10]

Carr pensaba que los historiadores pertenecían a su propio tiempo: la historia no era tanto un asunto referido a lo que los historiadores individuales escribían sobre el pasado, como a lo que una sociedad encontraba de interés en otra, que estaba separada de ella en el tiempo. Por supuesto, los historiadores tenían que ser conscientes de sus propias tendencias y preconcepciones, de modo que pudiesen elevarse sobre ellas; pero también tenían que ser conscientes de por qué escribían y de cómo su trabajo podía ser útil en su propia sociedad.[11] Los jóvenes historiadores que se tomaron a pecho este mensaje podían sentir que estaban haciendo algo útil y decidido, que su trabajo era políticamente importante, y que sus descubrimientos y polémicas no sólo reflejaban las preocupaciones de la sociedad en que vivían sino que también, precisamente a causa de esto, tendrían un impacto intelectual real en ella.

Este impacto, pensaba Carr, sería enorme porque la historia era, en esencia, un empeño científico más que literario. Sus normas sobre las pruebas y sus procedimientos no eran muy distintos de los de las ciencias. Las tendencias históricas y las regularidades que él pensaba que eran una parte tan importante del material del historiador se podían identificar y precisar con la certeza de una ley científica.[12] El histo-

10. Carr, *¿Qué es la historia?,* págs. 128-129.
11. *Ibid.,* págs. 111-112.
12. *Ibid.,* págs. 123-128.

riador objetivo era el historiador que sabía establecer tales tendencias y luego valorar la gente, las instituciones y los hechos del pasado de acuerdo con la contribución que les hicieron. La historia era el estudio científico del pasado, y su interpretación en términos de grandes fuerzas y desarrollos a largo plazo, ayudada por la teoría social, la cuantificación y otras herramientas de la ciencia social, para contribuir así a la creación de una base firme de conocimiento sobre la que fundamentar la acción política y las decisiones políticas en el presente.[13]

II

La influencia de *¿Qué es la historia?* de Carr no resultó menor porque su petición de una aproximación más científica a la historia llegase en una época en la que los medios estaban dispuestos para llevarla a cabo. El advenimiento del ordenador hizo posible que los historiadores reunieran y analizaran datos cuantitativos en serie sobre el pasado de un modo y a una escala que antes no se podían imaginar. A mediados de los años sesenta, los historiadores de un número de países industrializados avanzados proclamaron que, en el futuro, la historia se investigaría no por individuos solos que trabajaran al estilo de un autor solitario, sino por grupos, laboratorios, organizaciones colaboradoras en proyectos a gran escala y usuarias de las más sofisticadas herramientas de las adelantadas ciencias sociales. Teorías de las ciencias sociales de diversa índole se pusieron de moda: algunas

13. *Ibid.*, págs. 129-132.

amplias, como el marxismo o la teoría de la modernización; otras muy específicas y extraídas de lo más técnico de las ciencias sociales, como la demografía, el análisis electoral o la econometría. La mayor parte de esta historia de las ciencias sociales estaba diseñada también para ejercer una aportación directa o indirecta en las tomas de decisiones actuales, una indicación adicional de cómo las fórmulas de Carr se estaban realizando hasta un punto que él nunca tal vez hubiera imaginado cuando las escribió.[14]

Asimismo, en el transcurso de los años sesenta, las sociedades industriales más avanzadas, incluyendo a Gran Bretaña, emprendieron una vasta expansión de la educación superior, otro desarrollo que Carr solicitaba en las páginas de *¿Qué es la historia?* Se fundaron nuevas universidades, las antiguas doblaron su tamaño, los institutos politécnicos se mejoraron, y la proporción de cada generación que iba a la universidad creció casi de manera exponencial. Las condiciones que los estudiantes encontraban cuando alcanzaban las universidades estaban entre los factores que desataron los disturbios estudiantiles de 1968. A la larga, sin embargo, este crecimiento en el número de estudiantes significó también una rápida expansión del número de profesores empleados para enseñarles, y ello incluía, por supuesto, a los historiadores. Los jóvenes historiadores que llegaron a la profesión en los años sesenta estaban muy influidos por Carr,

14. Keith Thomas, "The Tools and the Job", *Times Literary Supplement,* 7 de abril de1966, Special Issue: "New Ways in History"; Emmanuel Le Roy Ladurie, *The Territory of the Historian,* Chicago, IL, University of Chicago Press, 1979, pág. 6 [ed. original: *Le territoire de l'historien,* París, Gallimard, 1973]; R. W. Fogel y G. R. Elton, *Which Road to the Past? Two Views of History,* New Haven, CT-Londres, Yale University Press, 1983 [trad. esp.: *¿Cuál de los caminos al pasado? Dos visiones de la historia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1989].

y en todas partes se pusieron a trabajar en nuevos proyectos de historia social usando los nuevos conceptos y métodos que él había defendido.[15] Hablando en términos generales, la atmósfera liberal, intelectual y política de los años sesenta continuó durante otra década, animada por los gobiernos liberales y socialdemócratas que llegaron al poder en países tales como Gran Bretaña, con Wilson y Callaghan, Alemania, con Brandt y Schmidt, Francia, con Giscard d'Estaign, y, más brevemente, en los Estados Unidos, con Carter. Los intentos de hacer retroceder la marea del liberalismo a principio de los setenta, conducidos por figuras tales como Heath, en Gran Bretaña, y Nixon, en los Estados Unidos, acabaron en fracasos ignominiosos.

Pero, al final de los años setenta, todo eso cambió cuando los gobiernos conservadores, a menudo más radicales que sus predecesores de los años cincuenta, entraron en funciones en unas condiciones de riesgo económico causado por la crisis del petróleo que golpeó la economía mundial a mediados de la década. La expansión de la universidad había cesado desde hacia tiempo, y las restricciones y los controles estaban ahora a la orden del día. Las esperanzas y las aspiraciones de los intelectuales radicales y progresistas, incluyendo a los historiadores, parecía que habían sido defraudadas. Además, la historia de la ciencia social que había logrado ser preponderante en los años sesenta se había estancado en

15. Joyce Appleby, Margaret Jacob y Lynn Hunt, *Telling the Truth about History,* Nueva York, Norton, 1994, págs. 202, 216; Peter N. Stearns, "Coming of Age", *Journal of Social History,* 10 (1976), págs. 246-265. Para una útil perspectiva general, véase Georg G. Iggers, *Historiography in the Twentieth Century,* Middleton, CT, Wesleyan University Press, 1997 [ed. original: *Geschichtswissenchalt im 20. Jahrhundert: ein kritischer berblick internationalen Zusammenhang,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1996; trad. esp.: *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional,* Barcelona, Idea Books, 1998].

muchos aspectos. La cuantificación no daba las certezas que había prometido. Incluso con la ayuda del ordenador, la disparidad entre el esfuerzo invertido y los resultados conseguidos era penosamente obvia. La nueva hegemonía del conservadurismo, tanto intelectual como político, cortó cualquier posibilidad de hacer relevantes los hallazgos de los historiadores radicales y liberales en términos políticos.[16]

De manera más profunda, el rápido cambio social y económico estaba minando muchas de las premisas con que la generación más joven de historiadores había estado operando. El declive de la vieja clase trabajadora industrial y el surgimiento de una sociedad posindustrial falsearon las presunciones teóricas del marxismo, al igual que la creciente amenaza de la degradación medioambiental puso un interrogante detrás de la fe irreflexiva de los teóricos de la modernización en los beneficios del libre crecimiento industrial. Nuevos tipos de conflictos, basados en el género, la identidad étnica, la religión o la orientación sexual, llegaron a parecer más urgentes, y a la vez demandaban nuevos tipos de explicaciones históricas. El modelo de causalidad con que la mayoría de los historiadores había operado, en el que, aunque de forma indirecta, la economía influía en la sociedad y la sociedad influía en la política, ya no era, a todas luces, adecuado por más tiempo. Por último, y no sin conexión con estos otros desarrollos, las líneas de demarcación intelectual de la era de posguerra fueron borradas repentinamente por el dramático colapso del comunismo en

16. Harvey J. Kaye, *The Powers of the Past: Reflections on the Crisis and the Promise of History,* Minneapolis, MN, University of Minnesota Press, 1991; y el estudio introductorio de Robert F. Berkhofer, Jr, *Beyond the Great Story: History as Text and Discourse,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1995.

la Unión Soviética y en la Europa del Este en 1989-1990. Estos hechos destruyeron no sólo las grandes teorías y teleologías que Carr había incitado a los historiadores a adoptar, sino también cualquier idea mediante la que pudiera considerarse que la historia tenía una única dirección y un único propósito. La creencia de que esa idea se podía probar por métodos científicos que proporcionaban una visión demostrablemente objetiva del progreso histórico fue simplemente refutada por los hechos.

A principios de los años noventa, por tanto, el mundo intelectual que Carr había liderado había entrado en una profunda crisis. En esta situación, algunos historiadores más jóvenes, en particular los que estaban preocupados por la naturaleza del pensamiento histórico en sí, empezaron a cuestionar no sólo la posibilidad de alcanzar cualquier interpretación objetiva o comprensión del pasado, sino incluso la posibilidad de conocer cualquier cosa del pasado con seguridad. Apartándose de la teoría social y encaminándose hacia la teoría lingüística, comenzaron a discutir si los historiadores dependían de los textos para su conocimiento del pasado. Desde su punto de vista, los textos eran colecciones arbitrarias de palabras que habían llegado a existir sólo a través de un proceso arbitrario de invención humana. Cada vez que leemos un texto, por tanto, le ponemos nosotros mismos el significado. Así ocurría también con los historiadores. De este modo, lo que los historiadores escribían era su propia invención y no una representación objetiva o verdadera de la realidad del pasado, que, en esencia, era irrecuperable.[17]

17. Para una discusión de estas tendencias, véase Richard J. Evans, *In Defence of History,* segunda edición con un nuevo epílogo (Londres, Granta, 2001). Entre los muchos ejemplos, véase en particular Alun Munslow, *Deconstructing History,* Londres, Routledge, 1996, y Keith Jenkins, *Re-thinking History,* Londres, Routledge, 1991; más brevemente, Frank

Esto permitió a los historiadores radicales utilizar una vez más la historia con intenciones políticas, tales como construir la identidad de un grupo desfavorecido a través de la recuperación, o de la supuesta recuperación, de los precursores del pasado. Pero nada había en este enfoque que pudiese prevenir que los grupos de extrema derecha hicieran lo mismo, un problema que pocos radicales estaban dispuestos a admitir. Además, había una contradicción obvia en la posición de los teóricos lingüistas: si todo el significado era puesto en un texto por el lector, entonces por qué no deberíamos de ser capaces de poner en sus propios escritos cualquier significado que quisiéramos, incluyendo (para llevar la disputa a su extremo más absurdo) el punto de vista de que el conocimiento preciso, objetivo e irrefutable del pasado era ciertamente posible?[18]

Durante mucho tiempo en los años noventa, la polémica hizo estragos en estas teorías cuando muchos historiadores comenzaron a experimentar un sentimiento de crisis aguda en su profesión.[19] Admitir que el acercamiento científico-social defendido por Carr no había dado lo que había prometido era doloroso y difícil y dio lugar en muchos casos a una desesperanza nihilista. Hasta cierto punto, estos problemas se vieron agravados por una nueva expansión de la edu-

---

Ankersmit, "Historiography and Post-modernism", *History and Theory,* 28 (1989), págs. 137-153.

18. Christopher Norris, *Deconstruction and the Interests of Theory,* Norman, OK, University of Oklahoma Press, 1989, pág. 16; Paul Boghossian, "What the Sokal Hoax Ought to Teach Us", *Times Literary Supplement,* 13 de diciembre de 1996, págs. 14-15; Alan B. Spitzer, *Historical Truth and Lies about the Past,* Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1996.

19. Para referencias, véase Richard J. Evans, *In Defence of History,* Londres, Granta, 1997, págs. 284- 301.

cación superior a principios de los años noventa, en la que la carrera se hizo en su mayor parte con materias aplicadas, tales como los estudios financieros, más que con disciplinas académicas tradicionales, tales como la historia, cuya utilidad práctica a los ojos de muchos estudiantes era a todas luces mínima. Por supuesto, había todavía muchos más historiadores y estudiantes de historia alrededor del año 2000 que había habido cuarenta años antes, cuando Carr escribía, pero esta expansión de la profesión había conducido a una creciente fragmentación, ya que proliferaron las sub-disciplinas y la investigación y la publicación se hicieron cada vez más especializadas en la búsqueda de un nuevo conocimiento histórico. Los efectos dañinos de todo ello sobre la capacidad de la historia para comunicar con una audiencia más amplia se agravaron con el énfasis de los historiadores de la ciencia social en la jerga, la cuantificación, las grandes tendencias y los promedios históricos. En gran parte del trabajo histórico de los años setenta y comienzos de los ochenta, las personas individuales desaparecieron por completo de la visión del historiador. La falta de interés humano en una gran cantidad de escritos históricos de ese periodo no hizo mucho para ganarle a los libros de historia un gran número de lectores.

Entre algunos historiadores, el giro hacia la teoría lingüística también fracasó al pagar dividendos en términos de legibilidad, pues se limitaron a sustituir una forma de jerga por otra.[20] Sin embargo, este tipo de escritura, al igual que las ideas que lo sostenían, tuvo tanto predicamento en el ámbito de la historiografía que, desde las décadas en que

20. Véase, para un ejemplo extremo, Sande Cohen, *Historical Culture: On the Recoding of an Academic Discipline,* Berkeley, CA, University of California Press, 1986.

escribía Carr, se había convertido en una subespecialidad distinta del estudio histórico en sí mismo. En ello se puede observar un proceso familiar al que se produjo conforme los años noventa daban paso a una nueva década. Los historiadores científico-sociales de las dos o tres décadas anteriores empezaron proclamando que la historia "tradicional" estaba muerta y afirmando que su modo de hacer historia dejaba obsoletos a todos demás. La historia social, como algunos de ellos mantenían, no era una rama de la historia, sino un modo total de hacer historia, un método que debería —y a su debido tiempo vendría a— sustituir a todos los otros. Unos pocos años después, sin embargo, esta ambición se ha abandonado y, en su lugar, los historiadores sociales se han establecido como una subespecialidad dentro de la disciplina, se han equipado con toda la parafernalia propia de una sociedad, una revista y una red de conferencias en la que pueden pasar la mayor parte de su tiempo hablando entre ellos en vez de continuar una campaña en apariencia imposible para convertir a todos los demás —a los historiadores políticos, los historiadores económicos, los historiadores diplomáticos, los historiadores militares y a los restantes— a su forma de pensar.

A comienzos de los años dos mil, los teóricos de la historia que, unos pocos años antes, habían estado ocupados proclamando la imposibilidad del conocimiento histórico y la muerte de la profesión histórica seguían haciendo lo mismo: organizar conferencias para ellos mismos, fundar una revista (*Rethinking History*) y abandonar su original celo de cruzados a favor de un cómodo separatismo institucional. La profesión histórica, después de todo, no se había derrumbado. La gente no había dejado de escribir historia. Los estudiantes y los lectores en general no habían dejado de creer

que los historiadores les contaban algún tipo de verdad sobre el pasado. El sentimiento de crisis en la profesión histórica se estaba alejando y los debates que había generado habían muerto.

Sin embargo, todo esto había dejado su huella en la respuesta dada a principios del siglo XXI a la pregunta "¿qué es la historia?" Los historiadores no habían salido de la batalla con el ultra-escepticismo posmodernista sin experimentar ningún cambio. O mejor aún, las tendencias generales que habían conducido al debate sobre la posibilidad del conocimiento histórico en los años noventa habían tenido sus efectos en el modo en que los historiadores pensaban y trabajaban. En primer lugar, habían destruido efectivamente el determinismo económico que subyacía en tantos escritos históricos de los años setenta y ochenta. En su lugar había emergido un nuevo énfasis en la historia cultural, en aspectos de identidad, conciencia y mentalidad en lugar de estructura social, organización social y las bases económicas del poder social.[21] El colapso de las grandes narrativas y las grandes teorías teleológicas en la historia contribuyó a la reinstauración de los seres humanos individuales en el registro histórico. Los historiadores comenzaron de nuevo a escribir sobre la gente, y, sobre todo, sobre gentes humildes, normales, sobre lo oscuro de la historia, los perdedores y transeúntes en el proceso del cambio histórico. Carr no lo habría aprobado.

Ni habría aprobado el giro de los historiadores hacia el estudio de lo irracional, lo excéntrico y lo estrafalario. Habría pensado que era una pérdida de tiempo estudiar las

21. Para un informe crítico de este cambio, en el contexto de la historia laborista británica, véase David Mayfield y Susan Thorne, "Social History and its Discontents: Gareth Stedman Jones and the Politics of Language", *Social History,* 17 (1992), págs. 165-188.

ideas de los demonólogos medievales y de los primeros tiempos modernos, o las extrañas creencias cosmológicas de un humilde molinero italiano, o la vida social y espiritual de los herejes cátaros en el siglo XIII, o los temores compartidos por una gran parte de la población rural de Francia y de otras partes de Europa Occidental hasta mediados de 1800 y en algunos casos más allá.[22] Los historiadores no dedican sus esfuerzos a comprender estas cosas porque piensen que serán útiles en la elaboración de las políticas gubernamentales en la actualidad, o porque piensen que pueden contribuir al desarrollo de una ideología política particular. Si hay una cosa que los distintos partidarios de este tipo de historia cultural comparten, es evidentemente la creencia de que la escritura histórica puede realzar nuestra apreciación de la condición humana reviviendo y explicando creencias y culturas que son muy distintas de las nuestras, y quizás añadiéndolas a la riqueza de la experiencia y el entendimiento humanos, y fomentando la tolerancia de las distintas culturas y sistemas de creencias en nuestro propio tiempo.

Por supuesto, el giro hacia la historia cultural no significa que hayan desaparecido otras formas de historia. La historia es como un palimpsesto, un pergamino medieval en el que, cuando se perdía la tinta de una serie de escritos, se escribía

22. Stuart Clark, *Thinking with Demons: The Idea of Witchcraft in Early Modern Europe,* Oxford, Clarendon, 1997; Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller,* Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1992 [ed. original: *Il formaggio e i vermi: il cosmo di un mugnaio del '500,* Turín, Einaudi, 1976; trad. esp.: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI,* Barcelona, Muchnik, 1981]; Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou,* Londres, Scolar Press, 1978 [ed. original: *Montaillou, village occitan, de 1294 à 1324,* París, Gallimard, 1975; trad. esp.: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324,* Madrid, Taurus, 1981]; Jean Delumeau, *La peur en Occident (XIVe-XVIIIe siècles), une cité assiégée,* París, Fayard, 1978 [trad. esp.: *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII): una ciudad sitiada,* Madrid, Taurus, [1]1989]; *La péché et la peur: la culpabilisation en Occident (XIIIe-XVIIIe siècles,* París, Fayard, 1983.

otro documento encima, hasta que, a través de los años, se acumulaban varias capas de escritos, una sobre otra: así, todavía hay historiadores diplomáticos que escriben en el estilo y con los supuestos de hace muchos años, del mismo modo que todavía hay partidarios de la teoría del "gran hombre" de la historia, e historiadores que piensan que nada importa excepto las acciones de un puñado de gente políticamente activa en la cumbre. De igual manera, los historiadores económicos y econométricos están todavía ejerciendo su recóndito oficio en la decente oscuridad de publicaciones periódicas especializadas, volúmenes de conferencias y monografías subsidiadas, mientras que los historiadores sociales aún no ven ninguna razón para disolver sus sociedades o cerrar sus revistas.[23] Los capítulos de este volumen testifican cómo siguen gozando de vitalidad muchos diferentes tipos de historia, algunos de los cuales eran desconocidos para Carr, o considerados por él tan poco importantes que apenas eran dignos de mención. Pocos cambios, si es que se ha producido alguno, no se han visto afectados del todo por los cambios intelectuales y culturales de la pasada década y media, y muchos —incluyendo algunos que le eran familiares a Carr— parecen muy distintos de como eran en los tiempos de Carr, hace cuarenta años.

23. Sin embargo, la Sociedad de Historia Social Británica, a principios del siglo XXI, estaba considerando enérgicamente cambiar su nombre por el de Sociedad de Historia Cultural y Social.

III

Para la mayoría de los historiadores más jóvenes, sobre todo, el giro hacia la historia cultural ha sido decisivo. Esto no significa necesariamente que hayan rechazado en su totalidad teorías, métodos y objetos de estudio apoyados por los historiadores políticos o sociales, sino que los están viendo y utilizando de un modo distinto. Ello ha dado lugar, en Gran Bretaña y en los Estados Unidos al menos, a un llamamiento popular inesperadamente amplio. La investigación histórica, la escritura y la enseñanza no se han desarrollado durante la última década o más en un vacío cultural, y los cambios culturales de la era de la posguerra fría han tenido un efecto dramático en el lugar que ocupan la historia y los historiadores dentro de la vida cultural de la sociedad posindustrial.

La conciencia de la historia lo invade todo al comienzo del siglo XXI. Está presente dondequiera que miremos. Desde finales de los años ochenta ha habido una oleada de monumentos públicos en memoria de las víctimas del genocidio nazi durante la II Guerra Mundial, desde el Museo del Holocausto en Washington DC al Ala de Exposiciones sobre el Holocausto del Museo Imperial de la Guerra de Londres. La construcción de la nueva capital alemana de Berlín se está centrando en el recuerdo de los judíos muertos. Por toda Europa se desarrollan acciones legales contra los, durante mucho tiempo, olvidados criminales de guerra, acciones para la restitución de la propiedad expoliada, y campañas (exitosas al menos parcialmente) para la compensación a víctimas tales como los millones de trabajadores esclavos que fueron transportados a Alemania desde los países conquistados y forzados a trabajar allí en condiciones inhuma-

nas y con frecuencia mortíferas. La sociedad ha recuperado el recuerdo público de los crímenes del nazismo justo cuando las últimas de las antiguas víctimas, ahora ancianos, están desapareciendo de la escena.[24]

La cultura literaria ha seguido esta recuperación del recuerdo y se ha orientado cada vez más hacia el pasado. Los novelistas de los años de posguerra, tales como Kingsley Amis y Iris Murdoch, escribieron sobre la sociedad contemporánea, pero la ficción mejor considerada de los años noventa y principios de los dos mil a menudo toma el pasado como su escenario, sea el autor Sebastian Faulks, Michael Ondaatje, Matthew Kneale, o cualquier otro; incluso una novela con un escenario contemporáneo, tal como la, con todo merecimiento, famosa *White Teeth* [*Dientes blancos*] de Zadie Smith, se preocupa sobre todo por la influencia del pasado sobre el presente. No hay novelas históricas en el sentido de que su objetivo principal sea recrear un mundo pasado a través del ejercicio de la imaginación ficticia; más bien, hay novelas que encuentran más fácil tratar las preocupaciones de hoy día situándolas en un contexto pasado.[25]

24. Entre los muchos intentos de volver a contar y explicar este fenómeno, dos de los más esclarecedores son Peter Novick, *The Holocaust and Collective Memory,* Londres, Bloomsbury, 1999, y Tony Judt, "The Past is Another Country: Myth and Memory in Postwar Europe", en Istvan Déak, Jan T. Gross y Tony Judt (eds), *The Politics of Retribution in Europe: World War II and its Aftermath,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000, págs. 293-324.

25. Kingsley Amis, *Lucky Jim,* Londres, Penguin, 1954, y muchas novelas subsiguientes; Iris Murdoch, *Under the Net,* Londres, Chatto and Windus, 1994 [trad. esp.: *Bajo la red,* Madrid, Espasa-Calpe, 1992], y muchas más; Michael Ondaatje, *The English Patient,* Londres, Picador, 1992 [trad. esp.: *El paciente inglés,* Barcelona, Plaza y Janés, 1995]; Zadie Smith, *White Teeth,* Londres, Hamish Hamilton, 2000 [trad. esp.: *Dientes blancos,* Barcelona, Salamandra, 2002]; Matthew Kneale, *English Passengers,* Londres, Penguin, 2000 [trad. esp.: *Viajeros ingleses: una expedición a Tasmania en busca del edén*, Barcelona, Edhusa, 2001]; Sebastian Faulks, *Birdsong,* Londres, Vintage,1993.

La industria cinematográfica también ha vuelto al pasado a la hora de elegir sus temas. Películas tales como *Enemy at the Gates* [*Enemigo a las puertas*], *Pearl Harbor*, *U-571* o *Enigma*, y sus correspondientes producciones para la pequeña pantalla en series magníficamente producidas, tales como *Band of Brothers*, prueban la fascinación de la industria cinematográfica por la II Guerra Mundial, pero otras grandes producciones de los años noventa se basaron en temas históricos más remotos, desde el hundimiento del *Titanic* o la contribución de *The Patriot* [*El patriota*] a la Guerra de Independencia americana hasta la lucha por la libertad de la Escocia medieval, que es el escenario de *Braveheart*. *Gladiator* y *Titanic* se encuentran entre las películas más taquilleras de todos los tiempos. En la televisión británica, la historia, como se dice que ha anunciado un productor, es la "nueva jardinería", desplazando a los programas sobre estilo de vida de los primeros puestos de las listas de audiencia. *The Six Wives of Henry VIII* de David Starkey atrajo a cuatro millones de espectadores al Canal 4 de televisión, mientras que una serie de programas sobre la Inglaterra del siglo XVII —*Plague, Fire, War and Treason*— superó a ésta con una audiencia de 4,3 millones. Y han habido muchos más.[26]

Las películas de Hollywood tienen escasa consideración por la precisión histórica si ello interfiere en las perspectivas de unos buenos beneficios, que es quizás la razón por la que *U-571* reemplazó a la tripulación del submarino británico involucrado en el incidente histórico real en que se basaba por uno americano, o por lo que *Enemigo a las puertas* hizo de un francotirador alemán probablemente ficticio la figura

26. John Willis, "Past is Perfect", *Guardian*, 29 de octubre del 2001, Media Supplement, págs. 2-3 (el autor es ejecutivo de televisión).

central de su retrato de la batalla de Stalingrado.[27] Sin embargo, una investigación detallada y, sobre todo, las imágenes generadas por ordenador, le permiten a los directores de películas retratar el escenario de una acción con un grado tal de detalle que parece totalmente auténtico. En la pequeña pantalla, las mismas técnicas, respaldadas por reconstrucciones dramáticas preparadas con esmero, hacen lo mismo. Además, los historiadores profesionales han estado implicados en la preparación de estos programas en un grado mucho mayor de lo que solía ser el caso. ¿Quién habría pensado, por ejemplo, que millones de espectadores serían atraídos a un programa sobre la peste de Londres de 1665 basado en una serie de entradas en un registro parroquial, o a una serie en la que fragmentos de cartas y de documentos contemporáneos forman su parte central, como ocurre en *The Six Wives of Henry VIII*?[28]

Lo que sorprende en estos programas históricos que se atienen a los hechos no es sólo que los preparan investigadores de la historia serios, sino, más aún, que son presentados por historiadores particulares que se ponen frente a la cámara y dan un punto de vista reconocidamente personal, pero que, como es obvio, está basado en un profundo conocimiento del tema. Esto contrasta en grado sumo con el estilo en que se presentaban los programas históricos hace una década más o menos, con su énfasis en la neutralidad fidedigna y en apariencia irrefutable. Y es asimismo la voz personal lo que cuenta en los libros de historia superventas que

27. Mark C. Carnes (ed.), *Past Imperfect: History According to the movies,* Nueva York, Henry Holt & Co., 1996; Richard J. Evans, "Is This the Past as we Know it?", *Independent,* 12 de marzo del 2001, Monday review, pág. 5.

28. Tristram Hunt, "Back to the Future", *Observer*, 6 de enero del 2002.

han alcanzado tal extraordinaria popularidad en los últimos años, muy en particular *Europe: A History* (Oxford, Oxford University Press, 1996) y *The Isles* (Basingstoke, Macmillan, 2000) de Norman Davies, pero también otros muchos que tratan temas detallados tales como la vida de Hitler[29] o las travesuras sexuales de las damas nobles del siglo XVIII, el tema de *Aristocrats* (Londres, Vintage, 1993) de Stella Tillyard y de *Georgiana* (Londres, Flamingo, 1999) [*Georgiana, duquesa de Devonshire,* Barcelona, Omega, 2001] de Amanda Foreman. En ellos también hay una mezcla de autoridad y documentación por un lado, y una fuerte voz de autor por otro, una mezcla que parece atraer al público hacia la historia como nunca antes.

Hasta cierto punto, el hambre de historia entre los lectores de libros adultos, los telespectadores, el público que va al cine, puede ser un reflejo de que han estado hambrientos de ella a lo largo del declive de la historia en las escuelas, donde las inscripciones para el examen de historia del final de la escolarización, el nivel A, cayeron de 47.000 a 38.500 entre 1992 y 1999. El auge actual de la historia en los medios de comunicación puede que esté cambiando por fin esta tendencia a la baja. Pero, con toda seguridad, hay también causas más profundas y amplias. La historia tal como se escribe y se investiga, y, sobre todo, tal como se presenta a una audiencia popular, a principios del siglo XXI, trata sobre la identidad, sobre quiénes somos y de dónde venimos. En unos tiempos en que otras fuentes de identidad, tales

29. Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris,* Nueva York, W.W. Norton, 1998 [trad. esp.: *Hitler, 1889-1936,* Barcelona, Península, 1999]; *Hitler 1936-1945: Nemesis,* Londres, Allen Lane, 2000 [trad. esp.: *Hitler, 1936-1945,* Barcelona, Península, 2001].

como la clase y la región, han disminuido, la historia está tomando cartas en el asunto para rellenar el hueco.[30]

Además, la historia ha devenido de nuevo importante en la construcción de la identidad nacional, y en ninguna parte más que en Inglaterra, donde el declive de la idea de la unidad británica frente al renaciente nacionalismo galés y escocés por un lado, y la creciente integración en Europa por otro, han dejado a los británicos preguntándose quién demonios son ellos. El té suave y el *cricket* en el prado comunal, la imagen característicamente nostálgica suministrada por el anterior primer ministro conservador, John Major, no son lo bastante poderosas para responder a esta pregunta. Es hacia la historia y al patrimonio nacional adonde los ingleses miran en su lugar. Con la caída del comunismo, además, desapareció de la escena el polo negativo contra el que las democracias occidentales definieron sus valores políticos y sociales esenciales. El socialismo, asimismo, ha desaparecido de manera virtual, de modo que los liberales y los conservadores están buscando una imagen alternativa que pueda contrastar con sus propios credos políticos. El nazismo alemán no satisface de forma plena todos estos criterios, lo cual es una razón de porqué el recuerdo público del Tercer Reich y sus crímenes se ha convertido en tema central para la cultura de las sociedades industriales avanzadas de Europa y Norteamérica desde la caída del comunismo.[31]

Sin embargo, la demanda pública de historia no se detiene con la II Guerra Mundial. Uno de los aspectos más chocantes del auge actual es el modo en que abarca cualquier

30. Richard J. Evans, "How History has become Popular Again", *New Statesman,* 12 de febrero del 2001, págs. 25-27.

31. Willis, "Past is Perfect"; Evans, "How History has become Popular Again".

periodo cualquier tema de historia desde los vikingos a los victorianos. La Grecia antigua, el Egipto faraónico, las guerras de Alejandro Magno y la caída de los incas han dado lugar a series de televisión en Gran Bretaña tan populares como las de los nazis, la guerra entre Hitler y Stalin, o los secretos del centro de decodificación de Bletchley Park. Los medios han descubierto que la historia almacena una cantidad infinita de tramas humanas. El desconocimiento de la gente por el pasado alivia mucho nuestras propias identidades del siglo XXI.

¿Pero es esto la historia como la definió E. H. Carr? Tal vez no, si nos centramos en su creencia de que la historia es sobre todo grandes fuerzas y enormes movimientos. Tal vez sí, sin embargo, si nos contentamos con su definición de la historia como algo que trata sobre explicaciones e interpretaciones más que contar implemente un relato, aunque incluso el contar un relato implica, por supuesto, un grado de interpretación por la sencilla razón de que selecciona, como significante, una secuencia de hechos y desprecia una selección diferente. No cabe duda de que la historia en los medios y en las librerías es de una calidad muy variable, pero los mejores programas, tales como *The Nazis, A warning from History* de Lawrence Rees, logran transmitir una serie completa de disputas a menudo bastante complejas sin perder su audiencia. Una en apariencia sencilla narrativa, como *The Six Wives of Henry VIII* de David Starkey, lleva dentro de sí una interpretación completa —unas veces implícita, otras explícita— sobre el modo en que funciona la historia: en este caso, la visión bastante anticuada de que está moldeada por los caprichos y apuros de individuos poderosos. Pero el mismo programa se las arregló también para hacer entender, a un nivel más subordinado, otra serie de disputas bastante

diferentes sobre la naturaleza de la sociedad cortesana en la Inglaterra de los Tudor, las costumbres sexuales de la alta aristocracia, el papel de las mujeres en el centro del poder, y muchos otros aspectos de la historia social de las elites de dicha época.

Nada de esto significa, por supuesto, que la historia académica en el más estricto sentido haya dejado de existir. Por el contrario, el auge actual de la historia popular de todo tipo descansa sobre la base de una investigación detallada, a menudo transmitida en un primer momento en monografías eruditas de gran dificultad, publicaciones periódicas de poca circulación, pequeñas conferencias y seminarios de investigación especializados. El concienzudo trabajo de producir ediciones eruditamente fiables de los documentos continúa siendo esencial. Además, transmitir la historia a una amplia audiencia implica, de manera inevitable, un grado de simplificación o, en el caso de las películas de Hollywood, incluso una distorsión descarada. Los niveles educativos son hoy día por lo general mucho más altos en las sociedades industriales avanzadas o posindustriales de lo que lo eran hace cuarenta años. Las audiencias del cine y de la televisión son muy conscientes de que se está dando una visión particular que puede ser controvertida o incluso partidista, y la evidencia es que a una buena proporción de tales audiencias se les incita a leer historia seria como resultado de ello. Al igual que las adaptaciones para cine o televisión de una novela de Jane Austen producen un auge en las ventas de su obra, del mismo modo un programa de televisión como *Band of Brothers*, el relato dramatizado de una unidad de paracaidistas desde el desembarco de Normandía de 1944 hasta el final de la II Guerra Mundial diez meses más tarde, ha llevado el libro en que está basado, escrito por el historiador aca-

démico Stephen Ambrose, a las listas de libros más vendidos de los Estados Unidos.[32]

Los historiadores, y sobre todo los historiadores académicos, han sido capaces de responder a este nuevo auge y de participar en la popularidad actual de su disciplina en un grado que no era posible hace veinte años, cuando la historia popular se escribía y era suministrada sobre todo por periodistas y escritores por cuenta propia, y los historiadores, como A. J. P. Taylor, que alcanzaron una audiencia más amplia eran raros en verdad. Normalmente, como Taylor, o como el mismo E. H. Carr, tenían una extensa experiencia como periodistas que les capacitó para escapar de los confines de la academia y abrirse a los lectores en general.[33] Para la mayoría de los historiadores, sin embargo, la influencia de las ciencias sociales y la persecución del ideal científico proclamado por Carr erigieron barreras insuperables para la comunicación más allá de la profesión misma. Pero los historiadores no querían en realidad alcanzar una audiencia mayor, puesto que esto olía a vulgaridad, a "bajar el nivel" y abandonar el enfoque científico y cauteloso que ellos preconizaban en aquellos años, todos los pecados de los que se acusó a Taylor en su día. Por supuesto, siempre han habido historiadores cuyo trabajo ha sido ampliamente leído —George Macaulay Trevelyan, por ejemplo— o —antes de él— lord Macaulay. Pero la aceptación del estilo conscientemente literario de la historia que ellos practicaban cayó en los años sesenta, y ellos escribían en todo caso para una pequeña, muy culta y educada elite. Los historiadores se comunican hoy con audiencias mucho más grades cuan-

32. Stephen E. Ambrose, *Band of Brothers,* Nueva York, Simon and Schuster, 1998.

33. Kathleen Burk, *Troublemaker: The Life and History of A. J. P. Taylor,* New Haven, CT-Londres, Yale University Press, 2000.

do emiten por radio o televisión, y lo hacen así sobre la base de la investigación que poco debe a los métodos literarios empleados por la tradición *whig* a la que pertenecían Macaulay y Trevelyan.

Lo que los ha capacitado para hacer esto ha sido, no quizás sin ironía, la influencia misma de las teorías posmodernistas cuyas manifestaciones más extremas causaron tanto sentimiento de crisis en la profesión histórica a mediados de los años noventa. El énfasis de los posmodernistas en la historia como una forma de literatura, en la lectura individual que el historiador hace del pasado y en el historiador como creador de ficciones más que transmisor de conocimiento objetivo, al final fracasó en persuadir a los historiadores de que lo que estaban haciendo era lo mismo que lo que ocupaba a los novelistas y poetas. Pero sí tuvo el efecto, en muchas áreas, de envalentonarlos para abandonar las barricadas de la objetividad científica y proteger su propia voz una vez más. Esto puede resultar irónico si tenemos en cuenta que muchos posmodernistas han negado totalmente la existencia de la voz de autor, prefiriendo asignar el privilegio exclusivo de la creación de significado al lector de un texto más que a su propio escritor. Pero la influencia de teóricos tales como Hayden White, que ha representado y analizado a los historiadores en los mismos términos que ellos han representado y analizado a los novelistas y escritores de ficción, no ha ayudado menos a crear un clima cultural en el que el historiador individual puede adoptar una fuerte identidad de autor sin, de ningún modo, sacrificar la reivindicación de la historia a presentar una visión precisa del pasado. La transformación de los historiadores de trabajadores anónimos, en los laboratorios de la ciencia histórica, en osados y vivaces personajes que transmiten una interpre-

tación particular y que adoptan un punto de vista personal está en verdad simbolizada por la sustitución, en los programas de historia de la televisión, de la voz anónima superpuesta que respalda secuencias presentadas con claridad y fotogramas, por presentadores tremendamente individualizados que acompañan reconstrucciones dramáticas y hablan a la cámara en escenarios históricos reales. Sin Hayden White, no hay David Starkey; sin posmodernismo, no hay Simon Schama.[34]

Y sin E. H. Carr, no hay nada de esto en absoluto; pues fue Carr sobre todos quien sostuvo, en *¿Qué es la historia?*, que los historiadores no eran navíos vacíos a través de los cuales la verdad sobre el pasado era trasladada desde los documentos al lector, sino individuos que llevaban sus propias visiones y suposiciones particulares a su trabajo, el cual tenía que leerse teniendo en cuenta este hecho. Estudiar al historiador antes de estudiar la obra, era el consejo de Carr, y añadía que todos los historiadores tenían algo entre ceja y ceja, y si no podías verlo al leer sus obras entonces algo iba mal con ellos o contigo.[35] Carr, por supuesto, continuaba argumentando que esto no era causado simplemente por las idiosincrasias personales de los historiadores, sino que era producto de lo que se puede llamar la mente de colmena: el discurso colectivo de los historiadores de una época y un contexto particulares, que a su vez reflejaba los tiempos en

34. Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe,* Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1987 [trad.esp.: *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX,* México, Fondo de Cultura Económica, 1992]; Simon Schama, *Citizens: A Chronicle of the French Revolution,* Nueva York, Altred Knopt, 1989 [trad.esp. *Ciudadanos: crónica de la revolución francesa,* Buenos Aires, Javier Vergara, 1990].

35. Carr, *¿Qué es la historia?,* págs. 97-99.

que ellos vivían.[36] Sin embargo, él estaba asimismo preparado para admitir que las peculiaridades de la formación particular de un historiador, la educación y las circunstancias podían influir también, de modo que su argumento —quizás el más influyente de todas las tesis propuestas en *¿Qué es la historia?*— dejaba claro que los historiadores no estaban repitiendo sólo un discurso social más amplio cuando escribían, sino que también tenían sus propias voces individuales.[37] Carr nunca resolvió del todo su conflicto mental entre su creencia en la subjetividad de los historiadores y su esperanza en que pudieran elevarse sobre sí mismos para alcanzar una visión objetiva del pasado que no debiera nada a sus circunstancias particulares o a las de los tiempos en que vivía. Los conflictos en su obra entre estas dos visiones reflejaban quizás un conflicto más profundo que corría por toda ella, entre una aceptación realista de lo que era y una esperanza utópica de que las cosas podían ser completamente distintas.[38] Un resultado de la influencia de Carr fue persuadir a muchos historiadores de que reflejaran sus propias inclinaciones e ideas preconcebidas, que expresaran los propósitos por los cuales escribían, y que pusieran al descubierto los presupuestos sobre los que descansaba su trabajo. Esto era una grata novedad, y muy útil para el lector. Pero, al persuadir a los historiadores de que nunca podrían elevarse del todo sobre sí mismos, Carr también los animaba, a largo

36. *Ibid.*, págs. 111-112.

37. Ved Mehta, *Fly and the Fly-Bottle: Encounters with British Intellectuals,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1963, pág. 158 (entrevista con Carr) [trad. esp.: *La mosca y el frasco. Encuentros con intelectuales británicos,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976].

38. Este es un tema central de la excelente biografía de Jonathan Haslam, *The Vices of Integrity.*

plazo, a hacer de la necesidad una virtud. El historiador genuino nunca manipulará o distorsionará los materiales que el pasado ha dejado atrás y que forman la base para el trabajo del historiador;[39] sino que, dentro de los límites de lo que las fuentes permiten, hay mucho espacio para diferentes énfasis e interpretaciones, y la influencia de Carr ha permitido a los historiadores hacer el máximo uso de ello.

39. Para una discusión más extensa de tal manipulación y distorsión, véase Richard J. Evans, *Lying About Hitler: History, Holocaust and the David Irving Trial,* Nueva York, Basic Books, 2001.

1

¿QUÉ ES LA HISTORIA SOCIAL AHORA?*

Paul Cartledge

De entrada tengo que hacer dos confesiones o, por lo menos, declaraciones. La primera es que no soy historiador social, o quizás sería más preciso decir que yo mismo no me etiquetaría así. La segunda, que soy historiador del mundo antiguo, y más en concreto historiador de la Grecia antigua, y por tanto pertenezco a una feliz generación que no se distingue precisamente por su devoción a la historiografía

* Fue un honor para mi ser invitado a exponer el trabajo en que se basa este capítulo, y serlo de la mano de David Cannadine, quien, además de sus muchas otras distinciones, una vez honró el Cambridge College, al que yo mismo estoy adscrito, y que fue también —no por casualidad— el College del difunto sir Geoffrey Elton (sobre el que Richard Evans ha dicho muchas cosas interesantes en su "Epílogo" a G. R. Elton, *The Practice of History* (2.ª ed., Oxford, Blackwell, 2002)). Él ha sido un director ejemplar. Judith Herrin fue la que replicó a mi trabajo, y me complace que una versión de su respuesta sea publicada en otro lugar. Asimismo, Richard Evans ofreció de manera muy amable sus observaciones críticas sobre un borrador de la versión hablada.

críticamente reflexiva. Hay, sin embargo, excepciones; en efecto, como a uno de ellos, al difunto sir Moses Finley, le gustaba decir, siempre hay excepciones.[1]

Finley era, en cierto sentido, un exiliado a Inglaterra desde los Estados Unidos de McCarthy; y es corriente observar que muchos de los más grandes historiadores de Grecia y Roma —Herodoto, Tucídides, Polibio, etc.— fueron también exiliados políticos.[2] En otras palabras, parece que hay una conexión causal significante entre el exilio y el escribir historia, y más en particular entre la escritura de la historia reflexiva, y sólo reflexiva, y la historiografía. De todos mo-

1. La historiografía de Finley: M. I. Finley, *The Use and Abuse of History,* Londres, Chatto & Windus, 1975; ed. revisada: Londres, Hogarth Press, 1986 [trad. esp.: *Uso y abuso de la historia,* Barcelona, Crítica, 1971]; *Economic and Social History of Ancient Greece,* ed. B. D. Shaw y R. P. Saller, Londres, Chatto & Windus, 1981; Harmondsworth, Penguin, 1983 [trad. esp.: *La Grecia antigua: economía y sociedad,* Barcelona, Crítica, 1984]; cf. "Progress in Historiography", *Daedalus,* 106 (1977), págs. 125-142. Otras excepciones: C. Ampolo, *Storie greche: La formazione della moderna storiografia sugli antichi Greci,* Turín, Einaudi, 1997; A. Cameron (ed.) *History as Text: The Writing of Ancient History,* Londres, Routledge, 1986; P. Cartledge (ed.) *The Cambridge Illustrated History of Ancient Greece,* Cambridge, Cambridge University Press, 1997; J. T. Roberts, "Sociology and the Classical World", *Arion* (2000), págs. 99-133; F. Hartog, "La storiografia fra passato e presente", en S. Settis (ed.), *I Greci,* II. 2, *Storia-Cultura-Arte-Società,* Turín, Einaudi, 1997), págs. 959-981; A. D. Momigliano, *The Classical Foundations of Modern Historiography,* California-Londres, University of California Press, 1990, *Studies on Modern Scholarship,* ed. G. W. Bowersock y T. J. Cornell, California-Londres, University of California Press, 1994; N. Morley, *Writing Ancient History,* Londres, Duckworth, 1999, en particular el capítulo I ("What is History?"). La respuesta negativamente enmarcada de Morley es que se trata de un modo de hablar sobre el pasado, que es diferente del mito, la ficción, la propaganda o la ciencia; P. Veyne, *Writing History,* Manchester, Manchester University Press, 1984 (original francés, 1971 [*Comment on écrit l'histoire: esai d'épistemologie,* París, Seuil, 1971]); [trad. esp.: *Cómo se escribe la historia: Foucault revoluciona la historia,* Madrid, Alianza Editorial, 1984].

2. Historiadores antiguos como exiliados: R. Syme, "How Gibbon Came to History" (1977), reimpreso en sus *Roman Papers,* vol. III, ed. A. R. Birley, Oxford, Oxford University Press, 1984, págs. 969-976, en 971. Las más grandes contribuciones historiográficas de Syme fueron para la comprensión de Tácito. Exilio e historiografía: S. Walia, *Edward Said and the Writing of History,* Duxford, Icon, 2001).

dos, la propia práctica historiográfica de Finley estuvo en verdad influida de forma directa por la de otro historiador del mundo antiguo exiliado en Gran Bretaña, Arnaldo Momigliano, víctima de las leyes racistas de la Italia fascista. Así es como Finley comenzó un ensayo de 1968 sobre Momigliano, en un estilo característicamente polémico:

> Es posible predecir con bastante seguridad que el profesor Momigliano jamás escribirá un libro que se llame "¿Qué es la historia?".

Lo que esta puntualización implicaba, de manera presumible, era que Momigliano nunca querría escribir un libro con ese título. En cualquier caso, la referencia implícita a las conferencias "Georges Macaulay Trevelyan" de E. H. Carr y al libro publicado era bastante clara.[3]

Carr era mi punto de partida casualmente por razones contextuales obvias.[4] Continué con Finley no sólo porque

3. Finley, *Uso y abuso de la historia,* pág. 114; la predicción era técnicamente correcta. Carr, sin embargo, no se citaba aquí por su nombre, ni tampoco en ningún otro lugar de los voluminosos escritos de Finley, por lo que yo sé, a pesar de que Finley, que había estado en el Jesus College de Cambridge, desde 1955, debía haber sabido de Carr y es muy probable que asistiera a las "Conferencias Georges Macaulay Trevelyan" en 1961. Por tanto, podemos presumir que su silencio fue un reflejo de su desacuerdo, y tal vez también de falta de respeto. Finley nunca fue marxista, más bien antimarxista, y —ni que decir tiene— comunista. El estilo de historiografía marxista de Carr, unido a lo que debía parecer que era su sacrificio en el altar del monolito soviético, habría repelido a Finley.

4. Yo añadiría que, puesto que parece que Carr no había tenido una formación formal como historiador, sospecho que su lectura, como estudiante universitario de clásicas del Trinity College de Cambridge, de Herodoto, Tucídides, Polibio y Tácito (todos citados, brevemente, en E. H. Carr, *What is History?,* 1961; 2.ª ed., ed. R. W. Davies, 1986; reimpreso con un nuevo epílogo de R. J. Evans, Basingstoké, Palgrave, 2001 [trad. esp.: *¿Qué es la historia?,* págs. 167 y 192 para Herodoto, 167 y 192, para Tucídides, 152 y 180, para Polibio, y 180, para Tácito]) puede haber influido más en su punto de vista historiográfico de lo que él se habría cuidado de admitir. Véase especialmente la fascinante anécdota

era historiador del mundo antiguo, sino también porque, durante el periodo cubierto por esa serie de conferencias conmemorativas, él hizo más que ningún otro historiador de dicha especialidad para integrar su (y mi) campo específico con el de la historia en general. Para Finley, la historia antigua era, primero y ante todo, historia e historiografía; sólo en segundo lugar era antigua; y ocurrió, por así decirlo, que se especializó en historia e historiografía de la Antigüedad, o sea grecorromana, y en particular en el mundo de los griegos. Yo también intento ver las cosas de ese modo.

I

Así pues, ¿qué es —o debería ser — la historia social ahora? Paso rápidamente sobre el pronunciamiento de una antigua primera ministra británica, Margaret Thatcher, que opinaba que no existía —y nunca había existido— una cosa tal como la "sociedad". Incluso etiquetarla como una individualista

---

mencionada por R. J. Evans, nueva "Introducción" a Carr, *What is History?,* pág. 11, sobre la actitud de Herodoto respecto a la guerra persa que está influida por su experiencia personal de la Guerra del Peloponeso *(ibid.,* págs. 87-88); también *ibid.,* pág. XVIII: una carta privada que enfatiza que la función del historiador es explicar; con Carr *¿Qué es la historia?,* págs. 167-168, citando el prefacio de Herodoto (compárese la visión de G. Hawthorn, *Plausible Worlds: Possibility and Understanding in History and the Social Sciences,* Cambridge, Cambridge University Press, 1991, de que "la certeza acumulativa y convergente, no sólo sobre los trabajos del mundo, sino también sobre su contenido particular, que adoptamos para señalar el conocimiento, siempre eludirá las ciencias sociales", que Hawthorn toma para incluir la historia; por tanto, comprensión, y no explicación, debe ser en su opinión lo mejor que podemos esperar). La creencia de Carr en las "regularidades" históricas (Evans en *¿Qué es la historia?,* págs. 12 Y 18) podría proceder en última instancia de Tucídides 1.22.4; del mismo modo, el desprecio de Carr por la historia de masas hasta los primeros años de mediados del siglo XIX (R. J. Evans, *In Defence of History,* Londres, Granta, 1997, 2001 con un nuevo epílogo, págs. 164-165; cf. *infra,* nota 31) habría sido compartida por sus precursores clásicos.

metodológica sería darle demasiado crédito.[5] Dejo también a un lado la asimismo dudosa, aunque expresada de forma cautelosa, puntualización de G. M. Trevelyan en el prefacio de su *Historia social de Inglaterra,* según la cual la historia social era historia omitiendo la política. Esto sería una declaración bastante curiosa en cualquier contexto, pero es del todo absurda en el caso de la Grecia antigua, donde la política y lo político prevalecían hasta tal extremo que lo que llamamos la "constitución" de una ciudad griega antigua podría llamarse sin esfuerzo como su misma "vida" y "alma". Tal vez, éste no sea un pensamiento que surgiría espontáneamente de muchos labios ahora cuando se hablara sobre la constitución *británica.*[6] Sólo algo mejor, a la inversa, es la permisiva identificación que, con demasiada generosidad, Trevelyan hizo del campo de la historia social con "la vida cotidiana de los habitantes de la tierra en los tiempos pasados".[7]

5. Sobre la disputa entre individualistas metodológicos y holistas metodológicos, véase S. James, *The Content of Social Explanation,* Cambridge, Cambridge University Press, 1984; con James, yo daría la victoria a los últimos; cf. C. Bird, *The Myth of Liberal Individualism,* Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

6. Sobre G. M. Trevelyan, *English Social History,* ed. original, Nueva York, Longmans, Green & Co., Inc., 1942 [trad. esp.: *Historia social de Inglaterra,* México, Fondo de Cultura Económica, 1946], véase sobre todo D. Cannadine, *G. M. Trevelyan: A Life in History,* Londres, Penguin, 1997; cf. brevemente Evans, *In Defence of History,* pág. 163. Sobre la política y lo político, en especial, pero no sólo en la Grecia antigua, véase P. Cartledge, "La Politica", en S. Settis (ed.), *I Greci,* vol. 1, *Noi e I Greci,* Turín, Einaudi, 1996, págs. 39-75.

7. Menciono, pero no discutiré, la opinión congruente, expresada no hace mucho por el crítico literario, inspirado en los clásicos, Roberto Calasso, *Literature and the Gods,* Londres, Vintage, 2001, pág. 173 [ed. original: *La letteratura e gli dèi,* Milán, Adelphi Edizioni, 2001; trad. esp.: *La literatura y los dioses,* Barcelona, Anagrama, 2002, pág. 167], en relación específica con el auge de los regímenes totalitarios, de que "la noción misma de sociedad ha absorbido en sí una potencia inaudita, que había pertenecido antes a lo religioso". El género de "la vida diaria" corre el riesgo de ser simplemente anticuario; pero que esto no es así a la fuerza lo muestra, por ejemplo, R. Garland, *Daily Life of the Ancient Greeks,* Westport, CT, Greenwood Press, 1998.

Recurro entonces a otro testigo que es tan distinguido y provocativo en todo como Finley, y, sin embargo, otro tipo de exiliado, a Eric Hobsbawm. Pero su testimonio, en modo alguno, resulta del todo alentador. En un trabajo de 1972, titulado de manera muy inquietante "De la historia social a la historia de la sociedad", él apuntaba: "El examen de la historia social en el pasado parece indicar que sus mejores cultivadores siempre se han sentido incómodos con el nombre mismo". Continuaba abogando por el cambio que describía su título, desde la historia de fenómenos sociales individuales o diferenciados hacia la historia de sociedades enteras como todos integrados.[8] Los cambios habidos en el título de la revista fundada originariamente en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch como *Annales d'histoire économique et sociale* parecen confirmar este sentimiento de inquietud con el término "historia social" y el alejamiento del mismo: en 1972 se llamaba *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*; ahora se ha convertido en *Annales: Histoire, Sciences Sociales*, ciencias sociales, no ya historia social.[9] Una tensión similar por escapar de las implicaciones presuntamente demasiado subjetivas de una disciplina humana hacia el reino confortablemente objetivo de la ciencia transpira en el último suplemento del *International Journal of Social History*, titulado *New Methods for Social History*. Esta recopi-

8. Cita de E. J. Hobsbawm, "De la historia social a la historia de las sociedades", en *Sobre la historia,* pág. 87. El objetivo deseado, como él lo expresa, debe ser "la formulación de la naturaleza y la estructura de las sociedades y los mecanismos de sus transformaciones (o estabilizaciones) históricas" *(ibid.*, pág. 94).

9. P. Burke, *The French Historical Revolution: The* Annales *School (1929-1989),* Cambridge, Polity Press, 1990 [trad. esp.: *La revolución historiográfica. La Escuela de* Annales, *1929-1989,* Barcelona, Gedisa, 1994]; una obra a reconsiderar a la luz de B. Lepetit (ed.) *Les formes de l'expérience: Une autre histoire sociale,* París, Albin Michel, 1995, analizada por G. Stedman Jones, *Annales HSS,* (marzo-abril 1998), págs. 383-394.

lación incluye ensayos con títulos como "Narrative as Data: Linguistic and Statistical Tools for the Quantitative Study of Historical Events" y "The Logic of Quantitative Comparative Analysis", que para mi tienen algo más que un olorcillo a oxímoron.[10]

Recurro a continuación a la recopilación de 1994 de Adrian Wilson, *Rethinking Social History*.[11] Esto, por supuesto, tenía un pero. Uno de sus colaboradores, Keith Wrightson, observó, otra vez con cierta desazón, que ninguna de las más radicales esperanzas de los años sesenta (incorporadas también en la obra de principios de los setenta de Hobsbawm) se habían realizado. En vez de que toda la escritura histórica se hubiese hecho más sociológica, que se hubiese transformado más en una ciencia social, cuando no en realidad en una (otra) ciencia social, lo que de hecho había ocurrido era que la historia social se había convertido incluso en otra rama especializada de la historia.[12] El resultado de esta

10. L. J. Griffin y M. van der Linden (eds.), *New Methods for Social History (International Review of Social History Supplement)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999. El contenido completo: L. J. Griffin y M. van der Linden, "Introduction"; L. Isaac, L. Christiansen, J. Miller y T. Nickel, "Temporally recursive regression and social historical inquiry: an example of cross-movement militancy spillover"; H. J. McCammon, "Using event history analysis in historical research: with illustrations from a study of the passage of women's protective legislation"; G. Deane, E. M. Beck y S. E. Tolnay, "Incorporating space into social histories: how spatial processes operate and how we observe them"; R. Franzosi "Narrative as data: linguistic and statistical tools for the quantitative study of historical events"; C. C. Ragin, "The logic of qualitative comparative analysis"; C. Wetherell, "Historical social network analysis"; L. J. Griffin & R. R. Korstad "Historical inference and event-structure analysis". La fraseología dentro de los artículos puede ser tan repelente desde el punto de vista expresivo y metodológicamente dudosa como los títulos de los artículos; por ejemplo, "El nivel de la acumulación a lo largo del tiempo de los datos de la historia de los hechos (...) idealmente debería estar determinado por la naturaleza de la cuestión a investigar o por el marco temporal en que ocurre el hecho que interesa", de McCammon (pág. 35).

11. A. Wilson, *Rethinking Social History: English Society 1750-1920, and its Interpretation*, Manchester, Manchester University Press, 1994.

balcanización, como apreció Wrightson, fue un impacto decreciente de la historia "social" en otras ramas o especialidades, ejemplos dominantes de lo que quedó como alta historia política e historia económica. Esa observación fue refrendada por un revisor de la recopilación, sir Keith Thomas, que añadió un fascinante paréntesis, impreso como tal, que cito en su totalidad (*Times Literary Supplement [TLS]* de 14 de octubre de 1994):

> De manera curiosa, fue justamente el miedo a esta clase de compartimentación lo que condujo a E. P. Thompson y al presente escritor, de forma bastante independiente entre sí, a negarse a apoyar la formación inicial, en los años setenta, de la Sociedad de Historia Social. Según vimos, la historia social no era una rama de la historia, como la historia postal o la historia del mueble; era un modo de hacer cualquier tipo de historia.

Quizás. Sin embargo, con toda seguridad fue una ingenua nimiedad de su parte suponer que ¿tal "modo" de hacer cualquier tipo de historia se podía proponer o practicar sin ningún tipo de estructura teórica coherente y explícita o apoyo? Tan pronto como uno intenta convertir la historia en algo conscientemente reflexivo, con una metodología además de simplemente un método, me parece que uno debe de andar esa milla teórica de más.

Por mucho que esto sea así, el una vez más que meramente nocional imperio de la historia social está golpeando

---

12. Supongo que la *reductio ad absurdum* de la parcelación o compartimentación de la Historia era la serie de artículos de la revista mensual *History Today,* "What is [social, and so on] History Today?", editados como un libro bajo ese título por Juliet Gardiner, *What is History Today?,* Londres, Macmillan, 1988; véase Evans, *In Defence of History,* págs. 170, 351. La contribución sobre historia social, de manera casual por un historiador antiguo, era previsiblemente ingenua.

sin ninguna duda contra sus aspirantes a desmontadores u ocupantes de hoy día. Cuando estaba recopilando este capítulo, por ejemplo, el ejemplar del *TLS* del 21 de septiembre del 2001 cayó en mis manos. Entre los libros anunciados allí estaba un volumen escrito de manera conjunta por Peter Burke y Asa Briggs, titulado *De Gutenberg a Internet: una historia social de los medios de comunicación.*[13] De acuerdo con el aliento entusiasta dado por Anthony Smith, "el trabajo tiene la virtud de ser casi una enciclopedia". Casi, tal vez. Sin embargo, esta monografía no es nada si la comparamos a la verdadera o, en todo caso, *soi-disant* enciclopedia reseñada casi al principio del mismo ejemplar del *TLS:* la *Encyclopedia of European Social History from 1350-2000* de Peter Stearn, publicada en seis volúmenes y 3.150 páginas.[14]

Stearn invita de manera adecuada a los lectores a definir la historia social, que él considera como "los cambios y continuidades en la experiencia de la gente normal". Sin embargo, como el distinguido crítico americano observó de manera resuelta, la construcción enciclopédica de Stearn equivale en la práctica a un tipo de historia que lo abarca todo sobre toda clase de gente, una construcción favorecida por el hecho (según observa Rabb) de que la historia social, aunque definida, es "mucho más amorfa, mucho menos una disciplina" que, digamos, la filosofía; y continúa diciendo: a pesar de que "los colaboradores se puedan considerar a sí mismos como historiadores sociales (...), a menudo resulta difícil apreciar lo que tienen en común, y todavía menos cómo

13. P. Burke y A. Briggs, *A social History of the Media: From Gutenberg to the Internet,* Cambridge, Polity Press, 2001 [trad. esp.: *De Gutenberg a Internet: una historia social de los medios de comunicación,* Madrid, Taurus, 2002].

14. P. Steams, *Encyclopedia of European Social History from 1350-2000,* 6 vols, Nueva York, Scribner's, 2001.

encajan juntos, incluso dentro del muy amplio concepto del campo que tiene Stearn".[15]

Así pues, allí está, o al menos algo de ella. En un extremo, hay historiadores sociales confesos, con sus propias publicaciones periódicas —tales como el *Journal of Social History*, el *International Review of Social History, Continuity and Change: A Journal of Social Structure, Law and Demography in Past Societies, Comparative Studies in Society and History,* y *Social History* (todas en el Reino Unido); *Histoire Sociale/Social History* (Canada) —; y ahora, para algunos de ellos, su propia *Encyclopedia*. En el otro extremo, hay historiadores *tout court*, que piensan que debería haber historias de sociedades enteras o grupos sociales (¿historia societal? ¿historia sociológica?) o micro historia(s) de todo tipo de los fenómenos sociales de diversa índole, pero no necesariamente historia social como tal.[16] En medio están quienes creen que la historia social es un modo, pero nada más que un modo, de hacer cualquier (otro) tipo de historia. ¿Cuál es el camino a seguir, en la medida que el progreso se puede considerar un objetivo legítimo o una ambición en historiografía?[17]

15. Ese puede ser un juicio preciso y justo en este caso particular. Pero el día que ofrecí la versión oral original de este capítulo apareció una nota necrológica de Peter Laslett en el *Times* de Londres, que empezaba por catalogarlo como "el historiador social", principalmente; uno lo asume, debido al notable trabajo de Laslett en las áreas de la demografía y de la historia de la familia. (Sin embargo, su carrera temprana, casi tan distinguida, había sido en la historia del pensamiento político, o "politics, philosophy and society", como se titulaban las colecciones de ensayos que coeditó. Era fundador, junto con J. G. A. Pocock, de la "Cambridge School" analizada por Annabel Brett en este volumen.) Además, la Sociedad de Historia Social referida por sir Keith Thomas todavía progresa, como nos informó un miembro de la audiencia del *Institute of Historical Research.* Yo añado que el King Alfred's College, de Winchester, ofrece un máster de Historia Social (información por cortesía de su director, Dr. C. M. Haydon).

16. Véase *infra,* nota 32.

17. Finley, "Progress in Historiography".

Propongo operar durante la mayor parte de lo que aún resta de este capítulo a través del enfoque selectivo monográfico, sirviéndome de tres ilustraciones recientes o muy recientes que son ejemplos de la práctica histórica y/o de la teoría historiográfica: dos americanos, uno británico; dos más o menos explícitamente metodológicos en teoría, el tercero crucialmente metodológico en la práctica. Ninguno de ellos quizás podría calificarse de manera automática como historia social sin añadir otros requisitos. Se han escogido más bien porque ilustran las condiciones límite que cualquier candidato para ese título, en principio honorífico, debería en mi opinión cumplir de forma adecuada. Pero se impone, en primer lugar, una breve ojeada a la dimensión temporal, pues tal vez en este punto puede abrirse una grieta entre el historiador social, por un lado, y el antropólogo histórico por el otro, cuando no también con el sociólogo histórico.[18]

II

Sin tiempo no hay historia, pero ¿qué tipo de tiempo es el tiempo de la historia y, de forma más específica, el de la historia social?[19] Una distinción particular me parece peculiarmente relevante. No se trata de la distinción entre tiem-

18. P. Abrams, *Historical Sociology,* Londres, Open Books, 1982, sostenía de un modo proto-posmodernista que la historia y la sociología estaban separadas, no por la lógica, sino sólo por la retórica; la historia para Abrams no era sólo una presentación factual del pasado sino la reconstrucción social del pasado. Una réplica convencional de Frank Parkin pontificaba que "la teoría social es a la historia lo que la filosofía de la ciencia es a la ciencia" *(Times Literary Supplement,* 23 de julio de 1982, pág. 801).

19. El tiempo en la historia, tiempo(s) de historia: L. Jordanova, *History in Practice,* Londres, Edward Arnold, 2000, capítulo 5; M. Pearson y M. Shanks, *Theatre/Archaeology,* Londres, Routledge, 2001, especialmente págs. 41-44.

po cíclico y lineal, discutida hasta la saciedad como un aspecto de la historia etnográfica o cultural y como un problema técnico de la cronografía historiográfica.[20] Ni tampoco se trata de la distinción entre tiempo histórico y mítico, esto es, el descubrimiento de la idea del pasado en el Renacimiento (cuando no ya en la Antigüedad)[21] y de la finitud de la razonablemente precisa memoria humana, que no va más allá de tres generaciones atrás, o la generación de los abuelos de los propios informantes adultos contemporáneos de nosotros.[22] Me refiero más bien a la cuestión del ritmo periódico y del cambio a través del tiempo.

En fechas muy recientes se ha afirmado por parte de Tom Gallant, historiador-arqueólogo de la Grecia antigua convertido en historiador-etnógrafo de la Grecia moderna, que "la historia social marcha contra la corriente cronológica", esto es, contra "sus disciplinas hermanas de la historia política y económica que se prestan a un análisis narrativo secuencial"[23]. Como a menudo se hace en esta conexión, Gallant recurre para la iluminación analógica al instrumento de la fotografía,

20. A. D. Momigliano, *Time,* en *Ancient Historiography (History & Theory),* Beiheft, [suplemento], 1966.

21. P. Burke, *The Renaissance Sense of the Past,* Londres, Edward Arnold, 1969.

22. D. P. Henige, *Oral Historiography,* Nueva York-Lagos, Longman, 1982; M. Herzfeld, *The Poetics of Manhood: Contest and Identity in a Cretan Mountain Village,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1985; cf. P. Burke, *Varieties of Cultural History,* Cambridge, Polity Press, 1997, capítulo 3 ("History as Social Memory", ed. original 1989) [trad. esp.: *Formas de historia cultural,* Madrid, Alianza Editorial, 2000, cap. 3 "La historia como memoria colectiva", págs. 65-86]; su tesis de manera resumida es que "todos tenemos acceso al pasado (y al presente) únicamente a través de las categorías y esquemas —o, como diría Durkheim, las 'representaciones colectivas'— de nuestra propia cultura" *(ibid.,* pág. 68).

23. T. W. Gallant, *Modern Greece,* Londres, Edward Arnold, 2001, pág. 75; el capítulo 5 está dedicado a "Greek Society in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries". Sobre Gallant en su más temprano papel de historiador antiguo social y económico de Grecia, véase su *Risk and Survival in Ancient Greece: Reconstructing the Rural Domestic Economy,* Oxford, Polity Press, 1991.

en movimiento y fija: mientras que el tiempo de la historia política y económica es el de los cuadros narrativos secuenciales de una película, el tiempo de la historia social es, según lo ve él, "más bien una serie de fotos instantáneas". Los que seáis admiradores de las novelas de W. G. Sebald puede que recordéis muy bien las borrosas imágenes en blanco y negro con que sus textos están tentadoramente salpicados: sin duda no puede haber un modo más preciso de recordar el cómo fue en realidad (el "wie es eigentlich gewesen ist" de von Ranke). Y, sin embargo, persiste la sospecha de que las fotos que incluye no sólo podrían no ser imágenes representativas sino que, de hecho, podrían ser falsificaciones.[24]

Aparte de esa dificultad con la analogía fotográfica, bien podríamos cuestionarnos la catalogación de Gallant de la historia política con la económica aquí, puesto que los ciclos económicos que duran mucho tiempo son tan procesos como los demográficos, los familiares y otros procesos sociales que él pretende distinguir de ellos. Pero —aunque él en realidad no lo cita— lo que el lenguaje de Gallant me recuerda de modo ineludible es más bien la célebre, aunque también my controvertida, distinción del *annaliste* Fernand Braudel de la larga, media y corta *"durée"* ["duración"], de manera respectiva (y de modo algo artificial y crudo), las duraciones de los fenómenos sociales, económicos y políticos (o, en el caso de los últimos, epifenómenos, como él los presenta).

Este modelo tripartito temporal ha sido muy útil en alguna de la mejor y más reciente práctica historiográfica, en particular cuando trata de las sociedades preindustriales,

24. P. Burke, *Eyewitnessing: The Uses of Images as Historical Evidence,* Ithaca, NY-Londres, Cornell University Press, 2001 [trad. esp.: *Visto y no visto. El uso de la imagen como testimonio histórico,* Barcelona, Crítica, 2001], se puede leer como un manual de advertencias sobre la veleidad de las imágenes.

campesinas, en las que el cambio técnico fundamental en el juego de herramientas de agricultura básico, así como el impacto del hombre en el medio ambiente —y viceversa—, puede en verdad parecer glacialmente lento y, casi de modo imperceptible, pequeño en cualquier momento del tiempo.[25] Sin embargo, como espero mostrar en el curso de la discusión de mis tres ejemplos, el modelo es muy inútil si conduce a suponer que la historia social puede ser historia sólo de *longue durée*, y que el historiador social o cualquier otro que proponga cualquier variedad de historia social o historiografía debe pensar necesariamente en términos de milenios, o al menos siglos, más que décadas o incluso años.

III

Consideremos en primer lugar un trabajo muy serio desde el punto de vista teórico y explícitamente metodológico de un clasicista convertido en sociólogo histórico, W. G. Runciman. Tan serio es, en efecto, que se llama "tratado", *A Treatise on Social Theory*, y ocupa no menos de tres volúmenes, con un total de 1.170 páginas. Ha sido descrito de manera contundente por un perspicaz crítico como "uno de los más exóticos —incluso exuberantes— proyectos intelectuales de los últimos años".[26] Para nuestros propósitos, son los dos primeros

25. Una pequeña ilustración: E. Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l''historien,* París, Gallimard, 1973, págs. 169-186 ("Événement et longue durée dans l''histoire sociale: l'exemple chouan") (trad. ing., 1979); cf.. Burke, *La revolución historiográfica francesa,* págs. 64-67. Una típica crítica conservadora a este tipo de historia es que, puesto que se ocupa de las estructuras más que de los hechos, no puede transmitir con facilidad un sentido de cambio a través del tiempo, ni mucho menos explicarlo, sin conectar con las narrativas establecidas de la historia política o económica.

26. W. G. Runciman, *A treatise on Social Theory,* 3 vols, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, 1989, 1997. La cita es de Perry Anderson, *London Review of Books,*

volúmenes los que tienen una gran relevancia directa para las cuestiones que nos interesan, aunque el prefacio de seis páginas del tercer y último volumen resume con mucha utilidad no sólo el contenido sino también la ambición explicativa impulsora del proyecto como un todo. El primer volumen es metodológico. Con detenimiento, Runciman empieza por distinguir lo que él etiqueta como "reportaje", "explicación", "descripción" y "evaluación". El tercer volumen, subtitulado *Applied Social Theory*, es, en realidad y en cierto modo, menos emocionante de lo que pudiese parecer, pues el método se aplica sólo al —admisiblemente complejo e importante— caso de la sociedad inglesa del siglo XX. Intercalado entre el primero y el último volumen viene un segundo sobre lo que se llama *Substantive Social Theory*.

Quienes asocian la sociología de forma irremediable con la jerga esotérica verán confirmados los peores miedos —o esperanzas— por lo que Runciman conscientemente llama "el único neologismo de todo el tratado" (vol. III, pág. XIII, nota 1), a saber "systacts". Una palabra de impecable ascendencia helénica, como corresponde a un autor educado en lo clásico, acuñada para designar al "grupo de papeles" asumido por los actores históricos.

> localizados de forma similar en un espacio social tridimensional cuyos ejes se corresponden con las tres formas de poder: el económico (de ahí, modo de producción), el ideológico (de ahí, modo de persuasión), y el político (de ahí, modo de coerción).

---

6 de julio de 1989, pág. 6, que estudia el segundo volumen. Pero la obra completa está muy bien examinada por Jordanova en *History in Practice,* un excelente manual por lo demás, e incluso por Evans en *In Defence of History.*

"Su necesidad", continua Runciman, "surge porque al no existir un término sociológico, excepto 'clase', es a la vez específico dado que asigna a los papeles designados una clasificación ordinal relativa para otros grupos y neutral entre las dimensiones en que son clasificados." Puede que sí. Sin embargo, a pesar de la implicación de la clásica y afilada retórica de Runciman, los términos "poder", "modo de producción", "ideológico" e incluso "político" resultan todos ellos tan discutibles como el de "clase", término que él entrecomilla. Uno sospecha que la lealtad del autor a Weber, en oposición a Marx, pueda quedar patente aquí, ya sea de manera subconsciente o, al menos, un poco de modo subrepticio.

La misma controversia afecta, ¡ay!, a su distinción entre "reportaje" y "descripción", cuya principal virtud, según me parece, es que la terminología y la referencia pretendida se hacen explícitas conscientemente.[27] Pero ¿fomentan el entendimiento, dejando aparte la explicación, de los fenómenos sociales humanos significativos del pasado? Otras preguntas adicionales surgen con la infraestructura de la clasificación terminológica de Runciman. ¿Estamos de acuerdo en que las sociedades tienen que definirse como tantas cadenas de poder, o sea, como series de funciones cuyos titulares compiten por el acceso a —o el control de— los medios de producción, persuasión y coerción más que, digamos, como series de clases que pugnan, o estatus? ¿Se nos persuade mediante el malicioso argumento de que todos sus argumentos individuales se hacen para favorecer, a saber, "la idea de que la evolución social es análoga pero no reducible a la selección natural"? Es esta gran narrativa la que alimenta

27. "La necesidad de precisión en la terminología no es menos precisa allí donde el sujeto que se discute es una acción individual que donde es una institución o práctica" (vol. 1, pág. 20) capta muy bien esta constante preocupación.

la ambición de Runciman de formular una teoría comprensiva de la sociedad que dé cuenta de las fuentes de diversidad y de las limitaciones que en ella determinan su evolución (por la cual se entiende una sucesión de cambios sociales mayores provocados como la consecuencia impredecible y acumulativa de mutaciones menores de la práctica). La prueba está en el comer, y eso, para nosotros, se significa sobre todo en el segundo volumen, *Substantive Social Theory*.

Éste es, en efecto, un pudín muy rico. Saco a colación, en el espacio de que dispongo, una única ciruela procedente en gran medida, pero no del todo, de la Grecia antigua. En la catálisis inicial del poder de Runciman en tres dimensiones, respectivamente con ocho, ocho y siete variantes, habría en principio y podrían bien haber estado en la práctica unos 450 "tipos" posibles de sociedad que categorizar y evaluar. En la práctica real propia de Runciman, hay una simple docena o así, un severo procrusteanismo que conduce a un desafortunado "amontonamiento": un ejemplo llamativo, la tiranía de Pisístrato en la Atenas del siglo VI a. C. (que para nuestros patrones modernos era una dictadura bastante suave, incluso progresista) se amontona junto con los regímenes de —entre otros— Asoka, el Imperio carolingio, Enrique el Navegante, y la monarquía Tudor, todos los cuales se catalogan y clasifican como "estados patrimoniales". Probablemente, uno nunca podría haber deducido de esto que el régimen de Pisístrato hubiera dado lugar, o incluso —en algunas explicaciones modernas— hubiera hecho surgir —y tampoco mediante no muchos pasos subsiguientes— la primera proto-democracia, de la inconfundible Grecia antigua, variedad directa, por supuesto.[28]

28. P. Cartledge, "Democratic Politics Ancient and Modern: From Cleisthenes to Mary Robinson", *Hermathena,* 166 (2000), págs. 5-29.

IV

A través de la primera palabra de su subtítulo —"guerra"—mi segunda ilustración, *The Evolution of Inequality: War, State Survival, and Democracy in Comparative Perspective* (1999) de Manus Midlarsky, anuncia algo que parte de las preocupaciones de Runciman. Éste, por supuesto, había mencionado la guerra, pero, desde su esquema evolucionista, la había desestimado como una variable causal relevante sobre la base de que el resultado de las guerras "es muy a menudo cuestión de suerte". Ésta era una decisión extraña en términos de la propia versión del esquema evolutivo de Runciman, puesto que él entiende la evolución social como dependiente de la selección social por competición, y la guerra no es nada si no es competitiva. Además, esta exclusión de "los accidentes de la fortuna" deja un hueco que rellenar, uno que resulta especialmente deslumbrante a los ojos de un historiador de la Grecia antigua.[29] De aquí mi atracción, inicialmente, por la muy reciente obra de Midlarsky. Una atracción inicial más fue que ésta tiene la gran ambición de explicar, o al menos iluminar, nada menos que (para citar a partir del encarte) "la génesis última de la democracia" mediante el análisis de: varias formas de violencia política, incluidas la guerra y la revolución;

29. M. Midlarsky, *The Evolution of Inequality: War, State Survival and Democracy in Comparative Perspective,* Stanford, CA, Stanford University Press; Cambridge, Cambridge University Press, 1999). La guerra para los antiguos griegos era un *agón*, una competición, de donde se deriva nuestra palabra "agonía"; era típicamente guerra del "pueblo", si no guerra total. Sobre la guerra en la Grecia antigua, véase recientemente H. Van Wees (ed.), *War and Violence in Ancient Greece,* Londres, Duckworth, 2000; y para dos colecciones comparativistas muy distintas, K. Raaflaub y R. Rosenstein (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999; y D. R. McCann y B. S. Strauss (eds.), *War and Democracy: A Comparative Study of the Korean War and the Peloponnesian War,* Armonk, NY, Sharpe, 2001.

los orígenes y la disolución de los Estados; y las fuentes de cooperación entre los mismos. Toda una agenda.

Es, por tanto, muy decepcionante tener que decir que la práctica del autor resulta muy corta a mis esperanzas, al menos allí donde estoy capacitado para juzgar los resultados de modo profesional. Lo último en casos importantes me parece banal, o basado —como se puede demostrar— en cimientos empíricamente falsos. Como ilustración de la banalidad, cito el hallazgo de Midlarsky de una probabilidad de covariación entre una tendencia creciente a la violencia militar en Europa Oriental y la amenaza que allí existe para la democracia. Da cuenta de este hallazgo por la gran posibilidad de "intervención política de personal militar acostumbrado a métodos autocráticos para resolver las disputas políticas" (pág. 221).[30] Supongamos, sin embargo, que uno tuviese que aplicar ese supuesto teorema a la Grecia antigua, y supongamos que uno tuviese que tener en cuenta, al hacerlo así, el modelo de evolución político-militar esbozado por el mayor sociólogo histórico de la antigüedad, ese "pensador gigante" —como Marx lo llamó de manera muy precisa—, Aristóteles. De acuerdo con él, la intervención política del personal militar había tenido precisamente el efecto opuesto del identificado por Midlarsky. Había generado la forma más temprana de democracia en Grecia, esto es, una democracia hoplita, o de infantería armada hasta los dientes, en la que el poder político preponderante había descansado en el estrato de los ciudadanos más ricos que habían

30. Midlarsky piensa también que A. C. Renfrew, "Polity and Power: Interaction, Intensification, and Exploitation", en C. Renfrew y J. M. Wagstaff (eds.), *An Island Polity: The Archaeology of Exploitation on Melos,* Cambridge, Cambridge University Press, 1982, merece la pena citarse en la expansión de la democracia en las islas del Egeo bajo influencia "jónica" — ay, pobre Melos ... que de hecho era una oligarquía doria no reconstruida.

formado el principal brazo armado de la ciudad, la milicia hoplita. En otras palabras, un comparativismo elemental le hubiese revelado a Midlarsky que lo que cuenta es la naturaleza del ejército, y en particular de su estructura de mando, así como la naturaleza de la guerra practicada y el contexto contingente dentro del cual interaccionan los factores políticos y militares; esas son las variables cruciales que influyen o determinan las implicaciones políticas de participación militar en situaciones sociales específicas.No querría, sin embargo, terminar mi breve debate de *The Evolution of Inequality* con una nota agria y desilusionada. El largo capítulo titulado "Decline and Fall of Empires and States", que consigue abarcar Bizancio, China, los Mayas, Israel, Judá, los amonitas y el Egipto antiguo, así como la Roma antigua, y las páginas específicas sobre el auge de la democracia en Atenas en un capítulo titulado "Sources of Democracy" (págs. 186-189), representan una combinación inteligente de lectura de la mejor erudición histórica y arqueológica modernas con la aplicación de una modesta teoría de rango medio de las variables más cruciales, a saber, la densidad de población, la distribución de la tierra y las ideas sobre derecho político, que, no obstante, Midlarsky —quizás de manera bastante precipitada y de modo etnocéntrico— llama "derechos".

V

Midlarsky dedicó su libro en parte a la memoria de las víctimas del Holocausto. Mi tercera y última ilustración, supongo que la que pudiera llamarse de modo más convencional "historia social ahora", se ocupa precisamente de la causalidad y la motivación de esa catástrofe. Es el debate entre dos historiadores americanos, Christopher Browning y Daniel

Goldhagen, sobre la conducta de unos alemanes presuntamente "normales" y más en particular los que componían el Batallón de Policía de Reserva 101 en Polonia en 1942. Browning y Goldhagen están de acuerdo en que los implicados eran en un sentido ejecutores "serviciales", pero discrepan, *ex radice,* en por qué actuaron como tales y en cómo fueron motivados para actuar así.

La disputa es, según creo, un clásico moderno de la historiografía social, al menos por cinco razones. Primero, porque aquí está la llamada gente "normal" de Stearn en el trabajo y en el litigio, con una venganza; pues, aunque uno quisiera poder preguntar en otros contextos porqué la gente "normal" es gente que escoge servir como policías, la naturaleza autoritaria del Estado nazi, el Imperio y la cultura me parecen suficientes para justificar la pretensión de que no había nada manifiestamente extraordinario en este tipo de conformidad social.[31] Segundo, la disputa ejemplifica una forma de historia social —micro historia— que utiliza la experiencia de individuos normales o grupos de individuos como un medio para comprender mentalidades sociales más amplias, relaciones y procesos.[32] Tercero, examina el antise-

31. Como apunta Evans, *In Defence of History*, pág. 182, los defensores de la historia social, tales como Stearns, "reclaman que la historia social es la única aproximación que combina el entusiasmo intelectual y la solidez erudita". A la inversa, E. H. Carr "pensaba claramente que la historia de las gentes normales no merecía estudiarse hasta que estuvieran organizadas en movimientos políticos y contribuyeran así a la construcción del mundo *moderno*" (la cursiva es mía), una visión poderosamente rebatida por el mismo Evans *(ibid.,* págs. 164-165).

32. G. Levi, "On Microhistory" en P. Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing,* Cambridge, Polity Press, 1991, págs. 93-113 [trad. esp.: "Sobre microhistoria", en P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial, 1993, págs. 119-143]. P. Burke, *History and Social Theory,* Cambridge, Polity Press, 1993 [trad. esp.: *Historia y teoría social,* México, Instituto Mora, 1997], identifica cuatro enfoques generales para la unión de la historia y la teoría social: análisis comparativo, modelo, análisis cuantitativo, y microhistoria ("el empleo del microscopio social").

mitismo alemán y el papel que éste jugó en el Holocausto valiéndose de la historia de un caso particular que, de modo plausible, se considera que tiene una referencia y un significado más allá de lo meramente individual o local. Cuarto, desde el punto de vista metodológico, es también importante como estudio de la causalidad y la explicación en la historia: ¿por qué estos alemanes "normales" en particular se comportaron como lo hicieron de manera individual y colectiva? Quinto, ha levantado ya gran interés historiográfico, no tanto por los elocuentes protagonistas, precisamente como una monografía o un caso que sienta jurisprudencia en la interpretación histórica.[33]

Los argumentos se han ensayado de modo excepcional en ambos lados, y los de Goldhagen a veces han encontrado adeptos en lo que, con mayor neutralidad, podría considerarse que era un cuartel improbable. En suma, Goldhagen[34] sostiene que lo que estableció la diferencia en la conducta de éste y de los otros treinta y siete batallones iguales que intervinieron —sólo un tercio de cuyos miembros eran miembros del partido y sólo uno de cada treinta de las SS— fue una especie de antisemitismo que él clasifica como "eliminacionista"; esta actitud cultural, sostiene, había llega-

33. J. C. G. Röhl, "Ordinary Germans as Hitler's Willing Executioners? The Goldhagen Controversy", en W. Lamont (ed.), *Historical Controversies and Historians,* Londres, University College Londres Press, 1998, págs. 15-21; R. Eaglestone, *Postmodernism and Holocaust Denial,* Duxford, Icon, 2001, págs. 30-34; y sobre todo C. Browning, "German Memory, Judicial Interrogation and Historical Reconstruction: Writing Perpetrator History from Postwar Testimony", en S. Friedlander (ed.), *Probing the Limits of Historical Representation: Nazism and the "Final Solution",* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992, págs. 22-36, y *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (ed. original 1992; nuevo "Epílogo" 1998), Londres, Penguin, 2001.

34. D. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust,* Nueva York, Alfred Knopf, Londres, Little, Brown, 1996 [trad. esp.: *Los verdugos voluntarios de Hitler,* Madrid, Taurus, 1998].

do a estar tan profundamente arraigada a lo largo de las generaciones que para la época de la supremacía nazi era casi un hecho de la naturaleza alemana normal. Supongo que ésta es una forma de historia nacional-social, o quizás natural-social. Browning, en profundo contraste con él, encuentra que la seudo-explicación multiuso, de causa única, de Goldhagen explica demasiado y, por tanto, nada. Cree que elude sobre todo los factores de situación que conspiraron para manipular la conducta de estos alemanes en particular en las circunstancias específicas de su operación en la Polonia ocupada de 1942, conducta que no fue en ningún caso universal y uniforme: entre el 10 y el 20 por ciento de los miembros del Batallón se aprovecharon de la oportunidad de *no* convertirse en ejecutores.

El balance del peso autorizado de la interpretación en esta disputa me parece a mi, un intruso obvio, que se inclina muy firmemente a favor de la versión de Browning y en contra de la de Goldhagen. Sólo añadiría que mi razón principal para escoger esta ilustración final de la historia social, aparte de su intrínseco significado metodológico y cultural, antes y ahora, es que estoy de acuerdo con Ludmilla Jordanova en la necesidad de que los historiadores se ocupen en y de lo que se ha llamado —cierto es que con alguna imprecisión— historia "pública".[35]

35. Jordanova, *History in Practice,* capítulo 6; cf. las dos oraciones concluyentes del "Comentario final" personal: "*History in Practice* ha intentado llevar algunos de los asuntos clave de la práctica histórica a una audiencia amplia. En este aspecto representa una modesta contribución a la historia pública" (pág. 207).

VI

Concluyo con algunas respuestas globales provisionales a la cuestión planteada por mi título. Deberíamos, creo, resistir a todas las reivindicaciones disciplinarias hegemónicas: reivindicaciones tales como que la historia social es el tipo de historia "llave", o incluso que *es* la historia y punto. La burbuja de la historia social, en esos sentidos reivindicados, ha estado estallando con toda seguridad desde los años sesenta y setenta y es improbable que vuelva a inflarse otra vez.[36] Pero ¿podemos pasar por completo sin la categoría "historia social", sobre la base de que el término es confuso o vacío, o las dos cosas? O ¿sobre la base aparentemente más sofisticada y reflexiva de que, puesto que las categorías y conceptos sociales se construyen, toda la historia —y la única historia genuina— sea la historia de las ideas?

No podemos, sin duda.[37] El pan-representacionalismo, como he oído en el último enfoque descrito, es tan vicioso como una historiografía pan-social-realista. Una conceptualización explícita y reflexiva, por otro lado, como Runciman practicó de modo subliminal, es la reserva de lo vicioso. El término "historia social" puede requerir una definición, o incluso estipulación, previa, pero es posible y, podría decirse, que necesario. Pues, como Richard Evans ha reafirmado en fechas recientes, seguimos necesitando la historia social

36. Quizás se dirá lo mismo, a su debido tiempo, de lo que parece ser el competidor actual por la corona de la Forma Más Universal de Historia, la historia cultural (sobre la cual véase la contribución a este volumen de Miri Rubin). Véase, por ejemplo, Burke, *Formas de historia cultural;* aunque quizás incluso él no habría anticipado D. M. Friedman, *A mind of Its Own. A Cultural History of the Penis,* Nueva York, The Free Press, 2001.

37. Evans, *In Defence of History,* capítulo 6, "Society and the Individual", con el comentario bibliográfico en págs. 361-362, es una réplica ejemplar.

como un tipo de historia o subespecie de historia, específicamente como una historia de clase, de opresión y explotación, o —si la clase, opresión y explotación se consideran términos objetables desde el punto de vista analítico o moral— en todo caso de pobreza.[38]

A los pobres, dijo supuestamente Jesús, siempre los tenemos con nosotros. Para Aristóteles, sin discusión el más grande pensador sociológico de la Antigüedad, era la antítesis polar de los (ciudadanos) ricos y pobres la que mejor explicaba lo que él consideraba la faceta más importante de la existencia humana, a saber la política y lo político dentro del marco de la *polis* griega, un marco que incluye lo que hoy clasificaríamos como sociedad y lo social.[39] ¿Seguro que Jesús y Aristóteles no pueden estar equivocados? Por supuesto, debo añadir inmediatamente, la antigua *polis* griega no era más que un rango limitado de expresión de la coexistencia social humana o solidaridad.[40] Del mismo modo, "clase"

38. Evans, *In Defence of History,* especialmente págs. 165-170 (diferentes construcciones de "la historia social"), 183-90. Sin embargo, nótese su observación de que "incluso en los años noventa, la visión de que la historia es esencialmente historia política permanece muy extendida dentro de la profesión" (pág. 162). J. Arnold, *History: A very Short Introduction,* Oxford, Oxford University Press, 2000, pág. 86; da una interpretación mucho más amplia que la de Evans —quizás demasiado amplia— del campo de la historia social como "las estructuras de familia de la gente, su conducta en la vida diaria, el modo en que disponen y dan significado a los espacios sociales que los rodean". J. Tosh, *The Pursuit of History: Aims, Methods and New Directions in the Study of Modern History,* Londres, Longman, ²1991, pág. 96, (3.ª ed. 1999), con cautela se arriesga a decir que "*La historia social* es menos evidente en su identidad y en su campo que cualquiera de las categorías discutidas hasta ahora"; cf. *ibid.,* págs. 209-217 (historia oral). M. Bentley (ed.), *Routledge Companion to Historiography,* Londres, Routledge, 1997, de manera notoria no tiene una entrada separada para la "historia social".

39. Cartledge, "La Política".

40. Sin embargo, llamarlo un "callejón sin salida", como hace W. G. Runciman, "Doomed to Extinction: The *Polis* as an Evolutionary Dead-End", en O. Murray y S. Price (eds.), *The Greek City from Homer to Alexander,* Oxford, Oxford University Press, 1990, págs. 347-

en la Grecia antigua no puede significar lo que podría o debería significar en cualquier sociedad contemporánea occidental, posindustrial, por ejemplo.[41] Pero es duro, de todos modos, negar que éstas permanezcan como temas reales, tanto historiográfica como históricamente hablando. Termino mi alegato.

367, es demasiado fuerte; pues un callejón sin salida, la ciudad griega antigua tenía, y ciertamente retiene, una tremenda cantidad de vitalidad, como una imaginada *eu-topia* (lugar de bienestar) así como una *ou-topia* (no-lugar): Cartledge, "Democratic Politics Ancient and Modern". El ensayo anterior de Runciman, "Origins of States: The Case of Archaic Greece", *Comparative Studies in Society and History,* 24 (1982), págs. 351-377, está más logrado.

41. Ello a pesar de los mejores esfuerzos de G. E. M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World. From the Archaic Age to the Arab Conquests,* Londres, Duckworth, 1981 [trad. esp.: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo,* Barcelona, Crítica, 1988], para encontrar una definición de "clase" que captaría las situaciones y condiciones antiguas y modernas con igual validez y fuerza explicativa.

2

¿Qué es la historia política ahora?*

Susan Pedersen

De todas las formas de escritura histórica, la historia política es con absoluta seguridad la que no necesita justificación. Puesto que trata cuestiones de poder y resistencia, autoridad y legitimidad, orden y obediencia, no sólo los historiadores profesionales, sino todo el que espere acabar sus días con un mínimo de paz y prosperidad, participa de tal saber. Las cuestiones sobre los modos en que los sistemas políticos evolucionan y ganan legitimidad, el carácter y las acciones de sus líderes, y las condiciones y consecuencias de su des-

* Quiero dar las gracias a Thomas Ertman, Peter Mandler, Robert Travers y, en particular, a Philip Williamson por sus útiles comentarios sobre este capítulo, así como a Jeremy Knowles por intentar mejorar las condiciones bajo las que fue escrito.

BIBLIOTECA DE LA MAGDALENA DE MEXICO FILOSOFIA Y LETRAS

moronamiento es probable que continúen siendo absorbentes. Los debates sobre el carácter del Estado nazi o las causas de la Revolución francesa nunca se declararán "acabados" de modo definitivo, ni tampoco tales temas dejarán de formar la columna vertebral de nuestro programa de enseñanza universitaria en cualquier momento del futuro.

Pero cuando uno ofrece palabras tan tranquilizadoras y llenas de sentido común a los historiadores políticos de hoy, parecen fracasar. La historia política, según parece, está también en un estado de crisis, sus practicantes están poniendo en círculo los carromatos contra el asalto de los anteriormente neo-marxistas y ahora posmodernistas que están haciendo hoy de la academia un lugar bastante intranquilo en el que vivir. Pocos pueden llegar tan lejos como mi colega de departamento William Gienapp, el distinguido historiador del primer Partido Republicano de los Estados Unidos, y declarar que el giro hacia la historia social en los años sesenta y setenta ha sido un mal implacable del que no nos hemos recuperado, pero se encuentran indicios de defensa en todas partes.[1] Además, los historiadores políticos pueden apuntar motivos para tales preocupaciones. En muchos campos, la historia política ha tenido dificultades durante algunas décadas para atraer a estudiantes de posgrado capaces, que son conducidos de manera comprensible hacia áreas de investigación consideradas más de "vanguardia". En mi propia universidad, las investigaciones en los campos de la historia constitucional y legal americana han quedado una y otra vez vacías.

1. William Gienapp, "The Myth of Class in Jacksonian America", *Journal of Policy History, 6, núm. 2 (1994), págs. 232-239, 277-281.*

Ni tampoco está el campo de la historia británica moderna, mi propia área de estudio —y de ahí mi tema en esta reunión—, completamente libre de tales tendencias. Tómese, por ejemplo, la evidencia de los trabajos presentados en la North American Conference on British Studies (NACBS), la principal reunión profesional de eruditos de Gran Bretaña que enseñan en los Estados Unidos y Canadá, donde a través de los últimos tres años menos de una cuarta parte de los debates sobre historia británica moderna han caído cómodamente dentro del campo de la historia política como se ha definido de modo convencional. O tómense las candidaturas al premio del British Council para el mejor libro de historia británica escrito por un erudito norteamericano. A lo largo de dos años, la mayoría de los más destacados competidores para este galardón han sido libros pertenecientes al ámbito de la historia cultural, trabajos como el informe comparativo de los usos de la figura de la madre durante la I Guerra Mundial en Gran Bretaña y Francia de Susan Grayzel, el estudio de Michael Saler sobre el esfuerzo de Frank Pick para ganarse al público para el modernismo a través de los edificios y la decoración del metro de Londres, el maravilloso informe de Erika Rappaport sobre la lucha entre minoristas emprendedores y reformadores feministas para ganarse a las mujeres de la última época victoriana con tiempo y dinero en sus manos, o la inteligente interrogación de Kali Israel sobre las múltiples lecturas posibles de la vida de Emilia Dilke.[2]

2. Susan R. Grayzel, *Women's Identities at War: Gender, Motherhood, and Politics in Britain and France during the First World War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999; Michael T. Saler, *The Avant-Garde in Interwar England: Medieval Modernism and the London Underground*, Nueva York, Oxford University Press, 1999; Erika Rappaport,

O tómese, por último, el caso de la conferencia sobre "Situar a los victorianos" ["Locating the Victorians"], celebrada en Londres el verano pasado. Lo que aquí resultó sorprendente no era simplemente el modesto espacio concedido a las preguntas sobre política, sino también que ese espacio sólo existió gracias a la insistencia de los organizadores de la conferencia. Una llamada para trabajos y para organizadores que, en última instancia, cedió veintiuna líneas sobre temas que iban desde "Dolor y Placer" ["Pain and Pleasure"] a la "Gran Exposición" ["The Great Exhibition"] inicialmente no sólo no provocó ninguna oferta para organizar una "línea" de historia política sino que tampoco provocó ninguna propuesta de trabajos. Fue únicamente la voluntad de Peter Mandler de intervenir y organizar una sesión de un día sobre "Libertad y Autoridad" lo que salvó a esta conferencia de convertirse en un ejercicio genuino de historia omitiendo la política.

Sin embargo, una vez que declaramos que la historia política se encuentra en un mal momento, esta opinión encuentra con celeridad sus contrarréplicas. La historia política, replican, no ha sido tanto abandonada como vuelta a descubrir y redefinida. Convencidos de la relevancia de la opinión popular y la acción para los resultados políticos, pero ahora escépticos acerca de una estructura que extraería tales opiniones de una base de clase, los antiguos historiadores sociales han vuelto al estudio de la política popular con redoblada energía. De modo similar, los historiadores culturales, persuadidos por los argumentos de Foucault so-

---

Shopping for Pleasure: Women in the Making of London's West End, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000; Kali Israel, *Names and Stories: Emilia Dilke and Victorian Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

bre la naturaleza multivalente y entrelazada de las relaciones del poder, leen ahora mandatos públicos o discursos electorales, canciones populares o las novelas de Wilkie Collins por lo que tales fuentes puedan revelar acerca de los múltiples modos en que la autoridad y el dominio se ejercen y legitiman. Aunque sólo un cuarto de los debates de la NACBS trataban la historia política definida en sentido estricto, tal vez la mayoría de los presentadores en otras sesiones habrían reclamado —cualquiera que fuese su tema, planteamiento o base de consulta— estar implicados fundamentalmente en cuestiones de autoridad, legitimidad y poder. En contra de quienes verían la historia política bajo amenaza, nuestro optimista podría replicar que, por el contrario, todos somos ahora historiadores políticos.

Este capítulo examina esta disputa con atención particular a mi propio campo de la historia moderna británica. Tiene dos puntos principales. El primero sostiene que la percepción bien de crisis o de gran controversia en este campo en gran medida resulta ilusoria: si acaso, las tendencias analíticas y teóricas de las recientes décadas han unido más a los historiadores de derechas de la "alta política" y a los estudiantes de izquierda de la política popular. Hay un terreno común considerable entre el descubrimiento de los historiadores posmarxistas de la "autonomía relativa" de la esfera política y los supuestos que han estructurado siempre la historia de la "alta política"; además, la historia de género y el "giro lingüístico" se han acomodado en modos que (aunque en teoría heterodoxos) han hecho más sofisticada nuestra comprensión de los trabajos de la esfera política. Pero si la historia política es, de hecho, no sólo floreciente, sino también crecientemente consensual, eso no significa que este movimiento hacia el punto intermedio no haya acarreado

problemas propios. Mi segundo punto será que, al volver la espalda con tanta decisión a la interpretación estructural, esta "nueva" historia política corre el riesgo de cometer, o volver a cometer, lo que yo considero que son los dos pecados capitales de la historia británica, los pecados de mentalidad localista y lo que se podría llamar *panglosianismo,* de aceptar el carácter excepcional e incomparable de las instituciones británicas y de permitir que la comprensión de esas instituciones de los temas históricos sea sustituida por la nuestra propia.

Cualquiera que sea su debilidad, la teoría marxista y la comparación histórica —dos de los dioses caídos de los años setenta— al menos forzaron a los historiadores políticos a intentar resolver las cuestiones fundamentales de la estructura del Estado y del poder coercitivo. Esos enfoques no están ahora de moda; peor incluso, porque los historiadores se han apartado de la comparación y del argumento estructural en un momento en que los científicos políticos se han apartado por completo de la historia, las fuentes de renovación en este campo parecen estar lamentablemente ausentes. Por razones que explicaré, ni siquiera el "giro imperial" actual está haciendo todo lo que podría para impulsar las cuestiones de gobierno y de coerción, más que las de legitimidad y liderazgo, hacia lo más importante del orden del día de los historiadores. No todo está bien en el jardín de la historia política, pues en tal caso, yo sostendría que el peligro viene de una dirección distinta de aquellas contra las que tanta parte de la profesión histórica está erigiendo sus defensas.

I

Al abogar por la salud de la historia política en Gran Bretaña, resulta obligado comenzar por reconocer que este campo siempre ha sido, hablando en términos de comparación, sorprendentemente sólido. El estudio de la política ha sido siempre la primera preocupación del historiador británico. Si los eruditos franceses fueron pioneros en el estudio de la demografía y de la vida rural, y los alemanes marcaron el camino en la historia legal y eclesiástica, ninguna nación rivalizó con Gran Bretaña en el estudio serio de la historia política. Bien sea porque la historia moderna de Gran Bretaña de parlamentarismo ininterrumpido dejó a sus historiadores con pocos cataclismos que atrajeran su atención, o bien sea porque los historiadores políticos de Gran Bretaña han formado parte de una "*intelligentsia* corporativa" y, por tanto, propensos a encontrar fascinante y —en sentido estricto— "familiar" la explicación de sus propias afiliaciones políticas, la historia política en Gran Bretaña ha absorbido una proporción inusualmente grande de atención erudita. Por supuesto, mucho de ese trabajo cae dentro de un género que podríamos llamar la historia del liderazgo político, si adopta la forma de biografía política —un género británico extraordinariamente poderoso y popular— o de estudios de política de partido y gobierno.

Desde el punto de vista de otros historiadores europeos, la totalidad de esta erudición resulta chocante. Los muchos estantes de libros que analizan la aparición, composición, estrategias electorales, prácticas de gobierno y defunción del Partido Liberal asombran al historiador del radicalismo francés (una fuerza comparablemente significativa), que es forzado a depender de la *Histoire du Parti Radical* de Serge

Berstein y de otras pocas monografías. Del mismo modo, aunque Gustav Stresemann puede que haya estado junto a Lloyd George, o al menos junto a Austen Chamberlain, en su influencia en la política nacional e internacional, los historiadores alemanes le han concedido sólo una fracción de la atención erudita que sus colegas británicos han prodigado a cada pronunciación y acción de políticos incluso relativamente menores de comienzos del siglo XX. En efecto, cuando los eruditos en otros campos nacionales (por no mencionar a los estudiantes americanos graduados que entran en este campo) miran la historia política británica, su admiración no siempre está exenta de irritación. Porque ésta es una historiografía que toma su propio significado como dado, no hace gestos a la relevancia contemporánea, desdeña francamente los atractivos de la "teoría" (y, hasta cierto punto, de sistematización o generalización de cualquier tipo), y de manera implícita proclama que, si no puedes deducir quienes son los actores secundarios, no deberías estar viendo la obra. Sin embargo, por muy interior y auto-referencial que pueda ser tal campo, no tiene rival, en mi opinión, en sus niveles de erudición y en sus logros. Al menos desde Namier, los historiadores políticos de Gran Bretaña han asumido que no sólo se deben comprender las reglas habladas y no habladas del juego político y la capacidad y caracteres de sus jugadores, sino también derivar y examinar la comprensión a través de la infatigable investigación de archivos. Si la historia política hoy ha retenido su posición, es, al menos en parte, porque estos son sus cimientos.

Pero la segunda razón de su salud actual es que la historia política no se ha limitado a sobrevivir, sino que en realidad se ha aprovechado de las recientes agitaciones teóricas habidas dentro de la profesión histórica. En contra de lo que

se pudiera asumir, las tendencias teóricas de los pasados veinte años, con las cuales Maurice Cowling tal vez no habría simpatizado, han traído en esencia a sus adversarios a su puerta. Esto puede parecer contra-intuitivo, pues los orígenes políticos y las afiliaciones de lo que podría llamarse la "nueva" historia política son escasamente los de la escuela de la "alta política", pero no creo que sea el caso. Ninguna tendencia ha estado más marcada en la historia británica durante los pasados veinte años que el alejamiento de "clase", como tema de estudio y como base de explicación. Esa crítica de la interpretación centrada en la clase ha procedido de distintas direcciones y ha adquirido formas diversas. Pero si los eruditos estaban motivados por el "giro lingüístico", o por una creciente conciencia del significado de otras bases para la identificación social y la movilización (tales como el género), un resultado ha sido una atención más intensa y sofisticada a la política. Como cualquier estudiante de posgrado sabe, un momento decisivo en este cambio vino con la publicación en 1983 de *Rethinking Chartism* de Gareth Stedman Jones, una obra notable no sólo por la sofisticada manera en que reemplaza una narrativa comprensiva (la de la aparición de la "conciencia de clase") por otra (la de la continuidad del radicalismo político), sino también por la riqueza del debate y la investigación que ha generado.[3]

El rechazo de Stedman Jones de un enfoque interpretativo que vería el lenguaje político en cierto sentido como determinado por —o reflexivo de— las condiciones sociales, y su argumento resultante sobre la relativa autonomía y longevi-

3. Gareth Stedman Jones, "Rethinking Chartism", en su *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, págs. 90-178.

dad de una crítica radical de los efectos corruptores del monopolio del poder político, fueron tomados por una multitud de estudiantes y seguidores, que —desde sus posiciones en Cambridge y Princeton, Liverpool y Londres— extendieron esta popular "tesis de la continuidad" centrada en la política a fines del siglo XIX.[4] Al mismo tiempo, y especialmente en los Estados Unidos, los historiadores y los críticos literarios influidos por las teorías posestructuralistas empezaron a examinar los debates políticos no como descriptivos de una realidad social fundacional, sino más bien por lo que pudiesen revelar sobre las posiciones estratégicas de sus participantes y los supuestos culturales que estructuran la sociedad como un todo. Así, por ejemplo, en la obra de Dror Wahrman, la aparición de una retórica abierta sobre los derechos políticos de una emergente "clase media" en el periodo de la Revolución francesa se considera que ha sido conducida no tanto por cualquier cambio real en las relaciones de clase como por la utilidad de tales argumentos para facciones particulares en tiempos particulares; de modo similar, James Vernon y Patrick Joyce han tratado el mundo polifónico de la cultura popular del siglo XIX no ya como expresión de los intereses sociales sino como un escenario del conflicto discursivo a través del cual las identidades particulares y la subjetividades se modelaron y ganaron prominencia política.[5]

4. Para una exposición importante de esta tesis, véase Eugenio Biagini y Alastair Reid, "Currents of radicalism, 1850-1914", la introducción a sus *Currents of Radicalism: Popular Radicalism, Organised Labour and Party Politics in Britain, 1850-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, págs. 1-19; también, entre otras obras, Miles Taylor, *The Decline of British Radicalism, 1847-1860*, Oxford, Clarendon Press, 1995; John Lawrence, *Speaking for the People: Party, Language and Popular Politics in England, 1867-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Eugenio Biagini, *Liberty,*

Pero los neófitos de la historia política no sólo procedieron de los que se entusiasmaron con el análisis de clase a través del torniquete de entrada lingüístico, sino también de los que estaban ansiosos de trazar el significado de otros ejes de la diferenciación social, y en particular del género. En efecto, los primeros trabajos sobre género dentro de la historia británica imitaban más que retaban el paradigma de la "formación de clase", puesto que los eruditos buscaban delinear las prácticas comerciales, las elecciones matrimoniales, los movimientos religiosos y las estrategias de los sindicatos que sostenían, a través de las líneas de clase, un cambio hacia una cultura de "esferas separadas".[6] Sin embargo, tan pronto como esta narrativa maestra hubo sido trazada, fue retada por los que estaban ansiosos de documentar la cercana implicación de las mujeres con la política aristocrática, radical o incluso liberal, para mostrar cómo un "giro hacia la domesticidad" podía tener por sí mismo consecuencias políticas y electorales, o para abogar por la centralidad del género

---

Retrenchment and Reform: Popular Liberalism in the Age of Gladstone, 1860-1880, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

5. Dror Wahrman, *Imagining the Middle Class: The Political Representation of Class in Britain, c. 1780-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; Patrick Joyce, *Visions of the People: Industrial England and the Question of Class, 1840-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; James Vernon, *Politics and the People: A Study in English Political Culture, c. 1815-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

6. La obra decisiva es la de Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Chicago, IL, University of Chicago Press, 1987 [trad. esp.: *Fortunas familiares: hombres y mujeres de la clase media inglesa (1780-1850)*, Madrid, Cátedra, 1994]. Anna Clark y Sonya Rose extendieron este enfoque, más o menos de una forma no crítica, a la clase trabajadora: véase Anna Clark, *The Struggle for the Breeches: Gender and the Making of the British Working Class*, Berkeley, University of California Press, 1995; Sonya Rose, *Limited Livelihoods: Gender and Class in Nineteenth-Century England*, Berkeley, University of California Press, 1992.

en la movilización nacional o la legitimación política.[7] Al no estar de moda las interpretaciones sociales, los historiadores de las mujeres y los historiadores de género hicieron su propio "giro político", buscando descubrir las afinidades electorales entre ideales de género particulares y creencias o formas políticas.

Bien procedan de una desilusión con las explicaciones marxistas, o bien de la agitación intelectual del feminismo, pues, estos "nuevos" historiadores políticos han tendido a centrarse en dos temas principales, en la naturaleza del sistema político como expresión de las relaciones de poder, y en la cultura y las ideas políticas. Pero éstos son también los dos intereses principales de quienes normalmente consideramos historiadores de la "alta política". Los historiadores de la "alta política" siempre trataron la estructura formal de la política con seriedad y, aunque la mayor parte de ellos habría aceptado la visión de Maurice Cowling del sistema político de principios del siglo XX de "que consistía de cincuenta o sesenta políticos en tensión consciente unos con otros"[8] o el retrato de A. B. Cooke y John Vincent del mundo

7. Esta historiografía es demasiado extensa para resumirla aquí. Un primer estudio particularmente bueno de la implicación de las mujeres en la política radical es el de Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Nueva York, Pantheon Books, 1983; sobre las mujeres aristócratas, véase K. D. Reynolds, *Aristocratic Women and Political Society in Victorian Britain*, Oxford, Clarendon Press, 1998. El sufragio y los movimientos feministas tienen sus propias y muy extensas literaturas, pero la implicación de las mujeres en el reino de la política formal no ha sido tan bien estudiado. Para las mujeres en el gobierno local, el patrón de oro sigue siendo Patricia Hollis, *Ladies Elect: Women in English Local Government, 1865-1914*, Oxford, Clarendon Press, 1987, pero hay también una creciente literatura sobre las mujeres en la política internacional y parlamentaria del siglo XX. Las interpretaciones "de género" de la política nacional británica son una excepción, pero, para el periodo de la I Guerra Mundial, véase Susan Grayzel, *Women"s Identities at War*, y Susan Kingsley Kent, *Making Peace: The Reconstruction of Gender in Interwar Britain*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1993.

de "los políticos" de 1885 como "un mundo cerrado",[9] algunos al menos reconocieron también —y nadie más que el mismo Cowling— que todos los políticos después de 1832 vivían por el mundo, buscando fomentar mediante la retórica la fe pública en las instituciones y en las prácticas del gobierno parlamentario, en general, y en su propio liderazgo, en particular. Como Michael Bentley apuntó con perspicacia, la propia obra de Cowling "insinúa" al menos que "existen los lineamientos entre la historia abierta" de la política parlamentaria británica desde 1867 "y las cosmologías de sus actores";[10] sin sorpresa, pues Bentley y otros han tratado de trazar esos lineamientos prestando atención tanto a las "cosmologías", a "los mundos del pensamiento" y a "las doctrinas" como a las maniobras e intrigas parlamentarias.[11] Ciertamente, si ha habido un movimiento perceptible dentro de la escuela de la "alta política" en la última década, ha sido, en palabras de Jonathan Parry, hacia "una atención más cercana al escenario intelectual en que la actividad política tuvo

---

8. Maurice Cowling, *The Impact of Labour, 1920-1924: The Beginning of Modern British Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, pág. 3.

9. "Estaba cerrado a los de fuera, en términos de acceso directo e influencia: estaba cerrado también porque los políticos estaban obligados a ver más significado en la estructura definitiva de las relaciones en Westminster, que en sus contactos con el mundo exterior." Cooke, Alistair Basil y Vincent, John Russell, *The Governing Passion: Cabinet Government and Party Politics in Britain, 1885-86*, Brighton, Harvester Press, 1974, pág. 21.

10. Michael Bentley, "Politics, Doctrine, and Thought", en Michael Bentley y John Stevenson (eds), *High and Low Politics in Modern Britain*, Oxford, Clarendon Press, 1983, pág. 130.

11. Véase, principalmente, el festschrift dirigido por Michael Bentley, *Public and Private Doctrine: Essays in British History presented to Maurice Cowling*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, y el ejemplar, casi antropológico, de Bentley, *Lord Salisbury's World: Conservative Environments in Late-Victorian Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

lugar".[12] En otras palabras, el nuevo e inmenso interés por la "cultura política" entre los historiadores no ha sido alimentado sólo por el "giro lingüístico".

Lo que vemos que se desarrolla, pues, es un terreno común bastante considerable. No tengo intención de decir que no haya diferencias entre, digamos, Peterhouse y Princeton: las herencias intelectuales, las convicciones metodológicas y, a menudo, las filiaciones políticas continúan separando a los "nuevos historiadores políticos" de los "historiadores de la alta política".[13] Sin embargo, me parece que hay algo más que una ligera afinidad entre la aproximación discursiva a la política sobre la que insistió Gareth Stedman Jones y el tratamiento de la alta política como un juego cerrado y sujeto a reglas, o entre, por así decirlo, la atención de Eugenio Biagini a las ideas morales subyacentes en el liberalismo popular y, digamos, la insistencia de Parry en la importancia central de las creencias religiosas y las controversias dentro del partido mismo. De modo contundente, ambos campos prefieren acusar a los "historiadores marxistas", o a otra infame variedad de deterministas sociológicos, como los diseminadores del error contra el que ellos están luchando con bravura, por muy pequeña —o, en estos días, no histórica en miem-

12. Jonathan Parry, *Democracy and Religion: Gladstone and the Liberal Party, 1867-1875*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pág. 3.

13. Probablemente la mayor diferencia es el continuado y minucioso compromiso de los historiadores políticos "nuevos" con el marxismo y la teoría lingüística. En un ensayo reciente, por ejemplo, Stedman Jones defiende su pretensión de que "la política ocurre en su totalidad dentro del discurso" al mismo tiempo que ofrece también una crítica mordaz de la genealogía de la modernidad de Foucault como "una funesta inversión distópica del optimismo liberal" cuya llamada sólo se puede explicar a la luz de los horrores del siglo XX. Véase Gareth Stedman Jones, "Anglo-Marxism, Neo-Marxism and the Discursive Approach to History", en Alf Lüdtke (ed.), *Was bliebt van marxistichen Perspektiven in der Geschichtsforschung?*, Gotinga, Max-PlanckInstitut für Geschichte/Wallstein Verlag, 1997, especialmente págs. 194, 197, 205.

bros— que esta oposición intelectual pudiera ser.[14] (En efecto, Eugenio Biagini, de modo bastante desarmado, lo admitió en gran medida en *Liberty, Retrenchment and Reform* cuando señaló que los "historiadores marxistas" reales podrían ser muy difíciles de identificar ahora, aunque eso no le impidió colocarse en contra de este particular hombre de paja.[15])

¿Pero importa esta convergencia? ¿Hemos ganado algo con este acercamiento? Permítanme contestar esa pregunta mencionando los modos en que dos temas de atención histórica sostenida—el estudio del liberalismo *gladstoniano* y el estudio de la política de entreguerras— se han enriquecido y transformado. El Partido Liberal *gladstoniano,* como todos sabemos, marchó a la victoria sobre una plataforma de paz y comercio libre, ahorro fiscal y reforma de franquicias. Hace treinta años, cuando la mayoría de los historiadores —así se nos dice— aceptaron que algo llamado la clase trabajadora británica se había decisivamente "formado" gracias al periodo de mediados de la época victoriana, con su conciencia de clase presente y justificada en su totalidad, el éxito de esta plataforma parecía más misterioso; después de todo, las finanzas *gladstonianas* eran tacañas y la política social *gladstoniana* evitaba el lenguaje de clase. Los historiadores, al intentar dar cuenta de su éxito, fueron conducidos, si-

14. Biagini y Reid, en *Currents of Radicalism*, insisten en que la interpretación marxista de la política como una expresión directa de los intereses de clase ha sido "sorprendentemente dominante" (pág. 3); de forma parecida, Miles Taylor sostiene —citando dos informes— que "muchos estudios" de la política de mitad de la época victoriana "de manera rutinaria" asumen las claramente distintas estrategias basadas en la clase *(The Decline of British Radicalism*, pág. 3*)*. Jonathan Parry, con más realismo, admite que los historiadores políticos han estado avisando de "los peligros asociados al intentar explicar la actividad política en términos de 'clase' desde los años sesenta" (Parry, *Democracy and Religion*, págs. 1-2).

15. Biagini, *Liberty, Retrenchment and Reform*, págs. 6-7.

guiendo a John Foster, hacia argumentos sobre la falsa conciencia de la clase trabajadora, o, siguiendo a John Vincent, hacia argumentos sobre la coalición organizativa y las pesadas pantallas retóricas. Los que exponían argumentos positivos del liberalismo —como Peter Clarke— se vieron forzados a acentuar los aspectos socialmente radicales de un emergente programa "liberal nuevo" puesto que, de modo presumible, sólo esos aspectos habrían sido capaces de sostener la lealtad de una clase trabajadora con conciencia de clase.[16]

Hoy, sin embargo, queda poco de esa interpretación. Si Colin Matthew nos alertó de los orígenes conservadores y *peelitas* de las ideas y políticas *gladstonianas*, y Boyd Hilton ha enfatizado sus bases evangélicas,[17] los "nuevos" historiadores de la política popular, liberados de sus anteriores hipótesis sobre el modo en que el interés material necesariamente subyace en la filiación política, fueron capaces de mostrar cómo la plataforma política que emergió de esta base —una plataforma centrada en la tolerancia religiosa, la acción cívica, el rigor fiscal y la lenta extensión de los derechos políti-

16. John Foster, *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early Industrial Capitalism in Three English Towns*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1974; John Vincent, *The Formation of the Liberal Party, 1857-1868*, Londres, Constable, 1966; Peter Clarke, *Lancashire and the New Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

17. H. C. G. Matthew, *Gladstone, 1809-1874*, Oxford, Clarendon Press, 1986, especialmente el capítulo 5; Boyd Hilton, *The Age of Atonement: The Influence of Evangelicalism on Social and Economic Thought, 1785-1865*, Oxford, Clarendon Press, 1988, capítulo 9. Dos excelentes informes que resumen esta nueva narrativa del nacimiento del liberalismo son Peter Mandler, *The Strange Birth of Liberal England: Conservative Origins of the Laissez-Faire State, 1780-1860*, Harvard University Center for European Studies Working Paper Series núm. 19, Cambridge, 1989; Pat Thane, "Government and Society in England and Wales, 1750-1914", en F. M. L. Thompson (ed.) *The Cambridge Social History of Britain, 1750-1950*, vol. 1, *Social Agencies and Institutions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, págs. 1-61.

cos— podía tener una amplia llamada popular. Tal programa, después de todo, recurrió a un desacuerdo anterior, la hostilidad de la clase trabajadora y radical a un estado patrimonial y opresivo; en los presupuestos restrictivos de Gladstone, un amplio rango de ciudadanos percibían no el cambio al ejercer el Poder, sino más bien un nuevo y bienvenido aligeramiento de la norma arbitraria del Poder. Semejante interpretación se aplica a la poderosa e independiente influencia de los lenguajes e interpretaciones políticas heredadas y no descarta a éstas como "falsa conciencia"; de manera importante, reconoce que incluso los relativamente humildes pueden tener lo que Max Weber llamó "ideal", así como intereses materiales, y podían encontrar el énfasis del partido en la independencia y en la muy atractiva hombría. Ésta es una explicación de la larga hegemonía del Partido Liberal que completa más que frustra los altos motivos políticos de la importancia de la dirección parlamentaria.

Ciertamente, la única debilidad real de esta interpretación, en mi opinión, son las pretensiones, a veces excesivas, de su "novedad". Fue John Vincent en 1966, y no Catherine May en 1992, quien escribió que "la gran idea moral del liberalismo era la hombría":

> Para el hombre del siglo XIX, la marca o nota de ser totalmente humano era que podía abastecer a su propia familia, tener su propia religión y política, y no llamar amo a ningún hombre. Lo que el Partido Liberal *gladstoniano* reclama ante todo de nuestra atención es el modo de entrar en esta humanidad total.[18]

18. Vincent, *The Formation of the Liberal Party*, págs. XIV, XIII. Catherine Hall estaría de acuerdo, pero no combinaría la masculinidad con "la humanidad total" de este modo: véase su "Competing Masculinities: Thomas Carlyle, John Start Mill and the case of Governor Eyre", en su *White, Male and Middle Class: Explorations in Feminism and History*, Londres, Routledge, 1992, págs. 255-295.

Vincent, citado por Jon Lawrence y Miles Taylor como el creador de un "enfoque sociológico" a la política que asumía una "simetría neta —efectivamente una relación funcional— entre el cambio social y la política de partido"[19], comienza de hecho su, con razón, famosa *Formation of the Liberal Party* afirmando que la llamada popular del liberalismo no se puede entender sólo refiriéndola a un programa u organización política, sino que también debe buscarse en el reino de las ideas. Como ellos reconocen, en sus momentos más generosos y vehementes, los nuevos historiadores políticos todavía recurren a las ideas de Vincent incluso cuando las revisan.

La historiografía del liberalismo es así un área en la que este acercamiento ha dado fruto, y en una segunda área —la del esfuerzo en explicar la dominación conservadora de entreguerras— los beneficios han sido incluso más chocantes. Ciertamente había mucho espacio para mejorar. Desde la posición ventajosa del "consenso" keynesiano de posguerra, la dominación de Standley Baldwin —por no mencionar a Ramsay MacDonald— en los años veinte y treinta parecía casi inexplicable, y los que intentaron explicarla tendieron a basarse, una vez más, en argumentos de manipulación política, votación de "deferencia", o, en fechas más recientes, la hábil explotación de Baldwin de una retórica de "lo inglés".[20] Que no un mero conservadurismo, sino el conservadurismo deflacionista, economizador, constitucional de los años de Baldwin, pudiera ser positivamente atractivo para

19. Jon Lawrence y Miles Taylor, "Introduction: Electoral Sociology and the Historians", en Jon Lawrence y Miles Taylor (eds.), *Party, State and Society: Electoral Behaviour in Britain since 1820*, Aldershot, Scolar Press, 1997, pág. 2.

20. Para lo último, véase especialmente, Bill Schwarz, "The Language of Constitutionalism: Baldwinite Conservatism", en su *Formations of Nation and People*, Londres, Routledge, 1984, págs. 1-18.

un electorado democrático reciente —y cada vez más femenino— era casi impensable. Sin embargo, cuando los historiadores comenzaron a deshacerse de los supuestos de la necesaria llamada de las políticas redistributivas y estatistas a la clase trabajadora —y mucho menos a las mujeres—, empezaron a aparecer las fuentes del poderoso tirón cultural e ideológico del conservadurismo.

En este punto también, los historiadores de la "alta política", los historiadores de "clase", e incluso los críticos literarios encontraron algunas notas comunes: veamos, por ejemplo, la atención minuciosa prestada por Philip Williamson, Ross McKibbing e incluso, desde una dirección completamente distinta, las eruditas feministas Alison Light y Susan Kingsley Kent, a los modos en que una retórica de reconciliación nacional, el compromiso privado y civil, y el balance económico y la probidad podrían haber sido bien recibidas por los votantes no de elite incluso después de la contienda militar y social de la I Guerra Mundial.[21] Por supuesto, quedan importantes distinciones, pues mientras Williamson pone gran énfasis en la persuasión de Baldwin como "moralista público", McKibbin —fiel a su pasado más "sociológico"— señala los modos en que los conservadores, mediante una política de deflación, podían expandir ellos mismos ese distrito electoral leal de votantes no sindicados y ligeramente resentidos en que se basaban de manera desproporcionada. Sin embargo, como el mismo Williamson ha reconocido, hay

21. Philip Williamson, *Stanley Baldwin: Conservative Leadership and National Values*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; Ross McKibbin, "Class and Conventional Wisdom: The Conservative Party and the 'Public' in Inter-war Britain", en su *Ideologies of Class: Social Relations in Britain 1880-1950*, Oxford, Clarendon Press, 1990, págs. 259-293; Susan Kent, *Making Peace*, Alison Light, *Forever England: Femininity, Literature and Conservatism Between the Wars*, Londres, Routledge, 1991.

una afinidad real entre estas explicaciones.[22] De modo más importante, adoptando con seriedad el contenido de la retórica conservadora —y no sólo la política—, y aceptando los complejos, y a menudo "no materiales", campos de las afiliaciones individuales políticas y las lealtades, estos historiadores y críticos literarios han construido una explicación más persuasiva —y yo añadiría que más respetuosa— de porqué tanta gente en el periodo de entreguerras pensaba de buena gana que se podía confiar en un hombre como Stanley Baldwin para defender sus intereses.

II

¿Qué es, pues, la historia política en Gran Bretaña ahora? Es, espero haberlo demostrado, pujante y cada vez más consensual. Basada todavía en el estudio de la política de partido y del pensamiento político, se ha enriquecido con nuevas investigaciones sobre política popular y cultura política escrita por historiadores sociales poco persuadidos ahora por el poder explicativo de la "clase". Al dejar de estar divididos ya entre los que verían la política sólo como un juego gobernado por un cálculo en gran medida instrumental y los que la verían como el funcionamiento epifenomenal de las relaciones sociales, los historiadores de una variedad de tradiciones han encontrado en el estudio minucioso del discurso político y la cultura un terreno común considerable. Lo que de ellos podríamos esperar en el futuro es que reconozcan ese terreno común sin reserva, que se ocupen con mayor sinceridad unos del trabajo de los otros, y que dejen de sa-

22. Williamson, *Stanley Baldwin*, págs. 350-357.

car a relucir la polvorienta figura de John Foster cuando busquen un ejemplo de esa escuela supuestamente "dominante" de determinismo social contra la que están luchando. Tal honestidad intelectual tendría, desde luego, sus costes. Pues si reconocemos el grado con que los historiadores políticos han llegado a aceptar la autonomía relativa de la política y un método de estudio dirigido a comprender las ideas políticas y la cultura de los actores históricos como ellos mismos las vieron, podríamos empezar a preguntarnos no sólo lo que este nuevo consenso nos ha dado, sino también lo que no. Yo, por lo menos, pienso que deberíamos empezar a hacernos esta pregunta. Pues mientras que estoy convencida de los méritos de este nuevo trabajo, aún me considero lo bastante científica social como para ser consciente de lo que se pierde al deshacerse no sólo de las explicaciones basadas en la clase sino también, en un plano más general, de las explicaciones socio-estructurales. Durante el resto de este capítulo, pues, voy a centrarme en aquello que considero las consecuencias preocupantes, aunque no deliberadas, de las tendencias intelectuales actuales.

Antes de hacerlo, sin embargo, permítanme que me detenga en una breve cuestión de definición. ¿Qué entendemos por política, y qué debería hacer la historia política? Permítanme que, de forma sumaria, vuelva a ayudarme del gran sociólogo alemán Max Weber, quien comienza su famoso ensayo sobre "La política como vocación" con algunas páginas útiles sobre los términos y conceptos esenciales que debemos usar si tenemos la intención de estudiar la política. Weber trata la política, en esencia, como aquellas medidas mediante las cuales se dispone y ejerce la dominación. Cualquier análisis sociológico adecuado de dichas medidas, sostiene él, debe tener en cuenta las complejas interacciones

entre tres factores: primero, el liderazgo político, bien por individuos o partidos; segundo, la estructura y el alcance coercitivo del Estado; y tercero, la naturaleza y el fundamento de las demandas de legitimidad.[23] Y una historia política adecuada, sostendría yo, también necesitaría ocuparse de estos tres aspectos. Los procesos y las evoluciones políticas, y los modos en que en esas evoluciones se ven influidos y constreñidos por los hombres y mujeres individuales, sólo pueden entenderse en su plenitud si se tienen en cuenta las estructuras institucionales y estatales, así como el liderazgo político y las ideas.

Pero en este punto podemos empezar a identificar un problema. Pues si la convergencia entre los historiadores de la alta política y los de la "nueva" política ha recuperado y revisado dos de los aspectos de la historia política —el estudio de los líderes y de los partidos políticos y el estudio de la cultura y de las ideas políticas— ha hecho poco para favorecer —e incluso es posible que en muchos casos esté retrasando— el estudio serio de lo que podríamos llamar gobierno o norma, de la estructura, alcance y prácticas del Estado. Ello es así, mantendría yo, porque los métodos y enfoques comúnmente usados por los historiadores de la "alta política" y los del "giro lingüístico", que tan fructíferos han sido para el estudio de la política de partido y la cultura política, no son adecuados para esta última serie de problemas. Como he demostrado, ahora los dos grupos prestan una atención meticulosa al lenguaje de la política, bien a nivel de elite o popular, suponiendo que a través de tal enfoque herme-

23. Max Weber, "Politics as a Vocation", en H. H. Gerth y C. Wright Mills (eds.), From Max Weber: *Essays in Sociology*, Nueva York, Oxford University Press, 1946), págs. 77-79 [trad. esp.: "La política como vocación", en Max Weber, *El político y el científico*, introducción de Raymond Aron, Madrid, Alianza Editorial, 1967].

néutico, densamente descriptivo, podemos recuperar las creencias y las acciones políticas de los actores históricos, como *ellos mismos las habrían entendido*; del mismo modo, ambos prestan minuciosa atención a las tradiciones culturales y a los conocimientos heredados que estructuran esas prácticas y creencias. Y otra vez, como he sostenido, esos métodos y enfoques han merecido la pena: no hay duda de que podemos explicar mejor las creencias y lealtades políticas de este modo que asumiendo que reflejan cálculos puramente instrumentales o leyéndolos fuera de las relaciones sociales.

El problema es que esos enfoques hacen relativamente poco para ayudarnos a entender la naturaleza y el alcance de las instituciones del Estado, y —en la medida en que nos persuaden a considerar como "precisos" en un sentido analítico los conocimientos reconstruidos con esmero de sus entornos políticos de nuestros temas— podrían incluso despistarnos. Pues la estructura, el alcance, y las prácticas del Estado se estudian mejor no tanto a través de la "densa descripción" como con esfuerzo y abstracción, no en la diacronía sino en la sincronía y de modo comparativo. Las cuestiones de "significado" no carecen de importancia en este punto, pero son *menos* importantes, pues cuando estudiamos —por poner un ejemplo— la encarcelación, o la educación o el servicio militar obligatorio, lo que queremos saber no es sólo cómo se entendían esos sistemas por parte de sus sujetos y si se veían como legítimos —aunque ciertamente queremos saber eso—, sino también cómo hicieron esos temas (y esos Estados) y si los hicieron respetuosos de las leyes, cultos o victoriosos. Después de todo, el "examen" de las instituciones del Estado consiste no en ver hasta qué concuerdan con los conocimientos históricos sino en ver cómo se levantan contra otros Estados

en las arenas críticas y competitivas de la producción, la reproducción y la guerra. Cuando estudiamos el Estado, pues, debemos hacerlo siempre en un contexto global y con una comparación estructurada, al menos de modo implícito, en mente.

Pero aquí, de nuevo, nos enfrentamos a un problema. Pues cuando se trata del análisis comparativo y global, los historiadores británicos no tienen tradiciones intelectuales particularmente poderosas (a no ser que se contaran las tradiciones de inmigración abierta e intercambio anglo-americano) a las que recurrir. Más bien, y en líneas generales, reflejan y sufren las tradiciones dominantes de la vida intelectual británica. La comparación vino naturalmente con los políticos e industriales alemanes y japoneses, dado que ellos buscaban construir sus economías e imperios, con los hombres de Estado franceses que arrojaban ansiosas miradas a través del Rin, y con los intelectuales rusos que sopesaban los valores relativos de la eslavofilia y un giro hacia Occidente. Sin embargo, y excepto en raras ocasiones y entre círculos restringidos, no vino naturalmente con los británicos (o, por ese motivo, con los chinos), que eran siempre propensos a pensar en términos históricos más que en términos comparativos, y a juzgar sus instituciones políticas bien contra una versión idealizada de su propio pasado, o contra los ejemplos clásicos. Los historiadores británicos, además, han seguido su ejemplo, evitando por lo general el análisis comparativo y prefiriendo, en su lugar, trazar el desarrollo de las prácticas e instituciones políticas a través del tiempo. No deja de ser una pequeña maravilla, pues, que los mejores informes estructurales de las instituciones políticas británicas, desde *Structure of Politics* de Lewis Namier hasta *Treasury Control* de Samuel Beer, hayan tendido a ser escri-

tos por inmigrantes, forasteros, o trasplantados a los Estados Unidos, a los cuales las peculiares instituciones políticas británicas (e, incluso más, su capacidad para ganar consenso y fomentar la estabilidad y la prosperidad) les parecían menos que autoevidentes y merecedoras de investigación.[24]

Permítanme aclarar estos puntos sobre los costes de un "giro político" sin que lo acompañe un interés por la comparación nacional recíproca a través de la discusión breve de tres historiografías separadas: la de la corrupción política de los primeros tiempos modernos, la de la formación del Estado del bienestar, y la de las políticas de consumo en tiempo de guerra y de posguerra. "La vieja corrupción" es, por supuesto, un término abusivo del siglo XIX para referirse a las prácticas políticas del siglo XVIII, y continuó siendo, como Stedman Jones y otros han señalado, central en el análisis radical del Estado británico hasta mediados de siglo al menos. Como punto de entrada en el modo de pensar del radicalismo británico, el concepto de "vieja corrupción" soporta —y se ha aprovechado de—una gran atención en fechas recientes: el problema surge cuando los historiadores empiezan (como preconizó E. P. Thompson) a tratarlo como "un (...) término serio del análisis político", un concepto que en cierto modo describía con fidelidad las obras del Estado del siglo XVIII.[25] Pues mientras que el Estado del siglo XVIII era, en efecto, patrimonial y estaba dirigido por el patronaz-

24. Lewis B. Namier, *The Structure of Politics at the Accession of George III*, Londres, *Macmillan, 1929;* Samuel H. Beer, *Treasury Control: The Co-ordination of Financial and Economic Policy in Great Britain*, Oxford, Clarendon Press, 1956.

25. E. P. Thompson, "Eighteenth-Century English Society: Class Struggle Without Class?", *Social History*, 3 (1978), pág. 141, citado en Philip Harling, *The Warning of "Old Corruption": The Politics of Economical Reform in Britain, 1779-1846*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

go, era también, como John Brewer y Thomas Ertman han señalado, muy eficiente en términos comparativos. No sólo era capaz de extraer una proporción sorprendentemente grande del PIB para sostener las funciones del Estado (y, en particular, para sostener sus guerras), sino que la recaudación y la dispersión de esos fondos nunca, como sucedió en Francia, se delegó en realidad a intereses privados parasitarios. En verdad, por lo que respecta a cómo tales fondos se amontonaron a través de impuestos auto-establecidos y una deuda sostenida por el erario público, parece claro que, en algunos asuntos importantes, el Estado no era, hablando en términos de comparación, simple y relativamente "limpio", sino que se percibía como limpio (y, por eso, merecedor de crédito) por un sector bastante amplio del populacho.[26] Que ese mismo populacho pueda haber desplegado un lenguaje ferozmente crítico hacía "vieja corrupción" para comprobar cualquier tendencia hacia el soborno y para insistir en sus propias reclamaciones políticas no debería sorprendernos. Pero tampoco debería conducirnos a igualar a Henry Fox con el general de los granjeros o incluso el Parlamento de Walpole con las Cortes Españolas. Si así lo hacemos, llegarán a ser incomprensibles no sólo el funcionamiento del Estado en esta era sino también la bastante sorprendente actuación militar de Gran Bretaña. Al estudiar el desarrollo del Estado, pues, es esencial —y ha resultado fructífera— la atención a la estructura y la actuación de la oposición política, por la cual me refiero a otros Estados del siglo XVIII y no a las facciones parlamentarias opositoras.

26. John Brewer, *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783*, Nueva York, Alfred Knopf, 1988; Thomas C. Ertman, *Birth of the Leviathan: Building States and Regimes in Medieval and Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Y la misma puntualización puede hacerse para el estudio del Estado en el siglo XX. Si bien, en este caso, es la capacidad del Estado para "fomentar la vida" a través de las políticas sociales y de población, y no simplemente su habilidad para hacer la guerra, lo que reclama nuestra atención.[27] Sin embargo, también en este campo, los historiadores británicos han estado menos inclinados que los de otros países a pensar comparativamente. Cuando empecé a trabajar por primera vez en el Estado del bienestar británico, me sorprendió el grado con que las obras generales en este campo tendían a centrarse de manera muy amplia en las evoluciones nacionales a través del tiempo —en, digamos, la relación entre la ayuda victoriana a los pobres y la política de desempleo de entreguerras—, más que en el impacto de contra-ejemplos internacionales o externos "golpes al sistema" tales como la crisis económica y la guerra mundial.[28] En esto, sólo estaban siguiendo el ejemplo de sus temas: los arquitectos del Estado del bienestar británico tendieron a abogar por sus programas más en términos de historia que de comparación, invocando los males del pasado que necesitaban corrección antes que la presión de los competidores al otro lado del mar.[29] Y ello contribuyó, en efecto, a una

27. Recurro aquí a la dura distinción de Michel Foucault: véase su *History of Sexuality*, vol. 1, *An Introduction*, Nueva York, Vintage, 1980, parte 5 [trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, vol. 1, *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1978].

28. Véase, por ejemplo, Maurice Bruce, *The Coming of the Welfare State*, Londres, Batsford, 1961); Derek Fraser, *The Evolution of the British Welfare State, 1973* (2.ª ed., Londres, Macmillan, 1984). En contraste, Pat Thane reconoce de modo explícito el contexto global dentro del cual ocurren las evoluciones de la política social, incluyendo (como lo hizo Brewer) secciones comparativas en su estudio, *The Foundations of the Welfare State*, Londres, Longman, 1982.

29. El ejemplo clásico es, por supuesto, la famosa conferencia de1949 de T. H. Marshall, "Citizenship and Social Class", reimpresa en su *Class, Citizenship and Social Development*, Garden City, NY, Doubleday, 1964, págs. 71-134.

especie de miopía. Pues, visto en términos comparativos, lo que sorprende de la política social británica es el grado en que ha sido, durante las últimas décadas del siglo XX, una especie de política laborista de género disfrazada, con la salud, las medidas anti-pobreza y de bienestar infantil tomadas como rehén de un esfuerzo concertado para mantener la ficción de una norma según la cual el hombre es el sostén de la familia.

Gran Bretaña afrontó, por tanto, los problemas sociales que surgieron a causa de la crisis económica global de entreguerras valiéndose en gran medida de los subsidios de paro (que, aunque tacaños, eran mucho más generosos que los de cualquier otro país), más que de las políticas familiares que fueron adoptadas en otros países.[30] Sin embargo, tan acostumbrados estaban los políticos, los ciudadanos británicos y —más tarde— los historiadores a estas tradiciones que la naturaleza peculiar y no normativa de las tendencias británicas se perdió de vista. Las interpretaciones populares de las instituciones del Estado del bienestar, en otras palabras, por muy críticas que fuesen para la historia social y la política de partido del periodo, no nos ofrecen una muy buena comprensión analítica de estos Estados; ni nos dicen cuán bien o mal lo hicieron al enfrentarse con objetivos que esos gobiernos y populachos pudieran haber identificado. Sólo la comparación puede responder a esa pregunta, y si los historiadores sienten alguna responsabilidad de hacer debates públicos sobre elecciones políticas más realistas y mejor informados harán más de un esfuerzo para "pensar comparativamente".

30. Para lo cual, véase mi estudio anterior, *Family, Dependence, and the Origins of the Welfare State: Britain and France, 1914-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

Por último, consideremos la importante cuestión de las consecuencias políticas que tuvieron las políticas de consumo en Gran Bretaña durante y después de la II Guerra Mundial. En este punto, los historiadores que se han adaptado a los modos en que las identidades de género pueden ser influidas y movilizadas han tenido un impacto particularmente valioso. Hace quince años, en su influyente trabajo sobre la construcción de las subjetividades de posguerra, *Landscape for a Good Woman*, Carolyn Steedman volvió a contar de forma conmovedora cómo la insistencia del Gobierno laborista de posguerra para que la leche gratis para los escolares tuviese preferencia sobre las batas de fantasía para las mujeres animaba su joven personalidad y alienaba a la madre cansada y hambrienta de *glamour*, y, en fechas más recientes, se ha elaborado una investigación más sistemática sobre su idea.[31] Así, en un nuevo libro premiado sobre los efectos del sistema de racionamiento desde la II Guerra Mundial hasta su abolición final bajo los *tories*, Ina Zweiniger-Bargielowska demuestra que tales políticas de consumo gravaban a las mujeres en particular y, en el fondo, las alienaban: para decirlo con mayor crudeza, el Gobierno laborista pagó en las elecciones por su inhabilidad para comprender porqué, después de casi una docena de años, la paciencia de las mujeres con los tejidos utilitarios y la margarina pudiera estar disminuyendo.[32] Aquí otra vez, pues, una atención al género y una conciencia de los modos en que los deseos subjetivos pueden confundir o transgredir las prescripciones de "clase"

31. Carolyn Kay Steedman, *Landscape for a Good Woman: A Story of Two Lives*, 1986 (reimpresión, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press, 1987), especialmente págs. 29-30, 121-4.

32. Ina Zweiniger-Bargielowska, *Austerity in Britain: Rationing, Consumption and Controls, 1939-1955*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

nos ha dado una explicación más persuasiva y respetuosa de opciones políticas particulares.

Y sin embargo, este nuevo trabajo tiene sus limitaciones. Pues si una atención minuciosa a los efectos diferenciales de género y a las experiencias populares ilumina los resultados electorales, es menos útil cuando buscamos evaluar el significado social más amplio, y en este caso incluso militar, de dichos programas. Pues el examen de las políticas de consumo en tiempo de guerra y de posguerra consiste, con toda seguridad, en saber no sólo hasta qué punto cumplían con sus propias justificaciones retóricas (ya fuesen socialistas u orientadas hacia el mercado), ni incluso en saber hasta qué punto encajaban con las estrategias particulares de partido, sino también en saber en qué medida sostenían comparativamente la salud civil y la productividad —y, por extensión, la capacidad y estabilidad del Estado mismo— en un periodo de competencia militar y económica sostenida. Francamente, antes de que el laborismo pudiese ganar las elecciones de 1945, Gran Bretaña tenía que ganar la guerra. Las políticas de consumo tuvieron algo que ver tanto en la última como en la primera victoria, pero lo que esa responsabilidad era sólo puede comprenderse en realidad cuando las políticas y los logros británicos se comparan con los de otros países beligerantes, sobre todo Alemania. Un informe completo de los efectos del racionamiento y la austeridad debería incluir, por tanto, una dimensión comparativa, pero hasta este momento los historiadores militares y económicos han estado más dispuestos que los historiadores políticos o de género a moverse en esta dirección.[33]

33. Véase, especialmente, R. J. Overy, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, Clarendon Press, 1994, particularmente el capítulo 9.

III

He dedicado algún tiempo a estos tres temas de estudio separados para mostrar cómo un enfoque comparativo, o simplemente una mínima atención al entramado de relaciones económicas y políticas globales en que todas las naciones están inmersas, no sólo puede intensificar nuestra comprensión de la naturaleza y los efectos de las instituciones y prácticas políticas, sino que también podría incluso actuar como un control en algunas deformaciones o debilidades a las que la historia de la "alta política" y la historia política "nueva" podrían propender. Sin embargo, al recurrir a la comparación, soy muy consciente de que voy en contra de la corriente histórica actual. La historia comparativa nació del optimismo político de los años sesenta y setenta y del compromiso de los historiadores con los métodos de la ciencia social, y ese momento optimista y esas alianzas han periclitado definitivamente. En una era de relativo pesimismo cultural, los historiadores se han ocupado más por el significado que por la causa y se han encontrado con que los críticos literarios y los antropólogos son compañeros más apropiados que los científicos políticos. Y los últimos, en efecto, han vuelto la espalda, abandonando los enfoques históricos por el modelado formal, la cuantificación y las teorías de la elección racional. No sólo es bajo el interés por la historia comparativa, sino que las fuerzas para su reanimación parecen preocupantemente débiles.

Pero ¿qué, podríamos preguntarnos, hay del interés actual por el Imperio en la historia británica, un interés particularmente marcado en los Estados Unidos, donde los eruditos de Gran Bretaña han respondido a un decrecimiento de las matriculaciones y a un cambio en los intereses de los

estudiantes reciclándose en masa como historiadores imperiales? Si la historia comparativa está en decadencia, al menos la preocupación actual por las implicaciones imperiales de Gran Bretaña debe de estar retando a cualquier tendencia de "pequeños *inglaterristas*", que nos fuerce a considerar que los ideales de gobierno y las instituciones de Gran Bretaña pueden haberse forjado en Ciudad del Cabo y Calcuta así como en Liverpool y Londres, y desde aquí empezar a calcular un marco analítico capaz de incorporar las evoluciones en ambos escenarios. Y, ciertamente, yo estaría de acuerdo en que ésta es el área en que la interpretación estructural y una atención a la cultura política se han unido: aunque de distintas formas, *Imperial Meridian* de C. A. Bayly, *British Imperialism* de Peter Cain y Anthony Hopkin y *Colonial Masculinity* de Mrinalini Sinha pueden considerarse todos como intentos de situar los acontecimientos domésticos e imperiales dentro del mismo marco analítico.[34]

De nuevo, sin embargo, las presiones intelectuales e institucionales —desde la práctica tradicional de tratar la historia doméstica e imperial como campos de estudio separados, hasta la propensión posterior a Said a tratar los textos literarios y los artefactos culturales (más que a los acontecimientos y a las prácticas políticas) como los portadores críticos del imperialismo— militan contra tal integración. En una notable serie de artículos, Sinha —aunque en muchos aspectos es hija del momento *saidiano*— se ha preocupado por este problema. Eruditos recientes influidos por el "giro

34. C. A. Bayly, *Imperial Meridian: The British Empire and the World, 1780-1830*, Londres, Longman, 1989; P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism*, 2 vols., Londres, Longman, 1993; Mrinalini Sinha, *Colonial Masculinity: The "Manly Englishman" and the "Effeminate Bengali" in the Late Nineteenth Century*, Manchester, Manchester University Press, 1995.

imperial", señala ella, se han cuestionado la vuelta del imperialismo al centro de las historias nacionales indias y británicas; lo que realmente no han hecho es "unir a la metrópolis y a la colonia" en un marco analítico unificado.[35] A pesar de todos sus problemas, el marxismo y la erudición estructuralista de los años setenta, que tendían a localizar el poder bien en el aparato coercitivo del Estado o en las relaciones económicas globales, a veces eran más apropiados para lidiar con el carácter y los límites de la autoridad de lo que lo eran las interpretaciones culturalistas actuales. El hecho de que una historia imperial más antigua, que ahora se descarta a menudo como "tradicional", haya retenido esa preocupación por las estructuras sociales y las relaciones económicas es tanto mejor; este enfoque debería sostenerse y elaborarse, y no ridiculizarlo.

Este capítulo empezó como un encomio, y me temo que se ha convertido en una jeremiada. Ésta no era mi intención, pues lo que ahora se llaman enfoques "sociológicos" o "deterministas", cuando se aplican a las creencias y afiliaciones políticas de seres humanos que existen en la realidad, tienden a no ser sofisticadas y relevantes; si el liderazgo y la cultura son nuestras preocupaciones principales, nosotros estamos más bien por su desaparición. Pero el análisis estructural era y es necesario para algunas cosas, y en particular para el estudio de las prácticas e instituciones de gobierno, prácticas e instituciones que no siempre se comprenden bien por los gobernantes o los gobernados, y que se pueden resistir a cambiar o pueden cambiar en direcciones inespe-

35. Mrinalini Sinha, "Britishness, Clubbability, and the Colonial Public Sphere: The Genealogy of an Imperial Institution in Colonial India", *Journal of British Studies,* 40 (2001), especialmente págs. 491, 521.

radas y no pretendidas. Si los historiadores políticos británicos se preguntasen más rutinariamente cómo las condiciones globales, las estructuras de Estado y la competencia entre Estados puede haber afectado a sus historias particulares, o localizaran esas historias en un marco comparativo o imperial, podríamos ser capaces de preservar las ganancias conseguidas por el reciente "giro político" sin hundirnos en los bancos de arena gemelos de la mentalidad localista y el *panglosianismo.* Éste es un asunto urgente. Hoy, cuando la relación entre las culturas políticas nacionales y las relaciones globales de poder es particularmente tensa y difícil de entender, pienso que tengo razones para decir que necesitamos este tipo de historia política, *ahora.*

3

¿QUÉ ES LA HISTORIA RELIGIOSA AHORA?

Olwen Hufton

Cuando era estudiante en la Universidad de Londres, la historia religiosa era en gran medida historia política. En efecto, si miramos hacia atrás, lo que, a finales de los años cincuenta, se enseñaba sobre la temprana Edad Moderna de la historia británica podría haberse calificado como el Evangelio de sir Geoffrey Elton. Lo que se proponía para Europa era mucha religión y consecuencias políticas —*cuius regio eius religio*— condimentado con palabras tales como transubstanciación e iconoclasia para transmitir el contenido: fe y conflictos. Algunos hechos fundamentales de aquella experiencia permanecen grabados en mi cabeza, tales como una conferencia de Renier que pretendía inculcar en la mente del estudiante que sólo una de cada diez personas

de los Países Bajos eran calvinistas en la época de la revuelta holandesa. Quizás esté exagerando algo en lo que se refiere a las limitaciones del conjunto. Recuerdo, sin referencia precisa por lo que respecta al contenido, algunas conferencias muy elegantes del Lambeth Palace de Dom David Knowles sobre el monacato inglés y darme cuenta de que, en las preguntas de examen, la religión y el surgimiento del capitalismo eran una historieta proverbial. Weber y Tawney y el carácter confesional del cambio económico ciertamente debían haber figurado.

Yo me sentía moderadamente interesada pero no enardecida. Lo que me interesaba cuando me embarqué en mi carrera de posgrado era lo que pasaba al otro lado del Canal según el enfoque de los *Annales*, y también me atrajo, a ambos lados de ese Canal, la obra inspirada por la problemática marxista. En lo que se refiere al segundo enfoque, siempre he pensado que las preguntas que me generó eran más importantes que la interpretación general. La historia desde abajo se convirtió en una preocupación importante y desafiante en los años sesenta y setenta y ahí era donde me situaba enfáticamente. La escuela de los *Annales* y las preguntas generadas por el marxismo quedaban encerradas en aquella época dentro de lo "material" y, a pesar de Lucien Febvre, eran muy resistentes a un enfoque de las *mentalidades*. Sin embargo, los horizontes se estaban ampliando, y parte de esa experiencia que se ampliaba era para mi un nuevo tipo de historia religiosa.

Mi camino hacia Damasco empezó a principios de los años sesenta cuando, como estudiante de posgrado ocupada en escribir la historia de una ciudad de Normandía y su experiencia socio-política durante la Revolución (una ciudad donde yo había pasado algún tiempo en un colegio de

monjas), empecé a trabajar en el archivo departamental de Calvados. Alrededor de la mesa había tal vez una docena de viejos caballeros: algunos con hábitos religiosos; otros llevaban alzacuellos. Eran parte de un mundo ahora desaparecido, una circunscripción condenada de doctos clérigos regulares y seculares que escribían en el ocaso de sus vidas una historia de su orden con el cartulario y el registro de las tierras, o una del destino de los apresados o exiliados durante la Revolución. Todavía puedo visualizar la escena. Ellos dirigían en términos de números y tiempo la redacción de una historia religiosa desde el interior. No era exactamente una historia neutral en términos de énfasis y en parte era abiertamente hagiográfica. Pero, como puede atestiguar alguien que no haga mucho haya pasado algún tiempo con los enormes volúmenes del *Archivium Historicum Societatis Iesu*, existía un magnífico trabajo de recuperación que estaba muy documentado. Además, historiadores tales como Schurhammer, Rahner, Tacchi Venturi, no han sido reemplazados a medida que Occidente ha rechazado en gran medida la vocación religiosa.

Llegué a Calvados desde París, donde había asistido a un seminario izquierdista de historia revolucionaria francesa, y me concienciéde una lectura de la historia religiosa desde fuera. Ocurrió así. Primero estaba la tradición republicana articulada formalmente por Michelet y, segundo, el enfoque marxista adoptado por una larga línea de historiadores desde Aulard a Mathiez. Estas dos tendencias se unieron para ofrecer una narrativa dominante de la historia religiosa desde fuera. Para los republicanos franceses y los marxistas, la religión era anatema y la Iglesia y el Estado eran fuerzas polarizadas que competían por el compromiso del pueblo. Tal enfoque veía a la gente como incautos timados más que

timadores. La religión, considerada desde estos puntos de vista, era el opio del pueblo. La victoria del Estado sobre la Iglesia, de la modernidad sobre la secularización, tras una larga y amarga confrontación en Francia, se presentaba como lograda en gran medida sin su colusión. De manera más precisa, este triunfo ineluctable fue impedido por la resistencia del campesino ignorante. Al final, la victoria correspondió a la razón o, dicho de otro modo, la victoria fue del Estado sobre la Iglesia.

Por un lado, pues, estaba la actividad más interna, y, por otro, la exterior, una interpretación política que todo lo abarca. Lo que estaba a punto de ocurrir era algo que cambió notablemente la cara de la religión en la historia. Ésta era la entrada de una presencia que faltaba en gran medida hasta ahora, una historia religiosa desde el punto de vista del consumidor (o sea, la comunidad). Esta ampliación del marco de referencia, si bien no fue el único cambio, yo sugeriría que era el dominante, transformar la escritura de la historia religiosa de la civilización occidental en el siglo XX. Ello condujo la escritura de la historia religiosa más allá del estudio del *establishment* —clerical, laico y masculino— a un sector más popular. También se relacionó con otros asuntos históricos que marcaron el periodo y de los cuales, en algunos casos, ya no pudo diferenciarse. La religión en los años ochenta se interpretaba como una parte intrínseca de la cultura y como productora de cultura. Las mujeres y los hombres se consideraban como hechos, no nacidos, y, en ese proceso de modelado en Occidente, la creencia religiosa subyacía en el centro de dicho proceso de fabricación.

I

La cronología del cambio que trasladó el centro de interés desde la jerarquía eclesiástica y la alta política hacia la comunidad y la religión "popular" no se puede precisar en todos sus extremos. El primer salto, y el que consideraré en un primer momento, fue quizás la fuerza mayor que proyectó el cambio de visión del sacerdote hacia el rebaño. Vino desde dentro de la misma sociedad católica y se originó en Francia. Esta fuerza iba a catapultar la escritura de la historia religiosa hacia los reinos de algo que resultaba comprensible para los *annalistes*, porque era a la vez *histoire sérielle* (historia seria) pero también *histoire des mentalités* (historia de las mentalidades). En un contexto mundial más amplio —aunque los franceses lideraban también parcialmente ese ámbito— se produjo otra tendencia, más apasionante tal vez para los eruditos ingleses y americanos porque no presuponía un periodo de veinte años en los archivos departamentales para hacer un *doctorat ès lettres* [tesis doctoral de Estado]. Dicha tendencia transportaba una rama de los estudios históricos a los reinos de la emoción humana, a los factores que afectaban a esas emociones y a los motores del cambio. Se siente la tentación de resumir esta metamorfosis diciendo que Lawrence Stone estaba trabajando sobre la familia.[1]

Quiero dejar aparcadas ambas tendencias por un momento y concentrarme en el primer salto. Entre los clérigos que se sentaban en torno a la mesa de los archivos departamentales de Calvados estaba el abad Berthelot du Chesnay, más

1. L. Stone, *The Family, Sex and Marriage in England 1570-1640,* versión abreviada, Londres, 1979 [trad. esp.: *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra,* México, Fondo de Cultura Económica, 1990].

joven que los otros, profesor y dinámico erudito. Estaba interesado por lo que yo hacía, del mismo modo que yo lo estaba por su trabajo sobre el reformador educativo y eclesiástico del siglo XVII Jean Eudes. Un día me prestó las obras de un sociólogo religioso, Gabriel Le Bras. La preocupación de Le Bras, desde los años treinta, había consistido en explicar una serie de problemas que eran aún más patentes en el mundo de posguerra de Francia. Uno era el descenso religioso popular, el rebaño se estaba marchando, pero lo hacía de manera más notoria en unos lugares que en otros. Otro era una crisis en las vocaciones religiosas, cuya manifestación más seria era la falta de clero parroquial, pero también de monjas que fueran profesoras de la siguiente generación. (De hecho el éxodo de monjas no había hecho más que comenzar, puesto que el mundo de posguerra había visto un *mini-boom* en las vocaciones de las mujeres.)

Como Le Bras observó en los años cincuenta, el primer paso para solucionar dichos problemas era comprenderlos. El buscó en la historia, la geografía y la sociología las claves del movimiento de rechazo de la fe católica. En *Études de sociologie religieuse* [2] proponía una metodología —una metodología que lanzaba la pelota a los reinos de la historia y de la *histoire sérielle*— que, si se seguía, permitiría la elaboración de un mapa o mapas que marcaran la incidencia del descenso en tiempos específicos. Las fuentes para este punto de la investigación serían los registros de visitas. El registro de visita era el resultado de la investigación periódica por parte del obispo, o de un delegado sustituto, sobre el estado religioso de una o varias parroquias. El cuadro parroquial se podía relacionar

2. G. Le Bras, *Études de sociologie religieuse,* vol. I, *Sociologie de la pratique religieuse dans les campagnes françaises,* París, 1955.

con el cuadro diocesano, una subdivisión a su vez de un cuadro provincial más amplio. El producto final de los frutos acumulados por tales registros sería una geografía religiosa, algo querido para *nous des Annales* y un matrimonio nada breve de la *histoire sérielle* y de las *mentalités*. En segundo lugar se podían tratar los registros de entrada de los aspirantes al sacerdocio, como referencia también a la categorización seria; podían examinarse la incidencia, el estatus familiar y los niveles educativos, de modo que podía trazarse en un mapa de dónde y cuándo tuvo lugar la caída. En suma, se podía disponer de un mapa que se refiriese a cualquier periodo desde el siglo XVI (la visita se hizo más común después de que se cambiasen las funciones de los obispos en el Concilio de Trento) hasta los tiempos modernos, y de una serie de mapas que localizaran en qué punto se hacía visible el descenso.

El ejercicio requería ciertas decisiones relacionadas con los límites de la cuantificación. Primero: ¿con qué criterios podían medirse el compromiso y la conformidad religiosos? La vara de medir de Le Bras estaba determinada en parte por el tipo de preguntas que los obispos visitantes le hacían al cura de la parroquia sobre el que se lanzaban. Registraban la práctica de acuerdo con ciertos criterios. Esto hacía posible la categorización de grados de compromiso y falta de compromiso. La primera categoría era la de *croyant/pratiquant*, que se refería a los bautizados, casados y muertos, fortalecidos por los ritos de la Iglesia, así como a los que observaban la confesión y la comunión en Cuaresma y cumplían con la asistencia semanal a misa los domingos y fiestas de guardar. La segunda categoría era la de *conformisme saisonnière*, que incluía a quienes respetaban las obligaciones de Semana Santa y se adherían a los ritos de tránsito, es decir, a quienes se casaran en la Iglesia y bautizaran a sus hijos, pero que qui-

zás se despreocupaban de la práctica regular de los domingos o de la extremaunción. La tercera categoría era la de los que permanecían indiferentes a la práctica religiosa.

Aun a riesgo de simplificar demasiado lo que era una tarea gigantesca, que sólo un francés emprendería para perseguir el conocimiento, el trabajo de Le Bras reveló un Occidente y un Oriente *pratiquant* y ciertas áreas fervientes donde los católicos y los protestantes se yuxtaponían geográficamente. A mediados de los años cincuenta, ciertas ciudades y la impía Isla de Francia, la desembocadura del Ródano, la ciudad de Troyes, y así sucesivamente, se erigían como las marcadas por el descenso más precoz.

Algo aún quizás más importante: el punto de mayor descenso se produjo de manera más destacada hacia finales del siglo XIX e incluso hacia el siglo XX, hacia la I Guerra Mundial o incluso hacia la II Guerra Mundial y sus secuelas. Demostraba las siguientes características. La primera que, por lo general pero con algunas excepciones, el flujo hacia afuera ocurrió en las grandes ciudades antes que en los pueblos pequeños y en los pueblos pequeños antes que en las aldeas. Los hombres seguían el éxodo antes que las mujeres, aunque las mujeres de la gran ciudad se marchaban antes que los hombres de las aldeas. *Le dimorphisme sexuel* llegó a formar parte del vocabulario de trabajo del análisis. En una palabra, unos veinte años antes de que otras ramas de la historia se ocuparan del género, y *avant le mot,* Le Bras abrazó el concepto. Él también postulaba razones para el temprano descenso en los hombres; por ejemplo, los periodos de servicio militar, o una sociabilidad basada en la taberna que presentaba un modelo competidor de sociabilidad.

Además, su trabajo mostraba que, en vísperas de la Revolución francesa, apenas había una aldea en Francia donde

los *non pratiquants* excedieran del 8 por ciento de la población masculina adulta, y estaban concentrados en ciertos trabajos asociados con el comercio de bebidas o con las gabarras, o bien eran buhoneros itinerantes. Los intelectuales nunca afectan a la estadística. De hecho, observando su trabajo se podría decir que no se ve ninguna evidencia de descristianización o de los efectos de la Ilustración antes de los años 1790. La Revolución interrumpió la práctica regular y colocó a los píos en una relación hostil con el Estado republicano, pero, en conjunto, la Iglesia de principios del siglo XIX fue capaz de volver a captar a la mayoría de sus adeptos.

Donde hubo descenso, hubo una crisis de vocaciones, pero la caída en número del sacerdocio estuvo más acentuada en las ciudades prósperas y entre la burguesía. La Iglesia, despojada de su tierra y de su jerarquía, pagaba ahora salarios modestos y era una perspectiva menos atractiva para las familias acaudaladas. Puede que hubiera otras razones. Creo que fue el abad Berthelot du Chesnay quien me dio la idea de que una crisis de vocaciones resultaba inevitable cuando las madres, en el momento en que dejaban de dirigir los pasos del hijo, preferían perderlo en beneficio de otra mujer y no en el de la Iglesia y el celibato perpetuo. Los historiadores italianos del siglo XX postulan que la crisis de las vocaciones tuvo lugar cuando las familias rurales percibieron que tener un cura en la familia no acarreaba ya una mejora de su posición social. El número de mujeres que entraban en las órdenes religiosas activas alcanzó su nivel más alto en 1947 y desde entonces decreció rápidamente. Para la Iglesia esto fue fatal. Las órdenes femeninas, que habían sobrevivido a la separación de la Iglesia y el Estado (1905) y a la disolución de las órdenes de enseñanza, reaparecieron de manera significativa, sobre todo en la educación primaria y en la educa-

ción de niñas. El agotamiento de la provisión de monjas cortó el camino a las instituciones primarias de socialización.

Merece la pena comenzar con Le Bras porque la historia religiosa nunca volvió a ser lo mismo. La *histoire sérielle* había penetrado en las *mentalités*: la comunidad estaba en el centro de la escena. Estudios regionales separados, como los de Gérard Cholvy para la diócesis de Montpellier,[3] introdujeron en la ecuación la confrontación entre la política de izquierda y la religión. Otros, como el estudio de la diócesis de La Rochela, un bastión del protestantismo, introdujeron las tradiciones religiosas polémicas como medios en la perpetuación del compromiso de ambos partidos.[4]

"¿Cómo podía comprobarse y comprenderse la religiosidad?" Esta cuestión, planteada por Le Bras con respecto a la comunidad, sólo se había tratado hasta entonces a través de la conformidad y la práctica. ¿Podía haber otros indicadores para comprobar la fe y el fenómeno del descenso? La respuesta tenía que ser "sí", pero tengo que poner la pregunta en suspenso porque otros aspectos de incumbencia histórica estaban a punto de entrometerse en la evolución.

El interés por la historia de la familia y por la historia de las relaciones, de las emociones y, más tarde, de la sexualidad creció notoriamente desde finales de los años sesenta gracias a la obra de historiadores como Lawrence Stone,[5] Philippe Ariès[6] y Jean-Louis Flandrin,[7] que tenían muchos seguidores. El objetivo de la nueva historia familiar era de-

3. G. Cholvy, *Histoire du diocèse de Montpellier,* París, 1976.

4. L. Pérouas, *Le diocèse de la Rochelle 1648-1724. Sociologie et pastorale,* París, 1964.

5. L. Stone, *The Family, Sex and Marriage in England,* 1979 [trad. esp. citada en la nota 1].

6. P. Ariès, *Centuries of Childhood: A Social History of Family Life,* New York, 1962 [ed. original: *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime,* París, Plon, 1960; trad. esp.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen,* Madrid, Taurus, 1987].

tectar los cambios habidos en el comportamiento de la familia occidental. La nueva historia de la familia recurría en parte a los datos demográficos, *histoire sérielle*, pero mucho más a la misma literatura de la predicación diseñada para enseñar a los fieles la conducta cristiana. Esta literatura, que manaba de las primeras imprentas, era severa. Colocaba el deber hacia Dios sobre el amor del hombre o la mujer e interpretaba al niño como la fuente del pecado para ser disciplinado en la conducta correcta. Los padres eran advertidos contra la investidura emocional en un bebé o un niño y se les instaba a ver un propósito divino en la mortalidad infantil. Buscaba poner a la Iglesia, como proveedora de la doctrina cristiana, frente al control de la sexualidad. Jean-Louis Flandrin sumergía a sus lectores en la lúgubre literatura confesional que prohibía toda conducta sexual que no estuviese dirigida hacia la procreación legítima. Este tenebroso cuadro se suavizó, según Lawrence Stone, en el siglo XVIII —presentado como "el siglo del niño"—, con la secularización, la paz nacional y el consumismo.

No necesito presentar un alegato contra la construcción de la historia sobre las arenas de la predicación, pero la preocupación por la historia de la familia y la historia doméstica introdujo la necesidad de considerar la interrelación entre la religión y la conducta. Enfatizaba que, en los movimientos religiosos de reforma del siglo XVI, y con las nuevas armas de persuasión de la imprenta y del opúsculo, el control de la sexualidad por la Iglesia se incluyó con firmeza en el orden del día. Las evoluciones en la historia de-

---

7. J.-L. Flandrin, *Families in Former Times: Kinship, House hold and Sexuality,* Cambridge, 1979 [ed. original: *Familles: parenté, maison. sexualité dans l'ancienne société,* París, Hachette, 1976; trad. esp.: *Orígenes de la familia moderna,* Barcelona, Crítica, 1979].

mográfica confirmaron el éxito de los movimientos de reforma para conseguir el matrimonio dentro de la Iglesia y, por tanto, para controlarlo. Y de modo progresivo —pues llevó un siglo o más— dichos movimientos produjeron niveles excepcionalmente bajos de ilegitimidad —por debajo del 1 por ciento de los nacimientos—, sobre todo en la Europa Occidental del siglo XVII. Es verdad que estos niveles subieron otra vez en el siglo XVIII entre las clases trabajadoras de los pueblos. Sin embargo, el registro del siglo XVII parecía confirmar la existencia de un hogar verdaderamente santo, un triunfo, en palabras de Dylan Thomas, por tener "*Thou shalt not ...*" en la pared. La historia de la familia había encabezado un movimiento que quedaba lejos del análisis y del comentario sobre el proceso de control por la Iglesia y el Estado, o la búsqueda de la ortodoxia en el hogar y en la comunidad, y asimismo alejado de la preocupación por las estadísticas únicamente. El material de predicación cualitativo y el muestreo selectivo de datos, más que la implacable reunión de números, se hizo más común.

II

La preocupación por la religión como agente de control social en el hogar y en la comunidad se convirtió en un tema sólido de la historiografía en todo Occidente desde los años setenta. Y así permanece.[8] Las definiciones de cómo se logró la ortodoxia mediante la confesión, la Inquisición, la instrucción catequística y la humillación de los pecadores en la comunidad han inspirado algunos de los mejores escritos

8. R. Po-Chia Hsia, *Social Discipline in the Reformation: Central Europe, 1550-1700*, Londres, 1989; *The World of Catholic Renewal 1540-1700*, Cambridge, 1998.

históricos de finales del siglo XX.[9] Tales obras han examinado los límites entre la coerción para lograr la conformidad —como, por ejemplo, se manifestó en la Inquisición o en el nuevo énfasis sobre la amenaza del purgatorio— y la esperanza: la promesa de salvación para los que obedecían las reglas. De entre la abundante literatura elegiré tres obras, todas francesas, pero todas traducidas a varios idiomas europeos, y cada una de ellas vitalmente importante para determinar el campo de estudio.

La primera aborda esta incómoda pregunta: "¿En qué momento se puede decir que una población está cristianizada?". Era un estudio de Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324,* [10] basado sobre todo en un registro de visita del siglo XIV de un área de los Pirineos que había sufrido a los cátaros. Buscaba transmitir el estado moral de un área remota que había abrazado la herejía en el siglo XIII. La obra era muy legible y bastante preocupante. También era algo decepcionante en la medida que escogía las historias más sustanciosas de una diócesis entera y las concentraba en una única aldea. Algunas de éstas eran muy picantes, tales como el testimonio de una mujer de que era aceptable, y no incurría en la imputación de pecado, el copular con un cura (además de con su marido) simplemente porque era cura. Había también ignorancia del Padrenuestro, de los Mandamientos y una inhabilidad general para santiguarse de manera adecuada. En resumen, el

9. H. Schilling, "Chiese confessionali e disciplinamento sociale. Un bilancio provvisoria della ricerca storica", en P. Prodi (ed.), *Disciplino dell'anima, disciplina del corpo e disciplina della società tra medievo e età moderna,* Bolonia, 1994, págs. 125-160; A. Prosperi, *Tribunali della coscienza: Inquisitori, confessori, missionari,* Turín, 1996.

10. E. Le Roy Ladurie, *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324* (véase *supra* "Prólogo" nota 22.

contenido efectivo de doctrina religiosa era muy flojo. Por medio de una generosa extensión, este estudio permitía formular la tesis de que Europa no fue cristianizada efectivamente antes de la Reforma y de la Contrarreforma católica. Se alza una voz de resistencia a esta gran teoría, pero todavía demanda un amplio consenso.

El segundo ejemplo procede de las obras de Jean Delumeau, autor de muchos estudios sobre la religión.[11] Su obra más influyente, aunque quizás no la mejor, es *La péché et la peur* (1983). Su primer trabajo sobre la Roma del siglo XVI rezuma un estatus clásico y es un enfoque *annaliste* de las estructuras socio-económicas y político-institucionales de la ciudad celestial. Su texto sobre las dos Reformas, traducido en 1977, es todavía quizás la mejor interpretación general del periodo. *La péché et la peur,* en cambio, es parcial y, a veces, algo incoherente. A pesar de todo, ha sido muy influyente. Se basa en gran medida en sermones, manuales de confesión y otra literatura, y trata la relación entre el confesor y el hijo espiritual. Plantea esta pregunta: "¿Cómo se las arregló la Iglesia del siglo XVI (y, da a conocer, las reformas católicas y protestantes) para 'convertir' a una población que carece de conocimiento ortodoxo?" La (simplicísima) respuesta se da a través de un desarrollo de las nociones del pecado, del mal (brujas y fornicadores) y del miedo. Incluso los que claramente no tenían culpa eran incitados a mortificar la carne y, debido al miedo a una serie de castigos

11. J. Delumeau, *La Vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVI^e siècle,* 2 vols., París, 1957-1059; *Catholicism between Luther and Voltaire,* Cambridge, 1977 [ed. original: *Le catholicisme entre Luther et Volataire,* París, Presses Universitaires de France, 1971; trad. esp.: *El catolicismo de Lutero a Voltaire,* Barcelona, Labor, 1973]; *La peché et la peur...* [véase *supra* "Prólogo", nota 22], y *Rassurer et protéger. Le sentiment de securité dans l'Occident d'autrefois,* París, Fayard, 1989.

aquí y ahora y en el más allá, vivían en constante inquietud. El pago del pecado es la muerte. De este modo, sostenía Delumeau, las dos confesiones tenían éxito al implantar la obediencia a sus enseñanzas. En suma, el control social para Delumeau era la conformidad forzada a una u otra confesión por medio del miedo y el desarrollo de instituciones tales como el confesionario y la práctica de la confesión, así como de la Inquisición. El caso había sido planteado antes, pero de una forma menos angustiosa. La moralidad ("Thou shalt not...") se imponía con conceptos paralizantemente terribles del Purgatorio y de las hogueras eternas del Infierno.

La historia del Purgatorio era la de un espacio entre la muerte y la vida eterna donde el pecador era atormentado hasta que era purgado (de ahí el término) y capaz de encontrar la paz. El Purgatorio era esencialmente una *promotion catholique* porque los reformadores protestantes consideraban que no tenía un adecuado respaldo bíblico. Fue rechazado con firmeza por Lutero y por todos los teólogos protestantes, que, sin embargo, constituían la línea dura del frente del pecado y protagonistas de los tormentos del Infierno. El Purgatorio había sido comercializado en dos niveles a finales de la Edad Media: primero, por la venta de indulgencias que garantizaban el suspenso de sus peores tormentos, y, segundo, mediante la compra de misas por el descanso de los fieles fallecidos, siendo los frailes la vanguardia en la ejecución de esto último. Los Concilios de Trento reafirmaron el espacio del Purgatorio, y desde entonces la creencia en el Purgatorio se vio como una distinción fundamental entre el credo católico y el protestante. En Trento se dejó claro que el factor crítico que determinaba cuanto tiempo se pasaba en este terrible lugar era la confesión, la contrición y el arrepentimiento, y la muerte católica tenía que acompañarse con

un examen final de conciencia. Pero las disposiciones para mitigar las posibilidades horrendas del espacio del Purgatorio —las oraciones, las buenas obras, etcétera— permanecieron. La obra de Delumeau sobre el pecado y el miedo se preocupaba por hacer que la última emoción fuese virtualmente el único motor de la conformidad religiosa. Las nociones de esperanza o de consecución de la gracia o el solaz en un mundo difícil —o, en verdad, de cualquier tipo de confort— no tenían cabida. En mi opinión, aunque admiro la riqueza de la obra de Delumeau y las preguntas que formuló, es en este punto donde es culpable de distorsión. Sin embargo, contribuyó poderosamente a que evolucionara la industria historiográfica de la muerte.

Para Delumeau, la temprana Edad Moderna trataba de la imposición del miedo al no conformismo y las estructuras de control impuestas por la enseñanza de la Iglesia. Si Stone y Flandrin eran pesimistas en sus informes acerca de las relaciones humanas como resultado del impacto de la Reforma y de la enseñanza contrarreformista católica, los informes de Delumeau sobre los rituales de mortificación colectiva y penitencia individual tienen un efecto cauterizante. Sin embargo, su tesis no se puede rechazar en su totalidad, y, en efecto, de una forma u otra, incluso la historiografía católica actual admite el fuerte componente de miedo que se revelaba en el esfuerzo de convertir a las masas. Además, durante tres siglos tuvo éxito al reforzar la conformidad religiosa y moral de las masas. Se reconoce ampliamente que la Reforma y la Contrarreforma católica representaron el triunfo de la Cuaresma. La creencia en el mal (más fuerte, quizás, que la creencia en el bien) que se manifestaba en los juicios a las brujas; el frecuente examen de conciencia y la aceptación de la penitencia; la aprensión en particular al placer sexual, y la vergüenza al fracaso a cumplir con los crite-

rios exigidos en los mandamientos bíblicos, todo avalaba la tesis de Delumeau. Sin embargo, él ciertamente deja a un lado los aspectos más positivos del cambio.

La tercera obra de mi elección, una imponente tesis de Estado francesa —una obra citada por mucha más gente de la que en realidad la ha leído— es *Piété baroque et déchristianisation* de Michel Vovelle.[12] Vovelle, marxista simpático y erudito de primera clase, recurrió literalmente a miles de testamentos provenzales (ésta era otra obra de la *histoire sérielle*) para buscar la aparición de la descristianización o de signos de secularización. Eligió definir a un católico por la manera en que el hombre y la mujer preveían la muerte. Su trabajo fue un estudio excepcionalmente rico de *ars moriendi*. Se detenía en la iconografía de las tumbas o monumentos funerarios y buscaba analizar y cuantificar el preámbulo formal de miles de testamentos. Estos testamentos eran catalogados de acuerdo con la ciudad, el país, el género, etcétera.

Dicho preámbulo contenía instrucciones para el funeral del fallecido en orden a la realización de procesiones (por lo general, con un número simbólico de pobres que seguían la carroza fúnebre) y donativos para limosna el día del acontecimiento, así como una provisión para misas por el descanso del alma en el Purgatorio, durante un considerable espacio de tiempo. No ofrecía muestras de sus fuentes, pero intentaba ser exhaustivo. Releer a Vovelle es ser consciente de lo mucho que la desaparecida tesis de Estado contribuyó a hacer avanzar el conocimiento histórico. Demostró primero el colapso estilístico de la tumba barroca en el siglo XVIII; la simplificación de la procesión fúnebre y, entre las elites urbanas masculinas, una reducción del número de misas por

12. M. Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation en Provence 1750-1820,* París, 1973.

el descanso del alma en los años 1770. Observó que estas tendencias prefiguraban la descristianización/secularización y marcaban, en efecto, el comienzo de un declive en la creencia del Purgatorio. También detectó un ligero declive en las sumas que se disponían en el preámbulo del testamento para causas caritativas. La extensión de la obra de Vovelle era impresionante, y fue copiada de modo selectivo a una escala relativamente pequeña (unos pocos cientos de casos más que miles) para ver si las tendencias que él sugirió tenían una aplicación más general. El trabajo colectivo organizado en París por iniciativa de Pierre Chaunu[13] sugería que la capital era tal vez algo más precoz que Provenza.

La interpretación de Vovelle coincidía más con una visión anterior del impacto del pensamiento de la Ilustración en la conducta social. De hecho, ofrece poco para cuestionar el cuadro de conformidad de Le Bras, puesto que lo que podemos estar observando no es más que un cambio en los estilos artísticos en que la influencia clásica triunfó sobre el florido barroco. La Ilustración católica en sí buscaba simplificar los ceremoniales. El declive de la donación benéfica a los hospitales de Provenza detectado por Vovelle fue confirmado por Daniel Roche para el París prerrevolucionario. Sin embargo, el mismo Vovelle apreció que los donativos se hacían cada vez más a las órdenes religiosas femeninas con vocación social, pero que, dado que éstas no existían al principio de su estudio, no las había incorporado a su análisis. Lo que Vovelle demostró en realidad fue que el cambio era visible sólo en las prácticas de las elites masculinas.

Vovelle hizo de un examen del auge y caída de los ritos que rodean la muerte una preocupación muy importante. Algu-

13. P. Chaunu, *La Mort à París XVI^e, XVII^e et XVIII^e siècles,* París, 1978.

nos fueron más allá. Sam Cohn, en *Death and Property in Siena, 1205-1800: Strategies for the Afterlife*[14] criticaba la práctica de Vovelle de utilizar solo el preámbulo del testamento, donde sólo se distribuía una simple fracción del patrimonio total, porque ocultaba el número de testadores que hacían donaciones muy importantes o convertía a las instituciones benéficas en las *erede universalis*. En esta visión, Vovelle ocultaba el valor real de los donativos para asistencia. Cohn planteó la interesante cuestión de definir las prioridades cambiantes de la donación benéfica de los testamentos a lo largo de un dilatado periodo de tiempo. Discernió, por ejemplo, que en la Siena del siglo XV, el receptor favorecido de legados era el convento de monjas, pero esto cambió en los siglos XVI y XVII por donativos a fondos de dotes para ayudar a casarse a las chicas jóvenes. (Una razón para esto, en mi opinión, podría ser una amplia repugnancia por la nueva severidad de los claustros impuesta por los Concilios de Trento.)

Cualesquiera que sean las reservas que podamos hacer sobre la magistral tesis de Vovelle, él quizás estuvo tan cerca como era posible de trazar el mapa del auge y declive del Purgatorio. Además, aunque haya habido trabajos más modestos en cuanto al número de testamentos examinados y de muestreo de grupos específicos y de la especificidad cronológica, nadie ha enfocado su trabajo con la misma amplitud geográfica y espacio de tiempo. Sin embargo, un muestreo selectivo para Madrid en el siglo XVI de Carlos Eire ha transmitido con particular intensidad y riqueza de detalles el temor español a la vida después de la muerte.[15]

14. S. K. Cohn, *Death and Property in Siena, 1205-1800: Strategies for the Afterlife*, Baltimore, 1988.

15. C. Eire, *From Madrid to Purgatory: The Art and Craft of Dying in Sixteenth Century Spain*, Cambridge, 1995.

En un aspecto distinto, las evoluciones en la historia familiar y el giro lingüístico generaron una preocupación por las autobiografías, las cartas y los diarios (documentos del ego), siendo así que el diario se vendió primero como un vehículo para guardar un recuerdo espiritual. Además, los confesores, confrontados con una mujer piadosa dedicada a las buenas obras y de inclinación espiritual, la exhortaban a escribir sus experiencias religiosas para debatirlas. En la mayoría de los casos, tales mujeres tenían alguna educación. Una lectura severa de esta práctica podría ser que el confesor esperara tener a alguien especial en sus manos, lo que lo convertiría en el guía espiritual de una futura santa o mística. Una lectura más generosa podría ser que estuviese resuelto a debatir la importancia de sus pensamientos o sus supuestas experiencias. En este tipo de escritura hay mucha menos tristeza y mucha más esperanza de las que podemos encontrar en la literatura de predicación. En efecto, las historiadoras italianas[16] ven este tipo de ejercicio como un paso inicial en la apropiación de las mujeres para sí mismas de algún tipo de *autoconscienza*; esto es, aprender a pensar abstractamente y a encontrar valor en sus propios pensamientos.

La relación entre historia y literatura dio lugar a preguntas sobre alfabetismo y sobre las diferencias entre regiones y países. El género dominante de publicación que salió de las imprentas de ambas confesiones era religioso. El pueblo de Europa se convirtió en "el pueblo del libro". Los registros diferenciales de áreas protestantes y católicas

16. L. Scarrafia y G. Zarri, (eds.), *Women and Faith,* Cambridge, MA, 1999.

se ponían de relieve con los ingleses y los holandeses y algunos Estados alemanes que dejaban atrás al registro católico en lo referente a la capacidad de leer. Margaret Spufford demostró cómo la alfabetización femenina en las aldeas de East Anglia creció con la lectura de la Biblia en la comunidad.[17] El retraso percibido, sin embargo, entre la alfabetización protestante y la católica impulsó la pregunta de porqué existía tal retraso. De hecho, los porqués empezaron a multiplicarse exponencialmente a finales de los años sesenta y en los setenta.

Una tendencia importante, que multiplicaba las preguntas, era la de la historia de género y de las mujeres y la preocupación afín por "lo cultural". La historia de la familia se había detenido mucho en la predicación, pero la historia de género fue más lejos al explorar los factores culturales que determinaban a las mujeres y a los hombres. "Las mujeres y los hombres se hacen, no nacen"; así pues, ¿qué los hizo? Era difícil para el historiador europeo, aparte del antropólogo o el sociólogo o el historiador de Oriente Proximo o de Asia, no empezar con la religión como el referente cultural dominante. El énfasis con que los movimientos de reforma contemplaron el conocimiento de la Biblia, o la instrucción catequística que se manifestaba en la literatura de predicación que salía de las imprentas, era sólo un aspecto de la presencia de modelos bíblicos en el desarrollo social. La historia de Adán y Eva, que hacía a la mujer la tentadora y la crédula, el sexo más pecaminoso, abrió el discurso. En el Génesis, como luego sería confirmado por San Pablo, se obligaba a las mujeres a sentarse en silencio en la iglesia, a estar bajo el dominio del hombre, y a dar a luz con dolor. Este

17. M. Spufford, *Contrasting Communities: English Villagers in the 16th and 17th centuries,* Cambridge, 1974.

texto incluso llegó a provocar en el siglo XII debates entre los clérigos sobre si las mujeres tenían alma.

Afortunadamente, ese asunto se decidió de modo afirmativo. La leyenda de Eva subyacía detrás de una lectura de la mujer como el sexo inferior. La filtración de la responsabilidad diferencial en los códigos legales, los dobles patrones de castidad masculina y femenina, la proclividad a mirar a las mujeres como los agentes del mal en potencia, ciertamente habían de tenerse en cuenta en el paquete de discapacidades que amenazan a las mujeres. La religión era parte de la maraña de restricciones y responsabilidades dentro de la cual una hija tenía que negociar su existencia. El Génesis, I Timoteo 2, 9-15 y la buena ama de casa de los Proverbios 31 se convirtieron en parte del programa documental para una historia de la mujer. Además, el convento, como institución religiosa, proporcionaba una función de "limpieza" para las víctimas de la ambición dinástica en muchos países europeos; notablemente, quizás, en Italia, donde el sistema de dote restringía el número de hijas por hogar que podían casarse. Una de cada tres o una de cada cinco chicas patricias procedentes de las mayores ciudades italianas de la temprana Edad Moderna se destinaban al claustro. ¿Cómo se sentían ellas? ¿De qué manera llenaban su tiempo? ¿Sobre qué versaba este espacio femenino? A finales del siglo XX se dedicaron muchas palabras a la historia de las monjas, y la excitación creció cuando las mujeres individuales de la religión fueron identificadas como las primeras escritoras, pintoras y músicas a las que se podía dar nombres, Hildegarda de Bingen, Sor Juana de Ciudad de Méjico, Plautilla Nelly de Florencia. Se mencionó otra pregunta: ¿era la celda forrada de libros una habitación propia? El peso de la evidencia emergente era que ofrecía algunas posibilidades, particularmente para el estudio literario, pero que,

de hecho, era un espacio muy mediado, y que el estricto recinto que se hizo respetar durante algunos años después de Trento cortó el necesario contacto exterior.

El estudio de terciarios y místicos creció en volumen y se apuntó una contradicción. ¿Por qué una religión que parecía ofrecer a las mujeres sólo una participación de segunda clase resultaba atractiva para ellas? Las respuestas a tal pregunta fueron diversas. Aparecieron estudios en "Holy Anorexia",[18] la condición de las mujeres en busca de la experiencia mística a través de la privación de comida —incluso Teresa de Ávila las reconoció como una categoría distinta— para ganar estima entre la población. Algunos historiadores, sobre todo americanos, explicaron este fenómeno en términos de otorgamiento de poder dentro de una sociedad que ofrecía pocas alternativas. Pero había otras explicaciones para el llamamiento que la religión hacía a las mujeres. Una línea productiva de investigación convertía a la religión en parte del negocio del solaz en la medida que permitía la construcción de una relación entre mujeres que sufrían en la sociedad y santos a los que se les atribuían ciertas experiencias. Hasta hoy, si nos situamos frente a la capilla de Santa Rita de Cascia y leemos los exvotos, nos damos cuenta de la relación entre sufrimiento y solaz. Sobrepasando incluso a la Virgen en popularidad, Santa Rita, en el reconocimiento popular aunque no en el oficial, ha sido la santa de la esposa apaleada.[19] La Europa cristiana está también salpicada de capillas donde las estériles hacen sus peticiones. Las mujeres llevaban a sus niños nacidos muertos a los *sanctuaries à*

18. C. W. Bynum, *Holy Feast and Holy Fast: The Religious Significance of Food to Medieval Women,* Berkeley, 1987; R. Bell, *Holy Anorexia,* Chicago, 1995.

19. L. Scarrafia, *La santa degli impossibili. Vicende e significati della devozione a Santa Rita,* Turín, 1990.

répit [santuarios de arrepentimiento] y rezaban para que ocurriese un milagro que los resucitara, de modo que pudiesen ser bautizados y sus espíritus no tuvieran que vagar en el limbo.[20] ¿Qué estaba aquí en juego? ¿El miedo? ¿La congoja y el deseo de hacer todo lo que se pudiera? Como es obvio, la historia de la maternidad y la historia de las manifestaciones de religiosidad están relacionadas.

Las historiadoras italianas estuvieron rápidas al apropiarse de la noción de que la religión en el hogar es un cometido maternal. Los niños aprenden sus oraciones, y cómo santiguarse, de sus madres; la cocina y la preparación de las fiestas religiosas son realizadas por las madres. En resumen, y se podría pasar mucho tiempo con este tema, lo que la historia de género y la historia de la mujer hicieron por la religión fue dividir la comunidad, con mayor hincapié de lo que Le Bras y Vovelle habían hecho, en masculina y femenina y sugerir razones de compromisos diferentes, diferentes modos de participación. El desarrollo de una historia de masculinidades y la preocupación por la homosexualidad también interfirieron a su debido tiempo, ofreciendo en este punto motivos distintos para abandonar el compromiso religioso.

La división no cesó aquí. Llegando tal vez a imaginar incluso que la preocupación por el género era la preocupación por la clase y la noción de elite y las culturas populares. La historia de las persecuciones de la brujería se planteó durante mucho tiempo como un momento, hablando en términos históricos, en el que había consonancia entre las dos. Esta consonancia se rompió por las dudas de las elites que empezaron a oponer resistencia a las denuncias que venían desde abajo. La historia de las perse-

20. O. Hufton, *The Prospect Before Her: A History of Women in Western Europe 1500-1800,* Londres, 1995.

cuciones y de los conceptos locales del mal y su omnipresencia en libertad en el mundo nos han dado mucho que pensar con respecto a la creencia popular. ¿Dependen las nociones del bien y del mal la una de la otra?[21] ¿Por qué eran denunciadas como brujas más mujeres que hombres, y por qué eran otras mujeres tan importantes entre quienes las denunciaban?

La historia de la religión del pueblo también estaba inspirada por el examen de las devociones populares, las peregrinaciones, los retablos, los exvotos, los pleitos, el contenido de las iglesias, las prácticas. El mismo Le Bras había propugnado que merecía la pena examinar las peregrinaciones con este fin, pero no fue quizás hasta mediados de los años noventa cuando se hizo una evaluación sistemática de las modas variables de los lugares de peregrinación y de los cambios en las comarcas de donde procedían los peregrinos. Del mismo modo, los historiadores del arte examinaron el contenido de las iglesias y el significado particular de ciertos artefactos, tales como las vírgenes parturientas boca abajo del Macizo Central, desgastadas por las mujeres de la parroquia que hacían una tisana con raspaduras de la piedra para favorecer la concepción. Un examen del contenido de las iglesias parroquiales inglesas ofreció la materia prima para el estudio de Eamonn Duffy *The Stripping of the Altars*,[22] que sostenía la vitalidad de la vida religiosa inglesa cuando irrumpió la Reforma. Todos estos modos de tratar las manifestaciones de religiosidad ayudan claramente a comprender lo que la religión significaba para las masas y sin duda se podrían llevar mucho más lejos.

21. L. Roper, *Oedipus and the Devil: Witchcraft, Sexuality and Religion in Early Modern Europe*, Londres, 1994.

22. E. *Duffy, The Stripping of the Altars: Traditional Religion in England 1400-1580*, Londres, 1992.

El reconocimiento de este tipo de material ganó ímpetu con la evolución antropológica de la historia a finales de los años setenta.[23] La estrecha persecución de los símbolos y rituales como medio para descodificar la dinámica y las estructuras de pensamiento de sociedades enteras dio una nueva preeminencia a ciertos aspectos de la práctica religiosa. Tales estudios se centraban en las ceremonias de la ciudad, la iglesia y la vida de la corte, las procesiones, los peregrinajes, y los ritos, las ceremonias que marcaban el paso de un individuo a través de las distintas fases del ciclo de la vida, tales como el bautismo, que marcaba la entrada social en una comunidad, lo situaba a uno en un grupo de parientes y le daba un apoyo más amplio por medio de los padrinos; el matrimonio, la institución que la Iglesia se esforzó por controlar durante dos siglos para regular y legitimar ciertas relaciones sexuales, pero también una ceremonia que marcaba la transferencia de una mujer de la autoridad de un hombre a la de otro y la creación de una nueva unidad en la historia de la comunidad. Trascendiendo estos dos estaba la muerte, o mejor, los ritos que la rodeaban. Sin embargo, como en el caso del bautismo y el matrimonio, quizás lo que estemos observando en estos rituales participativos sea parte del negocio de pertenencia, de ser una persona informada dentro de la comunidad y de reclamar una parte.

IV

Asociada con esta conciencia de la religión como un atributo de pertenencia estaba otra preocupación "de moda" de la

23. C. Geertz, *The Interpretation of Cultures,* Nueva York, 1973 [trad. esp.: *La interpretación de las culturas,* Barcelona, Gedisa, 1988].

historiografía del siglo XX, la de la formación de la "identidad". Aunque se me ha dicho firmemente en muchas ocasiones que la identidad es una creación de la modernidad, me niego a creerlo. En el bagaje cultural de los pueblos europeos, la confesión y la práctica religiosa estaban empapadas de la leche de la madre, y la diferencia en cómo lo estaban las confesiones distinguía a una población de otra. La historia religiosa de la temprana Edad Moderna, por usar el vocabulario de la escuela francesa, plantea *frontières de catholicité* [fronteras de catolicidad], áreas donde los católicos y los protestantes vivían en incómoda proximidad. Tales áreas eran centros críticos de denuncias y de cacerías de brujas.

Las comunidades mixtas de judíos y gentiles, católicos y protestantes, protestantes y versiones de protestantismo, incluso cuando no estaban implicadas en un conflicto real, eran conscientes de la diferencia y se delimitaban unas de otras de modo bastante estrecho. La escolarización separada y las fuentes de beneficencia para los pobres se asociaban con la diferencia religiosa. Ciertos trabajos se asociaban con la judería, por ejemplo, el comercio de ropa de segunda mano en la Venecia del siglo XVI y en Viena en el siglo XIX. Los hábitos alimenticios se conservaban y delimitaban a una religión de otra. En una novela de 1528, Delgado, un sacerdote sifilítico, describía a la Lozana, una conversa (una mujer cuyos antepasados judíos se habían convertido al cristianismo) y prostituta que había huido de España cuando empezaron las persecuciones y ejercido su oficio en la Roma del siglo XVI. Ella no sabía nada del ritual judío o de las creencias judías, pero nunca comía salchichas de cerdo. Los modos de cocinar y limpiar los recipientes traicionaban a los judíos ocultos. El nacionalismo del siglo XIX —y del XX— abrazó la diferencia religiosa, como en las comunidades mixtas de Irlanda, o en la Polonia que se resistía a la rusificación. La

noción de diferencia, llamada más elegantemente "otredad" o "alteridad", se ha convertido en una herramienta analítica muy importante en los estudios culturales.

Ciertamente, la cuestión de la historia religiosa y de la definición de la identidad ha salido a la superficie como un asunto clave incluso sin los estudios sobre el Holocausto y el islam. A menudo ha sido un componente importante de las obras de microhistoria, la lectura de una cultura a través de un incidente o un pleito. El modelo, y la más exitosa de estas obras, fue *El queso y los gusanos*[24] (1992) de Carlo Ginzburg. Los incidentes, que pretendían localizar un acontecimiento en un entorno cultural particular cuidadosamente construido y en un marco temporal, se encapsulan en un pleito particular o en un periódico circunscrito en el tiempo, o en un acontecimiento tal como un carnaval que concluyó con disturbios entre dos grupos religiosos, o en un dossier para refrendar una solicitud de santidad. El compromiso religioso y las definiciones descritas se consideran las claves culturales críticas para comprender toda una sociedad.

El equilibrio de las nociones de diferencia en la yuxtaposición de dos religiones con códigos de creencias opuestos ha sido fundamental para la comprensión de los encuentros culturales de los europeos cuando se expandían por Asia y las Américas. No hace mucho me sumergí en una parte de la literatura de las misiones jesuitas del siglo XVI con la intención de comprender cómo estaban financiadas. Sin embargo, no se llega muy lejos sin una conciencia de cómo veían los misioneros a la sociedades que encontraban, y por esta razón obras tales como *Francisco Javier*[25] de Schurhammer

24. C. Ginzburg, *El queso y los gusanos* (véase *supra*, "Prólogo", nota 23).

25. G. Schurhammer, *Francis Xavier: His Life and Times,* 4 vols., Roma, 1982 [trad. esp.: *Francisco Javier: su vida y su tiempo,* Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992].

han sido explotadas para propósitos que iban mucho más allá de la intención original del autor. Considero *Memory Palace of Matteo Ricci*[26] de Spence una de las obras más interesantes que leí en las últimas décadas del siglo XX. Su objetivo es demostrar los medios por los que un italiano de gran cultura y astucia se enfrentó a una civilización que no era cristiana, pero por la que él, a pesar de ello, tenía un gran respeto. En verdad, de todas las civilizaciones que encontró, la cultura china era la única que estaba dispuesto a poner a la altura de las culturas católicas de Europa. No sólo escribió el comentario más influyente sobre la civilización china, que transformó el modo de pensar europeo sobre ese continente. También trató de persuadir a la sociedad mandarina china (los jesuitas comenzaron por arriba porque no tenían ninguna duda de que si la parte más alta no estaba de acuerdo el esfuerzo era inútil) de que aceptase la cristiandad mediante la comparación de los elementos comunes de la religión y de los valores morales del confucianismo y mediante una demostración del conocimiento científico europeo. Su cortejo a los mandarines por medio de la enseñanza de reglas mnemotécnicas como ayuda para el aprendizaje de la exploración y su uso de los medios visuales como herramienta de enseñanza sirvió para enfatizar la diferencia cultural.

Entre los cinco grabados didácticos que Ricci tenía a su disposición, dos —el *piscatio* (la pesca para los hombres) y la cena en Emaús (la hospitalidad y la conmemoración)— encontraron una fácil acogida entre los chinos. Pero el de la Virgen y el Niño, y todavía más el de la Crucifixión, resultaron problemáticos. La Virgen era un rompecabezas puesto que daba la impresión de que la figura central de la cristian-

26. J. Spence, *The Memory Palace of Matteo Ricci,* Nueva York, 1984.

dad era una mujer. La Crucifixión no tenía la más mínima posibilidad. Éste era un castigo reservado en China para los más bajos entre los bajos. ¿Cómo se podía iniciar la promoción de una religión con un espectáculo que generaba desprecio? Esta confrontación de culturas en asuntos que estaban en el corazón de la práctica cristiana permite una apreciación inmediata de la diferencia.

El hecho de llevar una traducción al latín del libro de Ricci a Europa es una de mis ocupaciones actuales, porque el portador, el padre Trigault, se ocupó de la recaudación de fondos a beneficio de la empresa china y el texto de Ricci era esencial para la generación de entusiasmo y, por tanto, de dinero para la misión. El viaje de Trigault a Roma es bastante interesante, fue por tierra, en un intento de encontrar un camino para evitar el viaje en naves portuguesas, estaba sujeto a verificación racial y los lusitanos decidían a quien podían llevar. Pero mi interés se centró en saber cómo encontró un editor que le dio 200 copias gratis para que las entregara a los donantes potenciales de la corte y cómo solicitaba los donativos, y de qué tipo; acciones que realizó para impresionar a la clase dirigente china con la avanzada tecnología de la civilización occidental y para recompensar a los colaboradores. Los relojes, espejos, instrumentos científicos, así como dinero y personal para las misiones y obras académicas para sostenerlas, resultaban críticos para la empresa. El libro de Ricci fue parcialmente reducido en la traducción de Trigault con la pretensión de que China fuese más aceptable para los europeos. Lo que se omitía en temas de sexo y violencia es tan importante para la comprensión de la diferencia cultural como lo que se incluía. La obra fue un éxito de ventas, así que el editor no perdió al darle las copias gratis.

Se podría decir con mucha razón que no me he referido a la historia religiosa *tout court* (a secas), y ciertamente desde el principio mismo he acentuado mi intención de perseguir la religión como parte del tema, más que como algo en sí mismo. Soy muy consciente de que hay una historia religiosa clásica al estilo de lo que persiguen los inquilinos de cátedras o encargados de la asignatura. El estudio de los clérigos individuales y de las iglesias nacionales, del desarrollo monástico y conventual y las complejidades teológicas han avanzado a paso acelerado, pero algunas de estas nuevas percepciones han abrazado también enfoques desarrollados fuera del campo. El análisis en cadena que Wolfgang Reinhard[27] ha realizado de las finanzas papales, por ejemplo, ha constituido una de las evoluciones más importantes de los últimos años en la historia del Papado. En Italia, un trabajo verdaderamente novedoso sobre los usos y la intención de los ceremoniales por parte del Papado barroco y del Renacimiento nos ha sido ofrecido por Maria Antonietta Visceglia.[28] Su trabajo demuestra cómo se copió el legado imperial para crear un nexo entre el papa y los emperadores romanos que triunfaron sobre Europa. Renata Ago ha examinado cómo hicieron su carrera dentro de la corte papal familias particulares.[29] La corte papal en el siglo XVI era la más importante expedidora y receptora de embajadores, y la obra de Ago incluye una consideración sobre las estructuras de procedimiento para obtener cardenalatos y, a partir de aquí, puestos de embajador y beneficios durante aquel periodo. Ha examinado las estrategias de la familia (el *giochi di squadra*, o

27. W. Reinhard, *Papstfinanz und Nepotismus unter Paul V (1605-1621),* Stuttgart, 1974.

28. M. A. Visceglia, "Ceremoniale romani: il ritorno e la trasfigutazione dei trionfi antichi", en L. Fiorini y A. Prosperi (eds.), *Roma la città del papa,* Turín, 2000.

juegos de equipo) que implicaban a hombres y a mujeres, a los padres y a las familias del aspirante; cada padre representaba en su persona dos líneas familiares y desempeñaba diferentes papeles. Las mujeres estaban implicadas al principio informalmente, a través de cenas festivas que reunían a gente influyente y permitían así la exposición de intenciones, y, sobre todo, a través de la escritura de cartas a parientes y a contactos —una ocupación femenina— capaces de patrocinar la causa del miembro de la familia escogido. Las mujeres de alta cuna viajaban para casarse y luego se convertían en escritoras de cartas empedernidas, lo que las capacitaba para desarrollar relaciones influyentes. Cuando se sabía que el asunto había sido expuesto y recibido de modo favorable, los hombres —incluyendo por lo general al cabeza de familia— intervenían para acabar el negocio sin riesgo de perder el honor por impugnación.

Gracias a Ago conocemos el contenido de la valija diplomática de un cardenal que viajaba desde Roma a París: flores de seda hechas por las monjas para regalárselas a las mujeres serviciales, valiosos ornamentos de oro comprados por los miembros masculinos de la familia para ser entregados al rey de Francia por el embajador, jarrones de cristal (comprados por las mujeres) y ornamentos de baño para las mujeres italianas que se casaban en la corte francesa o incluso para la reina misma. En resumen, el funcionamiento de una institución, la corte, se examina a través de la historia de la familia y la cultura material, mediante el establecimiento de contactos y la economía del obsequio.

V

Por último, concluiría con una observación que tiene alguna relación con Le Bras, y que fue donde comencé. Se ha dicho que Europa no fue efectivamente cristianizada en masa hasta el siglo XVIII, el momento en que los primeros intelectuales llevaban a cabo su guerra contra la noción misma de Dios. Entre los temas que han marcado la historia religiosa en los últimos años está el de la secularización, es decir, de qué modo se desprendió Occidente del corsé de una creencia en verdades absolutas, y el consuelo o la responsabilidad del porvenir, y se confiaba a la tolerancia de los tolerantes y a la intolerancia de los intolerantes, y de aquí se movía hacia la "modernidad". Estos procesos a menudo se han visto mucho más completos y suaves de lo que en realidad fueron, y ahora existe un esfuerzo muy decidido para empujarlos hacia el siglo XX. La Ilustración del siglo XVIII ciertamente levantó algunas voces críticas que retaron a la Iglesia Católica Romana, en particular, por su intolerancia y sus prácticas supersticiosas, así como por su injusta parte de riqueza fundiaria y de privilegio. Sin embargo, tal crítica se concentraba en las plumas de unos pocos. En efecto, las Ilustraciones alemana y escocesa eran profundamente religiosas y en realidad había que irse a París para hacerle la guerra a Dios, como hicieron d'Holbach y Helvétius. Incluso entonces, había que escoger el salón correcto en que hacerlo. La Revolución francesa y la Contrarrevolución demostraron la locura de intentar desenredar los compromisos religiosos del pasado para la inmensa mayoría de la población.

Al examinar estas resistencias, la noción de que la religión obtiene su intensidad primaria del miedo al Purgatorio parece muy débil. En la cumbre del Terror, las misas clandestinas eran celebradas sin sacerdote por una parroquia contenta con

un maestro de escuela oficiante que conocía la liturgia. La comunión, la confesión y los últimos ritos resultaron bastante difíciles de restablecer después del Concordato entre una población que estaba preparada para luchar por el tañido de las campanas y la reposición de las imágenes familiares.[30] Las prácticas religiosas de la comunidad aparecían como los elementos más reconocidos. El progreso hacia el "pensamiento libre" en el siglo XIX era muy desigual y dividido según donde se viviese, en qué ciudad o país, y si se era hombre o mujer. En los años 1870 había 220.000 monjas en Francia, que en su mayoría apoyaban los servicios de bienestar y educativos. El fenómeno de Lourdes, como Ruth Harris ha demostrado en fechas recientes de manera tan evocadora,[31] las visiones de Marpingen[32] y los niños de Fátima generaron, en la segunda mitad del siglo XIX, expresiones de fervor popular —encabezado por mujeres— que recordaban a la Edad Media.

Si las elites intelectuales se movían hacia la secularización mediante la lógica y la filosofía racional, tales motivos no eran incentivos populares. La urbanización y la industrialización podrían haber sido factores aceleradores desde mediados del siglo XIX, pero se puede exagerar el paso de tal éxodo de la práctica convencional. Los estudios de las ciudades industriales del norte de Inglaterra muestran cómo la no conformidad continuaba dominando las vidas culturales de la mayoría de la población.[33] Los estudios del Holo-

29. R. Ago, *Carriere e clientele nella Roma barocca,* Roma, 1990.

30. O. Hufton, *Women and the Limits of Citizenship in the French Revolution,* Toronto, 1992, capítulos 2 y 3.

31. R. Harris, *Lourdes: Body and Spirit in the Secular Age,* Londres, 1999.

32. D. Blackbourn, *The Marpingen Visions: Rationalism, Religion and the Rise of Modern Germany,* Londres, 1995.

33. S. J. D. Green, *Religion in the Age of Decline: Organisation and Experience in Industrial Yorkshire, 1870-1920,* Cambridge, 1996; J. Morris, *Religion and Urban Change:*

causto se detienen en la actualidad en la persistencia de la intensidad confesional en Alemania a mediados del siglo XX. En gran parte de la Europa católica, las mujeres se agarraron a la fe tradicional durante más tiempo que los hombres. ¿Qué las hizo entonces marcharse? No hay tal vez una única respuesta. Sin embargo, para los católicos, cada vez más desde los años veinte, la postura de línea dura de la Iglesia sobre la contracepción se puede considerar que ha planteado problemas para el creyente conformista. En 1995, Martine Sevregand publicó dos obras, *L'amour en toute lettre* y *Les enfants du Bon Dieu*, que, de modo muy frío y desapasionado, permitiendo que los documentos hablasen por sí mismos, analizaban un alijo de cartas a un sacerdote que tenía una columna de asesoramiento en una revista católica.

La atención que las obras consiguieron reveló cuán separado estaba el mundo contemporáneo de los años noventa del de los años veinte. Los estudios captaron la agonía de las parejas —los abuelos de la actual generación que quizás cuenta veinte y tantos años— que querían ajustarse a la enseñanza de la Iglesia pero que tenían más hijos de los que podían permitirse o cuyo nacimiento había amenazado la vida de la madre y la había dejado debilitada. En Francia, la política del Gobierno fue pronatalista hasta los años setenta y fue el abandono por el Estado de tales políticas lo que hizo posible el control de la natalidad. Esto concedía a las mujeres más elección y control sobre sus cuerpos, y quizás, entre otras cosas, ayudó a acelerar los cambios que dejaron a la Iglesia aislada como la única protagonista del anterior *status quo*. En resumen, es preciso considerar múltiples factores al evaluar la secularización y la modernidad, y un registro más matizado que tenga en cuenta muchos factores culturales.

En el siglo XXI todavía vivimos con el problema del Ulster, una división cultural que se originó en factores religiosos, magníficamente descrita por el reciente estudio de Marianne Elliot.[34] Además, otros asuntos de actualidad han abierto abismos enormes entre el secularizado occidente y el islam. Cuando miramos hacia más adelante, en el siglo XXI la historia política de nuestras plurales sociedades parece lista para ocuparse más de la religión. Por añadidura, los historiadores, que por lo general son hijos de su tiempo en las preguntas que se plantean, continuarán sin duda el proceso de disolver los viejos límites de la investigación histórica para integrar la religión como una categoría de análisis.

Croydon, 1840-1914, Londres, 1992.

34. M. Elliott, *The Catholics of Ulster: A History,* Londres, 2000.

4

¿QUÉ ES LA HISTORIA CULTURAL AHORA?*

Miri Rubin

En su libro *Cultura: La versión de los antropólogos*, Adam Kuper nos aconseja que evitemos por completo el uso de "semejante término hiperreferencial", "cultura".[1] Ha venido a denotar demasiado y por eso mismo ha llegado a significar demasiado poco. Algo parecido podría decirse del uso de "la historia cultural", que puede cubrir tanto historias bastante

* Les doy las gracias a mis amigos Christopher Clark, David Feldman, Eric Foner, Adam I. P. Smith, Naomi Tadmor y Miles Taylor por sus útiles conversaciones, y a Peter Burke y Gareth Stedman Jones por leer y comentar este capítulo.

1. Adam Kuper, *Culture: The Antropologist Account*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2000, pág. x [trad. esp.: *Cultura: La versión de los antropólogos*, Barcelona, Paidós, 2001, pág. 12]. Sobre el término, véase William H. Sewell, "The Concept(s) of Culture", en Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, CA, University of California Press, 1999, págs. 35-61.

tradicionales de la producción artística e intelectual como algo distinto, que algunos han denominado "nueva historia cultural".[2] Pues, mientras que los avergonzados historiadores políticos, los tercos historiadores demógrafos, los historiadores diplomáticos que intimidan y los historiadores imperiales de piel arrugada se quedaron fuera de todas las listas de invitados a las históricas fiestas de los años setenta y ochenta, ahora están de vuelta en ellas, invitados como expertos en rituales políticos, cultura de la Guerra Fría, encuentros culturales. Lo mismo se puede decir de las historias de la medicina, la ciencia y el derecho —esferas que eran marginales para la primera ola de la "nueva" historia en los años sesenta y setenta— pero que se han rehecho como nuevas y apasionantes áreas por aquellos que son capaces de explorar su hacer "cultural".

I

Si el "giro cultural" puede afectar ahora a todos los tipos de historia, no está extendido de modo uniforme sobre todos los periodos. Al igual que la historia social fue abrazada en su totalidad por los historiadores de los siglos XVIII y XIX, que se inspiraron en el trabajo sobre la conducta de la multitud o la economía moral y destacaron en primer lugar la clase y, más tarde, el género, el giro cultural se ha hecho notar mucho en los trabajos de historiadores de la tardía Edad Media y de la temprana Edad Moderna —apenas tan incognoscibles e irrelevantes como E. H. Carr los consideraba—, al menos hasta fechas recientes. En dichos periodos,

2. Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, CA, University of California Press, 1989; Bonnell y Hunt, *Beyond the Cultural Turn*.

en apariencia de desigual producción cultural, dentro de las poderosas culturas religiosas que perpetuaron las dicotomías latín/vernáculo, sacerdocio/laicado, cristiano/otro, había más razón para examinar con microscopio el proceso de la producción cultural. Es en este punto donde la autodidáctica de Menocchio se convirtió en un emblema privilegiado, donde aprendimos sobre la invención de rituales de desgobierno, la desautorización de la teología por la "teología vernácula",[3] sobre los cultos religiosos populares —incluso el de un perro[4]— el elaborado ceremonial de honor y vergüenza y el uso y abuso de las imágenes. La comprensión de que los textos son quizás las fuentes menos directas viene con facilidad a los que trabajan con periodos de baja alfabetización, dentro de las culturas religiosas que confieren significado de culto al libro.

El encuentro entre el historiador —producto de un mundo desencantado— y las culturas religiosas anima, al tiempo que hace que sea más humilde, la búsqueda de equivalentes o analogías en otras partes. Como veremos, a menudo se han encontrado "otras partes" en los estudios antropológicos, en los problemas de literalidad y en la fructífera yuxtaposición de distintos tipos de género y asunto: la oración y el retablo, los que se ausentaban de las coronaciones y el derecho real, la comunidad y su entorno. Las leccio-

3. Nicholas Watson, "The Politics of Middle English Writing", en Jocelyn Wogan-Browne, Nicholas Watson, Andrew Taylor y Ruth Evans (eds.), *The Idea of the Vernacular: An Anthology of Middle English Literary Theory, 1280-1520*, University Park, PA, Penn State Press, 1999), págs. 331-352.

4. Jean-Claude Schmitt, *The Holy Greyhound: Guinefort, Healer of Children since the Thirteenth Century*, trad. Martin Thom, Cambridge, Cambridge University Press, 1982 (*Le Saint-Levrier: Guinefort, guérisseur d'enfants depuis le XIII^e siècle, París, Flammarion, 1979*) [trad. esp.: *La herejía del Santo Lebrel. Guinefort, curandero de niños desde el siglo XIII*, Barcelona, Muchnik, 1984].

nes y tareas se aprendieron aquí y luego se aplicaron a otros lugares.[5] Y no sorprende apenas que el "giro cultural" se haya extendido, pues lo que resalta y trata como fundamental para la interacción humana son las condiciones de comunicación, los términos de representación, la interacción entre estructuras de significado —narrativas, discursos— y los modos en que los individuos y grupos los usan para autoexpresarse.

Como todas las buenas ideas, el punto básico es simple. El giro cultural se pregunta no sólo "¿Cómo fue realmente?" sino más bien "¿Cómo fue para él, para ella o para ellos?" Atreverse a hacer tal pregunta, y dar respuestas al tiempo que se cumple el "estándar de importancia" de E. H. Carr, es, por supuesto, el reto. Cumplirlo se ha visto facilitado por el reconocimiento, que E. H. Carr admitió gustosamente, de que la historia está destinada a reflejar nuestro momento histórico y las experiencias de la vida. Así, el *Bildung* del historiador se logra no sólo ungiéndose con el polvo de los archivos, sino también a través de la movilización de una subjetividad bien informada, las capacidades humanas e intelectuales para la categorización, la construcción del sistema y la empatía. El traer a los vestigios del pasado los anhelos, el dolor, la esperanza y el deseo se reconoce ahora como una parte no sólo útil sino también necesaria de la reflexión humana y del aprendizaje del pasado. Un nuevo tipo de historiografía —autoreflexiva y coloquial— ha nacido, y con

5. Para algunos ejemplos de la reflexión teórica influyente por medievalistas y modernistas tempranos, véase Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1997; Brian Stock, *Listening for the Texts: On the Uses of the Past*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1990; y el reciente de Paul Strohm, *Theory and the Pre-modern Text*, Minneapolis, MN, University of Minnesota Press, 2000. Sobre los usos del psicoanálisis: Lyndal Roper, *Oedipus and the Devil: Witchcraft, Sexuality and Religion in Early Modern Europe*, Londres, Routledge, 1994.

ella una exploración de lo que durante demasiado tiempo quedó sin decir.

Todo esto podría parecer el extraño resultado de la preocupación por la cultura que, durante grandes periodos del siglo XX, tanto debió a las contribuciones de la historiografía francesa. Pues la reflexión francesa en lo social puede ser notoriamente impersonal; gran parte de ella apunta a la construcción del sistema, ha sido muy estructuralista en sus análisis, favorece la abstracción, y se deleita en la convergencia de modelos y en discernir tendencias a largo plazo. En el mundo de posguerra, los historiadores que el Estado designó para la Sección Sexta de la École Pratique des Hautes Études estaban haciendo una nueva historia de Europa. Esta visión debía mucho a una generación de historiadores previa, como Marc Bloch y Lucien Febvre, quienes, en el periodo que siguió a la I Guerra Mundial, e inspirados por la visión y la financiación americanas, trataron de crear un nuevo tipo de historia, sobre la gente, sobre ritmos de vida, trabajo, muerte, una historia colaboradora que se elaboraría en talleres de historiadores, reuniones internacionales, donde los antiguos enemigos se reunirían como profesionales amigos. Aunque Febvre y Bloch no pudieron movilizar al decano de los historiadores europeos —el belga Henri Pirenne—, montaron una operación francesa con base en París, los *Annales d'histoire économique et sociale*, que, al contrario que Bloch, sobrevivió a la II Guerra Mundial; se lanzó al mundo posterior a 1945 con entusiasmo y con una reforzada serie de objetivos.[6]

6. Sobre la visión de los *Annales* y el contexto institucional, véase Carole Fink, *Marc Bloch: A Life in History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, págs. 128-165 [trad.esp.: *Marc Bloch. Una vida para la historia*, Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València y Editorial Universidad de Granada, 2004, págs. 129-163]; véase

Ésta iba a ser la historia que no caería presa del nacionalismo, del militarismo, de las divisiones o de la identidad regional, sino que, más bien, destaparía estructuras a largo plazo, profundas y de movimiento lento que eran europeas más que alemanas, francesas o italianas. Su historia iba a tocar multitudes más que elites, e incorporaba las herramientas científicas de la economía, la demografía y una geografía de venerable estilo francés. En todas sus formas, iba a moverse desde el *événement* [acontecimiento] hasta la *structure* [estructura], desde la *histoire toute courte* [historia a secas] hasta la *histoire-problème* [historia-problema].[7] No obstante, semejante historia se desplegó sin ataduras; *histoire totale* [historia total], según observó Braudel, en la que las distintas esferas de acción están siempre entrelazadas, inseparables. Sólo el historiador instruido puede contar el cuento completo en una prosa que sea tan sugerente como informativa y precisa. Un agitado compromiso con la recreación de sistemas del pasado a través de series de datos estadísticos sobre largos periodos seguidos —*l'histoire sérielle* [historia serial][8]— del comercio y la demografía, de la producción de

---

también Peter Schöttler (ed.), Marc Bloch: Historiker und Widerstand-Kämpfer, Frankfurt-Nueva York, Campus, 1999; [y también: Olivier Dumoulin, Marc Bloch, o el compromiso del historiador, Granada, Editorial Universidad de Granada y Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2003].

7. Esto no significa que otros no hubiesen buscado antes dicho giro: véase la Conferencia Inaugural, de junio de 1895, de lord Acton que incitaba a "estudiar los problemas con preferencia a los periodos", John Edward Emerich Acton, "The Study of History", en John Neville Figgis y Reginald Vele Laurence (eds.), *Lectures on Modern History*, Londres, Macmillan, 1906, pág. 24.

8. El más ambicioso es Emmanuel Le Roy Ladurie, *The peasants of Languedoc*, trad. John Day, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1976, (*Les Paysans de Languedoc*, 2 vols, París, SEVPEN, 1966); y para una crítica, véase Jean-Yves Grenier, en Bernard Lepetit (ed.), *Les formes de l'experience: une autre histoire sociale*, París, Albin Michel, 1995, págs. 227-228; para un comentario sobre esta revaluación, véase G. Stedman Jones, "Une autre histoire sociale? (note critique)", *Annales HSS*, LIII (1998), págs. 383-394.

alimentos, y la reproducción, la niñez y el trabajo, e incluso la muerte.[9]

Pronto codiciaron ideas conmensurables con los ritmos demográficos y los modelos agrarios. ¿Cuáles eran las estructuras mentales que correspondían a las de la agricultura y el parentesco? ¿Cuáles eran las representaciones y rituales que sostenían el señorío? Éstas también estaban abocadas al movimiento lento, compartidas por grandes territorios europeos que trascendían las irregularidades de las guerras, invasiones y conquistas. Eran las *mentalités* [mentalidades], las *representations collectives* [representaciones colectivas] sobre la muerte, la niñez, la sexualidad, el parentesco, el Purgatorio y el Más Allá.[10] Y así, desde 1968 aproximadamente, los *annalistes* se implicaron con ahínco en sacar a la luz las genealogías de las ideas de los europeos del pasado. Sus vecinos de la Maison des Sciences de l'Homme eran antropólogos, como Claude Lévi-Strauss y sus discípulos, socio-lingüistas, como Émile Benveniste, filósofos posmodernos, como Jacques Derrida, y teóricos sociales, como Pierre Bourdieu. Aunque la mayoría de los *annalistes* negaba una posición marxista, estaban, sin embargo, endeu-

9. Philippe Carrard, *Poetics of the New History: French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1992; Trajan Stoianovich, *French Historical Method: The Annales Paradigm*, Ithaca, NY-Londres, Cornell University Press, 1976; Peter Burke, *The French Historical Revolution: The Annales School 1929-1989*, Cambridge, Polity Press, 1990 [trad. esp.: *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1925-1989*, Barcelona, Gedisa, 1994]. Para una crítica por historiadores asociados con los *Annales*, véase *Les formes de l'experience*. Sobre la recepción de la historiografía de los *Annales*, véanse los artículos de Vauchez, Oexle, Little, Simons, Rucquoi, Klaniczay y Gurevich en Miri Rubin (ed.), *The Work of Jacques Le Goff and the Challenges of Medieval History*, Woodbridge, Boydell, 1997, págs. 71-141, 223-248.

10. Sobre la genealogía de la mentalité y los conceptos relacionados, véase Peter Burke, "Strengths and Weaknesses of the History of Mentalities" ["Relevancia y deficiencias de la historia de las mentalidades"] , en *Formas de historia cultural*, págs. 207-230; Stoianovich, *French Historical Method*, págs. 120-121.

dados con una visión de la cultura al operar desde dentro de las relaciones sociales y las relaciones de producción, bien para promover o para retardar la "modernización". La historia de la lectura, de la revolución, del Purgatorio o de la familia la hacían los eruditos franceses cuyos trabajos se traducían pronto al inglés, al italiano y al español y que en los años setenta eran invitados a enseñar e intervenir en las universidades americanas. La mezcla de materialidad e ideas era sensata, y a ella se le iba a añadir otra voz, la del inconformista, siempre molesto y siempre escurridizo filósofo/historiador/arqueólogo, Michel Foucault.

II

Lo que Foucault legó a los historiadores es una historia personificada. Él ha abierto nuestros ojos a los cuerpos "en hospitales, en clínicas, en asilos y en prisiones",[11] en estados personificados del ser; cuerpos que transportan el dolor y el placer. Para Foucault, dichos cuerpos, considerados marginales o aberrantes por sus propias sociedades, eran signos de los poderes que operaban sobre todos, a través del miedo, a través del control y la determinación del conocimiento, a través de la representación de la convención como naturaleza y a través de la confusión de mito y esencia. Este control se aplicaba a todos, no sólo a los que acababan en la horca o en las cárceles. El impacto de Foucault no ha sido tan importante en las implicaciones de su historia de poder como en la atención al cuerpo. Sobrecogidos por esta realización personificada, los historiadores, que conocen las fuen-

11. Patricia O'Brien, "Michel Foucault's history of culture", en Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, CA, University of California Press, 1989, pág. 34.

tes ricas, encontraron cuerpos: en el juego, en el ritual, en la oración, en el trabajo, en el dolor.[12]

Con Foucault, el momento de la construcción, de la estructuración del sistema llegó a su fin, quedó casi sin arreglo posible. Pues, ¿no era la construcción del modelo, la formación del discurso *foucaultiano,* la esencia misma de la operación de poder, el tema que los intelectuales y los activistas deben intentar desenmascarar y desmitificar? Legó no una teoría, sino algunas ideas y un método, el de la "genealogía vigorosa". Para el historiador, esto significa una búsqueda no desconocida de la influencia, la convergencia y la continuidad. Los resultados han sido dispares en significado pero han contribuido al desenredo de mitos y reflexiones en la construcción del "conocimiento común". ¿No aprendimos todos que el derecho a desflorar a una doncella servil en su noche de bodas era la esencia del autoritario privilegio feudal machista? Sin embargo, ahora sabemos que el "droit de cuissage" ["derecho de pernada"] empezó como una broma de los juristas del siglo XVI, y fue reelaborado como una fantasía anticlerical por los polemistas del siglo XIX.[13] ¿No era el canibalismo una práctica que definía la alteridad no europea?, únicamente desde que fue inventado por Colón y ganó profundidad dentro de las polémicas eucarísticas de los siglos XVI y XVII.[14]

12. Sobre el cuerpo y sus productos como metáforas del estado espiritual, véase Piroska Nagy, *Le Don des larmes au Moyen Âge*, París, Albin Michel, 2000; Jean-Claude Schmitt, *La Raison des gestes*, París, Gallimard, 1990; Alain Boureau, *Le simple corps du roi: l'impossible sacralité des souverains français XVe-XVIIIe*, París, Editions de París, 1988; Laura Kendrick, *Animating the Letter: the Figurative Embodiment of Writing from Late Antiquity to the Renaissance*, Columbus, OH, Ohio State University Press, 1999.

13 Alain Boureau, *The Lord's First Night: The Myth of the Droit de Cuissage*, trad. Lydia G. Cochrane, Chicago, IL, University of Chicago Press 1998 (*Le Droit de cuissage: la fabrication d'un mythe XIIe-XXe*, París, Albin Michel, 1995).

En otras palabras, lo que sobre todo es relevante para lo que queremos discutir aquí, el significado se hace siempre con palabras preexistentes y en el seno del lenguaje. El historiador debe seguir las huellas del significado puesto que éstas nos conducen a modelos de influencia y poder, hábitos de uso y huellas de acceso. Cuando la nueva fiesta de la Eucaristía —el Corpus Christi— se fundó en la Europa de principios del siglo XIV, el lenguaje de majestad, que se concedía a los rituales en torno al Cuerpo de Cristo en Francia, inspiró rituales procesionales que usaban elementos de la iconografía real, la Eucaristía como rey, la procesión eucarística como la entrada real. Cuando alcanzó Perú en el siglo XVI, se comprendió a través de la imaginería de la deidad del Sol y las procesiones se planificaban para culminar a la salida del Sol en lo alto de una montaña.[15] Mediante el seguimiento del símbolo como incrustado en diferentes contextos, la posibilidad de la comparación hace surgir, como entre las cosmologías, ideas sobre el espacio y lo sagrado.[16]

El momento *foucaultiano* enfatizó la operación de poder como la presa intelectual; y reverberaba en los movimientos de liberación y de autoexpresión de los años setenta y ochen-

---

14. Frank Lestrignant, *Cannibalism: The Discovery and Representation of the Cannibal from Columbus to Jules Verne*, trad. Rosemary Morris, Cambridge, Polity Press, 1997 (*Une saint horreur; ou le voyage en eucharistie, XVI e-XVIII e siècles*, París, Presses Universitaires de France, 1996.

15. Antoinette Molinié, "D'un village de La Mancha à un glacier des Andes. Deux célébrations 'sauvages' du Corps de Dieu", en Antoinette Molinié (ed.), *Le Corps de Dieu en Fêtes*, París, Cerf, 1996, págs. 223-253.

16. Un debate relacionado es el de la cultura popular. Para uno de esos numerosos debates, véase Lawrence W. Levine, "The Folklore of Industrial Society: Popular Culture and its Audiences", *American Historical Review*, XCVII (1992), págs. 1369-199, y los comentarios relacionados de Robin D.G. Kelley, Natalie Zemon Davis y T. J. Jackson Lears, *ibid.*, págs. 1400-1430.

ta: feminismo, movimientos por los derechos civiles, liberación homosexual, movimientos medioambientales, campañas anticoloniales. El trabajo político de lucha por los derechos necesitaba un compromiso histórico con las genealogías de la opresión: las feministas querían una historia de la mujer, los afroamericanos querían una historia negra, los Estados recién creados y las regiones con revueltas crearon sus propias historias. En casi todos estos casos, la historia de la opresión estaba relacionada con representaciones culturales de diferencia biológica: la opresión de la mujer se basaba en una interpretación de la diferencia biológica, los afro americanos estaban marcados por un estereotipo racial. Además, los paquetes culturales mantenían la opresión a través de rituales de Estado o los ritmos de esferas separadas de género. La historia de la opresión parecía ser una historia cultural, encapsulada quizás con mucha fama para el encuentro colonial en el *Orientalism* de Edward Said.[17] La cultura era el sitio donde las relaciones de poder podían ser discernidas con extrema facilidad.

Cruciales para la construcción del "giro cultural" han sido los efectos más amplios de los intereses y aspiraciones feministas. Variopintos, y de diversos ánimos, cambiando entre las generaciones o según el periodo o el lugar estudiados, los historiadores feministas, todavía mujeres en su inmensa mayoría, han promovido la comprensión de la "cultura" del mismo modo que han desarrollado la comprensión de lo que constituye la "sociedad" en los años setenta. Pues uno de los conceptos centrales de la investigación feminista —el género— afirma que los hombres y las mujeres no nacen

17. Edward W. Said, *Orientalism*, Nueva York, Pantheon, 1978 [trad. esp.: *Orientalismo*, Madrid, Ediciones Libertarias-Prodhusi, 1990].

sino que se hacen. Se hacen mediante redes de representación, exhortación y ejemplo, entre ideas y prácticas, por y dentro de personas concretas. Dentro de estas redes, es posible trabajar para trazar el mapa de las estructuras de opresión, de desigualdad, de privación del derecho del voto, de bajas expectativas y acceso limitado a la educación, pero es posible también identificar la resistencia, la creatividad y la apropiación del significado. Las ideas sobre género organizaron áreas completas de producción cultural: cuando, al principio de su carrera, Chaucer decidió traducir el más grande de los poemas vernáculos medievales, el *Roman de la rose*, resumió y eliminó secciones completas, aquellas que eran consideradas como las más misóginas y odiosas incluso por los contemporáneos.[18] Sin ninguna duda, lo que era adecuado para el lector francés no era apropiado para los oídos y gustos de los cortesanos ingleses, o para los comerciantes y sus esposas e hijas. El lenguaje de género se usó diferentemente para significar cosas distintas en las regiones sociales y lingüísticas europeas.

Ocuparse del género ha enseñado a los historiadores a leer los símbolos en grupos de significado, en contextos de uso, en casos de práctica significativa, a través de textos y artefactos de géneros y texturas variables. Caroline Bynum ha explorado los usos de los símbolos centrales cristianos —la Crucifixión, la Eucaristía— por las religiosas, modos que ella considera expresivos y enriquecedores.[19] Decir "mujer" era invocar un grupo de significados.[20] Llamar afeminado a Ricardo

18. Véase David Wallace, "Chaucer and the European Rose", *Studies in the Age of Chaucer*, vol. 1 (1984), págs. 61-67.

19. Caroline W. Bynum, *Holy Feast and Holy Fast: The Religious Significance of Food to Medieval Women*, Berkeley, CA, University of California Press, 1987.

20. Joan Wallach Scott, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988.

II en 1399 era levantar un cúmulo de críticas sobre la efectividad de su mandato, su belicosidad, su razón, moralidad y formalidad. Llamar a los judíos afeminados era acabar con su autoridad para leer e interpretar las Sagradas Escrituras; sugerir que leían a través de la carne, no a través del espíritu. Los grupos de asociación aquí formulan alguna idea de la práctica psicoanalítica, y leer un texto culturalmente es algo parecido a la interpretación de los sueños. Al leer las fuentes "culturalmente" podemos agrupar un rango completo de fuentes relacionadas —visuales, textuales, musicales— y a través de su superposición, como si fuese a través de un prisma, ganar un punto de enfoque fresco y perspicacia.

Como en la adquisición de una lengua, encontrar y aprender a usar materiales en diferentes idiomas y géneros es un trabajo duro, pero extiende nuestra comprensión y conduce a los historiadores a fuentes escritas, memorizadas, cantadas, esculpidas y rezadas. Algunos historiadores intentaron incluso ocuparse de algo similar a la "observación" por medio de varias tácticas imaginativas: Carlo Ginzburg por medio de recrear los mundos del molino en la aldea de Friulese que Menocchio habitó hace más de 400 años; Natalie Davis mediante la aceptación del reto de recrear la escenificación, para una versión cinematográfica, de los acontecimientos que rodearon al engaño de Martín Guerre del siglo XVI;[21] y, más recientemente, Ruth Harris mediante el autosometimiento a la ordalía de la peregrinación a Lourdes para encontrar los límites de lo que su cuerpo y su mente podían soportar.[22]

21. Para un intercambio sobre su trabajo sobre el caso de Martin Guerre, véase Robert Findlay, "The Refashioning of Martin Guerre" y Natalie Z. Davis, "On the lame", *American Historical Review*, XCIII (1988), págs. 553-571, 572-603.

22. Ruth Harris, Lourdes, *Body and Spirit in a Secular Age*, Londres, Penguin, 1999.

III

Para lograr una comprensión de los acontecimientos públicos y de las experiencias colectivas ricas en significado simbólico, los historiadores han recurrido a la antropología. El romance de la historia y de la antropología ha nutrido al "giro cultural". Los historiadores, con esta clave, pretendían entrar de un modo fructífero en conversación con la gente del pasado. Al igual que los antropólogos fabricaron su campo de trabajo mediante el examen y la interpretación de los sistemas de significado, aspirando a aprender la cultura como una lengua, los historiadores han intentado trabajar con las huellas históricas para rehacer mundos pasados. Como los antropólogos, los historiadores han concedido una importancia especial a esas densas ocasiones de patetismo simbólico —los rituales— en que las comunidades no sólo actuaban sino que volvían a representar sus mitos de los orígenes y sus complejas afinidades con las deidades, los dirigentes y unos con otros. Siguiendo el estructuralismo de Lévi-Strauss y las ramas anglófonas desarrolladas por Mary Douglas y Victor Turner, [23] los historiadores esperaban encontrar paquetes binarios llenos de significado, demarcaciones de lo sagrado y lo profano, lo puro y lo contaminado, pero finalmente acabana en el desordenado terreno situado entre cada par. Más tarde llegaron a investigar las descripciones del género dentro del campo del ritual.[24] Sobre todo, bajo la in-

23. Sobre el impacto de Mary Douglas en los estudios culturales, véase Sonya O. Rose, "Cultural Analysis and Moral Discourses: Episodes, Continuities, and Transformations", en Bonnell y Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn*, págs. 217-238, en 220-225.

24. A. Kuper, "Culture, Identity and the Project of Cosmopolitan Anthropology", en *Among the Anthropologists: History and Context in Anthropology*, Londres-New Brunswick, NJ, Athlone Press, 1999, págs. 26-58, en pág. 37.

fluencia de Clifford Geertz, el ritual se convirtió en un punto de partida para las investigaciones en todas las áreas de la vida: trabajo, parentesco, religión y gobierno. Aunque el ritual no siempre se podía explicar, se podía interpretar por medio de un cuidadoso desdoblamiento que ha llegado a conocerse como "descripción profunda". El método de Geertz probablemente haya encontrado sus más apasionados usuarios, y sus seguidores más comprometidos, entre los historiadores;[25] en parte porque no parece un método en absoluto, sino más bien un suave ejercicio de sentido común, escrito con elegancia, y siempre incrustado en un contexto histórico amplio, que suena mucho a buena historia.

El ritual compendia las claves explicativas fundamentales de cualquier aproximación a la conducta humana, pues, para funcionar, tiene que estar sometido a reglas y el conocimiento compartido debe de estar contenido en él en sumo grado: y, sin embargo, está abierto a adaptaciones, rediseño e interpretación de cada actor ritual u observador. Para que el ritual funcione como sugería Durkheim, los individuos tienen que estar integrados en sus significados y demandas físicas, para crear dentro de los temas del sudar, bailar, cantar o arrodillarse, ese estado efervescente de receptividad que a su vez produce el resultado: un compromiso más profundo con, y facilidad para, las narrativas morales y las normas de esa sociedad.

25. Véase Robert Darnton, "Workers Revolt: The Great Cat Massacre of Rue Saint-Séverin", en *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Londres, Allen Lane, 1984, pág. 104; Roger Chartier, "Texts, symbols, and Frenchness", *Journal of Modern History*, LVII (1985), págs. 682-695, y Dominick La Capra, "Chartier, Darnton, and the Great Symbol Massacre", *Journal of Modern History*, LX (1988), págs. 95-112. Para una evaluación más reciente de la contribución de Geertz, véanse los artículos en Sherry B. Ortner (ed.), *The Fate of "Culture": Geertz and Beyond*, Berkeley, CA, University of California Press, 1999.

Con el advenimiento del momento *foucaultiano,* con el desvelamiento del funcionamiento del orden social por la crítica feminista, con el crecimiento del énfasis en posiciones temáticas dentro de la relaciones sociales, el ritual concebido como acontecimiento compartido, como adhesivo social, evidente y poderoso en su huella y significado, estaba sujeto a multitud de críticas. Desde el Carnaval de Romans al Carnaval de Notting Hill, el ritual está lleno de indeterminación; es esencialmente representativo, como Mijail Bajtin (1895-1975) ayudó a los historiadores a comprender. Es dócil para los lapsus, la represión, e incluso para el simple olvido; a veces incluso llueve en el desfile.[26] Evidentemente, el ritual puede tomar giros inesperados, espectacularmente en Romans en 1579-1580, cuando se convirtió en un baño de sangre en el momento en que los notables mataron a los artesanos, marcando una reorientación dramática de la dinámica de las guerras de religión francesas.[27] Menos famoso es el desorden de una misa de parroquia, la contradicción de la coronación de un infante como Eduardo VI, o la reserva privada más mundana que un hugonote mantuvo durante un ritual católico en la Francia del siglo XVII.[28] El proceso del ritual, visto por los sociólogos a principios del siglo XX como una ocasión para el realce de todo lo que era consensual y que reafirmaba el orden social y moral, podría observarse de un modo distinto.

26. Para una teoría del ritual "flexible" basada en la etnografía, véase Caroline Humphrey y James Laidlaw, *The Archetypal Actions of Ritual: A Theory of Ritual Illustrated by the Jain Rite of Worship*, Oxford, Clarendon, 1994.

27. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Carnival: A People's Uprising at Romans, 1579-80*, trad. Mary Feeney, Londres, Scolar Press, 1980 [ed. original: *Le carnaval de Romans: de la chandeleur au mercredi des cendres, 1579-1580*; trad. esp.: *El Carnaval de Romans: de la Candelaria al miércoles de Ceniza*, México, Instituto Mora, 1994].

28. Véase, por ejemplo, Roger Mettam, "Dissemblers, Dissenters, Guerrillas: The Huguenots in France after 1685", *Historical Research* (2002) (de próxima aparición).

Puesto que el ritual condensa ideas y relaciones sociales complejas —en el espacio y en el tiempo— puede ofrecer distorsión, versiones menos aceptables de la vida, más aptas para irritar e inducir al descontento.

IV

A pesar del creciente número de exagerados elogios hacia los historiadores desde 1960 en adelante —como los de Keith Thomas y Natalie Davis—, los antropólogos estaban sufriendo en los años ochenta su propio tipo de crisis, visible en el replanteamiento fundamental de sus objetivos y en un cuestionamiento de la "autoridad etnográfica". Algunas de las obras de los grandes fundadores y fundadoras de la disciplina se expusieron como productos de la empresa colonial, o las fantasías ingenuas de los miembros desencantados de las sociedades del bienestar. La noción misma de llegar a conocer una sociedad distinta, la creencia de que la buena voluntad, una constitución fuerte y las píldoras antimalaria era todo lo que se necesitaba para sobrevivir a la ordalía y para persuadir a la gente para que se manifestaran ante la mirada del etnógrafo, se trató como risible, o aun peor. La colección de ensayos editados por James Clifford y George E. Marcus en 1982, *Retóricas de la Antropología,* pretendía todavía más. En un análisis comparativo de *Montaillou*, de Emmanuel Le Roy Ladurie, y de *Los Nuer*, de Edward Evans Evans-Pritchard [Anagrama, Barcelona, 1977; ed original: *The Nuer,* Oxford, Clarendon Press, 1940], Renato Rosaldo comparaba al etnógrafo con un inquisidor. Los textos de etnografía eran destruidos por compañeros etnógrafos, como Vincent Crapanzano muestra en su artículo en ese volumen en un análisis de retórica

etnográfica y de los modos en que los etnógrafos intentan hacer persuasivos sus análisis.[29]

La etnografía y la antropología estaban siendo así deshechas gracias a las lecciones de la crítica poscolonial, el feminismo y los retos de las lecturas destructivas. El resultado ha sido una retirada parcial de los antropólogos de los terrenos con pasados coloniales, y redoblados esfuerzos para comprender las diversidades y los males de las sociedades occidentales: esto ha dado lugar a trabajos como el estudio de la psiquiatría americana Tanya Luhrmann, el estudio sobre la llegada a la mayoría de edad en los Estados Unidos contemporáneos, de Ray Raphael, o el libro sobre los usos culturales del cerdo en la Francia contemporánea del suroeste, de Claudine Fabre-Vassas, que revela un cierto grado de antisemitismo.[30] Por regla general, los historiadores no han querido oír este debate tan revelador. Pero deberían, porque los problemas de comunicación, de comprensión de otras culturas y de los términos de encuentro con ellas, son cruciales para el historiador de la

29. Renato Rosaldo, "From the Door of his Tent: The Fieldworker and the Inquisitor", y Vincent Crapanzano, "Hermes" Dilemma: The Masking of Subversion in Ethnographic Description", en James Clifford y George E. Marcus (eds.), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, CA, University of California Press, 1982, págs. 77-97, y págs. 51-76, respectivamente [trad. esp.: Renato Rosaldo, "Desde la puerta de la tienda de campaña: El investigador de campo y el inquisidor", y Vincent Crapanzano, "El dilema de Hermes: La máscara de la subversión en las descripciones etnográficas", en James Clifford y George E. Marcus (eds.), *Retóricas de la antropología*, Madrid, Júcar, 1991, págs. 123-150 y 91-122]. Véase también James Clifford, *The Predicament of Culture: Twentieth Century Ethnography, Literature, and Art*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1988 [trad. esp.: *Dilemas de cultura: antropología, literatura y arte de la perspectiva moderna*, Barcelona, Gedisa, 1995 (1.ª reimpresión, 2001)].

30. Tanya M. Luhrmann, *Of Two Minds: The Growing Disorder in American Psychiatry*, Nueva York, Alfred Knopf, 2000); Ray Raphael, *The Men from the Boys: Rites of Passage in Male America*, Lincoln, NB, University of Nebraska Press, 1988; Claudine Fabre-Vassas, *The singular Beast: Jews, Christians, and the Pig*, trad. Carol Volk, Nueva York, Columbia University Press, 1997, (ed. original: *La bête singulière: les juifs, les chrétiens, et le cochon*, París, Gallimard, 1994).

Europa del siglo XVI como lo son para el etnógrafo de la Latinoamérica tribal. Nos ocupamos en ambos casos en obtener significado de las huellas y la autodescripción, a través de una multitud de afirmaciones y artefactos interrelacionados, rituales, escritos y dichos. Nuestros proyectos son en verdad muy similares.[31] La crisis de la etnografía también tiene modos de dañar a los historiadores.[32]

Como los etnógrafos, los historiadores han aceptado con demasiada facilidad que algunas personas sean informantes ingenuos, deseosos de jugar con el adulto bondadoso que investiga sus juegos. Un ejemplo nos servirá: una historia, a menudo repetida, relata la experiencia del puritano John Shaw cuando viajaba por Westmorland en 1644 en busca de personas a las que cultivar por medio de la instrucción bíblica. Uno de los ancianos con que se encontró y examinó tenía un vago conocimiento de Jesucristo: ¿no era el hombre que él había visto una vez en una obra "en un árbol, y manaba sangre"?[33] Conmoción, horror, la fantasía puritana del ateísmo, no sólo un hombre que sabía poco, sino que también un hombre cuyo escaso conocimiento era aprendido del espectáculo idólatra del drama religioso. Pero ¿deberíamos tomar al informante como un curioso inocente y servicial que responde a las preguntas cuando se le pregunta, y proporciona una verdad sin mancha? ¿No puede ser también un cuenta cuentos, zapador de la pretensión pomposa,

31. Sobre la práctica etnográfica (etnógrafos blancos e "informantes" negros), véase Robin D. G. Kelley, *Yo' Mama's Disfunktional! Fighting the Cultural Wars in Urban America*, Boston, MA, Beacon Press, 1997, págs. 17-23.

32. Para la visión de Clifford Geertz de la diversidad actual del "campo de trabajo", véase su *Available Light: Anthropological Reflections on Philosophical Topics*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000, capítulo V [trad. esp.: *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*, Barcelona, Paidós, 2002].

33. *Memoirs of the Life of Dr John Shaw*, Surtees Society, n.° 65.

un bromista a costa del hombre de negro de otros lugares? ¿No podría resentirse de la sugerencia impertinente de que la gente de Westmorland era demasiado ignorante en 1644 para conocer a su salvador? Permitir hablar a los sujetos de nuestra investigación —etnógrafos e historiadores por igual— es reconocer la posibilidad de una variedad de intenciones en ellos, de capacidades que sólo el intercambio de palabras prolongado y la referencia cruzada contextual pueden a veces ser capaces de identificar y localizar.[34]

Probablemente el mejor exponente de esta posición es alguien difícil de clasificar como antropólogo o historiador, Marshall Sahlins. Sahlins ha interpretado algunos momentos fundamentales del encuentro cultural, de modo admirable los viajes y la muerte final del capitán Cook en el Pacífico. Sus estudios han seguido a individuos dentro de contextos culturales retadores, personas fuera de lugar, se podría decir. En la improbabilidad y la naturaleza inexplorada de tales situaciones se amplía un drama de la existencia humana, y es éste. Todos somos herederos de herencias que llamamos cultura —lengua, hábitos, mitos de los orígenes— y, aun así, también somos los particulares y absolutamente únicos ejemplos, los usuarios de esa herencia. Igual que el capitán

34. Sobre la manipulación de los encuentros a través de las líneas culturales y étnicas, véase Robin G. D. Kelley, *Race Rebels: Culture, Poetics, and the Black Working Class*, Nueva York, The Free Press, 1994, pág. 22, sobre el "culto al verdadero "sambohood". Y sobre la percepción de la interrogación etnográfica mantenida por un "informante": "Creo que esta antropología es sólo otra manera de llamarme negro", en John Langton Gwaltney, *Drylongso: A Self-Portrait of Black America*, Nueva York, Random House, 1980), pág. xix; para Drylongso como un acercamiento a un tipo distinto de registro cultural, véanse págs. xxii-xxx. Sobre el problema de los temas "históricos" sin voz, véase Jacques Rancière, *The Nights of Labour: The Workers' Dream in Nineteenth-Century France*, trad. John Drury, Philadelphia, PA, Temple University Press, 1989 (ed. original: *La nuit des proletaires*, París, Hachette, 1981).

Cook se enfrentaba y exponía a los hawaianos, una adivinanza para resolver, todos nos vemos, en mayor o menor grado, en posiciones extraordinarias en nuestras vidas. Formado por el movimiento anti-Vietnam como profesor activista, Sahlins observó a los soldados en Vietnam, y a los estudiantes del campus, enfrentados a dilemas morales que eran producto de la economía y la política, y que demandaban decisiones muy prácticas sobre la conducta personal. Cada uno, como los miembros del Batallón de Policía de Reserva 101, usa la herencia de la lengua y la narrativa para discernir el bien del mal y encontrar su camino. Ésta es la aproximación de Sahlins a la interpretación histórica: empezamos con nuestro legado —la cultura— y, sin embargo, la vida crea ocasiones en las que tenemos que actuar, podemos actuar, con ese material de maneras nuevas y únicas. Aquí está el regreso del individuo, un individuo preso de importantes redes heredadas, pero a partir de las cuales él crea nuevos significados, con ellas forja nuevos caminos.[35] Y cuando se implica al individuo, entonces la psique y la emoción también están en juego; una historia de las emociones está siendo considerada ahora por los historiadores, provisionalmente, y con un grado de autoconciencia abstraída.[36]

35. Véanse los ensayos recogidos en Marshall Sahlins, *Culture in Practice: Selected Essays*, Nueva York, Zone Books, 2000; *How "Natives" Think, about Captain Cook, for Example*, Chicago, IL-Londres, University of Chicago Press, 1995, que es una respuesta a Gananath Obeyesekereh, *The Apotheosis of Captain Cook: European Mythmaking in the Pacific*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1992.

36. Véase, por ejemplo, Barbara H. Rosenwein (ed.), *Anger's Past: The Social Histories of an Emotion in the Middle Ages*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1998. Para una colección pionera, véase Hans Medick y David W. Sabean (eds.), *Interest and Emotion: Essays on the study of Family and Kinship*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

V

La búsqueda de la voz dentro de las estructuras de la lengua ha animado a los estudiosos de humanidades de direcciones distintas y convergentes en los últimos veinte años. Ha existido la búsqueda de escritos "no oficiales" de acontecimientos, desarrollados en el estudio de sociedades campesinas[37] y en estudios subordinados entre historiadores del subcontinente indio,[38] en el trabajo de los historiadores feministas, en las historias de la clase trabajadora que buscaban acción y voz. Para la Europa medieval y de la temprana Edad Moderna, el nuevo historicismo ha visto la reunión de historiadores y eruditos literarios en un intento de "sentir lo real" a través de un análisis textual de textos no canónicos, junto con huellas materiales de la vida diaria. Stephen Greenblatt, como etnógrafo experimentado, e inspirado por los usos de lo mundano y del "sentido común" de Clifford Geertz, ha demostrado las ideas resultantes de leer artefactos como textos, y poner (¿oponer?) el género contra el género, el drama, el sermón y la imagen, por ejemplo.[39]

Este movimiento ha liberado a los historiadores y ha envalentonado al erudito literario: *England's Empty Throne* de

37. James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, CT, Yale University Press, 1990; Sherry B. Ortner, "Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal", *Comparative Studies in Society and History*, XXXVII (1995), págs. 173-193.

38. Rosalind O'Hanlon (trad. y ed.), *A Comparison between Women and Men: Tarabai Shinde and the Critique of Gender Relations in Colonial India*, Madras, Oxford University Press, 1994.

39. Catherine Gallagher y Stephen Greenblatt (eds.), *Practicing New Historicism*, Chicago, IL, University of Chicago Press, 2000, Introducción en págs. 1-19; véase también Stephen Greenblatt, "The Touch of the Real", en Ortner, *The Fate of Culture*, págs. 14-29.

Paul Strohm muestra la utilidad de un enfoque crítico-literario para trabajar en documentos de historia constitucional inglesa: las crónicas, los estatutos del Parlamento y las ordenanzas revelan el trabajo de género y el propósito político que entró en la construcción de la legitimidad, las voces colocadas en el registro escrito como tanto de lo que hemos llegado a conocer como interpretación favorable, todo en apoyo del derecho de un rey usurpador, Enrique IV, y de su heredero.[40] Tal enfoque revela también que los textos pueden decir cosas que nunca tuvieron intención de decir; pueden informar, a pesar de los esfuerzos de sus autores —claramente no polémicos—, pero también impartir conocimiento de lo que el autor, hacedor, pintor, nunca fue consciente. Como sugiere Paul Strohm, podemos saber cosas sobre Chaucer que "Chaucer nunca supo sobre sí mismo":[41] él no podía controlar la aparición de su inconsciente en el texto, no podía conocer los acontecimientos históricos reveladores en que nacía su texto, no podía anticipar completamente la acogida del lector al leerlo, o los cambios en esta acogida a lo largo del tiempo. Hay muchas cosas que podemos saber de su obra que él no podía saber, pero que habría estado muy interesado en conocer, dada la ocasión.

El "giro cultural" está servido por un híbrido de estrategias críticas que iluminan los modos de comunicación, la circulación de las ideas y prácticas y la acción del individuo, y que siempre atiende al significado. Es mejor cuando se practica con conciencia de las raíces intelectuales de sus conceptos y procedimientos, alerta al atractivo de su retórica.

40. Paul Strohm, *England's Empty Throne: Usurpation and the Language of Legitimation, 1399-1422*, New Haven, CN, Yale University Press, 1998.

41. Paul Strohm, "Chaucer's Lollard Joke: History, and the Textual Unconscious", *Studies in the Age of Chaucer*, XVII (1995), págs. 34-42.

Tratar con la cultura es así tratar por definición con la mezcla de categorías, pues es el sistema de significados lo que hace el orden, sitúa la prioridad y sugiere conexiones útiles entre las cosas, reales, sentidas e imaginadas. El pan es bueno para comer; el pan es también un buen regalo para dar, y es algo excelente cuando se consagra en el cuerpo de Dios. Siempre parece lo mismo, pero se convierte en cosas distintas según los contextos de *uso*; uso y práctica son los modos en que ganamos la entrada en el mundo de los significados que nunca hemos vivido.[42] Parte de este trabajo puede ser hacer crónicas y describir las huellas de un significado, una genealogía y etnografía históricas. Otra parte de este trabajo es comprender porqué y cómo los significados se han adjuntado, y así apreciar y descubrir aquellos ejemplos en que el significado está recién articulado, cuestionado, revelado o reinvestido con significado. Y estas preguntas pertenecen a todas las áreas de la vida, algo que muchos comentaristas han omitido. El "giro cultural" contribuye a la explicación y a la comprensión del trabajo, la economía y la política.[43] Ninguna área de experiencia —personal y colectiva— está más allá de su uso.

42. Roger Chartier, "Culture as Appropriation: Popular Cultural Uses in Early Modern France", en S. L. Kaplan (ed.), *Understanding Popular Culture: Europe from the Middle Ages to the Nineteenth Century New Babylon: Studies in the Social Sciences 40*, Berlín-Nueva York, Mouton, 1984, págs. 229-253.

43. Esta posibilidad fue insinuada en John Toews, "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and Irreducibility of Experience", *American Historical Review*, XCII (1987), págs. 879-907, en págs. 882-883.

5

¿QUÉ ES LA HISTORIA DE GÉNERO AHORA?*

Alice Kessler-Harris

Empiezo por el principio, por el comienzo mismo. Carr precede su texto con un epigrama de *La abadía de Northanger* de Jane Austen. La cita es de la heroína de la novela, Catherine Morland, que responde a una pregunta sobre porqué ella no lee historia: "A veces me parece extraño que resulte tan pesada, porque en buena parte debe de ser inventada".[1] Carr espera, por supuesto, hacer la observación de que la invención es el corazón del proyecto del historiador. Pero no soy yo la primera persona en señalar que Catherine Morland

* Con mi agradecimiento a Charles Budd (Pete) Forcey, que fue el primero que me presentó a E. H. Carr.

1. La cita es de Jane Austen, *Northanger Abbey,* Londres, Penguin, 1995 [1818], pág. 97 [trad. esp.: *La abadía de Northanger,* Barcelona, Alba Editorial, ⁴2000, pág. 122].

quiere decir algo más.[2] He aquí la frase completa. "Las querellas de monarcas y papas," dice la señorita Morland, "con guerras o epidemias en cada página, tantos hombres que no sirven para nada y tan pocas mujeres... es muy aburrido. Y sin embargo, a veces me parece extraño que resulte tan pesada, porque en buena parte debe de ser inventada".

Lo que convierte a la historia en un "martirio" para los niños y niñas,[3] como Catherine Morland apostilla después, es la falta de un motivo realista, una ausencia cruelmente representada por la invisibilidad de las mujeres en las invenciones (o intervenciones) de los historiadores. Puede que Carr entendiese bien el texto oculto, aunque no lo citó. No es sorprendente, dado lo que ahora sabemos de la biografía personal de Carr —incluida la, según parece, desvergonzada explotación de al menos una esposa como investigadora—, que Carr no tenía en cuenta a las mujeres.[4] Incluso podría haber estado totalmente de acuerdo en que, ante la ausencia de las mujeres, los hombres no parecían buenos para nada, al quedar reducidas sus acciones a disputas basadas en innobles intereses propios. No cuesta demasiado imaginar que, si Carr viviese hoy día, reconoceríamos que sus argumentos dejarían un hueco a una perspectiva de género —invocadora de las relaciones sociales de los sexos— como una fuente de cambio y, ciertamente, de poder. En efecto, *¿Qué es la historia?* se presta a una discusión del género como un enfoque sin el cual nos privamos de una importante herramienta analítica y nos perjudicamos con una ceguera parcial. En este aspecto es bastante distinto de otras categorías

[2] Véase, por ejemplo, Olwen Hufton, *The Prospect Before Her: A History of Women in Western Europe,* vol. I, Londres, Harper Collins, 1995, pág. 1.

[3] Austen, *La abadía de Northanger,* pág. 123.

[4] Jonathan Haslam, *The Vices of Integrity: E. H. Carr,* 1892-1982, Londres, Verso, 1999.

recogidas en este volumen. Mientras que la historia cultural, la política y la religiosa se pueden interpretar de modo suficientemente amplio para incorporar grandes porciones de la narrativa histórica, el género es informado por —y enriquece— cada rama de la empresa histórica, dándole el tipo de marco sintético del que hasta hace poco hemos carecido.

I

Mi argumento está basado en una lectura de Carr que ha cumplido cuarenta años y que tuvo lugar en los Estados Unidos. Mi generación de estudiantes universitarios en dicho país echó los dientes con E. H. Carr. Para muchos de los que nos formamos en los años sesenta, Carr nos ofrecía una salida al objetivismo basado en los hechos que hasta entonces había sido el sello distintivo de los estudios históricos, pues atacaba a toda máquina sus pretensiones de verdad. En el mundo posmoderno, mi defensa parecerá algo pasada de moda, así como mi argumento de que una historia de género extiende con propiedad el paradigma de Carr, pues mi defensa no está enraizada en las abstracciones teóricas del lenguaje y la naturaleza de la experiencia, sino en la fraseología tradicional del poder y la política. Lo que nos gustaba de Carr en los Estados Unidos de los años sesenta era que, al contrario que R. G. Collingwood, que estuvo peligrosamente cerca de montar la barricada relativista, Carr pensaba que había alguna razón para la objetividad. Su misión no era persuadirnos de rehuir los hechos, ni denigrar su realidad material, sino tratarlos con ojos escépticos; reconocer, como él dijo, que "en general el historiador obtendrá el tipo de hechos que él quiera". Los hechos, seguía diciendo en un pasaje memorable, no eran como el pescado en el mostrador del pescadero, sino como

los peces que nadan por todo el océano.[5] En este sentido, la objetividad se podía medir no a través de si un historiador "ponía los hechos en el lugar correcto, sino por el hecho de si elegía los hechos adecuados".[6]

¿Por medio de qué patrones mediría él esas elecciones? Nosotros coincidíamos con la voz que reconocía la complejidad de la toma de decisión. En opinión de Carr, las elecciones serían hechas por individuos que necesariamente operaban en el contexto de sus tiempos. El historiador objetivo tenía la responsabilidad y la capacidad de reconocer y de "elevarse por encima de la limitada visión que le corresponde a su propia situación en la sociedad y en la historia". [7] La tendencia del historiador, decía a nuestros apasionados oídos, "puede juzgarse partiendo de las hipótesis que adopta".[8] El razonamiento de Carr en pro de una historia empapada de valores y puntos de vista (sí, él usaba esas palabras incluso entonces) del historiador con conocimiento de sí mismo animó a la primera generación de lo que en los Estados Unidos a menudo se llama historia radical. Su disposición a etiquetar como parroquial la escritura de una historia centrada en Gran Bretaña y escrita con ojos occidentales abrió los postigos que restringían nuestra visión, revelando algunos de los textos canónicos como productos de perspectivas sociales particulares. Su identificación de la historia moderna como el momento "cuando despiertan más y más hombres a la conciencia social y política"[9] legitimó nuestra búsqueda de voces de inmigrantes, extranjeros, mujeres y negros.

5. E. H. Carr, *¿Qué es la historia?,* pág. 98.
6. *Ibid.,* pág. 206.
7. *Ibid.*
8. *Ibid.,* pág. 138.
9. *Ibid.,* pág. 234.

Mi generación —activistas anti-guerra, críticos de la autoridad, rebeldes de todo tipo— respondió a su llamamiento al autoexamen. Para algunos de nosotros (creo justo decir que la mayoría de estudiantes de posgrado de historia americanos en los años sesenta no estaban familiarizados con Marx) leer a Carr fue nuestro primer encuentro con un marco alternativo serio.

Mi primera relación con Carr no fue sobre el género. No creo que entonces me diese cuenta cuán resueltamente separaba lo moral y lo privado de lo público, y rehusaba ver los significados políticos de lo sexual; con cuánta determinación se encerraba en una posición que identificaba las posiciones personales con el reino de la moralidad privada y, por tanto, no eran asunto del historiador.[10] Mientras leía a Carr, estaba escribiendo una disertación sobre el movimiento obrero inmigrante de Nueva York en los años 1890. Creyendo que obrero se refería a hombres, de modo sistemático descartaba cualquier información que encontrase sobre mujeres. Carr, sin embargo, legitimaba proyectos como el mío, que intentaban entonces comprender de nuevo los ejes del poder. *¿Qué es la historia?* nos alentó para renegociar y honrar nuestras identidades sociales como historiadores, reconociendo en ellas la posición desde la que empezábamos a pensar. Esto no era un asunto menor en los Estados Unidos donde una nueva generación de historiadores se enfrentaba a la hostilidad de una profesión profundamente comprometida con sus propios patrones de verdad. Con frecuencia se cita el discurso presidencial de 1963 en la Asociación Histórica Americana, donde el distinguido colonialista Carl Bridenbaugh advertía a sus colegas profesionales

10. *Ibid.*, págs. 153-154.

de que el futuro del campo estaba en manos de la joven Facultad y de los aprendices que eran "productos de la clase media-baja o de origen extranjero", y cuyas "emociones a menudo se interponían en las reconstrucciones históricas".[11] En ese contexto, no es sorprendente que aclamáramos el reconocimiento de Carr al terreno cargado de valores sobre el que estaba escrita toda la historia.

Para una generación enredada en la guerra de Vietnam y en ganar los derechos civiles para los afroamericanos, la opinión de Carr de que la historia constituía un diálogo del pasado, no con el presente, sino con el futuro significó un alivio. Destruía las ilusiones sobre las interpretaciones de nuestros predecesores y ofrecía munición persuasiva contra la acusación de mentalización actual y politización. Habíamos visto cómo las demandas no autoconscientes de una historia libre de valores engañaron a generaciones enteras de americanos para borrar la presencia de nativos americanos y colonizadores españoles. Tales demandas disimulaban la búsqueda del Imperio en el lenguaje del destino manifiesto, alentando a los historiadores a atribuir toda clase de actos (la expansión occidental, la guerra civil, el imperialismo económico) a la búsqueda de una libertad más perfecta en casa y en el extranjero. Nos permitían situar la explicación en luchas sectoriales (el Sur contra el Norte, la frontera contra las áreas colonizadas, o negocio contra reformadores) en vez de incitarnos a buscar las causas fundamentales más allá. Puesto que buscábamos una visión más crítica, las nociones de clase volvieron a entrar en nuestro vocabulario y un futuro menos forzado por el individualismo competitivo empe-

11. Carl Bridenbaugh, "The Great Mutation", *American Historical Review,* LXVIII (1963), págs. 322-323.

zó a influir en nuestras interpretaciones de los significados de las ideologías hegemónicas. Tales respuestas a los ataques sobre una historia libre de valores no eran ni simples ni predecibles. Por ejemplo, algunos historiadores, influidos por las esperanzas igualitarias del movimiento por los derechos civiles de los años sesenta, recurrieron a la cultura patriarcal sureña para explicar la cultura esclavista; otros recurrieron a la resistencia de los esclavos.[12] Incluso, imaginar el futuro como parte de una trayectoria histórica continua abrió la posibilidad de examinar el contenido cambiante de cajas (o sacos) previamente vacías etiquetadas como independencia, igualdad y libertad. Pero libertad ¿para quiénes? Carr dio permiso para preguntar.

Algunos de nosotros —me incluyo aquí— aceptamos la invitación para explorar la historia de los trabajadores y de los grupos de inmigrantes en sus propios términos. Pero le tocó a un movimiento de mujeres alterar lo suficiente nuestros objetivos nacionales colectivos para incluir a las mujeres entre aquellos para los que el futuro ofrecía la promesa de acceso a objetivos negados previamente, como la igualdad, la libertad y la satisfacción individual. A la luz de esa oportunidad, los historiadores de la mujer han pescado en algunas secciones del estanque histórico que antes se habían pasado por alto: han acumulado bastantes hechos para ofrecer el prometido diálogo retrasado durante tanto tiempo. Nuestra generación de historiadores sabe mucho más sobre las mujeres que nuestros predecesores. Pero eso, como es natural, no es suficiente. Si elegimos escribir sobre las muje-

12. Herbert G. Gutman, *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925,* Nueva York, Pantheon, 1976; Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made,* Nueva York, Vintage, 1976; Nathan Irvin Huggins, *Black Odyssey: The Afro-American Ordeal in Slavery,* Nueva York, Pantheon, 1977.

res —o, para el caso, sobre los hombres como hombres— reconocemos que los hombres y las mujeres reconocen y actúan sobre sus identidades de género. Recobramos, recuperamos y celebramos a las mujeres y a los hombres para un propósito. Si elegimos escribir sobre una política más amplia que imagina un gobierno más incluyente —ciertamente al margen de una política feminista—, entonces eso está en completa sintonía con lo que Carr imaginó. Y cuando damos un paso más allá de la inclusión para fragmentar la idea de "mujeres" en sus múltiples y, a veces, contendientes partes, no estamos fragmentando la historia, sino abriendo la posibilidad de crear una gama explicativa más amplia. Necesitamos los datos que hemos recuperado, pero la recuperación marca sólo una fase de una búsqueda histórica duradera. La segunda fase, y quizás la más duradera, es asegurarse de que estos hechos logran significado, llenando los sacos vacíos de aquellos cuyo trabajo parece muy alejado de la historia de la mujer. Éste es el trabajo del género.

En las tres décadas pasadas, los historiadores de cualquier tipo, como los historiadores de la mujer, han empezado a incorporar los nuevos hechos para ver si añadían algo. Como dejan claro los capítulos de este volumen, las cuestiones de género abundan, invadiendo cada esfera de la historia política, social y económica. Iluminan el funcionamiento de la política de cada día; la habilidad de las naciones para granjearse la lealtad de sus ciudadanos, y el efecto de la lucha racial en los resultados económicos. No podemos mantener durante más tiempo la pretensión de comprender cualquier momento histórico (la industrialización, la urbanización, una huelga ganada o perdida, una revolución sexual) sin incluir al género en el cálculo de causas y explicaciones.

Con la ayuda de nuestros recién capturados peces/hechos, y en diálogo con ellos, los historiadores han creado una nueva postura interpretativa que enriquece nuestra visión del pasado, capacitándonos para construir un retrato más acabado del cambio histórico y para comprenderlo más completamente. Empleando una noción complicada de género, imbricada con la raza y la clase, los historiadores la han revelado como un importante eje del poder. Para asegurarse, los historiadores de género han tomado dos visiones del poder a veces inconsistentes. Por un lado, los historiadores han insistido en que la atención al género fomenta una nueva aproximación al significado del poder, enraizándolo no en una jerarquía que se extiende desde arriba hacia abajo, sino más bien en muchos lugares diferentes. Este grupo ha utilizado las ideas de Michel Foucault para insistir en que el poder se ejerce desde situaciones múltiples, difusas y cotidianas.[13] Su búsqueda de la influencia del género revela particularmente el impacto de la masculinidad y de las ideas sobre la hombría al apoyar las acciones de los líderes sindicales, los trabajadores normales y los cabezas de familia. Al mismo tiempo, los historiadores de la mujer han reclamado que el género es capaz de determinar y frenar el poder coercitivo del Estado y su capacidad de conseguir y mantener la dominación económica. Esto se ilustra, por ejemplo, con la ahora ampliamente aceptada noción de que el Estado del bienestar de principios del siglo XX fue determinado por las intervenciones de las mujeres.[14] El género no es, quiero de-

13. Michel Foucault, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison,* Nueva York, Pantheon, 1977 [ed. original.: *Surveiller et punir: naissance de la prision,* París, Gallimard, 1975; trad. esp.: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión,* Madrid, Siglo XXI, 1978].

14. Para el acceso a esta literatura, véase Sonya Michel y Seth Koven, "Womanly Duties: Maternalist Politics and the Origins of Welfare States in France, Germany, Great Britain, and the United States, 1880-1920", *American Historical Review,* 95 (1990), págs. 1076-

jarlo claro, el único eje que necesitamos para comprender, sino uno entre los varios (incluyendo clase, identidad étnica, estructuras políticas, ideología, instituciones económicas y, en fechas más recientes, raza) cuyas consecuencias son ya temas de análisis. El género está empotrado en estos ejes, aun cuando permanezca distinguible en su análisis.

En lo que sigue, examinaré, de modo breve, cuatro campos históricamente influyentes e interrelacionados en los que pienso que el género ha ayudado a determinar nuestra concepción del poder. ¿Cómo, pregunto, ha afectado el género a nuestra comprensión histórica de la formación de la subjetividad o la identidad; a la formación de clase; a la formación del Estado; y, a falta de una palabra mejor, a "la construcción de la nación" o a los procesos relacionados de colonización y creación del Imperio? Procederé al revés.

II

Carr no podía conocer, y no participó, en el debate del gran historiador de la era moderna sobre si la identidad y la conciencia humanas se forman en el campo social o en el del lenguaje y el discurso.[15] En algún nivel, se habría asombrado

---

108; véase también Linda Gordon (ed.), *Women, the State and Welfare,* Madison, University of Wisconsin Press, 1990; Robyn Muncy, *Creating a Female Dominion in American Reform, 1890-1935,* Nueva York, Oxford University Press, 1991; y Jane Lewis (ed.), *Women's Welfare Women's Rights,* Londres, Croom Helm, 1983.

15. El argumento más persuasivo para la subjetividad se encuentra en Joan Wallach Scott, *Gender and the Politics of History,* Nueva York, Columbia University Press, 1988. Para otras facetas del debate, véase especialmente Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture,* Berkeley, CA, University of California Press, 1999; Bryan Palmer, *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History,* Filadelfia, PA, Temple University Press, 1990; Patrick Joyce, *Visions of the People,* Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

por el proyecto posestructural para desestabilizar, para encontrar los conflictos dentro del significado y para rechazar la búsqueda de la acción. Pero yo sospecho que su preocupación por el papel de la conciencia humana en la historia le habría convencido en ultima instancia, pues hay pocas dudas sobre la importancia que él asignaba a la posición del historiador como intérprete y a la del actor histórico como objeto de investigación. Sobre ambos puntos, Carr fue muy franco:

> Desde que escribieron Marx y Freud, el historiador ya no tiene excusa para pensarse un individuo separado, al margen de la sociedad y fuera de la historia. Estamos en la edad de la conciencia de sí mismo: el historiador puede y tiene la obligación de saber lo que está haciendo.[16]

El enfoque de la teoría posmoderna, no sólo en la identidad, sino en muchas identidades, introduce el género en la fórmula para evaluar la conciencia, convirtiendo la masculinidad y la feminidad en los tropos centrales a través de los cuales se ofrece la interpretación. En algunos aspectos, importa poco lo lejos que queramos llevar la teoría. Sólo tenemos que reconocer que la lengua importa; que conceptos como hombría contienen al mismo tiempo múltiples significados y están imbricados en nociones tales como "la familia" o "el público", para ver cómo el género profundiza y complica las afirmaciones de Carr. Se construya bien mediante la lengua y el discurso, la invención y el despliegue de los sistemas de símbolos, o bien mediante el posicionamiento social y cultural, el "yo" que participa en formar el mundo que nos rodea es de género. La introducción del género altera algunas de las más poderosas prescripciones de

16. Carr, *¿Qué es la historia?*, pág. 224.

Carr. Imagínense, por ejemplo, reaccionar a través de unas lentes de género cuando Carr nos dice que "el hombre contemporáneo es consciente de sí mismo, y por lo tanto de la historia, como nunca lo había sido antes".[17]

Los historiadores que tienen en cuenta lo subjetivo ya han empezado a preguntarse por las implicaciones políticas de los nuevos hechos que descubren. Cito dos ejemplos obvios y brillantes: *Struggle for the Breaches*, de Anna Clark, y *Technology and Gender,* de Francesca Bray (un libro sobre la China imperial tardía).[18] Cada uno explora la relación entre el lenguaje y la experiencia de la acción política. Pero hay muchos otros que adoptan formas diferentes. Carolyn Steedman ahonda en la centralidad de las ideologías de masculinidad y feminidad no como oposiciones binarias, sino como continuos moldeados por las circunstancias históricas, muy en especial por las de clase.[19] Sally Alexander y Catherine Hall han sido muy influyentes a ambos lados del Atlántico al explorar el modo en que un género racial determina las visiones del mundo y ordena las relaciones dentro de las instituciones económicas.[20] Laura Engelstein y Kathleen Brown han demostrado cómo la organización del género participa en el modelado de la jerarquía, en familiarizar a los individuos con los modelos autoritarios de organización y en sostener regímenes anti-igualitarios.[21]

17. *Ibid.,* pág. 218.

18. Anna Clark, *The Struggle for the Breeches: Gender and the Making of the British Working Class,* Berkeley, CA, University of California Press, 1995; Francesca Bray, *Technology and Gender: Fabrics of power in Late Imperial China,* Berkeley, CA, University of California Press, 1997.

19. Carolyn Steedman, *Landscape for a Good Woman: A Story of Two Lives,* Londres, Virago, 1986.

20. Sally Alexander, *Becoming a Woman: And Other Essays in 19th and 20th Century feminist History,* Londres, Virago, 1994; Catherine Hall, *White, Male and Middle Class: Explorations in Feminism and History,* Nueva York, Routledge, 1988.

La literatura del mundo occidental del siglo XIX no ofrece ejemplos más persuasivos de las relaciones que se confirman recíprocamente entre conciencia y acción que los que emergen de, y son contenidos por, varios tipos de ideología doméstica. Tomado como un modelo preceptivo, el requerimiento de la domesticidad en sus muchas y diferentes formas ha jugado un papel importante en ordenar el mundo, restringir y determinar las expectativas individuales de hombres y mujeres, y provocar descontento y aquiescencia de modo alternativo. Esto es, como plantea Mary Poovey, el trabajo ideológico del género.[22] De esa forma, algunas veces ha regulado (como señalan Joy Parr, Jane Lewis y otros) la conducta, promoviendo las expectativas del varón sostén de la familia y de la mujer dependiente.[23] Pero también ha provocado la rebelión puesto que las mujeres han buscado cada vez más la libertad.

La domesticidad ha dado un poderoso y tácito marco interpretativo a los historiadores en un segundo aspecto. Sumidos en un orden de género aparentemente natural, los historiadores han impuesto de forma persistente su propia visión de domesticidad sobre la conducta que buscan analizar: proyectar niveles de satisfacción humana en línea con sus propias imágenes de planes domésticos adecuados, o describir como fuentes de acción momentos que podrían

---

21. Laura Engelstein, *The Keys to Happiness, Sex and the Search for Modernity in fin de siecle Russia,* Ithaca, NY, Cornell University Press, 1992; Kathleen M. Brown, *Good Wives, Nasty Wenches, and Anxious Patriarchs: Gender, Race, and Power in Colonial Virginia,* Chapel Hill, NC, Institute of Early American History and Culture, Williamsburg, University of North Carolina Press, 1996.

22. Mary Poovey, *Uneven Developments: The Ideological Work of Gender in Mid Victorian England,* Chicago, IL, University of Chicago Press, 1988.

23. Joy Parr, *The Gender of Breadwinners: Women, Men, and Change in Two Industrial*

causarles descontento. Todos estamos familiarizados, por ejemplo, con las nociones a todas luces erróneas y, sin embargo, hasta hace poco ampliamente mantenidas de que las mujeres no han "trabajado" y de que los hombres han mantenido la familia. Durante años esta idea condujo a los que hacen el censo y a los historiadores a pasar por alto las contribuciones económicas de las mujeres y a los reformadores sociales a sugerir políticas que minaban los esfuerzos de las mujeres para sostener las familias. No obstante, esta inserción de la personalidad del observador en el registro histórico se hizo visible porque los supuestos en que se basaba eran muy comúnmente compartidos. A este respecto, la ideología doméstica hace un doble trabajo, modulando la conciencia del observador incluso cuando determina la experiencia del sujeto histórico.

Nuestra necesidad de organizar el mundo en esferas públicas y privadas refleja una afirmación de nuestras expectativas igualmente subjetiva. Abandonar esa dualidad ha resultado terriblemente difícil, pero, cuando lo hacemos, estamos capacitados para ver los momentos en que los hogares funcionan en un continuo íntegro. La organización del hogar puede determinar e incluso acelerar el proceso de protoindustrialización cuando se favorece la participación de las mujeres en ciertas formas de trabajo. También puede frenar el proceso de industrialización, por ejemplo, cuando las mujeres son aisladas. El escepticismo sobre la cualidad ideológica de la división público/privado ha proporcionado una búsqueda de hechos nuevos que promete poner fin a la dicotomía. En manos de historiadores como Earl Lewis y Bonnie Smith, estos hechos nuevos revelan los modos en que los hombres desarrollan la identidad a partir de la familia, y las mujeres a partir del trabajo asalariado. Demuestran

el apego de los hombres a lo que Lewis llama el espacio del hogar, incluso cuando muestran a las mujeres en la arena pública de la plaza del mercado, el taller, el terreno comunal o la iglesia.[24] Cuando vemos lo público y lo privado disolverse uno en el otro, se nos induce a preguntar sobre los propósitos políticos y el interés subjetivo inherente en construir esferas de oposición, como familia y empleo, o política y hogar, en tensión una con la otra. ¿Qué nexo de poder sostiene tal visión restringida?

Para movernos hacia el segundo punto, no puede haber duda por más tiempo de que el género —como se ordenan las relaciones sociales de los sexos en momentos particulares en el tiempo— participa en la formación de clase. Con esto no quiero decir que los hombres o las mujeres constituyan una "clase" en términos del debate de los años setenta sobre esta cuestión, sino más bien que el género comparte algunas de las propiedades de la clase.[25] Aunque no esté ya de moda referirse a la clase como una categoría explicativa central, pocos historiadores negarían la prominencia de las relaciones sociales de producción bajo circunstancias particulares y en conjunción con elementos como la cultura, la raza o lo étnico. Como la clase, el género es un proceso que cambia en el tiempo y en relación con la circunstancia histórica; como la clase es formador de ideas y normativo, condicionando las expectativas de los futuros individuales y las visiones del mundo.

24. Earl Lewis, *In Their Own Interests: Race, Class, and Power in Twentieth-Century Norfolk, Virginia,* Berkeley, CA, University of California Press, 1991; Bonnie G. Smith, *Ladies of the Leisure Class: The Bourgeoises of Northern France in the Nineteenth Century,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1981.

25. Para un acceso al debate de los años setenta, véase Wally Seccombe, "Patriarchy Stabilized: The Construction of the Male Breadwinner Wage Norm in Nineteenth Century Britain", *Social History,* 11 (1986), págs. 53-76.

Puesto que el género es fluido, su participación varía con la circunstancia histórica. Puesto que constituye el terreno en el que se construye la identidad y se forma la conciencia, puede ser más penetrante que la clase, y es en verdad un elemento constitutivo de ella. Hemos aprendido con el trabajo de Martha Howel y con el de Leonore Davidoff y Catherine Hall, entre otros, que las mujeres y los hombres están implicados diferencialmente en la formación de capital dentro de las familias: que las relaciones sociales de los sexos (incluyendo la participación de las mujeres en empresas y su dominio de destrezas como leer y tejer en China) afectan al ritmo, así como al modo en que se establecen los hogares y se acumula el capital.[26] También hemos aprendido que las revoluciones industriales —que por lo general dependían del uso de mano de obra masculina y femenina en las fábricas— requerían renegociar las relaciones familiares y los sistemas de apoyo para sostener las aspiraciones económicas de los individuos y las comunidades.

Con mayor sutilidad, volver a enmarcar las posibilidades económicas de las mujeres y los hombres demandaba nuevos marcos ideológicos. Kathleen Canning ha demostrado magníficamente la complejidad de este proceso para la Alemania del siglo XIX donde la transformación de la confección textil requería hombres para romper los lazos de la hombría con la habilidad y el orgullo en la producción, y atarlos en su lugar con el apoyo a las personas a su cargo. El cambio

26. Martha C. Howell, *Women, Production, and Patriarchy in Late Medieval Cities,* Chicago, IL, University of Chicago Press, 1986; y su *The Marriage Exchange: Property, Social Place, and Gender in Cities of the Low Countries, 1300-1550,* Chicago, IL, University of Chicago Press, 1998; Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Fortunas familiares: hombres y mujeres de la clase media inglesa...* (cit. *supra*, cap. 2, nota, 6); Dorothy Ko, *Teachers of the Inner Chambers: Women and Culture in Seventeenth-Century China,* Stanford, CA, Stanford University Press, 1994.

promovió una nueva ideología doméstica que rechazaba el trabajo asalariado de las mujeres casadas y fomentaba la solidaridad masculina a través de líneas de clase. Un resultado fue minar el desarrollo de una clase "por sí misma". Puesto que la transformación producía una masculinidad dedicada a ganar el pan, sacrificaba luchas de obreros a causa de la seguridad en el trabajo y los resultados expansivos.[27]

En los Estados Unidos, donde los hombres ataron su autoestima a la noción de libertad atribuida al ideal de autosuficiencia económica, el miedo a la competencia con las mujeres a menudo subrayaba las negociaciones de género. Muchos hombres trabajadores del siglo XIX (como apunta Mary Ann Clawson) desarrollaron la solidaridad y lograron voz política primero a través de hermandades relacionadas con los oficios y más tarde a través de sindicatos; otros lo hicieron en bares donde se practicaba la segregación de género.[28] Y mientras que las mujeres solteras, y también algunas casadas, utilizaban la oportunidad económica para avanzar hacia la autonomía y la independencia, otras muchas intentaban hacer sentir sus voces políticas mediante demandas de igualdad de derechos.[29] En algunos ejemplos, lo que

27. Por ejemplo, véase Kathleen Canning, "The Man Transformed into a Maiden? Languages of Grievance and the Politics of Class in Germany, 1850-1915", *International Labor and Working Class History,* 49 (1996), págs. 47-72. Sobre las potenciales implicaciones políticas de cambiar las subjetividades de género, véase Mary Blewett, "Deference and Defiance: Labor Politics and the Meanings of Masculinity in the Mid-Nineteenth Century New England Textile Industry", *Gender and History,* 5 (1993), págs. 398-415.

28. Mary Ann Clawson, *Constructing Brotherhood: Class, Gender, and Fraternalism,Princeton,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1989.

29. Thomas Dublin, *Women at Work: The Transformation of Work and Community in Lowell, Massachusetts, 1826-1860,* Nueva York, Columbia University Press, 1975; Suzanne Lebsock, *The Free Women of Petersburg: Status and Culture in a Southern Town, 1784-1860,* Nueva York, Norton, 1984.

debería haber sido una conciencia de clase que unificara a las mujeres y a los hombres en una búsqueda compartida de influencia económica se transformó en una lucha a través de las líneas de género cuando los hombres intentaron eliminar a las mujeres del trabajo asalariado.[30] Careciendo de propiedad en su propio trabajo y sin una voz reconocida en la arena pública, las demandas de las mujeres de igualdad de género podían preceder a veces a su preocupación por una disminución de las desigualdades de clase.

Dentro de la pasada década, los historiadores han comenzado a explorar cómo la cultura masculina puede dividir a los trabajadores varones. No quiero decir con esto solamente la exclusión de las mujeres. Hemos sabido durante algún tiempo que, en todas partes, los hombres han intentado preservar las imágenes estables de hombría, así como los empleos, mediante la exclusión de las mujeres de los gremios, los sindicatos, los oficios y los empleos. Más bien, yo señalo divisiones entre los hombres basadas en estereotipos raciales/étnicos y los tipos de trabajo realizado. En los Estados Unidos, Joshua Freeman y Stephen Meyer escriben sobre la división en el sentido de trabajo respetable y trabajo duro.[31] Pero otras divisiones —entre trabajo manual y no manual, por ejemplo— son posibles. El trabajo respetable varonil, que surge de las tradiciones artesanas, estaba asociado con

30. Mary H. Blewett, *Men, Women, and Work: Class, Gender, and Protest in the New England Shoe Industry, 1780-1910,* Urbana, University of Illinois Press, 1988.

31. Stephen Meyer, "Work, Play, and Power: Masculine Culture on the Automotive Shop Floor, 1930-1960", en Roger Horowitz (ed.), *Boys and Their Toys: Masculinity, Class, and Technology in America,* Nueva York, Routledge, 2001, págs. 13-32; Joshua Freeman, "Hard Hats, Construction Workers, Manliness and the 1970 Pro-war Demonstrations", *Journal of Social History,* 26 (1983), págs. 725-744; Sonya Rose, "Respectable Men, Disorderly Others: The Language of Gender and the Lancashire Weavers' Strike of 1878", *Gender and History,* 5 (1993), págs. 382-397.

el orgullo, la destreza y la seguridad económica. Los ocupados en el trabajo duro —la esfera de los trabajadores no cualificados— asociaban virilidad con fuerza física, coraje frente a condiciones peligrosas, sexualidad y bravura. Cada uno participaba en la construcción de una visión del mundo distinta. El trabajo respetable está estrechamente ligado a la domesticidad, por ejemplo, y bien puede participar en construir y defender una identidad de género colectiva que fomenta las restricciones en el trabajo femenino en cuanto intenta reservar la esfera del trabajo asalariado a los hombres.[32]

La masculinidad, como hora sabemos, ha estado en el corazón de la formación de clase, así como en la resistencia de los trabajadores dentro del lugar de trabajo. También ha fomentado lealtades de clase conflictivas en la arena política. En lugares muy distintos, Barbara Taylor y Liz Faue, entre otros, han demostrado los modos en que la dominación masculina —incluyendo la iconografía y el lenguaje de la organización— ha inhibido o animado la identidad de clase trabajadora alternativamente.[33] Pero la masculinidad se complica por su componente racial. Joe Trotter, Tera Hunter y

32. Para el uso de las ideas de masculinidad para defender los espacios de trabajo del varón, véase especialmente Keith McClelland, "Some Thoughts on Masculinity and the 'Representative Artisan' in Britain, 1850-1915", *Gender and History,* 1 (1989), págs. 164-177; y Ava Baron, "Questions of Gender: Deskilling and Demasculinization in the US Printing Industry, 1830-1945", *Gender and History,* 1 (1989), págs. 178-199. Para la defensa de los espacios de trabajo femeninos, véase Judith Bennett, *Ale, Beer and Brewsters in England: Women's Work in a Changing World, 1300-1600,* Nueva York, Oxford University Press, 1996; Katherine Sheldon (ed.), *Courtyards, Markets, City Streets: Urban Women in Africa,* Boulder, CO, Westview Press, 1996.

33. Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century,* Nueva York, Pantheon, 1983; Elizabeth Faue, *Community of Suffering and Struggle: Women, Men, and the Labor Movement in Minneapolis, 1915-1945,* Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1991; Angela Woollacott, *On Her Their Lives Depend: Munitions Workers in the Great War,* Berkeley, CA, University of California Press, 1994.

Glenda Gilmore han revelado cómo la raza conspiró con el género para crear divisiones de clase.[34] La cuestión es que nuestros nuevos hechos —hace una generación, no teníamos el trabajo de Theresa Liu, Barbara Hanawalt, Merry Wiesner, Louise Tilly, y docenas de otros— nos capacitan para ver cómo las transformaciones económicas se construyen en todas partes sobre una negociación continuada de la estructura de la familia y el hogar y de las ideologías de masculinidad y feminidad.[35] A la luz de nuestros nuevos hechos podemos estar tentados otra vez a formular la pregunta de Werner Sombart, "¿Por qué no hay socialismo en América?", pues seguro que tenemos suficiente evidencia ahora para afirmar que al menos parte de la respuesta tiene que descansar en la poderosa fuerza determinante del género y de los antagonismos raciales.

III

Moviéndonos ahora hacia el tercer punto, hemos aprendido algo sobre el modo en que el género participa en apuntalar el poder del Estado —ciertamente, es constitutivo de él—, contribuyendo así a la formación del Estado. En términos

34. Joe William Trotter, *Black Milwaukee: the Making of an Industrial Proletariat, 1915-45,* Urbana, IL, University of Illinois Press, 1985; Glenda Elizabeth Gilmore, *Gender and Jim Crow: Women and the Politics of White Supremacy in North Carolina, 1896-1920,* Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1996; Tera W. Hunter, *To Joy my Freedom: Southern Black Women's Lives and Labors after the Civil War,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1997.

35. Tessie P. Liu, *The Weaver's Knot: the Contradictions of Class Struggle and Family Solidarity in Western France, 1750-1914,* Ithaca, NY, Cornell University Press, 1994; Louise Tilly, *Politics and Class* in *Milan, 1881-1901,* Nueva York, Oxford University Press, 1992; Barbara Hanawalt, *Of Good and Ill Repute: Gender and Social Control in Medieval England,* Nueva York, Oxford University Press, 1998; Merry E. Wiesner, *Working Women in Renaissance Germany,* New Brunswick, NJ, Rutgers University Press, 1986.

de lo que se podría llamar política formal, las mujeres han ejercido menos influencia a lo largo de los años que los hombres, aunque, como el capítulo de Susan Pedersen en este libro sostiene, las ideas de virilidad formaban parte de la agenda política liberal de la Gran Bretaña de Gladstone, como lo hacían de la América *jacksoniana* y, en sentido contrario, de la América revolucionaria. Y, sin embargo, la influencia particular de las mujeres no estuvo ausente en momentos tan capitales como la Revolución francesa de 1789. Las mujeres tal vez precipitaron la crisis que en última instancia trajo de regreso a París a Luís y a María Antonieta; sus demandas de hablar públicamente, de representación y voz, exponían la contradicción en una ideología que adoptaba los derechos del hombre y, sin embargo, insistía en que las mujeres no eran adecuadas para compartir esos derechos.[36]

El nexo económico/ideológico es más claro. Enfrentados a la crisis del orden social provocada por la industrialización desenfrenada, la mayoría de los Estados europeos occidentales del siglo XIX intentaron apuntalar sus propios cimientos reforzando los muros del hogar tradicional, y, en particular, prestando atención a la capacidad del cabeza de familia varón de mantener un sentido de sí mismo como sostén familiar. Lo hicieron de muchas maneras, pero principalmente regulando la conducta de los miembros de la familia entre sí, y vigilando los límites entre el deseo sexual y la conducta social.

36. Véase especialmente Joan Landes, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution,* Ithaca, NY, Cornell University Press, 1988; Olwen Hufton, *Women and the Limits of Citizenship in the French Revolution,* Toronto, University of Toronto Press, 1992; Joan Wallach Scott, *Only Paradoxes to Offer,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1997.

Para reforzar los patrones de moralidad de la clase trabajadora, los Estados recurrieron a una variedad de reglas y leyes que, por ejemplo, regulaban el número y tipos de parejas sexuales disponibles para hombres y mujeres; daban directrices para disciplinar a las esposas; prohibían a las mujeres negar los servicios sexuales, y determinaban el domicilio familiar. Los niños eran rehenes de este proceso: su bienestar, educación, lugar de residencia e incluso su legitimidad estaban gobernadas por la adhesión de los padres a las nuevas reglas.[37] A las mujeres casadas se les negaban ciertos tipos de trabajos o se les prohibía por completo ganar salarios.

Los Estados que dependían del trabajo de las mujeres para afrontar los objetivos de producción nacional resolvieron la tensión entre hogar y vida familiar regulando el trabajo femenino para acomodar, primero, las ideologías preceptivas de domesticidad y para satisfacer, después, las necesidades de las cabezas de familia varones y de los hijos. Podemos encontrar estas regulaciones en sociedades tan alejadas unas de otras como Lowell, Massachussets, y Meiji, Japón. Y podemos trazar paralelismos entre las reglas de la vivienda que gobernaban a las trabajadoras de las fábricas de seda del Shanghai del siglo XX y las que regulaban las familias de las operarias de las fábricas de yute de Calcuta.[38] En el siglo XX,

37. Ellen Ross, *Love and Toil: Motherhood in Outcast London, 1870-1918,* Nueva York, Oxford University Press, 1993; Anna Davin, *Growing up Poor: Home, School, and Street in London, 1870-1914,* Londres, Rivers Oram Press, 1996; Hendrik Hartog, *Man and Wife in America: A History,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 2000.

38. Thomas Dublin, *Transforming Women's Work: New England Lives in the Industrial Revolution,* Ithaca, NY, Cornell University Press, 1994; E. Patricia Tsurumi, *Factory Girls: Women in the Thread Mills of Meiji Japan,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1990; Emily Honig, *Sisters and Strangers: Women in the Shanghai Cotton Mills, 1919-1949,* Stanford, CA, Stanford University Press, 1986; Leela Fernández, *Producing Workers: The Politics of Gender and Class in the Calcutta Jute Mills,* Filadelphia, PA, University of Pennsylvania Press, 1997.

las leyes de trabajo proteccionistas se convirtieron en el vehículo preferido para legitimar el trabajo femenino; y en última instancia las prestaciones por maternidad —y más recientemente paternales— sirvieron para afirmar la división sexual del trabajo.[39] Mientras que los cuerpos de las mujeres estaban restringidos por leyes que imponían horas limitadas y permisos de maternidad, muchos Estados rehusaban compensar a las trabajadoras por sus salarios perdidos y, al menos hasta la II Guerra Mundial, la mayoría les daba a los hombres ganancias diferenciales y mensajes particulares sobre apoyo a la familia. Estos son los salarios de género.

Los mecanismos para regular la distribución del trabajo femenino entre el hogar y la familia eran legión, como lo eran los que requerían el apoyo masculino para el hogar. Dependiendo del clima político y social, los Estados elegían favorecer o desfavorecer el trabajo de las mujeres casadas proporcionando o subsidiando el cuidado de los niños o rehusando hacerlo. Algunos, como Francia, crearon guarderías bien desarrolladas para los niños; otros, como los Estados Unidos, negaban las necesidades de cuidado de los hijos de las mujeres casadas excepto cuando era necesario para atender necesidades nacionales. La mayor parte de los Estados negaban a las mujeres que empleaban en trabajo asalariado los beneficios —tales como seguro de desempleo y derechos de antigüedad— rutinariamente concedidos a los hombres. Estos tratamientos diferenciales jugaban un papel en las posibilidades de tomar decisiones de cada familia. Unos pocos, como Japón, construyeron poderosas economías apelando a los instintos patrióticos de las mujeres. En los Estados

39. Ulla Wikander, Alice Kessler-Harris y Jane Lewis, *Protecting Women: Labor Legislation in Europe, Australia and the United States,* Urbana, IL, University of Illinois Press, 1995.

Unidos y en otros lugares sirvieron también para regular la interacción de razas. Las leyes de vagancia, por ejemplo, se ocupaban de hombres y mujeres, de negros y blancos, de modos bastante distintos. Para muchas mujeres negras del Sur, forzaban el trabajo asalariado incluso para las que podrían haber preferido trabajar en sus propias familias. Haciendo distinciones entre las mujeres para regularlas, los Estados podían afirmar las jerarquías de clase y de color. Por ejemplo, la legislación laboral de protección para las mujeres estaba disponible sólo para una pequeña proporción de trabajadoras americanas.[40] La construcción nacional dependía de los planteamientos ideológicos y prácticos envueltos en estas estrategias.

En muchos países, los acuerdos de género aparentemente naturales legitimaron las políticas sociales que apuntalaban las lealtades de pueblos rebeldes. El Estado del bienestar difería de un lugar a otro, pero parece que en todas partes se construyó sobre acuerdos y supuestos de género, y se diseñó para mantener tipos particulares de estructuras familiares. Las pensiones de vejez y el seguro de desempleo en Gran Bretaña prestaban atención al tamaño de la familia y al sexo de los cabezas de familia; el seguro médico y las políticas de vivienda en Alemania se diseñaban para promover el papel de la mujer en el hogar; el cambio de las leyes de impuestos y la ayuda a las familias con niños a su cargo en los Estados Unidos influyó en cómo la gente corriente consideraba el matrimonio y en cómo y cuándo se formaban las familias. Extendiendo el alcance del Estado a las áreas más íntimas de la vida personal, los beneficios sociales cambia-

40. Linda Kerber, *No Constitutional Right to be Ladies: Women and the Obligations of Citizenship,* Nueva York, Hill and Wang, 1998; Alice Kessler-Harris, *Out to Work: A History of Wage-Earning Women in the United States,* Nueva York, Oxford University Press, 1982.

ron el ejercicio de la conducta de género por medidas de ciudadanía responsable.[41]

Volviendo a nuestra cuarta categoría, ha sido imposible explicar la construcción y el mantenimiento de una nación y un imperio, así como la naturaleza de la resistencia a ello, sin atención a los códigos morales particulares. El género participa en al menos dos modos de análisis: el primero es posmoderno y el segundo tiene que ver con las nociones de derechos y progreso de la Ilustración. El posmoderno aparece muy a menudo en los esfuerzos para encontrar e interrogar las voces del subalterno.[42] La atención a estas voces diversas ha fragmentado los fundamentos morales del propósito central de construcción del imperio y ha alterado la posición una vez unificada del observador. Ha colocado en la ecuación histórica una nueva serie de hechos que trasladan la exploración del imperio de una localización centrada en Europa a una que se fija en la intersección del colonizador y el colonizado.

Este trabajo sugiere que los conceptos de colonizador y colonizado están en sí determinados por formas particulares de control sexual que diferencialmente limitaban las disposiciones domésticas. Son afirmadas por imágenes figurativas y literales destinadas a reforzar los límites sexuales. La lengua y la representación del imperio figura en las explicaciones sobre la construcción de las lealtades nacionales en y a través de mecanismos de género profundamente raciales.

41. Susan Pedersen, *Family, Dependence, and the Origins of the Welfare State: Britain and France 1914-1945,* Nueva York, Cambridge University Press, 1993; Alice Kessler-Harris, *In Pursuit of Equity: Women, Men and the Quest for Economic Citizenship in Twentieth Century America,* Nueva York, Oxford University Press, 2001.

42. Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse,* Minneapolis, MN, University of Minnesota Press, 1998; Spivak Gayatri Chakravorty, *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics,* Nueva York, Routledge, 1988.

Éstos incluyen imágenes particulares de la vida familiar y del orden doméstico junto con la regulación de la sexualidad.[43] Impuesto a veces de modo informal —como en los valores de jerarquía doméstica victorianos— y reforzado a veces por la legislación formal, el cambio de los límites sexuales participó en la creación de modelos de conducta destinados a distinguir con claridad a los colonizados del colonizador y ofrecer así un fundamento para el control imperial. Las leyes antimestizaje, los movimientos por la pureza sexual, las campañas para autorizar la prostitución, todas tienen su lugar en los anales de la construcción de la nación.[44]

En el marco colonial, el trabajo de Antoinette Burton y Ann Stoler ha demostrado cuánto dependía el éxito del proyecto colonial de mantener un tipo especial de orden cultural heterosexual. Como dice Stoler, "los cambios en la organización del hogar, la división sexual del trabajo y el control de los recursos específico del género sostenían la autoridad colonial".[45] El género construido entonces sostenía los significados particulares de la raza, representando los conceptos de la poco apasionada "señora" europea y la virilidad del varón blan-

43. Ann McClintock, *Gender, Nations and Post Colonial Perspectives,* Minneapolis, MN, University of Minnesota Press, 1997; Vron Ware, *Beyond the Pale: White Women, Racism and History,* Londres, Verso, 1992; Ida Blom, Karen Hagemann y Catherine Hall, *Gendered Nations: Nationalisms and Gender Order in the Long Nineteenth Century,* Londres, Berg, 2000.

44. Por ejemplo, Peggy Pascoe, *Relations of Rescue: The Search for Female Moral Authority in the American West, 1874-1939,* Nueva York, Oxford University Press, 1990; Judith Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society: Women, Class and the State,* Nueva York, Cambridge University Press, 1980.

45. Ann Laura Stoler, "Carnal Knowledge and Imperial Power: Gender, Race, and Morality in Colonial Asia", en Joan Scott (ed.), *Feminism and History,* Nueva York, Oxford University Press, 1996, pág. 209, y Stoler, *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things,* Durham, NC, Duke University Press, 1995; Antoinette Burton, *Burdens of History: British Feminists, Indian Women, and Imperial Culture, 1865-1915,* Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1944.

co contra la conquista sexual de las mujeres colonizadas y la desmasculinización de los hombres colonizados. El poder colonial sobre las disposiciones domésticas alteraba además las vidas de las personas a ambos lados de la empalizada, reforzando los mensajes de poder sexual a través de las disposiciones familiares e igualándolos al valor militar.[46]

En la "colonización interna" que caracterizó la expansión de América hacia el Oeste, el género parece haber jugado un papel no menos significativo, y aquí una revalorización del lenguaje del progreso y de la razón de la Ilustración ha sido bien útil para el historiador. La solidaridad de los hombres blancos de muy distintas clases y orígenes étnicos encontró expresión en metáforas de la lucha que enfrentaba a la civilización con el salvajismo, y en una violencia romantizada que construía a los hombres "blancos" como compañeros contra los indios y los mejicanos.[47] La imaginería imperante, que representaba muchos sitios fronterizos vacíos de mujeres —que aquí excluía también a los indios y a los cabezas de familia mejicanos, y a las respetables mujeres blancas— permitió un tipo particular de masculinidad que facilitaba la conquista y la búsqueda de recursos minerales como el oro en nombre de extender los valores humanos.[48] En el fondo, la supuesta ausencia de las mujeres ayudaba a racionalizar la extensión del poder político. Permitía también la expansión de la versión particular de América del excepcionalismo. Por

46. Mrinalini Sinha, *Colonial Masculinity: The "Manly Englishman" and the "Effeminate Bengali" in the Late Nineteenth Century,* Manchester, Manchester University Press, 1995.

47. Ramón Gutiérrez, *When Jesus Came the Corn Mothers Went Away: Marriage, Sexuality and Power in New Mexico,* Stanford, CA, Stanford University Press, 1991; George J. Sanchez, *Becoming Mexican: Ethnicity, Culture and Identity in Chicano Los Angeles: 1900-1945,* Nueva York, Oxford University Press, 1993.

48. Brian Roberts, *American Alchemy: the California Gold Rush and Middle-Class Culture,* Chapel Hill, NC, University of North Carolina, 1999.

ejemplo, como Annette Kolodny ha demostrado, los derechos americanos a una frontera mítica, más que su acceso a vastas extensiones de terreno, sancionaron las luchas masculinas hacia una movilidad ascendente y un éxito competitivo.[49] Un enfoque de género revela cómo la mística individualista oscurecía la defensa colectiva y la cooperación en el hogar que finalmente aseguraron la supervivencia de los individuos y las familias.

IV

Así pues, ¿qué es la historia de género ahora? Es un modo de mirar al pasado que expande nuestra visión. Usando las ideas y métodos de lo posmoderno —aunque no su rechazo de lo material—, facilita la exploración del lenguaje y la ideología en que descansa la conducta. La historia de género mezcla las relaciones sociales raciales y evolutivas de los sexos con otros tropos explicativos para producir una comprensión más completa y más rica de la experiencia subjetiva que traduce la ideología en acción y de las consecuencias para las comunidades, las naciones y los imperios. Para conseguir este tipo de historia, necesitamos hechos sobre las mujeres y los hombres como hombres: necesitamos una historia de las mujeres así como una historia de los hombres.

Yo me atrevería a suponer que Catherine Morland no encontraría pesada la historia de género, ni mucho menos un "martirio". Sus hermanos, en efecto, descubrirían que posee una amplitud de poder explicativo capaz de desafiar a las interpretaciones tradicionales sobre la construcción de la

49. Annette Kolodny, *The Land Before Her: Fantasy and Experience of the American Frontiers, 1630-1860,* Chapel Hill, NC, University of North Carolina, 1984.

nación, la política nacional y la formación de clase. En ese sentido, satisface completamente la petición de Edward Hallet Carr de una historia no-localista. Creo que él se habría sentido satisfecho.

6

¿Qué es la historia intelectual ahora?

Annabel Brett

Siempre resulta difícil explicar lo que uno hace para ganarse la vida; aún lo es más cuando a uno se le pregunta de un modo muy directo, y con una expectativa de respuesta definitiva tan manifiesta como en la pregunta "¿Qué es la historia intelectual ahora?". No puedo esperar ser exhaustiva, y mi respuesta reflejará necesariamente mi propia especialización particular y mis intereses. Sin embargo, intentaré al menos ser elocuente en mi respuesta; y comenzaré por decir que la cuestión me parece que implica de hecho dos preguntas: una, "¿Qué es la historia intelectual *ahora*?" (opuesta a entonces); y dos, "¿Qué es la historia *intelectual* ahora?" (opuesta a cualquier otro tipo de historia). Como veremos, estas dos preguntas no se pueden separar; pues la historia misma de la historia inte-

lectual de las recientes décadas pasadas, que han visto una gran revitalización en este campo, ha cuestionado al mismo tiempo los límites distintivos del mismo.

Una podría, en efecto, contentarse con una distinción vaga entre historia intelectual y otras formas de historia. Un prestigioso historiador intelectual, William J. Bouwsma, advirtió hace poco que preferimos el término "historia cultural" a "historia intelectual", porque el último parece sugerir la existencia de algo elevado, el "intelecto" o "la actividad intelectual", situada por encima y sobre los aspectos más básicos del vivir —y, por ello, de un valor excepcional—, cuyo estudio es una ocupación intelectual eminente hecha sólo por intelectuales serios. Por cuanto, señala, el pensamiento o la actividad intelectual está implicada en muchos niveles del individuo humano y de la vida social, y así es imposible extraer una historia "intelectual" de las "ideas" de una historia más amplia de la cultura.[1] Así pues: ¿historia intelectual o historia sociocultural?, la pregunta ha sido planteada antes;[2] pero no estoy convencida de que deba responderse sumergiendo la identidad de la primera en las aguas que todo lo envuelven de la última, ni consintiendo (al menos completamente) en formulaciones tales como "la 'nueva' historia intelectual-cultural".[3] Podemos admitir que la historia intelectual, tomada pura y *per se*, podría tener un problema de

1. W. J. Bouwsma, *The Waning of the Renaissance 1550-1640,* New Haven, CT-Londres, Yale University Press, 2000, pág. IX [trad. esp.: *El otoño del Renacimiento, 1550-1640,* Barcelona, Crítica, 2001, pág. 9].

2. De Roger Chartier, en una maravillosamente lúcida y seria perspectiva general de los problemas implicados. Véase R. Chartier, "Intellectual History or Sociological History? The French Trajectories", en D. LaCapra y S. L. Kaplan (eds), *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives,* Ithaca, NY, Cornell University Press, 1982.

3. Cf. N. J. Christie, "From Intellectual to Cultural History: The Comparative Catalyst", en D. R. Woolf (ed.), *Intellectual History: New Perspectives,* Lewiston-Queenston-Lampeter, Edwin Mellen, 1989, pág. 82.

imagen, al menos entre los compañeros historiadores: nada es más familiar que la afirmación de algunos de nuestros colegas de que estudiamos sólo un rango limitado de textos "elevados", ni su ironía cuando nos dicen que, al contrario que nosotros, ellos no son lo bastante inteligentes para hacer la historia del pensamiento y, por tanto, se contentan con investigaciones más humildes. Pero creo que es posible desviar estas críticas mientras se insiste todavía en el carácter distintivo de la historia intelectual: no como una metahistoria incorpórea del pensamiento, sino una disciplina con *intereses* distintivos propios. Pues, como espero demostrar, hay un sentido en el que la historia del pensamiento no puede evitar una apreciación "reflexiva" —o, digamos, filosófica— de su objeto; y, así, la *historia* intelectual tiene que ser en algún sentido historia *intelectual*. Intentaré defender esta idea al final.

Mientras tanto, dirijámonos a la primera de mis preguntas —"¿Qué es la historia intelectual *ahora*?"— y empecemos en el punto en que la historia intelectual ha avanzado un gran trecho desde el estudio aislado de las "grandes ideas" de los "grandes pensadores": es decir, la historia del pensamiento humano o del pensar *como distinto de* la acción humana o de las obras.[4] Este tipo de historia adoptó el pensar de la teleología de los agentes humanos individuales y generó una historia de las ideas con tendencia a una teleología propia. Esta historia tenía una cierta grandiosidad, pero no era clara respecto a qué

4. Una cuestión muy familiar ahora, gracias al trabajo fundamental de Quentin Skinner. Para su formulación original, incisiva y brillante, véase Q. R. D. Skinner, "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory,* 8 (1969), págs. 393-408, reimpreso en J. Tully (ed.), *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics,* Cambridge, Polity Press, 1988; véase también J. A. W. Gunn, "After Sabine, After Lovejoy: The Languages of Political Thought"', en Woolf, *Intellectual History.*

dimensión y a cuándo se suponía que existían estas ideas, a no ser que no se tuviese miedo de postular el presente eterno de sus originales platónicos; y, en consecuencia, aparecieron problemas adicionales al rastrear esta historia de las ideas en la historia humana o en la historia en general. Por un lado, una teleología de las ideas tendía a apoyar una concepción de la teleología de la historia misma. Podemos ver esto con mucha claridad en la sexta conferencia de "¿Qué es la historia?" de Carr titulada "Un horizonte que se abre". Habiendo tenido poco que decir sobre la historia intelectual hasta este punto, él nos dice aquí —en un extraordinario vuelo neohegeliano— que las figuras fundamentales de la historia del hombre moderno son Descartes, Rousseau, Hegel, Marx y Freud, vistos como innovadores de la autoconciencia de la razón y, por tanto, como innovadores de la historia.[5] Pero, por otro lado, no está claro si Carr quería decir que esos "grandes pensadores" en realidad movían la historia por sí mismos, o si eran sintomáticos de una historia que se mueve de todos modos. Así, la historia del hombre moderno se dice que "comienza" con Descartes, pero Hegel y Marx son los "pensadores representativos" de una transición desde el siglo XVIII hasta el mundo moderno.

La obra de R. G. Collingwood, sobre quien Carr tenía sentimientos tan mezclados en su primera conferencia de "¿Qué es la historia?", jugó un importante papel, al menos dentro de la tradición historiográfica anglófona, en el desarrollo de un modo diferente de implicar al pensamiento humano en la historia humana. Heredero de otro hegelianismo a través de la tradición idealista británica, recurriendo a T. H. Green y a F. H. Bradley, Collingwood insistió, como es

5. E. H. Carr, *¿Qué es la historia?,* págs. 219-224.

sabido, en que toda la historia es la historia del pensamiento, frustrando así cualquier supuesta distinción entre la historia del pensamiento y la historia de los hechos.[6] Según Collingwood, no podemos comprender ninguna acción humana o producción sin una comprensión del pensamiento implicado en ella, de modo que no podemos escribir ninguna historia que no sea un trabajo de interpretación. Fue esto lo que alarmó a Carr, naturalmente, puesto que parecía inclinar demasiado la balanza de la historia hacia la dirección de la interpretación y, en consecuencia, perder ese equilibrio constructivo con los hechos que, como suponía Carr, constituía la esencia de la historia.[7] Desde el punto de vista de la historia intelectual, sin embargo, debemos observar el efecto opuesto; ese pensamiento, igualmente, se implica en la acción y en la producción y, por consiguiente, en el tiempo histórico de los agentes históricos.

No tenemos, por tanto, que pensar en la actividad intelectual como algo "por encima" del resto de la actividad humana, del mismo modo que pensamos que la cabeza está por encima del cuerpo. La comprensión básica del pensamiento en cuanto implicado en la acción y en la producción ha estado con nosotros durante mucho tiempo. Sin embargo, Bouwsma tiene razón en cuanto a la manera en que nos imaginamos que esta implicación —el modo completo en que pensamos sobre el pensamiento humano— ha cambiado enormemente a lo largo de las décadas desde que Carr estuvo en desacuerdo con Collingwood. Por así decirlo, podríamos identificar dos trayectorias principales de ese cam-

6. Para un buen tratamiento de Collingwood dentro de esta tradición, véase D. Boucher, *Texts in Context: Revisionist Methods for Studying the History of Ideas,* La Haya, Martinus Nijhoff, 1985, págs. 39-71.

7. Carr, *¿Qué es la historia?,* págs. 96-103.

bio: una es a través del estudio de la lengua o el discurso y su relación con la acción humana y el agente; la otra es a través de nuestra cada vez más compleja concepción de los múltiples modos en que los seres humanos representan a su mundo y a ellos mismos para sí y para otros, y en los que estas representaciones informan y son informadas por la práctica. Aunque se originan a partir de tradiciones historiográficas distintas, estas dos trayectorias no son mutuamente independientes, como veremos. En particular, las preguntas sobre textualidad y sus límites han jugado un papel importante en ambas.

I

Así pues, permítanme comenzar con la cuestión del *lenguaje* que se había tomado tradicionalmente para "encarnar" o para "expresar" los pensamientos o ideas de los pensadores. Este asunto se consideró a principios de los años sesenta por un grupo de eruditos que trabajaban en la historia del pensamiento político, que han llegado a ser conocidos colectivamente como la "Escuela de Cambridge", investigando la relación entre lenguaje, pensamiento, agente y tiempo. Una dirección, explorada sobre todo por Quentin Skinner, sacó ventaja del trabajo que se estaba haciendo en lingüística teórica en los años cincuenta y sesenta por John Austin y John Searle.[8] Austin, en *How to Do Things with Words*,[9] desarrolla-

8. Véase, especialmente, Skinner, "Meaning and Understanding", y Q. R. D. Skinner, "Motives, Intentions and the Interpretation of Texts", *New Literary History,* 3 (1972), págs. 393-408, reimpreso en Tully, *Meaning and Context.*

9. J. L. Austin, *How to Do Things with Words,* Oxford, Oxford University Press, ²1975 [trad. esp.: *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones,* Barcelona, Paidós, 1988].

do y ampliado por Searle en *Speech Acts*,[10] sostenía que la función de las palabras no se limita a decir como son las cosas, es decir, a un modo indicativo o proposicional (la dimensión "locucionaria"); ni, en correspondencia, sacar sentido de las palabras se limita a establecer el significado proposicional. Más bien, además de decir cosas simplemente, las palabras se pueden usar en contextos específicos para *hacer* cosas. Esto es, el hablar es o puede ser un hacer, una acción en sí misma: y así, además de la dimensión "locucionaria" de las palabras, tenemos que reconocer una dimensión "ilocucionaria" y otra "perlocucionaria". La dimensión "ilocucionaria" es lo que un hablante hace *al* usar ciertas palabras específicas. La dimensión "perlocucionaria" es lo que un hablante hace *a través de* o *por medio de* usar palabras específicas. Así, un acto perlocucionario, por definición, sobrepasa o va más allá del texto. Pero un acto ilocucionario, también identificado por Searle y por Skinner con la noción de la *intención* de un autor al escribir o decir ciertas palabras, está contenido dentro del texto en sí.[11] Es el "motivo" del acto (texto) desde la perspectiva del autor.[12]

10. J. R. Searle, *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language,* Cambridge, Cambridge University Press, 1969 [trad. esp.: *Actos de habla: ensayo de filosofía del lenguaje,* Madrid, Cátedra, 1980].

11. Al desarrollar este enfoque sobre la intención del autor como la condición de un acto ilocucionario, Skinner se apartó deliberadamente de Austin, que había insistido en el éxito del "motivo" del acto por parte del recipiente como una condición para la realización de un acto ilocucionario. Para Skinner, un hablante o productor de textos puede realizar un acto ilocucionario, fuese recibido o no ese acto como había supuesto el hablante. Véase Q. R. D. Skinner, "A Reply to My Critics", en Tully, *Meaning and Context,* págs. 261-264.

12. Enfatizo "desde la perspectiva del autor", puesto que es necesario diferenciarla del "motivo" que pueda tener un texto: cf. Tully, *Meaning and Context,* pág. 10. Skinner, "A Reply", distingue entre el acto ilocucionario, que tiene que ser un acto intencionado por parte del autor —el "motivo" del autor al escribir— y la fuerza ilocucionaria de un texto particular, digamos su "motividad". Skinner reconoce aquí que el acto ilocucionario y la fuerza ilocucionaria puede que no coincidan; esto será importante más tarde. Véase *infra,* pág. 221.

Este tipo de intencionalidad, postuló Skinner, es recuperable al leer. Contrasta con la intención putativa de un autor *de*, que está fuera del texto como parte de un retrato psicológico y que bien puede ser irrecuperable.

La identificación o recuperación de una expresión particular como un acto ilocucionario particular depende de una conciencia de su situación de habla particular o *contexto*. Sólo podemos saber lo que un autor estaba *haciendo* al escribir un texto particular si sabemos las circunstancias de ese hacer. El resultado fue un método que sostiene que, para comprender los textos por los actos de habla específicos que son, necesitamos comprender el contexto histórico en que fueron pronunciados. Como describiré con más detalle después, el "contexto" puede ser multidimensional: una situación política específica, un entorno social o cultural, un contexto institucional como una sala de un tribunal. Sin embargo, para nuestro análisis ahora, lo que nos interesa es el contexto *lingüístico* histórico (que puede estar implicado de distintos modos en los otros tipos de contexto que he mencionado), lo que otra gente estaba *diciendo* en la época y las convenciones que gobernaban ese decir. En el fondo de esta idea, además del trabajo de Austin y Searle, está el trabajo del más reciente Wittgenstein y su noción, desarrollada en *Investigaciones Filosóficas*, de "juegos de lenguaje".[13] Ésta es la idea de que el lenguaje se puede ver como un juego go-

13. L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations,* texto en ingles sólo, Oxford, Blackwell, [3] 1968: el término se introduce en la pág. 5. Véase también la analogía, tan sugerente para la historia intelectual, de nuestro lenguaje como una ciudad vieja, con anexos de diversos periodos (pág. 8) [ed. bilingüe alemán-español, a partir del texto alemán de la tercera edición de 1967 *(Philosophische Untersuchungen): Investigaciones filosóficas,* Barcelona, Instituto de Investigaciones Filosóficas (Universidad Nacional Autónoma de México)-Crítica, 1988, págs. 25, § 7, y pág. 31, § 18].

bernado por ciertas reglas y convenciones. Estas reglas dictan lo que cuenta como un movimiento lingüístico válido y lo que no, que es lo mismo que dictar lo que tiene sentido y lo que no lo tiene. Sin un conocimiento del juego y sus convenciones, los actos lingüísticos particulares carecen completamente de significado (podríamos imaginarnos no saber nada de cricket e intentar comprender el sentido de las acciones de los jugadores y de los espectadores) porque no podemos atrapar la dimensión ilocucionaria de un texto o lo que el autor *pretendía hacer* al escribir ese texto: cual era el *motivo* del texto, en lenguaje más sencillo. Su sentido completo se nos escapa.

Como ahora quedará claro, una de las suposiciones fundamentales de la historia intelectual como historia de las expresiones dentro de un lenguaje (entendidas como un juego de lenguaje) es que un ámbito particular de lenguaje no se ve ya como la *expresión* del pensamiento. La antigua historia intelectual como historia de las ideas implicaba que la idea se sostenía independientemente de las palabras que la expresaban, tanto que se podía haber expresado con palabras distintas, con otro libro. Hacía contingente la relación de las ideas con el lenguaje y el libro. En su lugar, la historia intelectual como historia del lenguaje en uso ve la utilización del lenguaje como constitutiva del pensamiento: utilizar palabras de un modo particular dentro de un horizonte lingüístico particular *es* justo "pensar". No hay pensamiento detrás de las palabras, es decir, lo que puede tener la historia suyo independientemente de la actividad históricamente específica de los usuarios del lenguaje. Esto ha llevado a algunos de sus practicantes a rechazar la historia intelectual no sólo en el sentido de historia de las ideas, sino incluso en el sentido de historia de los conceptos, el *Begriffsgeschichte* ale-

mán.[14] Cómo alguien concibe algo es lo que las conexiones y los movimientos lingüísticos hacen, nada más. No hay un "concepto" supralingüístico disponible en una dimensión abstracta para la atención del historiador.

Así, un elemento clave de la historia intelectual practicada de este modo será la recuperación de los "modos de hablar" del pasado, que es una precondición para la caracterización adecuada de tales movimientos lingüísticos. La idea de historia intelectual como la recuperación de juegos de lenguaje específicos —en otras palabras, el contexto discursivo— está quizás más asociada al trabajo de J. G. A. Pocock, aunque el compromiso es común a Pocock y Skinner.[15] Cuando los historiadores intelectuales hablan de este tipo de "lenguaje", no se están refiriendo primariamente a las lenguas naturales —francés, inglés, latín, etc.—, aunque la existencia de distintas lenguas naturales es, sin duda, una consideración importante, como lo es la historia de la práctica de la traducción. Es más, de lo que se ocupan es de los distintos modos de hablar o modos de discurso, lo que podríamos llamar expresiones idiomáticas o retórica, dentro de las lenguas naturales. Aunque Skinner y Pocock han trabajado principalmente sobre los lenguajes del pensamiento político, la noción se puede extender con provecho a los

14. Para un debate de esta idea, véase J. G. A. Pocock, "Concepts and Discourses: A Difference in Culture? Comments on a Paper by Melvin Richter", en H. Lehmann y M. Richter (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts: New Studies in Begriffsgeschiehte,* Washington, German Historical Institute, 1996, págs. 47-58, y M. Richter, "Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner and the *Geschichtliche Grundbegriffe", History and Theory,* 29 (1990), págs. 38-70.

15. Para una exposición clara de este tipo de método, véase J. G. A. Pocock, "The Concept of a Language and the *Métier d'Historien:* Some Considerations on Practice", en A. R. D. Pagden (ed.), *The Languages of Political Theory in Early Modern Europe,* Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

modos de discurso en otros dominios; por ejemplo, la ciencia natural o la teología. Reconstruimos estas expresiones idiomáticas del pasado desde grupos de textos que dependen todos de las mismas fórmulas estandarizadas y lugares comunes; que comparten la misma gramática, vocabulario y retórica. De este modo podríamos identificar la *lengua de los derechos naturales*, la *lengua de la ciencia de Aristóteles*, etcétera.[16] Aunque este enfoque se ocupa primariamente de los textos, no excluye ciertos vocabularios visuales: la iconografía de cierta figura, como la Justicia o la Fortuna, se puede tratar como parte del rango de referencia del término dentro de un lenguaje o retórica particular; a la inversa, los textos se pueden usar para esclarecer la iconografía.[17]

Las lenguas o discursos concebidos de este modo *no* están limitados a producciones de elite, a unos pocos "grandes textos". Los grandes textos están escritos con expresiones idiomáticas o con una retórica que se puede compartir con muchos textos no tan grandes de la más variada procedencia: panfletos ocasionales, novelas baratas, periódicos, todos son grano para el molino del historiador intelectual. Pues aunque los "grandes textos" puedan fascinar y siempre lo harán, ellos no inventaron las lenguas en que hablan (aunque pueden cambiarlas o corromperlas de algún modo), y, por tanto, comprender el sentido de lo que tratan nunca se puede limitar a su único estudio. Reconstruir esas lenguas

16. Pocock, en "The Concept of a Language", enumera: la lengua de la escolástica medieval, del emblemático Renacimiento, de la exégesis bíblica, del derecho común, del derecho civil, del republicanismo clásico, del radicalismo de la *commonwealth* (reconociendo que la lista está necesariamente influida por sus propios estudios).

17. Véase, por ejemplo, el estudio de Skinner de los frescos de Lorenzetti en el Palazzo Pubblico de Siena: Q. R. D. Skinner, "Ambrogio Lorenzetti: The Artist as Political Philosopher", *Proceedings of the British Academy,* 72 (1986), págs. 1-86.

implica a los historiadores intelectuales en otras áreas de la historia, política, social o cultural, que forman el entorno o el *contexto* dentro del cual esa lengua se desplegó. Los historiadores también pueden necesitar —dependiendo de su enfoque— investigar el contexto más pequeño de un hecho particular o de una serie de hechos dentro de ese más amplio contexto para recuperar la intencionalidad de un texto específico o de una serie de textos. De este modo, un historiador de la ciencia natural de la temprana Edad Moderna puede intentar situar el discurso filosófico de aquella época sobre la naturaleza en relación con las culturas coetáneas de vitrinas de curiosidades y de colecciones, de jardinería, de una exposición cortesana; un historiador del pensamiento político intentará recobrar la situación política precisa que prevalecía en la época de un texto particular.

El enfoque contextual para la comprensión de las producciones intelectuales no postula una relación simple, de dirección única, entre un discurso específico y un entorno específico, ni entre un texto específico y su contexto ocasional específico. Por tomar un ejemplo del primer tipo, familiar desde mis propios estudios: el latín artificial de la escolástica tiene que comprenderse como desarrollado y perpetuado dentro del contexto institucional específico de las universidades medievales y su formación. Este latín no es una herramienta neutral de la investigación intelectual, conteniendo como lo hace dentro de sí mismo un compromiso con una comprensión específica (aristotélica) del conocimiento y de la realidad. Este compromiso está conectado con las demandas de las disciplinas académicas, dentro de las estructuras recién institucionalizadas de la enseñanza y el aprendizaje, de libros científicos o teóricos autorizados. Así, la forma escolástico-aristotélica y el contenido escolásti-

co-aristotélico —lo que se decía y la lengua para decirlo— se desarrollaron juntos dentro del contexto de las prácticas formales de las universidades, haciéndose la lengua cada vez más técnica con el refinamiento de la teoría. Y conforme esta lengua se hacía cada vez más técnica, también se hacía cada vez más ininteligible para los intrusos y cada vez más se convertía en el coto exclusivo y en la práctica de una casta de eruditos, licenciados y clérigos, en un indicador de estatuto y de los límites de una comunidad intelectual.[18] Por la misma razón, defender esos límites cuando eran cuestionados por parte de los humanistas y por la nueva ciencia no era simplemente un asunto de la lengua. Entre otras cosas, era un asunto de identidad profesional, de prestigio social, y de dinero.[19]

Las relaciones entre los textos específicos y los contextos ocasionales específicos en que pueden proyectarse como intervenciones se deberían entender como igualmente complejas y mutuamente determinantes. Cualquier agente eventual está limitado no sólo en lo que él o ella puedan concebir, sino también en lo que él o ella puedan legitimar o justificar, por los horizontes compartidos de esperanza implícita en una lengua particular. Debido a la relación entre el discurso público y la acción pública, un agente que proponga un curso innovador de acción también necesitaría ocuparse de una de las varias posibles estrategias lingüísticas (la más común de las cuales es intentar redescribir la acción propuesta dentro de la terminología normativa del discurso predominan-

18. Para estos puntos, véase L. Giard, "Du Latin médiéval au pluriel des langues: Le tournant de la Renaissance", *Histoire, épistémologie, langage,* 6 (1984), págs. 35-55, especialmente págs. 40-41.

19. M. Biagioli, "The Anthropology of Incommensurability", *Studies in the History and Philosophy of Science,* 21 (1990), págs. 183-209, especialmente pág. 203.

te).[20] Así, también en estas situaciones, la lengua determina la acción extralingüística, incluso cuando lo contrario es también verdadero: el límite entre lengua y acción, lo discursivo y lo no-discursivo, siempre es *negociado*.

Volveré a estas estrategias de negociación (y control). Mientras tanto, quiero centrarme en una cuestión que se ha planteado referida a esta metodología en tanto que insiste en la centralidad de la figura del *usuario* de la lengua al recuperar el significado de los actos del uso de la lengua, es decir, los textos. Recordemos que el movimiento original era apartar la historia intelectual de una teleología de grandes ideas o grandes pensamientos, implicándola en la teleología de los hablantes y escritores individuales. Ello supone que alguien está usando realmente las palabras —recuérdese el título de Austin, *How to Do Things with Words*— como si éstas fuesen los instrumentos del autor, alguien que, por tanto, está fuera de la lengua y no está —él o ella— autolingüísticamente constituido. Sin embargo, la centralidad del autor o del hablante, y la idea de que las palabras se pueden usar de acuerdo con la intención del autor, han estados sujetas al importante reto desde la dirección del continente europeo (en especial Francia y Alemania) dentro de los varios retos conocidos por lo general bajo el encabezamiento de "giro lingüístico".

En esencia, la premisa básica de este "giro" es que la lengua no refleja una realidad o un mundo independientes, sino que en su lugar *constituye* esa realidad o ese mundo. Aunque esta noción se asocia de ordinario con el estructuralismo

20. Para un análisis de la relación de la ideología con la acción política, véase Skinner, "Motives, Intentions"; J. Tully, "The Pen is a Mighty Sword: Quentin Skinner's Analysis of Politics", en Tully, *Meaning and Context,* págs. 10-16, 22-25.

continental y la lingüística posestructuralista,[21] es importante que esté también implícita en la noción de Wittgenstein de juegos de lenguaje, como su analogía de nuestro lenguaje con una ciudad —algo *en* que vivimos— sugiere.[22] Esta deuda intelectual significa que la metodología de las lenguas y el discurso se puede ver como parte del "giro lingüístico".[23] La divergencia ocurre en tanto que esa metodología todavía quiere ver la lengua (al menos hasta cierto punto) como un *recurso* del hablante, algo que está a su disposición. Formulaciones más "minuciosas" —si esa es la palabra— del poder constitutivo de la lengua sostendrían que la lengua no se puede ver como una herramienta nuestra en ningún sentido, algo en lo que nosotros estamos detrás y que podemos usar para señalar aspectos del mundo o para actuar en ese mundo. La hermenéutica de Hans-Georg Gadamer se invoca habitualmente en el desarrollo de este punto. Gadamer sugirió —influido en última instancia por Heidegger— que la lengua no es algo que usamos sino más bien una forma de vida o un horizonte del mundo. En vez de estar a nuestra disposición, la lengua está más bien "detrás" de "nosotros", operando y significando independientemente de nosotros, más allá de nuestro control y ciertamente controlándonos, de tal modo que somos hablados por la lengua más que hablantes de la lengua.[24]

21. Por ejemplo, en Spiegel, "History, Historicism and the Social Logic of the Text in the Middle Ages", *Speculum* (1990), reimpreso en K. Jenkins (ed.), *The Postmodern History Reader,* Londres, Routledge, 1997, págs. 180-283.

22. Cf. *supra,* nota 13; véase también M. Jay, "Should Intellectual History Take a Linguistic Turn? Reflections on the Habermas-Gadamer Debate", en LaCapra y Kaplan, *Modern European Intellectual History,* págs. 86-110, en págs. 87-88.

23. Skinner, "A Reply", pág. 276, señala que su propio argumento "deja a la tradicional figura del autor con una salud extremadamente precaria".

24. Para un debate de la hermenéutica de Gadamer y su deuda a Heidegger, véase Jay, "Should Intellectual History Take a Linguistic Turn?".

Otro reto a la agencia del "usuario" del lenguaje viene de la obra de Michel Foucault. Para Foucault, la historia de las ideas no es una cuestión de agentes intelectuales que responden a hechos particulares intelectuales o políticos o sociales. Más bien, para comprender la historia de las ideas lo que tenemos que percibir es una serie de bloques de discurso, de hablar, que tienen sus propias reglas de formación y que ellos mismos determinan sobre qué hay que hablar y quien puede hablar: como Foucault escribió de sí mismo,

> mi objetivo en *El orden del discurso* había sido analizar los grupos verbales como estratos discursivos que caen fuera de las categorías familiares de un libro, una obra, o un autor (...). Yo quería determinar (...) las condiciones funcionales de las prácticas discursivas específicas.[25]

En esta historia, el autor-agente está descentrado. Cuando analizamos una parte del lenguaje, la analizamos en su aislamiento como una expresión, un elemento del discurso, sin referencia a la intención del autor:

> en suma, que si hay *cosas dichas* —y éstas solamente—, no se debe preguntar su razón inmediata a las cosas que se encuentran dichas o a los hombres que las han dicho, sino al sistema de la discursividad, a las posibilidades y a las imposibilidades enunciativas que éste dispone.[26]

25. M. Foucault, "What is an Author?", en D. F. Bouchard (ed.), *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews by Michel Foucault,* Ithaca, NY, Cornell University Press, 1977, págs. 113-138, en pág. 113.

26. M. Foucault, *L'archéologie du savoir,* París, Gallimard, 1969, pág. 170: "bref, que s'il y a des choses dites —et celles-là seulement—, il ne faut pas en demander la raison immédiate aux choses qui s'y trouvent dites ou aux hommes qui les ont dites, mais au système de la discursivité, aux possibilités et aux impossibilités énonciatives qu'il ménage" [trad. esp.: trad. esp.: *La arqueología del saber,* Madrid, Siglo XXI, 1979, pág. 219].

La agencia del autor se pierde en la estructura del discurso del que sus palabras forman parte y en el que él o ella trabajan inevitablemente en tanto que él o ella son capaces de disertar en primer lugar. En efecto, la autoría o la autoridad llega a ser en su lugar simplemente una función del discurso mismo.

Podríamos estar tentados a pensar que algo de esta consecuencia se sugería de hecho siempre incluso dentro de la metodología de las lenguas por su insistencia en la importancia del contexto lingüístico, pues si las palabras sólo tienen sentido dado un contexto lingüístico específico, entonces parece como si el contexto, igual que con el autor, fuese un agente del significado. Además, también parece como si las palabras en el contexto pudieran tomar ese sentido —pudieran *hacer* cosas— *a pesar de* su autor: que lo que un autor dado lograra hacer en realidad con una enunciación particular o texto pudiera haber sido significantemente distinto de lo que él o ella pretendiera hacer al hablar o escribir.[27] Pero si esta fuerza ilocucionaria pertenece al texto más que al autor, el papel del último (incluso en casos en que el acto ilocucionario y la fuerza ilocucionaria *de verdad* coinciden) entonces amenaza con llegar a ser puramente paratextual.[28] En suma, en la medida que los juegos del lenguaje y los regímenes discursivos, la recuperación de las lenguas y la arqueología del discurso, comparten ciertos rasgos comunes,[29] el mismo "mur-

27. Cf. *supra,* pág. 211 y nota 12.

28. Quiero decir "paratexto" en el sentido último de Gerard Genette de todo lo material que rodea al texto y afecta a como es leído (prefacio, títulos, epígrafes, ilustraciones, notas, etcétera). Véase G. Genette, *Paratexts: Thresholds of Interpretation,* trad. J. E. Lewin, Cambridge, Cambridge University Press, 1997 [ed. original: *Paratextes,* París, Seuil, 1970].

29. Cf. Pocock, "The Concept of a Language", pág. 25, quien habla del "arqueólogo historiador".

mullo de indiferencia" *foucaultiano* parece surgir en ambos: "¿Qué importa quien habla?".[30]

La arqueología *foucaltiana* "mata" al autor-agente y, por tanto, ese modo de historia intelectual que depende de la noción del agente histórico individual. Pero no es antihistórica, en el sentido de que todavía ve estos bloques de discurso o "regímenes de verdad" como situados y localizados en el espacio y el tiempo. Es simplemente que la verdad misma tiene una historia. Sin embargo, un segundo modo de desplazamiento del sujeto, asociado con el término "deconstrucción", amenaza —al menos en su variante radical— con negar cualquier tipo de determinación histórica del significado. La deconstrucción implica en primer lugar que el autor y la intención del autor no determinan el significado del texto. El autor es impotente para controlar el "juego libre del significador", el excedente de significación producido por los signos. De aquí, donde Austin había reconocido situaciones ocasionales en que las palabras fallarán en su objetivo —que el recipiente no logrará alcanzar la "comprensión"—, Jacques Derrida sostuvo en su respuesta que tales "infelicidades" son de hecho la condición normal de escribir.[31] Por su misma naturaleza, escribir *siempre* excede al contexto, y, por tanto, el intento de fijar el significado con referencia al contexto está condenado al fracaso.

Desde otro ángulo, aunque relacionado, el movimiento deconstructivo también se centró en las relaciones entre los

30. Foucault, "What is an Author?", pág. 138.

31. Véase la respuesta de Derrida a Austin: J. Derrida, "Signature, Event, Context" ["Firma, acontecimiento, contexto"], en su *Margins of Philosophy,* trad. A. Bass, Chicago, IL, University of Chicago Press; Brighton, Harvester, 1982, págs. 307-330 [ed. original: *Marges de la philosophie,* París, Éditions du Minuit, 1971; trad. esp.: *Márgenes de la filosofía,* Madrid, Cátedra, 1989, págs. 347-372].

textos mismos. La vista de textos supuestamente individuales de autores supuestamente individuales se reemplaza por un cuadro de cada texto como invadido por otros textos hasta tal punto que su integridad como una estructura de significado autónoma se ve comprometida de forma severa. Esta complicidad mutua de los textos se llama "intertextualidad".[32] No se limita simplemente a las cosas hasta ahora identificadas como "textos" o "grandes textos", sino a cualquier escritura. Sobre las formas radicales de deconstrucción, no hay más que decir que la intertextualidad tiene que estar limitada a cualquier momento histórico particular, amenazando así cualquier tipo de historia intelectual que dependa de la noción de *serie*. Sin embargo, la exposición de este mutuo invadirse de los textos tiene otra dimensión. Parte de las condiciones para la intertextualidad, parte del desplazamiento del autor como agente del significado, es un centrarse en el papel del *lector* al determinar el significado de los textos. Leer no se ve como una absorción pasiva o consumo de significado, sino como un acto creativo de hacer o producir significado.[33] Es, en efecto, otro acto del *escribir*: cuando leemos, escribimos. De nuevo, en las formas radicales de deconstrucción, esta escritura creativa no se limita a un momento histórico, pues "nosotros" lo estamos haciendo en el aquí y ahora.

32. Para una introducción a las distintas definiciones de intertextualidad y las ideas implicadas, véase M. Worton y J. Still (eds.), *Intertextuality: Theories and Practices,* Manchester, Manchester University Press, 1990.

33. En otro contexto, Michel de Certeau ha analizado cómo el consumo en sí puede ser una forma de producción a través de estrategias de apropiación y asimilación. Véase M. de Certeau, *The Practice of Everyday Life,* trad. S. Rendall, Berkeley, CA-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 1984, págs. XI-XXIV [ed. original: *L'invention du quotidien,* París, Union Genérale d'Éditions, 1980; trad. esp.: *La invención de lo cotidiano,* México, Universidad Iberoamericana, 1996].

La historia intelectual como se practica en el mundo anglófono puede responder y ha respondido a estos múltiples retos del "giro lingüístico" de distintos modos.[34] Primero, a pesar de apropiarse de alguna terminología del "discurso" y de la "arqueología", los practicantes de la historia intelectual se han resistido a la verdadera idea *foucaultiana* del "episteme", que se ha visto como demasiado monolítica e incapaz de explicar el cambio discursivo —es decir, el tema mismo de la *historia* intelectual— excepto en términos de "ruptura" o "discontinuidad".[35] Más bien, el pasado discursivo se considera que implica en cualquier momento histórico particular la existencia simultánea de lenguas plurales o retórica "en confrontación, contestación e interacción unas con otras".[36] Estas lenguas pueden estar ligadas a grupos específicos con identidades profesionales y sociales específicas, y estos grupos, por tanto, pueden tener una inversión o interés en perpetuarlas, defendiéndolas o intentando hacerlas dominantes. Pero tales grupos raramente estaban tan aislados como para que nunca estuviesen en contacto las lenguas de unos con las lenguas de los otros: ellos podían, y lo hicieron, leer y discutir los libros de unos y otros, para empezar. La movilidad geográfica, social y profesional jugaban su parte en esta promiscuidad intelectual. Pero, más allá de la pro-

34. Para un cuidadoso debate de las posibilidades de la historia intelectual "después del giro lingüístico", véase J. E. Toews, "Intellectual History After the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *American Historical Review,* 92 (1987), págs. 879-907.

35. I. Maclean, en "Foucault's Renaissance Episteme Reassessed: An Aristotelian Counterblast", *Journal of the History of Ideas* (1998), págs. 149-166, discute cómo la idea del episteme del Renacimiento de Foucault está descaminadamente formulada y también, más profundamente, deja de tener en cuenta los recursos disponibles dentro del discurso del Renacimiento para una conciencia reflexiva de sus modos propios de cognición.

36. Pocock, "Concepts and Discourses", pág. 47.

miscuidad intelectual de los escritores, está la promiscuidad de la verborrea misma. Las palabras no se limitan a juegos de lenguaje particulares: viajan, llevando su bagaje semántico con ellas, minando el cierre de los juegos de lenguaje y de este modo el contexto lingüístico.

Si se admite esta falta de conclusión, se deduce, primero, que podemos reconocer una cierta latitud para el juego del significdor, y explotar, en paralelo, ciertas técnicas de lectura deconstructivas, sin abandonar la idea de los límites históricos en las posibilidades del significado. Estos límites serán establecidos por una conciencia de las convenciones de las lenguas históricas junto con la idea asociada de la intencionalidad, sea la intención que podríamos atribuir plausiblemente al autor, o la intención de la obra misma.[37] En la práctica, los historiadores se moverán hacia delante y hacia atrás entre la significación de las palabras, el lugar del texto en un entorno convencional, y las posibles intenciones del autor al escribir ese texto, en un acto de interpretación o de *dar* sentido que es necesariamente expansivo y creativo (o "poético"), pero no sin el pilar histórico por lo tanto.[38] También se deduce, en segundo lugar, que el uso del

37. Umberto Eco ha desarrollado la idea de una intención de la obra, *intentio operis,* en su segunda conferencia Tanner de 1990. Véase U. Eco, *Interpretation and Overinterpretation,* Cambridge, Cambridge University Press, 1992, especialmente pág. 64 [trad. esp.: *Interpretación y sobreinterpretación,* Cambridge, Cambridge University Press, ²1997, pág. 77]: "Reconocer la *intentio operis* es reconocer una estrategia semiótica. A veces la estrategia semiótica es detectable a partir de convenciones estilísticas establecidas. (...) ¿Cómo demostrar una conjetura acerca de la *intentio operis?* La única forma es cotejarla con el texto como un todo coherente". Eco continúa discutiendo las relaciones entre esta *intentio operis* y la *intentio* del *lector* y el *auctor.*

38. Me parece que esto es preferible a hacer una separación radical entre "significado" en el sentido de lo que el autor quiere decir, y "significado" en el sentido de la significación del texto, dejando el primero —la recuperación de la intención— al historiador y el segundo al crítico literario o al filósofo, como se sostenía, por ejemplo, en M. P. Thompson, "Reception Theory and the Interpretation of Historical Meaning", *History and Theory,* 32

artículo definido, como en "el" contexto, es simplista y determinista en exceso: puede haber contextos plurales para cualquier texto, y estos contextos pueden solaparse o estar relacionados de ciertas maneras. Además, un contexto es, por definición, algo que se comparte con otros hablantes, que en esta ocasión ocurre que son los oyentes o lectores. El hablante o productor del texto puede intentar de varias maneras controlar el contexto de su enunciación o monopolizar la definición de lo que está "fuera de contexto"; pero no hay un modo seguro de que sólo ciertos lectores (y lecturas) puedan ser incluidos y ciertos lectores (y lecturas) no, aunque no infrecuentemente los productores de textos puedan recurrir a la espada para respaldar ciertas lecturas y eliminar otras. La publicidad de la lengua desafía su apropiación completa para los propósitos de cualquier agente individual.

Los historiadores intelectuales, por tanto, pueden asumir y, en verdad, dar la bienvenida positivamente a la noción de la intertextualidad dentro de una comprensión amplia de la historia intelectual como la historia de la lengua o el discurso. Asimismo, muchos han dado la bienvenida a la elisión de una marcada distinción entre la producción y el consumo de significado, estudiando la difusión del significado a través de las diversas estrategias interpretativas mediante las cuales los distintos lectores, expertos en vocabularios distintos, construyen el texto y el significado apropiado. Ciertamente, de este modo se acentúan la pluralidad, la inestabilidad y la promiscuidad

---

(1993), págs. 228-272. Por un lado, la intencionalidad o "motividad" del texto mismo (véase *supra,* nota 12) descansa entre estos dos polos, mediando entre ellos. Por otro, entonces llega a ser bastante confuso porqué alguien interesado en lo que significa el texto debería tener alguna preocupación por lo que el autor pueda haber querido decir. Sugiero más bien que la tarea del historiador intelectual es histórica *y* crítica- filosófica (véase *infra,* pág. 233).

del texto, escrito o leído, como los historiadores intelectuales pueden aspirar a salvar para el autor individual, que trabaja dentro de esta compleja red lingüística, algún "espacio para maniobrar", por así decirlo: algún espacio discursivo en el que intervenir y posiblemente cambiar el curso de la conversación; y así resucitar la teleología de los agentes históricos individuales que no están limitados al reino de lo discursivo y son capaces de *hacer* cosas con las palabras, más que ser una mera función de ellas.[39]

El objetivo está allí: pero es también, creo, un reto continuo, como atestigua mi "por así decirlo". El problema es exactamente *cómo* podríamos referirnos a un autor que hace algo dentro del discurso sin, por un lado, sumergir efectivamente al autor en el discurso y, por otro, trasladar al autor a una realidad del todo diferente, extradiscursiva, desde la cual cualquier enlace con el texto se convierte en un asunto de especulación psicológica o determinismo socioeconómico o peor (!). En la medida en que este asunto permanece sin resolver, hay (en mi opinión) todavía algo más que hacer para comprender las dinámicas de la interpretación y explicación contextual, y, por tanto, para relacionar la historia intelectual con las dimensiones de la realidad humana postuladas en la historia social, económica y política.

Un modo de evitar esos problemas residuales, pero fundamentales, de la relación entre los reinos de lo discursivo y lo no discursivo —entre el texto y el contexto, entre las palabras y las acciones— ha sido extender el dominio de la textualidad más allá de lo que se ha considerado tradicionalmente como "textos" para cubrir todas las formas de la

39. Para este compromiso humanista, véase A. R. D. Pagden, "Introduction", en su *The Languages of Political Theory,* pág. 2.

actividad cultural. Por lo tanto, quiero volver a considerar ahora mi segunda trayectoria de la implicación del pensamiento en la acción y la producción, ese aspecto de la historia intelectual que se ocupa de las representaciones y de las prácticas.

Pensar en los modos en que la gente ha pensado no se ha limitado a pensar en las lenguas que transportan sus construcciones de lo real. Otro modo de manejar la cuestión, fuertemente endeudado con la escuela francesa de historia social de mediados del siglo XX, se ocupa de varias formas en lo que podríamos imprecisamente llamar el "mundo mental" de los seres humanos, individual o colectivamente. La idea básica es muy familiar: que el mundo (social y natural) que las personas habitan no es *el* mundo, cualquiera que pudiera ser, sino el mundo como se les presenta a ellos a través de la meditación de una estructura particular de la cognición. Una descripción como ésta, que lo abarca todo, es a la fuerza muy vaga: quiero decir que cubre lo que Lucien Febvre originalmente llamó el *outillage mental* [utillaje mental], o la caja de herramientas mental para construir el mundo, y más ampliamente el concepto de *mentalité* [mentalidad] que llegó a ser central para el análisis sociocultural entre los historiadores de la escuela de *Annales* y entre los que estuvieron influidos por ellos.[40] El *outillage mental* y la *mentalité* se tomaron para cubrir no sólo el equipo lingüístico o incluso el marco conceptual o intelectual, sino también

40. Véase Chartier, "Intellectual History or Sociocultural History?", págs. 18-32; R. Chartier, *Cultural History: Between Practices and Representations,* trad. L. G. Cochrane, Cambridge, Polity Press-Blackwell, 1988, págs. 20-48 [trad. esp.: "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas", en R. Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación,* Barcelona, Gedisa, 1992, págs. 13-44]; P. Burke, *Formas de Historia cultural,* págs. 207-230.

los estados de percepción y afectividad o sentimiento;[41] en efecto, la "historia social de las ideas", en cuanto se concentraba en la mentalidad colectiva como una línea base cultural, no se centraba decididamente en los textos "elevados" de una elite intelectual, sino más bien en la estructura de las creencias populares.

Como sostiene Roger Chartier, a pesar de la sutileza de la formulación original de Febvre, la "historia de las mentalidades" —que confiaba en las técnicas cuantitativas del análisis que caracterizaba la escuela de *Annales* de historia social— tendía hacia una interpretación reduccionista de los textos junto con una comprensión demasiado monolítica del marco conceptual/perceptivo de cualquier sociedad particular o grupo social.[42] Historiadores más recientes de la escuela de *Annales,* Jacques Le Goff y el mismo Chartier, han preferido hablar de lo *imaginaire social*, lo "imaginario social", o de representaciones colectivas. En el sentido que lo utiliza Chartier, la representación es un concepto más flexible y sutil que implica un triple aspecto: las configuraciones intelectuales por las que la realidad es construida por los diferentes grupos, las prácticas que simbólicamente presentan o exhiben el estatuto o rango o un modo particular de ser en el mundo, y las formas institucionalizadas en que los agrupamientos sociales se perpetúan de forma visible.[43] Tal concepción deja espacio no sólo a un "mundo mental"

41. Según lo definió Febvre, el "utillaje mental" incluye el estado de la lengua, en su léxico y sintaxis, las herramientas y el lenguaje científico, y también el "apoyo sensible del pensamiento" representado por el sistema de percepción (Chartier, "Historia intelectual e historia de las mentalidades...", págs. 19-20); en la definición de Mandrou, la "mentalidad" incluye "tanto aquello que se concibe como lo que se siente, tanto en el campo intelectual como el afectivo" (*ibid.,* pág. 23).

42. *Ibid.,* págs. 28-32.

43. Chartier, *El mundo como representación*, pág. X.

monolítico, sino también al proceso dinámico y discutido por el que los diferentes grupos sociales producen y consumen, publican y se apropian de representaciones o imágenes de ellos mismos y de otros, definiendo en el proceso su propia identidad y la de otros.

El término "representaciones" nos lleva a considerar, por último, el tipo de análisis literario y cultural que se sitúa bajo el nombre de "nuevo historicismo" o la poética de la cultura. El trabajo del antropólogo cultural Clifford Geertz fue y continúa siendo enormemente influyente al sugerir que deberíamos leer las prácticas culturales como textos en el sentido de "una estructura simbólica mantenida colectivamente" que tiene cierto significado dentro de un sistema público de significación compartido. El argumento de Geertz, que "la cultura de un pueblo es un conjunto de textos, que son ellos mismos conjuntos",[44] abrió la puerta a un tipo totalmente nuevo de historia intelectual, trayendo objetos y prácticas hasta ahora pasados por alto o repartidos en otro tipo de historia al dominio de la textualidad. El ejemplo más famoso de Geertz era la pelea de gallos de Bali, pero los espectáculos públicos, los rituales, y los juegos de todo tipo, así como actividades menos abiertamente teatrales, tales como los robos de ovejas, se presentan en este análisis para "leer". El nuevo historicismo, siguiendo el trabajo de Geertz (entre otras fuentes de inspiración[45]), podría, por tanto, explorar el carácter "ingenioso" o "figurativo" no sólo de las obras de "arte" (tomadas como literatura, pintura, etcétera), sino de

44. C. Geertz, *La interpretación de las culturas,* pág. 372.

45. Para un diagnóstico útil de su propia empresa, y sus orígenes y efectos, de dos de los principales eruditos del "nuevo historicismo", véase C. Gallagher y S. Greenblatt, *Practicing New Historicism,* Chicago, IL, University of Chicago Press, 2000, págs. 1-19.

prácticas y actos más cotidianos.[46] Podría, por tanto, construir una lectura intertextual de la relación entre los textos y lo que hasta ahora se había considerado como "contextual".[47] Un buen ejemplo podría ser la lectura de Jonathan Sawday de la práctica de la anatomía del Renacimiento en relación con —entre otros textos— el *blasón* cortesano en su estudio *The Body Emblazoned*.[48] Esta lectura de los textos a la luz de la cultura, explorando la intertextualidad de las representaciones, ha resultado ser un fructífero campo de investigación, que trae a la historia intelectual en su nueva forma, posteórica, junto con ciertos tipos de historia cultural, la historia literaria, la historia del arte y, en general, todas las historias que se entienden como historias de las representaciones. Esto es así hasta tal punto que a menudo resulta difícil decir donde acaba la historia intelectual y donde empiezan esos otros tipos de estudio cultural.

Sin embargo, por todo el estímulo de este modo de pensar, los historiadores han expresado algunas reservas sobre la extensión de la textualidad. Pues crea un efecto similar al "giro lingüístico" en la teoría de la lengua, es decir, la oclusión de la posibilidad de acceso a un dominio extratextual. El mundo y el sujeto están construidos en términos de símbolos culturales (textualizados) y, de este modo, toda la historia llega a ser una lectura intertextual.[49] El mismo Geertz

46. Cf. S. Greenblatt, *Renaissance Self-Fashioning from More to Shakespeare,* Chicago, IL, University of Chicago Press, 1988, págs. 4-5.

47. Para un debate crítico de este movimiento intelectual, véase Spiegel, "History, Historicism", págs. 185-192.

48. J. Sawday, *The Body Emblazoned: Dissection and the Human Body in Renaissance Culture,* Londres, Routledge, 1995, págs. 196-212.

49. La conferencia se rió de la idea de "pan-representacionalismo" —que el único verdadero (y posible) objeto de estudio histórico es la representación— pero se puede ver como la idea se puede afianzar.

alertó de los peligros de "convertir el análisis cultural en una especie de esteticismo sociológico",[50] y Gallagher y Greenblatt insisten a su vez en que, aunque "las representaciones (...) dejan de tener una relación establecida de distancia simbólica del asunto y particularmente de los cuerpos humanos", las funciones, las pasiones, la enfermedad, la vida y la muerte de los cuerpos "no se pueden reducir simplemente a esas representaciones".[51] Pero, como comenta Gabrielle Spiegel, "es difícil descubrir en qué consiste la materialidad del dominio material".[52] El resultado amenazado no es simplemente la pérdida de cualquier jerarquía causal o explicativa, sino "el sentido de agencia social, de los hombres y de las mujeres que luchan con las contingencias y las complejidades de sus vidas en términos de los destinos que la historia les reparte y transformando los mundos que heredan y dejan a las generaciones futuras".[53] Quizás, por tanto, simplemente hayamos llegado de nuevo, por una ruta diferente, a esa carga central que la historia no puede evadir: la historia de los seres humanos corpóreos, la historia de lo real.

II

He presentado un resumen muy esquemático a modo de respuesta a la primera de mis preguntas iniciales, "¿Qué es la historia intelectual *ahora*?" En términos amplios, hemos visto que la historia intelectual, tal y como se presenta, abarca la historia de los discursos y la historia de las representa-

50. Geertz, *La interpretación de las culturas,* pág. 40.
51. Gallagher y Greenblatt, *Practicing New Historicism,* pág. 15.
52. Spiegel, "History, Historicism", pág. 192.
53. *Ibid.,* pág. 195.

ciones, sin una barrera necesaria —ciertamente, más bien la posibilidad de intercambio fructífero— entre ellas. Pero a la luz de este largo rodeo, quiero pasar, por último, a la segunda de mis preguntas iniciales, "¿Qué es la historia *intelectual* ahora?" ¿Qué es lo distintivo de la historia intelectual, qué le impide ser simplemente una forma de historia cultural? Hemos visto que la historia intelectual moderna no se puede —ni quiere— divorciar de la historia cultural ni de la historia social y política, pues en todas sus formas acepta la implicación mutua de las dimensiones materiales y conceptuales del ser humano. Pero es posible sostener, sin embargo, que la historia intelectual retiene su propio enfoque distintivo. Pues, en lo que están interesados los historiadores intelectuales, no es simplemente en los modos en que las personas hablaron, o en su imaginario visual, y en cómo éstas se relacionan con su contexto social, cultural y político o con otras dimensiones de su autorepresentación. Está también —y primariamente, diría yo— interesada en esos modos de hablar como modos en los que la gente en el pasado *comprendieron el sentido* de su mundo: y, por tanto, tiene que ocuparse de la coherencia interna y la lógica de las estructuras de referencia mental o de las lenguas que estudia. Es aquí, pienso, donde los textos, y muy especialmente los "grandes textos", como las más complejas exploraciones de los límites de la lengua o del marco conceptual en un tiempo dado, siempre ocuparán un cierto lugar de honor en lo que Dominick LaCapra ha descrito como una investigación de diálogo entre el pasado y el presente.[54] Ésta es la dimensión

54. Para este aspecto del diálogo de la historia intelectual, y la continua importancia de los "grandes textos" en eso, véase D. LaCapra, "Rethinking Intellectual History and Reading Texts", en LaCapra y Kaplan, *Modern European Intellectual History,* especialmente págs. 83-85.

verdaderamente *filosófica* de la práctica de la historia intelectual, la línea divisoria que comparte con la filosofía más que con cualquier otro tipo de historia.

Esta línea divisoria con la filosofía es confusa como las otras. Sin embargo, esta incertidumbre no se produce de forma necesaria en la dirección de la filosofía como se entendía tradicionalmente. La noción misma de "historia intelectual" traiciona la figura de *sophia* y la erótica del conocimiento como la sed de lo eternamente verdadero, lo eternamente deseable. El reino intelectual es una creación humana, histórica: comprenderla es comprender los materiales de que está hecha, las lenguas y la imaginación que hemos heredado. En este sentido, hacer historia intelectual sólo *es* hacer filosofía. Si la filosofía tiene una tarea adicional, no es ganar una mejor idea de la realidad, sino, análogamente a la poesía, extender nuestra imaginación y nuestro lenguaje y así ayudar a crear un nuevo mundo en el que vivir.[55] Podríamos añadir que hacer historia intelectual no desenreda simplemente la estructura de lo que hemos heredado, sino que también puede desenterrar lo que hemos perdido: los modos de hablar y los modos de ver el mundo, una vez corrientes, ahora exóticos y (quizás) llenos de posibilidad.

No quiero, por tanto, acabar pareciendo sustituir por la visión deliberadamente optimista de Carr del amplio horizonte de la conciencia racional un cuadro de los historiadores intelectuales buscando con tristeza en los restos de la verborrea, en un intento desconsolado de comprender su

55. Véase R. Rorty, *Contingency, Irony and Solidarity,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989 [trad. esp.: *Contingencia, ironía y solidaridad,* Barcelona, Paidós, 1996], para el desarrollo de estas ideas de lo que sigue de aceptar la radical "contingencia de la lengua".

sentido.[56] Más bien es que, al intentar desenredar los mundos mentales del pasado, nos damos la oportunidad de volver a tejer el nuestro propio.

56. Me refiero, por supuesto, a la maravillosa alegoría de la lengua de Umberto Eco en las páginas finales de *El nombre de la rosa,* Barcelona, Lumen, 1982, trad. de Ricardo Pochtar, págs. 605-606.

7

¿Qué es la historia imperial ahora?

Linda Colley

Permítanme comenzar con una breve autobiografía. Mi primer contacto formal con la historia imperial fue como estudiante de la Universidad de Bristol a principios de los años setenta. La asignatura estaba personificada por un importante especialista en África colonial británica que a menudo veíamos vestido con un traje de safari caqui. De observarlo a él, a sus estudiantes y a sus programas de cursos, llegué a ciertas conclusiones sobre la historia imperial. Éstas reflejaban en gran medida la lamentable extensión de mi propia ignorancia de estudiante universitaria. Pero también estaba reaccionando a ciertas características de la historia imperial *británica* como una disciplina que tendía en esa etapa, sospecho, a alejar de la asignatura a muchos de mi generación y

de generaciones posteriores, y que nos causó interpretar mal lo que en potencia trataba.

Así pues, ¿cuáles eran mis impresiones de estudiante sobre la historia imperial? Primero, que estaba completamente dividida en compartimientos. La historia imperial británica, como se enseñaba en Bristol, parecía tener poca o ninguna conexión en términos de contenido o planteamiento con nada de lo que yo aprendí allí sobre el pasado. La historia británica, la historia imperial, la historia americana y la historia europea, los fundamentos del departamento, tendían ciertamente a operar a lo largo de caminos paralelos, aunque esta división en compartimentos apenas era —y es— peculiar de Bristol. Lo segundo que deduje era que la historia imperial —incluso más que otras variedades de la disciplina— parecía una empresa comprensivamente masculina. Era impartida por hombres, por supuesto. Casi todo lo era en Bristol entonces. Aunque también era estudiada de forma abrumadora por hombres, y parecía estar preocupada fundamentalmente por lo que los hombres del pasado, sobre todo los blancos, hicieron para, o por, todavía más hombres que a menudo no lo eran. En parte, como consecuencia de todo esto, decidí que la historia imperial era demasiado extraña, demasiado específica y —lo confieso— demasiado anticuada para mi gusto. Me parecía entonces que era historia con un acabado mate más que brillante, preocupada muy pericialmente del estudio de tratados y de sus hacedores, de la diplomacia, la administración, la agricultura y el comercio, y sólo en ocasiones aliviada por la guerra extraña, la construcción del ferrocarril, o la mina de bauxita.[1]

1. Subrayo que éstas eran percepciones de estudiante universitaria forjadas a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Las nuevas versiones escritas más importantes de la historia británica y de otras historias estaban de hecho en curso en este punto —una

Estas reacciones por mi parte eran quizás comprensibles dadas las circunstancias de la época, y no poco corrientes, pero retrospectivamente eran muy insensatas. Pues, al considerar esta asignatura, la pregunta adecuada no es tanto "¿Qué es la historia imperial", como "¿Qué no es historia imperial?" Como Dane Kennedy y otros han señalado, en las últimas décadas, esta rama de la historia, definida con amplitud, ha sido transformada y llevada en multiples nuevas direcciones. La historia imperial, en términos del estudio erudito de los Imperios, de sus ideologías, obras y efectos, es ahora mucho más interdisciplinaria y mucho más distinta en términos de contenido y metodologías. Los arqueólogos, los historiadores del arte, los cartógrafos, los historiadores feministas, la gente de los estudios de área, los historiadores de la medicina, los historiadores intelectuales, los eruditos literarios, los poscolonialistas y muchos otros, todos han contribuido, con sus percepciones particulares y sus órdenes del día, aunque muchos de estos eruditos no se describirían a sí mismos como historiadores imperiales. Esto ha dado como resultado una riqueza de información nueva y de ideas, e hizo posibles no sólo nuevas vías de estudio, sino también medios a través de los cuales el trabajo más antiguo, a menudo muy valioso, se puede volver a conocer y a valorar.[2] En parte, porque ahora hay tantos tipos distintos de escritos alrededor del fenómeno del Imperio, la historia imperial ha

---

piensa en R. Robinson y J. Gallagher con A. Denny, *Africa and the Victorians,* Londres, Macmillan, 1961— pero le llevó tiempo a dicho trabajo revisionista para impactar completamente en la enseñanza de la historia en las universidades, que no se preocupaban por las ideas que les venían de fuera.

2. Sobre estos puntos, véase Dane Kennedy, "Imperial History and Post-Colonial Theory", *Journal of Imperial and Commonwealth History,* 24 (1996), págs. 345-363; y su "The Boundaries of Oxford's Empire", *International History Review,* 23 (2001), págs. 604-622.

llegado a ser mucho más polémica y mucho más politizada. También se ha puesto más de moda. En los Estados Unidos, al menos, es ahora difícil asegurarse un puesto universitario enseñando historia británica, a no ser que se afirme una disposición a enseñar también historia imperial.

Sin embargo, como este último desarrollo sugiere, el reciente despegue de los intereses y de la diversidad de las historias imperiales no siempre ha estado acompañado de un avance comparable en la comprensión de o en la clarificación de lo que este tema implica con exactitud. La demanda de que los historiadores británicos, en particular, sean capaces de practicar la historia imperial refleja la —demasiado común— suposición de que la historia imperial peculiar y necesariamente tiene que ver con la historia del Imperio británico. Ésta puede ser una visión natural que adopten los americanos, pero es incorrecta. La historia imperial incluye lo que los británicos hicieron en el pasado, pero no lo trata de forma exclusiva o esencial, es decir, no en mayor medida de lo que primariamente trata sobre lo que otros europeos occidentales hicieron en el pasado. La historia imperial, el estudio del Imperio en el tiempo, implica en verdad considerar mucho más que sólo la historia occidental, y mucho más que lo que ha ocurrido en los últimos 500 años. En efecto, el estudio del Imperio implica considerar algo más que sólo el pasado. Podemos estar viviendo en tiempos poscoloniales, pero no estamos aún viviendo en tiempos posimperiales. La única razón, la atracción, la esencia y el reto de la historia imperial es que —mientras que no es idéntica a la historia global— correctamente entendida, está muy cerca de ella. Lo que quiero hacer en este capítulo, por tanto, no es celebrar la historia imperial tanto más diversa que ya ha surgido —aunque de verdad la celebro—, como suge-

rir algunos modos en que podríamos avanzar con provecho aún más lejos y con mayor atención. En respuesta a la pregunta "¿Qué es la historia imperial?", quiero centrarme en tres respuestas, enfatizando, sin embargo, que ésta no es en absoluto una lista exhaustiva de posibilidades.

Para empezar sostendré que la historia imperial reconoce que los distintos tipos de Imperio, junto con los distintos tipos de Monarquía, han sido las formas de poder y de gobierno más ubicuos y persistentes en el pasado y presente global. Por consiguiente, el historiador imperial necesita adoptar una perspectiva comparativa y ser un enamorado de la *longue durée* [larga duración]. Segundo, y continuando desde ésta, la historia imperial trata, a modo de quintaesencia, de lo que se ha llamado conexidad. Los que la practican tienen que estar deseosos de ser sensibles a investigar las múltiples, y a menudo paradójicas, conexiones que han operado entre los distintos territorios y pueblos a través del tiempo, y reconocer además la completa diversidad de los sistemas de poder y de los actores implicados. Discutiré este segundo punto con referencia particular al Imperio de Gran Bretaña, pero se aplica a todos los Imperios en todas las épocas. Tercero, y último, debido a su competencia masiva y su intrínseco carácter discutible, la historia imperial es una disciplina inmensamente desafiante. Quiero concluir este capítulo sugiriendo que, en el estado actual de la academia británica, perseguir este tema con un grado apropiado de aliento, rigor y audacia es extremadamente difícil. Sin embargo, hay pocos temas más indispensables para forjar una comprensión adecuada de este país y del mundo en general.

I

Lo primero de todo, pues, es la importancia de la dimensión comparativa y de la *longue durée*. Como ha señalado Eric Hobsbawm, porque el Imperio a menudo ha tenido connotaciones peyorativas, como palabra y como idea, los distintos Estados y polemistas han elegido de manera continuada representarlo como algo practicado por otros, pero no por su propia clase o tribu. El Imperio diabólico siempre es producto de otros.[3] Así, en los siglos XVII y XVIII, los ingleses y los holandeses sostenían que el Imperio territorial opresivo era el coto de los Estados con grandes ejércitos, como la Roma antigua y la España católica, mientras que su propia rama de actividad en ultramar era esencialmente marítima y comercial, y, en consecuencia, mucho más benigna. Ni que decir tendría que éste era un análisis muy parcial. Los Imperios británico y holandés *eran* marítimos y fuertemente comerciales, pero se ocupaban de mucho más que del comercio. Siempre tuvieron una dimensión militar, y cada vez más implicaron la invasión territorial y la colonización.[4] Tales redefiniciones casuísticas e interesadas del Imperio empleadas para condenar a ciertas potencias, mientras que se permitía salir del atolladero a otras, han sido recurrentes a lo largo de los siglos. En 1899, el vicepresidente americano de la Liga Antiimperialista, Carl Schurz, dijo a un auditorio de Chicago que había una "diferencia vital entre la expansión de la República [americana] y sus instituciones libres sobre los territorios contiguos (...) y el imperialismo que se extien-

3. Eric Hobsbawm, *The Age of Empire,* 1875-1914, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987, pág. 60 [trad. esp.: *La era del Imperio (1875-1914),* Barcelona, Crítica, 1998, pág. 69].

4. Véase David Armitage, *The Ideological Origins of the British Empire,* Cambridge, Cambridge University Press, 2000, especialmente págs. 100-145.

de para gobernar tierras lejanas como provincias sometidas". Esta visión permanece ampliamente extendida, sobre todo en los Estados Unidos. Sin embargo, como los historiadores fronterizos revisionistas —como Patricia Limerick— han sostenido, y como los mejicanos, los canadienses y los nativos americanos siempre han sabido, la expansión americana hacia el Oeste del siglo XIX contenía muchos rasgos imperialistas y necesitaba ser examinada en línea con los imperialismos europeos contemporáneos.[5]

Formas similares de amnesia y parcialidad pueden dificultar hoy la comprensión erudita y política. Cuando Edward Said sostenía, en 1988, que "el imperialismo moderno europeo... [era] un tipo de dominación en ultramar constitutiva y radicalmente distinto de formas anteriores", también estaba expresando una visión muy extendida que, en parte, es correcta. Sin embargo, a no ser que los Imperios marítimos europeos que han monopolizado la concentración y la censura de Said se comparen de modo adecuado con los Imperios no europeos que él omite en sus libros —el Imperio chino, el Imperio Mughal en la India, el Imperio Safavid de Irán y, crucialmente, el Imperio otomano, que duró más que la mayoría de los Imperios europeos occidentales—, entonces las afirmaciones de la diferencia radical y constitutiva de este último quedarán simplemente como eso: afirmaciones.[6]

5. Frederic Bancroft (ed.), *Speeches, Correspondence and Political Papers of Carl Schurz,* 6 vols, Nueva York, G. P. Putnam's, 1913, vol. VI, págs. 119-120. Para una excelente muestra del reciente trabajo revisionista de la expansión Americana hacia el Oeste, véase William Cronon, George Miles y Jay Gitlin (eds.), *Under an Open Sky: Rethinking America's Western Past,* Nueva York, W. W. Norton, 1992.

6. Edward Said, *Yeats and Decolonization,* Belfast, Field Day, 1988, pág. 6. Dos obras recientes que colocan al Imperio otomano en un contexto europeo e imperial más amplio son las de Donald Quataert, *The Ottoman Empire, 1700-1922,* Cambridge, Cambridge University Press, 2000, y Dominic Lieven, *Empire: The Russian Empire and its Rivals,* Londres, John Murray, 2000.

Por la misma razón, necesitamos reconocer que, cuando los últimos políticos y propagandistas del siglo XX de los Estados Unidos atacaban a la entonces Unión Soviética y en ocasiones a China como Imperios del mal, y eran atacados a su vez por los políticos y propagandistas chinos y soviéticos como exponentes del imperialismo occidental maligno, estos actores estaban al mismo tiempo actuando de acuerdo con estrategias retóricas y casuísticas establecidas desde hacía mucho tiempo, y dando voz a medias verdades. Bajo su caparazón de democracia de masas y nacionalismo, los Estados Unidos, Rusia y China de hecho retienen muchas de las características —y muchos de los problemas— de los Imperios, de lo cual es difícil asombrarse históricamente.

El único modo en que los historiadores imperiales pueden proteger su visión erudita de este tipo de ceguera partidista e interesada, es cultivando una conciencia de las distintas formas de Imperio que han existido a lo largo de los siglos en las distintas partes del mundo. Tal visión de amplio enfoque resulta también esencial por razones positivas. A no ser que tratemos la historia de los Imperios comparativamente, no podremos apreciar cuánto aprendieron y tomaron prestado los distintos sistemas imperiales unos de otros. Cuando los británicos fueron a la India, adoptaron —aunque también los adaptaron— muchos de los mecanismos fiscales, administrativos y rituales del sistema imperial Mughal previo. El Imperio romano, naturalmente, sirvió como modelo para casi todos sus sucesores occidentales. No fue casualidad que la nueva República americana adquiriese de modo inmediato un senado, un capitolio, y un águila para su emblema. Todos préstamos conscientes de la antigua Roma, otra gran República que se convirtió en Imperio, y reflejaban, a su vez, el interés de los autores de la constitu-

ción de los Estados Unidos en llegar a ser lo que Alexander Hamilton llamó "un Imperio en muchos aspectos el más interesante del mundo".[7]

El conocimiento real y falso que los distintos Imperios poseían unos de otros resultó formativo en otros aspectos. En cierto modo, podía ayudar a la legitimación y a la confianza entre los mismos imperialistas. Los Estados europeos podían construir sus propios Imperios en ultramar, reforzados por la conciencia —que un estudio de los clásicos romanos y griegos otorgaba a todas sus elites masculinas— de que los Imperios habían existido siempre, y además, y de acuerdo con los gustos de César y Tácito, que a menudo habían resultado benevolentes y civilizadores.[8] Pero el reconocimiento de que los Imperios eran ubicuos, y de que siempre habían existido, también ayudaba de alguna forma a su aceptación por las masas. Por razones políticas obvias, los eruditos tienden ahora a extenderse en ejemplos de resistencia de las masas a los Imperios; sin embargo, para gran parte de la historia global, era el grado de aquiescencia de las masas con el Imperio lo que era en realidad más chocante, y una de las razones para esto era que la existencia de varios sistemas imperiales que cubrían la mayor parte del Globo se daba —a menudo— por sentada. Dicho esto, también podría autorizar una conciencia a nivel popular de otros Imperios. Cuando los británicos fueron a Canadá después de 1759, tuvieron que vérselas con pueblos indígenas que se habían acostumbrado durante casi

7. Hamilton es citado en Lieven, *Empire,* pág. 17.

8. Aunque los críticos del Imperio también recurrieron a versiones del pasado romano para sostener que el imperialismo necesariamente acababa en corrupción, pérdida de libertad y decadencia: véase Anthony Pagden, *Lords of all the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c.1500-c.1800,* Londres, Yale University Press, 1995 [trad. esp.: *Señores de todo el mundo: ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII),* Barcelona, Península, 1997].

dos siglos a las técnicas del gobierno imperial francés. A lo largo de las décadas posteriores, los administradores imperiales británicos fueron obligados a estar más atentos a asuntos como los obsequios, la concesión de medallas, las formas diplomáticas y ceremoniales, etcétera, porque los líderes indígenas una y otra vez les sermoneaban sobre sus deficiencias con respecto a estos asuntos en comparación con sus predecesores franceses.[9]

Así pues, ésta es una razón positiva de porqué la historia imperial tiene que incluir una perspectiva comparativa: porque los pueblos en el pasado, los que hacían los Imperios y aquellos a los que ellos trataban de gobernar, a menudo poseían también una perspectiva comparativa. Adoptar este tipo de enfoque es también vital porque los distintos Imperios surgieron, cambiaron y cayeron en estrecha relación y en respuesta de los unos a los otros. Como Dominic Lieven ha documentado en fechas recientes, no se pueden comprender las fortunas y dimensiones de los Imperios de Rusia y de los Habsburgo a lo largo del tiempo sin una apreciación de cómo estaban afectados por el flujo del vecino Imperio otomano.[10] La extensión de la influencia territorial británica en la India después de 1750 estaba íntimamente conectada, en modos que aún hoy se debaten acaloradamente, con el prolongado debilitamiento del Imperio Mughal. El surgimiento del Imperio informal americano en diferentes partes del mundo desde principios del siglo XX tiene que examinarse en línea con la retirada del poder imperial británico, etc.

9. Véase Richard White, *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815,* Cambridge, Cambridge University Press, 1991. Este es un excelente ejemplo de lo que se puede conseguir examinando los distintos sistemas imperiales en línea.

10. Véase Lieven, *Empire.*

Esto es, y siempre lo ha sido, un mundo íntimamente relacionado, y parte de la tarea de los historiadores imperiales es mostrar cómo y por qué esto era así.

Sin embargo, los historiadores imperiales necesitan iluminar las divergencias entre los distintos sistemas imperiales y no sólo los préstamos, enlaces y similitudes entre ellos. Los Imperios europeos protestantes y católicos poseían muchos puntos en común, pero también se caracterizaban a veces por actitudes bastante dispares respecto a ideas tales como el trabajo misionero y el matrimonio entre los blancos y los pueblos indígenas. Los Imperios marítimos y los Imperios contiguos, terrestres, a veces exhibían motivos muy similares, agresión, y técnicas de gobierno, pero había también diferencias muy importantes y recurrentes entre ellos. Como es obvio, y como J. R. Seeley percibió, los Imperios marítimos eran normalmente de más corta duración y vulnerables que los Imperios contiguos. Siempre era más fácil construir y consolidar el gobierno sobre una única extensión continua de territorio que depender de barcos y tener que proyectar la autoridad imperial sobre vastos océanos y mares.[11] Fue por esto por lo que el Imperio ruso, el Imperio otomano y, sobre todo, el Imperio chino resultaron mucho más duraderos que, digamos, el Imperio británico, el español o el portugués.

Naturalmente, ningún erudito puede esperar adquirir competencia sobre la historia global de un único Imperio, cualquiera que pueda ser, y menos aún acumular conocimiento detallado y experto de todos los Imperios en todos los tiempos. Al contrario que el fenómeno del Imperio, los seres humanos individuales, incluso los más inteligentes y

11. *The Expansion of England,* Londres, Macmillan, 1883.

los más industriosos, duran sólo un espacio de tiempo muy corto. Sin embargo, aunque la omnisciencia esté más allá de nosotros, una voluntad de adoptar una dimensión comparativa con relación a áreas de estudio específicas no debería estarlo. Es imprudente y, por lo general, simplemente erróneo hacer afirmaciones dramáticas sobre las características y consecuencias de un Imperio particular a no ser que se hayan verificado primero en otros Imperios. Permítanme que les ponga un ejemplo. En años recientes, algunos historiadores y eruditos literarios han sostenido energicamente que la expansión imperial masiva de Gran Bretaña después de 1750 inspiraba —y todavía inspira— sus actitudes hacia la raza en un grado pernicioso.[12] Hasta cierto punto, este argumento me parece verosímil. Sin embargo, asumiendo que hay algunas conexiones entre el Imperio y las actitudes raciales, la experiencia de Gran Bretaña con seguridad necesita ser contrastada con la de otros Imperios, *y ciertamente con otros Estados que carecieron de Imperios*. ¿Por qué, por ejemplo, Alemania, que invirtió en Imperios de ultramar mucho más tardíamente, y en mucho menor grado que Gran Bretaña, sin embargo, exhibió en el siglo XX, y *de modo discutible* todavía exhibe hoy, un mayor volumen que Gran Bretaña de violencia racial doméstica y explícitamente de política racial?[13] No conozco la respuesta, pero aquellos interesados en el estudio de la raza y el imperialismo deberían hacerse esta pregunta, así como otras cuestiones comparativas.

12. Dane Kennedy enumera una muestra de éstas en los artículos citados antes en la nota 2.

13. Aunque, como me informa el profesor Richard Evans, es posible que —en lo que se refiere a la política racista actual— se informe mejor de los arrebatos alemanes que de los británicos.

II

Permítanme que me dirija ahora hacia mi segundo tema: que la historia imperial trata fundamentalmente sobre la conexidad, la identificación e investigación de las múltiples conexiones que existieron a lo largo del tiempo entre los distintos sectores del mundo y los distintos pueblos. Acercarse al Imperio británico (y a cualquier otro Imperio) de este modo —como un "completo sistema interactivo, un vasto mundo interconectado", para citar a Philip Morgan— impone retos masivos a los historiadores. Por un lado, ya no es suficiente, y nunca lo fue, que los historiadores imperiales británicos se concentren en el impacto de sucesivas diásporas inglesas, galesas, escocesas e irlandesas sobre los pueblos y tierras que invadieron. No basta, como un historiador imperial holandés muy inteligente insistió en una fecha tan temprana como los años treinta, con poner al hombre blanco en el centro de las cosas y contar la historia de los contactos y las invasiones globales de forma abrumadora "desde la cubierta del barco, la muralla de la fortaleza, la oficina de la casa de comercio", o ciertamente desde la perspectiva de las bibliotecas y los estudios de los escritores europeos.[14] Siempre necesitamos considerar también cómo aquellos del extremo receptor de las atenciones imperiales británicas y de otras partes de Europa impactaron e influyeron en lo que ocurrió, igual que necesitamos investigar los efectos del Imperio en estas

14. J. C. Van Leur citado en Henk Wesseling, "Historia de Ultramar", en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia,* pág. 98; Philip D. Morgan, "Encounters between British and 'Indigenous' Peoples, c. 150O-c. 1800", en Martin Daunton y Rick Halpern (eds.), *Empire and Others: British Encounters with Indigenous People 1600-1850,* Londres, University College London Press, 1999, pág. 68.

islas y en otros Estados europeos. La historia imperial no debe ser una historia unilateral, de una dirección que de forma invariable sólo privilegia a un conjunto de voces. En eso, creo, podemos estar todos de acuerdo.

Sin embargo, y esto a veces se olvida, investigar la conexidad en el contexto del Imperio británico reta a más historiadores que sólo de los de Gran Bretaña. Los eruditos británicos necesitan adquirir una comprensión multilateral de lo que fue el Imperio y lo que hizo, y una conciencia también de los pasados autónomos de las sociedades impactadas por Gran Bretaña: sí ciertamente. Pero, por la misma razón, los historiadores de Asia, Norteamérica, el Caribe, África y el Pacífico necesitan desarrollar una apreciación actualizada, diversificada y matizada de la dimensión *británica* del Imperio. Necesitan un sentido bien informado de qué tipo exacto de poder y de sociedad era en realidad Gran Bretaña en épocas particulares, como distinta de lo que parecía ser o de lo que todavía por lo general se piensa que es. Comprender las interconexiones tejidas alrededor del Imperio británico, en otras palabras, es una tarea enorme, multifacética y estrictamente mutua, y no simplemente un reto para el anterior poder imperial solo. Quiero desarrollar con brevedad estos puntos, en particular el último, que ha sido descuidado.

Muchos de nosotros estaríamos de acuerdo con David Armitage en lamentar "la persistente desgana de los historiadores británicos a incorporar al Imperio en la historia de Gran Bretaña", sobre todo porque, a no ser que se hagan conexiones entre los emplazamientos del Imperio de ultramar y la metrópolis de este modo, y se reconozca cómo los primeros impactaron en la última y no simplemente al contrario, entonces áreas completas del pasado británico no

podrán ser acabadas o comprendidas completamente.[15] Consideremos algo tan básico como los impuestos y los ingresos. Hay conexiones reales y bien documentadas entre la política fiscal y los intentos de reducir el contrabando en este país en los años 1770 y 1780, por un lado, y las actividades y el flujo de cultivadores y comerciantes de té indios y chinos, por otro. Y estas dos cosas estaban además conectadas con los agravios comerciales de los colonos americanos y con la sincronización y el tamaño del Boston Tea Party. Aquí, en efecto, había un vasto e interconectado mundo imperial.[16] Casi del mismo modo, era la escala de la guerra no europea (y de la resistencia no europea) —y no sólo la batalla con Napoleón en Europa— lo que hizo las guerras de 1793-1815 espantosamente caras para los contribuyentes británicos. Esto contribuyó a las campañas de los activistas de clase media británicos después de 1815 para reducir, cuando no abolir, el impuesto sobre la renta, y en particular para cortar el gasto en las Fuerzas Armadas.[17] Y estas campañas de reducción impactaron a su vez no sólo en los ingresos y los sustentos de Manchester, Glasgow, Belfast y Cardiff, sino también en Bengala, Madrás y Bombay. Cada vez más (aunque los acontecimientos de 1857 cambiaron las cosas en cierto modo), gran parte de la carga de defender el Imperio británico, en términos de pagar impuestos y de suministrar soldados, se pasó a los habitantes del subcontinente indio. Como la versión más cínica de la famosa canción de *music hall* contenía:

15. Armitage, *Ideological Origins,* pág. 13.

16. Le agradezco a la doctora Emma Rothschild, del King's College, Cambridge, la información sobre este punto.

17. J. E. Cookson, "Political Arithmetic and War in Britain, 1793-1815", *War & Society,* I (1983), págs. 37-60; y Philip Harling y Peter Mandler, "From 'Fiscal-Military' State to

We don't want to fight,
But, by Jingo, if we do,
We'll stay at home and sing our songs
And send the mild Hindoo.[18]
[No queremos luchar,
Pero, por Jingo, si lo hacemos,
Nos quedaremos en casa y cantaremos nuestras canciones
Y enviaremos a los afables hindúes.]

Incorporar la dimensión imperial en la historia británica no sólo amplía y complica útilmente la historia, sino que a veces la transforma a ella y a las preguntas que se pueden formular sobre ella. Consideremos una de las historias más antiguas. Incluso ahora, las historias de Gran Bretaña todavía afirman con regularidad que, después del siglo XVII, las Fuerzas Armadas estaban aquí efectivamente despolitizadas y subordinadas al poder civil. Tengo dudas sobre esta versión *whig* de los acontecimientos, incluso en lo que respecta a la historia doméstica, pero su insuficiencia parece severa una vez que se mira al ejército británico dentro de un contexto imperial. Los militares individuales, como Arthur Wellesley en la India o James Murray en Canadá, desempeñaron papeles políticos en gran medida autónomos —a veces en defensa de los políticos de Londres— además de luchar en las guerras. Por añadidura, tales señores de la guerra imperiales a veces poseían también poder político y conexiones en la misma metrópolis. Como Lewis Namier y John Brooke demostraron hace mucho tiempo, los hombres del ejército de tierra y de la armada formaban la mayor categoría de parlamentarios en los Parlamentos sucesivos del siglo

18. Citada en Michael W. Doyle, *Empires,* Ithaca, NY, Comell University Press, 1986, pág. 287.

XVIII y de principios del siglo XIX; y la proporción de pares con antecedentes militares era también considerable.[19] Estos hechos se citan normalmente sin muchos comentarios y sin ninguna intención de modificar la noción de que las Fuerzas Armadas británicas eran apolíticas. Sin embargo, existían con seguridad conexiones entre la expansión del Imperio de ultramar británico y la importancia simultánea de los militares en su vida política en casa. Sería bueno saber cuáles eran éstas.[20]

Reconocer la importancia de la conexidad en lo que respecta al Imperio no debería ser, sin embargo, un asunto exclusivo; muy al contrario. La historia imperial, reivindicada adecuadamente, tiene que implicar la inserción de las fuerzas y las percepciones no europeas en nuestras reconstrucciones de la historia británica: sí, absolutamente. Pero ésta no necesita y no tiene que ignorar otras influencias. El eurocentrismo, por ejemplo, se condena a veces (de modo bastante comprensible) sin reconocer siempre su impacto real y su significado en el pasado. Sin embargo, para los británicos, los asuntos europeos eran por lo general al menos tan importantes y tan preocupantes como los asuntos extraeuropeos e imperiales. En efecto, tales asuntos estaban a menudo interconectados. Hay varios aspectos que es preciso considerar al respecto. Para empezar, los historiadores imperiales necesitan prestar más atención de la que normalmente le han dado hasta ahora al Imperio británico dentro

19. Véase su *History of Parliament: The House of Commons 1754-1790,* 3 vols, Londres, HMSO, 1964, vol. I, págs. 138-145; y R. G. Thorne (ed.), *The History of Parliament: The House of Commons 1790-1820,* 5 vols, Londres, Secker & Warburg, 1986, vol. I, págs. 306-313.

20. Para una útil introducción a esta idea, véase Hew Strachan, *The Politics of the British Army,* Oxford, Clarendon Press, 1997.

de Europa. Gibraltar, Menorca, Malta, Corfú y Chipre nunca fueron en un primer momento zonas de asentamiento, no más de lo que fueron mercados importantes o suministradores de materias primas, pero, en términos navales, estratégicos y comerciales en conjunto, tales bases eran vitales; en algunos aspectos las claves del sistema global completo de Gran Bretaña. Como sugiere esto, en respuesta a la pregunta más específica "¿Qué es la historia imperial *británica*?", nos hace mucha falta incorporar al Mediterráneo como parte de la respuesta, y no sólo al Atlántico, al Pacífico o al Océano Indico.[21]

Además, y volviendo a mi insistencia sobre la importancia de las interconexiones globales, necesitamos tener en cuenta el vínculo absoluto entre el poder de Gran Bretaña respecto al resto de Europa, y el poder imperial tal como se podía ejercer en distintos momentos y en distintas partes del mundo extraeuropeo. En tanto que Gran Bretaña estuviese ocupada en guerras importantes y en la rivalidad con los poderes continentales, sus esfuerzos imperiales estaban comprometidos o resultaban paranoicos en el estilo. Así, de manera muy dramática, perdió las Trece Colonias después de 1776 en gran medida porque su archi-rival Francia declaró la guerra a Gran Bretaña y prestó a los americanos ayuda militar masiva y, sobre todo, ayuda naval. Por la misma razón, una vez que Gran Bretaña terminó derrotando a Francia en 1815 y estableció la hegemonía europea, pudo apretar desde entonces los tornillos en los cometidos imperiales. El hecho de que, a principios del siglo XIX, Gran Bretaña, las otras potencias europeas occidentales, los Estados Unidos y Rusia juntos reclamaran la

21. Sobre este punto, véase la parte primera de mi *Captives: Britain, Empire, and the World 1600-1850,* Londres, Jonathan Cape, 2002.

autoridad sobre un 35 por ciento del territorio del mundo, mientras que para principios del siglo XX estas potencias reivindicaban más del 80 por ciento del mismo, estaba directamente conectado con el hecho de que —en el periodo intermedio— estos Estados estuvieron por lo general en paz unos con otros, y, por consiguiente, eran mucho más libres de lo que habían sido antes de intervenir en otras zonas geográficas más vulnerables.[22] A la inversa, una vez que Gran Bretaña y las otras potencias europeas más importantes se implicaron después de 1914 en lo que fueron dos grandes guerras civiles continentales sucesivas, el paso de la descolonización se aceleró enormemente. Así pues, mientras que la conexidad en el contexto de la historia imperial británica significa ser sensible a las voces e influencias no europeas, ésta necesita combinarse con una consideración adecuada también de la dimensión paneuropea.

III

Para resumir, pues: seguir la desconcertante serie de interconexiones globales es indispensable para la historia imperial británica y para otras variedades de historia imperial, pero por definición esto tiene que hacerse de una manera ecléctica y no selectivamente. Y esto me lleva claramente a mi siguiente y relacionado punto: que entender el Imperio británico requiere una comprensión de conjunto y perspicaz de los británicos mismos. Como C. A. Bayly ha sugerido, los tratamientos de los británicos como imperialistas por los eruditos indios, americanos, caribeños, australianos, o

22. James D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires,* Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pág. 163.

africanos, a veces pueden ser de carácter esquizofrénico. Por un lado, y por razones perfectamente comprensibles, a menudo se burlan de los británicos y se minimiza o se niega su contribución formativa a estas vastas regiones del mundo. Sin embargo, los británicos también son empujados como un viejo caballo de juguete siempre que se tienen que explicar los momentos cruciales de los pasados de estas regiones que se consideran deplorables, y se les atribuyen en este contexto grados verdaderamente extraordinarios de poder e influencia.[23] Y esta tendencia no se limita a los escritos. Piensen en la película de Mel Gibson *El patriota,* donde, al mismo tiempo, se representa a los oficiales de guerreras rojas de la guerra revolucionaria americana como demasiado estúpidos o ingenuamente malévolos para encontrar la puerta, y, sin embargo, se les muestra de modo simultáneo como poseyendo vastas, disciplinadas legiones en un casi Nuremberg y en una escala falsa en gran medida. Éste es un ejemplo clásico de lo que podría llamarse la mirada poscolonial esquizofrénica, disminuyendo de inmediato el poder imperial antiguo y exagerando al mismo tiempo su fuerza coercitiva. Como es natural, todas las naciones necesitan pasados utilizables, y se espera que las sociedades poscoloniales escojan en su cultura popular y en sus mitos políticos percibir mal y/o rebajar a los británicos, justo como los británicos una vez las percibieron mal y/o las rebajaron a ellas. Pero como historiadores —no importa lo que podamos pensar de éste o de cualquier otro Imperio— necesitamos profundizar con más seriedad e intentar ver a los británicos, y a su fluctuante poder imperial, como lo que en realidad fueron.

23. C. A. Bayly, "Returning the British to South Asian History: The Limits of Colonial Hegemony", *South Asia,* XVII (1994), págs. 1-25.

Consideremos en este sentido la idea de la pequeñez británica. El poder y el alcance del Imperio británico se puede sobreestimar con facilidad por la excesiva dependencia de uno de sus más exitosos elementos de propaganda: ese mapa tan famoso para todos —reproducido mucho en las eras victoriana y eduardiana, y un rasgo estándar de los libros de texto desde entonces— que muestra vastas extensiones del mundo todas sombreadas con un color común rojo o rosa. Este mapa engaña, incluso más de lo que lo hacen la mayoría de los mapas. Engaña porque sugiere que el Imperio británico constituyó un monolito uniforme, un proyecto imperial único, lo que nunca fue el caso. Engaña también porque da la impresión del todo errónea de que el único Imperio sustancial que existía en la época era el propio de Gran Bretaña. Pero la decepción más efectiva y artera de este famoso mapa era el modo en que distraía el ojo de la pequeñez del poder metropolitano mismo. Los límites físicos marcados del Reino Unido están hábilmente oscurecidos en una extensión global de color rosáceo. Es demasiado fácil, mirando este elemento de prestidigitación cartográfica, ser engañado con el conocido concepto erróneo de que el tamaño importa más que nada, y de que la única escala del Imperio británico en su cima se acompañaba claramente de un único grado de poder. Sin embargo, en la medida en que el tamaño importaba en relación con el poder imperial, lo que se necesita apreciar no es sólo la extensión masiva del territorio que Gran Bretaña presumía reivindicar, sino también sus propias dimensiones domésticas insignificantes.[24]

Y recuerden cuán insignificantes son esas dimensiones, especialmente cuando se comparan con las grandes poten-

24. Desarrollo estos argumentos en *Captives.*

cias de hoy. Los Estados Unidos tienen 3.000 millas desde un mar a otro, y —como China— cubren casi 3,7 millones de millas cuadradas. La Federación Rusa se estimó recientemente que tiene más de 6 millones de millas cuadradas de extensión; mientras que la India actual —la que Gran Bretaña trató de gobernar antes de 1947— comprende unos 1,2 millones de millas cuadradas. En comparación, Gran Bretaña e Irlanda juntas comprenden menos de 125.000 millas cuadradas. La isla de Gran Bretaña en sí es más pequeña que Madagascar. Se podría encajar dos veces en Texas y quedaría espacio libre. Por supuesto, el tamaño geopolítico nunca ha sido el único o incluso el principal determinante del poder de un Estado, y había otros Estados europeos pequeños, además de Gran Bretaña, que engendraron poderosos Imperios. Sin embargo, la extensión de la disparidad entre la pequeñez física de Gran Bretaña, por un lado, y la eventual escala de su Imperio, por otro, era única. A comienzos del siglo XX, el Imperio francés era unas veinte veces el tamaño de Francia, pero el Imperio británico era 125 veces el tamaño de Gran Bretaña.[25]

Necesitamos tener en cuenta estas asombrosas estadísticas en cualquier afirmación sobre el poder imperial británico, sobre todo porque la pequeñez británica no era simplemente una función del tamaño geográfico. Durante la mayor parte de su historia imperial, Gran Bretaña fue mucho más pequeña en población que sus principales rivales católicos en el Imperio, Francia y España. Como señaló Adam Smith, el ejército regular de Gran Bretaña, como distinto de su armada, también era limitado, dada la escala de sus activida-

25. Norman Davies, *Europe: A History,* Oxford, Oxford University Press, 1996, págs. 1068-1069.

des imperiales. En 1715, cuando Gran Bretaña ya reivindicaba su autoridad sobre medio millón de hombres y mujeres en Norteamérica, grandes partes de las Antillas, asentamientos costeros en la India, y también puestos avanzados en el Mediterráneo, su ejército no era más grande que el del rey de Cerdeña. En 1850, en muchos aspectos, la cima de su poder global, el ejército reclutado en casa era todavía visiblemente modesto en comparación con el de Rusia, o Francia, o incluso Prusia.[26] Y la Gran Bretaña moderna temprana y del siglo XIX tenía que luchar incluso con otro aspecto de la pequeñez. Hoy, el inglés es la lengua del mundo, y la televisión, la CNN, Hollywood, la música popular y la red están todas disponibles para extender las ideas americanas, las interpretaciones de los acontecimientos, y las formas culturales a través del Globo terráqueo. Pero, durante mucha parte de la fase imperial de Gran Bretaña, el inglés era todavía una lengua minoritaria, y no la hablaban incluso todos los habitantes de Escocia, Gales o Irlanda. Así pues, la capacidad de Gran Bretaña para desplegar su lengua escrita y hablada como una herramienta del Imperio y de la influencia global estaba mucho más circunscrita de lo que hoy es el caso de los Estados Unidos.

Por eso resulta indispensable practicar la conexidad en el sentido de suministrar información doméstica británica precisa a las historias del sistema imperial que construyó. Tenemos que ser sensibles no sólo a los modos en que este Estado sin duda tuvo éxito al ejercer el poder globalmente, sino también a los modos en que sus propias dimensiones do-

26. J. A. Houlding, *Fit for Service: The Training of the British Army 1715-1795,* Oxford, Oxford University Press, 1981, págs. 7-8; Miles Taylor, "The 1848 Revolutions and the British Empire", *Past & Present,* 166 (2000), págs. 150-151.

mésticas —la pequeñez de sus recursos nacionales, los límites de su población, su ejército mal desplegado en exceso y su lengua minoritaria— a la fuerza mitigaron y restringieron su poder imperial en distintas épocas y en distintos lugares. La amplitud con que Gran Bretaña pudo construir este edificio global tan presuntuosamente desde su propia pequeña base, y continuar con él durante tanto tiempo, era en realidad muy peculiar: y nunca deberíamos perder de vista esa peculiaridad intrínseca o dejar de investigarla escéptica y ampliamente.[27]

A este respecto, la tendencia de algunos recientes escritos eruditos sobre el Imperio, y a menudo muy merecidamente influyentes, a marginar los factores materiales, y concentrarse en su lugar en asuntos de epistemología y raza, a veces ha resultado inútil y oscura. Permítanme explicarme: el mayor interés en explorar las historias culturales del Imperio y la retirada del excesivo determinismo económico que a veces aquejaba a las historias imperiales son tendencias saludables que yo apoyo por completo. Pero a veces se transmite y/o se recibe la impresión de que, si sólo se puede demostrar la capacidad de Gran Bretaña, o la de Francia, o la de España para acumular información real o falsa sobre otros pueblos, y demostrar también el racismo de esas potencias (lo que normalmente no es difícil), entonces se ha dado cuenta de modo satisfactorio de la existencia y la persistencia de sus Imperios respectivos. No se ha dado cuenta. Como Kenan Malik ha sostenido con respecto al Imperio británico, es bastante fácil encontrar evidencia de epítetos raciales y de ideologías raciales en el pasado británico, pero los británicos no

27. Hay algunas puntualizaciones acertadas sobre este punto (y muchos otros) en A. G. Hopkins, "Back to the Future: From National History to Imperial History", *Past & Present,* 164 (1999), págs. 198- 243.

eran hechiceros. No podían utilizar un lenguaje racista e ideas, de forma mágica y automática, para lograr un dominio global.[28] La raza se podía utilizar para legitimar el dominio y a menudo se hacía: pero no proporciona una explicación comprensiva para la peculiar escala y las limitaciones del poder imperial británico. Como siempre, necesitamos practicar la conexidad y examinar una amplia diversidad de fuerzas y de factores, no concentrarnos sólo en uno.

IV

Así pues, permítanme concluir. Uno de los problemas de enfrentarse a la pregunta "¿Qué es la historia imperial [o cualquier otra historia]?", es que es fácil parecer preceptivo en exceso y dogmático. Es apropiado repetir que los enfoques de la historia imperial que he esbozado en lo que ha sido por fuerza un capítulo breve no son enfática y manifiestamente exhaustivos. Si alguna vez hubo un campo de la historia donde "que florezcan mil flores" fuese un mandato necesario y deseable, es éste. Yo sigo convencida, sin embargo, de que —cualquiera que sea la especialización de uno dentro de esta vasta área de conocimiento en términos de país, cronología, metodología, o Imperio particular o enfoque o interés— es esencial practicar un elemento de historia comparativa sobre la *longue durée*, y ser sensible a las múltiples conexiones. Una visión ecléctica y amplia no es una opción en este campo. Es indispensable; lo trata todo. Y esto me conduce a mi punto final: a saber, que la historia imperial, dirigida adecuadamente, es una disciplina muy exigen-

28. Kenan Malik, *The Meaning of Race: Race, History and Culture in Western Society*, Londres, Macmillan, 1996, págs. 231-2.

te. Es, Dios lo sabe, bastante difícil mantenerse al corriente de los últimos trabajos eruditos con respecto a un discreto aspecto del pasado de un país. Desarrollar un conocimiento bien hecho de las historias y controversias de un amplio rango de sociedades y Estados contrarios sobre un amplio espacio de tiempo es espantosamente difícil, y, sin embargo, se tiene que abordar si se quiere desarrollar más la historia imperial y abrirla apropiadamente como asignatura.

La dificultad es en particular grave a este lado del Atlántico por razones en las que apenas se necesita insistir. Cuando incluso las bibliotecas nacionales y las especializadas son obligadas por consideraciones presupuestarias a recortar gastos en libros en idiomas extranjeros, publicaciones periódicas y textos de historia que no se consideran pertenecen a la corriente dominante (lo que significa historia no británica); cuando a los estudiantes de escuelas de graduados —y a sus supervisores— se les impide, por el tiempo y las restricciones de dinero, aprender idiomas nuevos o visitar archivos en otras partes del mundo; cuando a los académicos se les presiona de modo incesante para publicar, y, en consecuencia, se les incita en la dirección de monografías manejables, precisas sobre los temas acostumbrados, más que animarlos a investigar temas nuevos, grandes, apasionantes, interculturales, entonces las esperanzas de una historia imperial revitalizada, interpretada con generosidad no pueden ser buenas. Y, sin embargo, importa, y no sólo para los académicos. Cuando E. H. Carr escribió el clásico que celebramos y conmemoramos en este volumen, se quejaba de la mentalidad localista de la historia británica que "gravita como un peso muerto sobre nuestros programas". Esta mentalidad localista puede que sea hoy más problema todavía. Sin embargo, como advirtió Carr, "por nuestra incapacidad o

nuestra negativa a comprender, nos estamos aislando de lo que realmente está pasando en el mundo".[29] La historia imperial tiene un significado universal. Pero, por lo que respecta a este país, proporciona un modo obvio de colocar las piezas del rompecabezas de la historia británica en la historia global, de vernos como otros nos vieron y todavía nos ven, de examinar los innumerables modos, muchos de ellos desgraciados, en que las distintas regiones del mundo, y los distintos pueblos, se han unido a lo largo del tiempo, han estado en conflicto y se han fundido. Como tal, la respuesta última a la pregunta "¿Qué es la historia imperial?" en realidad es muy simple. Es indispensable.

29. *¿Qué es la historia?,* págs. 235, 237.

EPÍLOGO:
¿QUÉ ES LA HISTORIA AHORA?

Felipe Fernández-Armesto

E. H. Carr dijo que "no envidiaría al historiador capaz de afirmar honradamente haber pasado cincuenta años sin modificar radicalmente su visión de algunos puntos".[1] Aunque sólo han transcurrido cuarenta años desde la publicación de ¿Qué es la historia?, éstos han sido, como podría decir la viuda de un noble del siglo XIX, cuarenta años interesantes, cargados de novedad. Como otras disciplinas académicas —quizás, en algunos aspectos, más que la mayoría— la historia ha estimulado y reflejado enormes cambios en las sociedades modernas occidentales. Una revolución igualitaria ha reducido los desequilibrios entre clases, sexos,

1. E. H. Carr, *¿Qué es la historia?,* pág. 118.

generaciones, rangos y casi todas las categorías de diferenciación social, excepto la diferenciación entre ricos y pobres, que, con una tenacidad impresionante, ha continuado ampliándose. En algunos casos, tal vez, como causa —y ciertamente en consecuencia—, los historiadores han podido frustrar esos desequilibrios con creciente facilidad, penetrando en partes de la sociedad a las que las historias anteriores apenas alcanzaban, descubriendo las historias de minorías anteriormente desvalidas o proscritas, incluyendo a mujeres y niños, a trabajadores y a delincuentes, a los enfermos y a los locos. Gracias, entretanto, a la revolución cultural y demográfica que ha otorgado pluralismo y multiculturalismo a la mayor parte de Occidente —la retirada de los Imperios blancos, la contracolonización de las tierras natales por los anteriores "pueblos víctima" y los pueblos súbditos del colonialismo— los historiadores se han sentido liberados y equipados para acometer algunas de las nuevas exploraciones que Carr previó y a las que dio la bienvenida: estudiar la historia de los pueblos que antes se consideraban "sin historia";[2] abrazar la historia global, incluyendo los temas no europeos en las historias comparativas; sacar a colación las historias de las identidades étnicas una vez aparentemente marginales; recurrir a la experiencia de un mundo en rápida transición para abrir nuevos capítulos en el estudio de la identidad. La batalla a la que se unió Carr para traer la historia "no occidental" a la Facultad de Cambridge no se podría sostener hoy con tanta fiereza, o resistir con tanta tenacidad, (aunque la resistencia de la inercia es aún obvia en algunas universidades); ni nadie repetiría la opinión de Hugh Trevor-

2. E. Wolf, *Europe and the People without History,* Londres, 1982 [trad. esp.: *Europa y la gente sin historia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1987].

Roper de 1963 de que "los estudiantes universitarios, seducidos por (...) la moda periodística, demandan que se les debería enseñar la historia del África negra (...). Pero actualmente no hay nada o muy poco (...). Y la oscuridad no es un tema para la historia".[3]

Junto con estas revoluciones sociales, lo que vagamente llamamos "posmodernismo" también ha modificado la práctica de la historia, montando un reto epistemológico que una vez pareció formidable. Como un colaborador más del presente volumen, escribí una memoria del encuentro con él en una época que parecía amenazar con derribar las búsquedas tradicionales más queridas de los historiadores: la verdad y el lenguaje en que expresarla.[4] Por un momento, los historiadores temieron que los bibliotecarios del futuro consignarían la historia a los mismos estantes que la ficción. Esto no habría sido, en mi opinión, una mala cosa: mis libros habrían tenido también la compañía de la buena literatura. El posmodernismo, sin embargo, resultó ser un tigre de papel de espantosa asimetría. Los departamentos de historia de la universidad británica tienen posmodernistas simbólicos, como una vez tuvieron mujeres y negros simbólicos. Pero incluso cuando la marea retrocedió, el posmodernismo dejó un rico residuo en la orilla, estimulando la ola histórica. Las historias "virtuales", las historias de lo contrafactual, lo ambiguo, lo implícito, lo liminal, lo transgresor, lo autoreflexivo, lo semiótico, lo representativo, lo inconsciente y lo soñado han llegado a ser fascinantes e irresistibles o, al menos, interesantes y aceptables para casi todos.

3. H. R. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe,* Londres, 1965, pág. 9.

4. F. Fernández-Armesto, *Truth: A History,* Londres, 1997 [trad. esp.: *Historia de la verdad y una guía para perplejos,* Barcelona, Herder, 1999]; R. J. Evans, *In Defence of History,* Londres, 1997.

I

La historia, en resumen, se ha multiplicado; ciertamente, ha estallado. El trabajo de los historiadores profesionales nunca ha sido tan diverso. Dos cambios adicionales han ayudado. La revolución en la tecnología de la información ha acelerado la producción erudita, creado y expandido las redes de colaboración, y generado enormes bases de datos para trabajar en la "cliometría" y en los análisis textuales. Sobre todo, el número de historiadores profesionales ha estallado con la expansión de la educación superior. Los resultados han sido mixtos. Incluyen la maldición de la superespecialización: los historiadores cavan surcos cada vez más profundos y estrechos en un suelo cada vez más delicado hasta que los surcos se hunden y se entierran bajo su propia aridez. Sin embargo, por otro lado, cuando quiera que uno se baje de su surco, tanto más hay ahora que examinar en el campo: tanto trabajo nuevo enriquecedor, que puede cambiar nuestra perspectiva o ampliar nuestro marco de comparación. Sencillamente hay tanto más de lo que aprender. La cantidad de producción, como es natural, es ahora francamente inmanejable. Es poco probable que incluso un especialista bastante restringido sea consciente de —y mucho menos que pueda leer— todo lo que tenga relevancia. El consiguiente sentido de incertidumbre contribuye, sin duda, al desconcierto posmoderno y favorece el escepticismo desmesurado sobre nuestro dominio de los hechos del pasado. Inevitablemente, el crecimiento de la producción significa el crecimiento de la basura. Pero también significa la disponibilidad de buenos trabajos. Ya no sé lo que es ser joven, pero es maravilloso estar vivo en un amanecer como el nuestro, cuando ser historiador es ser parte de una comunidad productiva de eruditos sin precedentes, y

cuando hay disponibles trabajos históricos más interesantes e instructivos que nunca.

Los lectores sentirán un "Pero" en perspectiva. Hemos aprendido tanto en los últimos cuarenta años: tanto escepticismo, tanta ciencia. Y hemos olvidado tanto. Hemos olvidado cómo defender con éxito el lugar privilegiado de la historia en el currículum escolar. Hemos olvidado cómo estar totalmente en contacto con los profesores de historia de la educación preuniversitaria y cómo alimentar su trabajo con la conciencia de los efectos refrescantes y estimulantes de la nueva investigación: digo esto no de *haut en bas* [de arriba abajo], sino como un guerrero de trincheras que ha cruzado la tierra de nadie y que ha pasado largas temporadas como maestro de escuela. Cualquier historiador profesional que haya corregido exámenes de nivel avanzado o similares sabrá lo que quiero decir.

Con mayor profundidad en la arena pública, parece que hemos olvidado cómo influir en el debate y en la política de las ideas dominantes de hoy en día. Puedo pensar en muchos ejemplos, en los años recientes, de política gubernamental formulada —con variables grados de desastre— con ignorancia manifiesta del pasado. Sólo puedo pensar en un caso de una política influida por la nueva investigación histórica. Lamentablemente, es un caso que no estimula mucho: la buena voluntad del principio del Gobierno de Thatcher en el Reino Unido para abrazar el alto desempleo como "un precio que merece la pena pagar" por la baja inflación estaba evidentemente influida por el trabajo revisionista de Sydney Pollard y de otros de su círculo sobre la economía británica de los años treinta. No insisto en que la ocupación de los historiadores es influir en la política; sólo mantengo que es interesante que una vez lo hicieron y que ahora no lo

esto tiene su carácter contradictorio con los historiadores Política e histórica actitud crítica o somnolencia

hacen. La sala de lectura de los miembros de la legislatura de los Estados Unidos en la biblioteca del Congreso, colocada aparte anteriormente, fue decorada en 1896, de forma suntuosa pero sólo con dos pinturas, que se enfrentan entre sí desde las enormes chimeneas de cada extremo de la sala, dominándola y recordándoles sus deberes a los congresistas. Representan, respectivamente, la ley y la historia. Es difícil imaginarse a la historia ocupando hoy un lugar semejante en un esquema iconográfico de similar intención.

En fin, hemos olvidado cómo actuar en la arena pública. Esto es importante porque una respuesta a la pregunta "¿Qué es la historia ahora?" tiene que incluir lo que es la historia para todos los que están interesados en ella, no sólo para aquellos que son lo bastante afortunados como para dedicarse a ella profesionalmente. Los historiadores con los que Carr compitió eran los intelectuales públicos más eminentes de su época cuyas controversias se aireaban en la radio y se comunicaban en la prensa. Por razones en las que entraré en breve, no veremos de nuevo, en las circunstancias actuales, el parecido de Isaiah Berlin, Hugh Trevor-Roper y A. J. P. Taylor. Hoy, el pasado es genuinamente popular: en efecto, quizás nunca haya habido tanto interés público en él y gusto por él, a pesar de, o quizás por causa de, la reducción de la historia en el currículum. Sin embargo, el pasado del gusto popular no es, en su totalidad, el pasado que revelan los eruditos profesionales. Las grandes áreas de crecimiento hoy son lo que se llama equivocadamente "historia de la familia" —es decir, la investigación genealógica privada— "el patrimonio" y "la información concebida como espectáculo". Éstas fueron áreas no visitadas y no anticipadas por Carr. Antes de volver a ellas, propongo considerar de nuevo los elementos más llamativos del tema tratado en ¿Qué es la

historia? y preguntarnos cómo se deben de modificar en respuesta a la pregunta "¿Qué es la historia ahora?".

La elección del título de Carr es importante, pero descuidada. Hoy, los colaboradores toman parte gustosamente en una obra titulada ¿Qué es la historia ahora? porque la adición de la última palabra tiene un efecto transformador en la oración. Implica que la historia de un momento en el tiempo puede ser algo más, como ciertamente lo será. La pregunta está formulada de un modo que alude a la inconstancia esencial del tema. Preguntar "¿Qué es la historia?" es otra pregunta menos atractiva. Yo no la llamaría una pregunta retórica, porque no es retórica en la forma. Pero es retórica en el sentido de que anticipa e invita a cierto tipo de respuesta, del tipo, "La historia es x" o "La historia es y", por tanto excluyendo la respuesta, "La historia es p" o "La historia es q". Es una pregunta implícitamente preceptiva y proscriptora. Y, en verdad, el libro de Carr, aunque de amplias miras para los patrones de sus días, recogió forraje para las carretas. Carr condenó el trabajo contrafactual, moralizador, y lo que él llamó teología y literatura. Hoy, creo, la mayoría de nosotros querríamos ser más generosos y abrazar el nihil humanum alienum o incluso la expresión que lo abarca todo, todo es historia —el título de la publicación periódica de una Academia de Historia de Latinoamérica— como nuestro lema. Todo lo que hacemos o pensamos, todo lo que imaginamos sobre el futuro pasa instantáneamente al pasado y se convierte en un tema adecuado para la investigación histórica.

Hay dos modos más en los que tal vez debamos admitir ahora que la historia es algo que genuinamente lo abarca todo, sin reservas. Primero, incluye a todas las personas. No quiero decir que incluya a todas las personas sólo como ob-

jetos de estudio, aunque la extensión del rango para incluir a todos los tipos y condiciones es muy bienvenida, sino también como participantes. La historia es la más abierta y accesible de las disciplinas académicas. Todo el mundo puede hacerla —ciertamente todo el mundo la hace—, porque tiene experiencia del pasado y todas las personas tienen acceso privilegiado a las fuentes de sus propias historias. No requiere una preparación especial, excepto unas modestas destrezas que cualquier persona letrada puede recoger fácil y rápidamente sin ayuda. Hay buenas razones para ser un estudiante de posgrado de historia, pero la adquisición de competencia profesional peculiar, o de conocimiento esotérico o hierático, no es una de ellas. Mis libros favoritos de historia incluyen obras de científicos, abogados y monjas. El mismo E. H. Carr, que nunca obtuvo una licenciatura o un nombramiento en historia, ejemplifica el caso. Ésta es una de las muchas razones de porqué los historiadores deberían evitar la jerga, el refugio de sinvergüenzas que quieren hacer su trabajo ininteligible para los no iniciados. La comunicabilidad es un sello de la buena escritura histórica. Otros —debería añadir, puesto que no deseo insinuar que porque la historia esté abierta a todo el mundo, todo el mundo es igualmente bueno en ella— son fieles a las fuentes en la presentación de una versión del pasado que es convincentemente imaginada y vívidamente evocada.

Además de incluir a todas las personas, la historia debería de incluir a todas las disciplinas. Si no recuerdo mal, mi razón para convertirme en historiador era la pura voracidad de mis intereses. Incapaz de escoger entre las disciplinas que me atraían, me fijé en la que incluía un poco de todas las otras. La historia es forraje para el asno de Buridán. Algunas disciplinas, naturalmente, son más útiles que otras. La an-

tropología, como todos hemos llegado a reconocer desde que Carr escribió, es altamente relevante, porque el pasado, incluso de la propia sociedad de uno, es otra cultura, donde "ellos hacen las cosas de un modo distinto". Los historiadores deberían seguir los estudios de literatura y de arte, primero, porque el trabajo creativo del pasado es una fuente preciosa para las imágenes y los sentimientos que inspiraron el pensamiento y la conducta, y segundo, porque los textos y la evidencia material tienen que ser interpretados con la ayuda de todas las técnicas críticas que las disciplinas relacionadas puedan ofrecer. La arqueología es una fuente inevitable de evidencia para los historiadores. Es un historiador pobre el que no conoce la filosofía, o la economía o la teología. Nunca me ha atraído la sociología: asocio la disciplina con la generalización en exceso y los hábitos procrusteanos de modelado; sin embargo, encuentro alguna teoría sociológica clásica de enorme ayuda en mi reciente trabajo, dedicado a comprender nuevos tipos de relaciones intercomunitarias forjadas en las sociedades coloniales de la temprana Edad Moderna.[5] La lingüística es importante no tanto a causa del impacto del "giro lingüístico" en las humanidades, como porque el cambio en el lenguaje es un barómetro de otros tipos de cambio histórico. Las ideas de la psicología pueden causar una enorme diferencia, no sólo en los tipos obvios de historia psicológica practicada por los biógrafos históricos, sino también en el esfuerzo para comprender las mentalidades colectivas y las relaciones entre los grupos sociales. Para tomar un ejemplo de mi propio campo, imagino que el siempre desconcertante problema de cómo

5. F. Fernández-Armesto, "The Stranger-Effect in Early Modern Asia", *Itinerario,* XXIV, n.º 2 (2000), págs. 84-103.

funcionaba el Imperio español en el Nuevo Mundo del siglo XVI será más inteligible cuando empecemos a pensar psicológicamente en las relaciones entre los jóvenes, la a menudo huérfana aristocracia nativa y las recién llegadas elites de clérigos y conquistadores, que adoptaron papeles casi paternales.[6] La interdisciplinariedad resuena en el presente volumen: perseguir la especialización de uno en la convicción de que es permeable, y de que coincide parcialmente con otras, y que esto es muy rico para ella.

Sobre todo, entre las disciplinas que pertenecen a la caja de herramientas del historiador, aunque Carr insistía en que la historia era una ciencia, no creo que él apreciase, como estamos empezando a hacerlo hoy, el grado en que los historiadores tienen que ser educados científicamente. Esto no es sólo cuestión de apreciar las analogías entre los procesos históricos y los cambios en el mundo natural, o de aplicar las ciencias particulares al estudio del pasado, como, por ejemplo, ayudando a resolver los problemas de cronología conectados con los pedazos de evidencia material, o aplicando la genética al estudio de las migraciones a la manera sorprendentemente iniciada por Luigi Cavalli-Sforza.[7] Más importante todavía es el reconocimiento de que la historia no se puede quedar durante más tiempo acampada en una de las "dos culturas". Como es obvio, los seres humanos son parte del continuo animal. Estamos enredados en los ecosistemas de los que somos parte, y nada, en mi opinión, en la historia humana tiene sentido completo sin referencia al resto de la naturaleza.[8] Por eso la ecología histórica, o la historia

6. F. Fernández-Armesto, *Continuity and Discontinuity in the Sixteenth-Century New World,* The James Ford Bell Lectures, n.º 39, Minneapolis, 2001, pág. 18.

7. L. Cavalli-Sforza, *History and the Geography of Human Genes,* Princeton, 1994.

8. F. Fernández-Armesto, *Civilizations: Culture, Ambition and the Transformation of*

medioambiental, merece un lugar creciente en el currículum. También es por eso por lo que, a un nivel más frívolo, cuando la gente me pregunta "¿Cuál es tu periodo?", siempre digo "Desde el limo primitivo hasta el futuro", y cuando me preguntan "¿Cuál es tu campo?", digo "Solamente trabajo un planeta". La historia ahora tiene que estar científicamente informada para abarcar el entorno natural. Para estudiar ecología histórica, tengo que reanudar mi propia educación científica a la edad de cuarenta años, habiéndola abandonado, al estilo antes aprobado por las escuelas inglesas, a la edad de catorce años. Considero a los historiadores jóvenes ahora muy privilegiados, porque normalmente, para cuando llegan a la universidad, han hecho al menos un poco de ciencia.

II

Es imposible contestar a la pregunta "¿Qué es la historia ahora?" sin hacer la pregunta "¿Para qué es la historia?". Aunque Carr no contestó a esta pregunta de modo explícito, la contestó implícitamente a lo largo del libro. Su respuesta todavía tiene simpatizantes, que le piden a la historia que explique el presente, y moldee el futuro, sirviendo a una agenda social o política, que en el caso de Carr estaba conectada con su noción de progreso. No quiero detener a los historiadores que estudian con esos objetivos en mente, si ellos así lo desean, siempre que sean sinceros y claros sobre lo que están haciendo, de modo que no se engañe a nadie. Pero esto contradice una de nuestras más queridas contraseñas de historiadores,

---

Nature, Nueva York, 2001, pág. 4 [trad. esp.: *Civilizaciones: la lucha del hombre por controlar la naturaleza,* Madrid, Taurus, 2002, pág. 19 y, en general, todo el "Prefacio", págs. 15-22].

que es que estudiamos el pasado por su propia causa. Y comparto nuestra antigua desgana de sostener el proyecto histórico con cualquier propósito particular, aunque sea una cosa desalentadora decir a la gente que tiene que rellenar solicitudes de fondos para la investigación. Hay, en mi opinión, sólo dos razones para estudiar algo: realzar la vida y prepararse para la muerte. El estudio de la historia realza la vida porque conjura en la mente un contexto vívido para la apreciación y la comprensión de los encuentros con la gente y con los artefactos, con las calles y los textos, con los paisajes y las ruinas. Y te prepara para la muerte cultivando lo que Carr llamó "comprensión imaginativa", que algunos colaboradores de este volumen han llamado "empatía" u otros nombres con los que Carr no habría estado de acuerdo.[9] Ampliando la mente, ejercitando la capacidad de comprender al otro, la historia tiene un efecto moral sobre la persona que la estudia. Te puede hacer una persona mejor. Pero otras disciplinas pueden tener también efectos de este tipo. Nuestra mejor justificación peculiar para la historia es decir que no necesita justificación. Porque lo es todo, es inevitable. Puedes decir de ella lo que Mallory dijo del Everest.

Después del título, lo siguiente que impresionó al lector del libro de Carr en su día fue su doctrina del hecho histórico que parecía —como Alice Kessler-Harris recuerda— subversiva y escurridiza debido a su desafío a las suposiciones convencionales sobre la objetividad histórica. La doctrina de Carr es muy criticada: está viciada por lo erróneo del argumento, porque representa al hecho histórico como un hecho utilizado por los historiadores, y a los historiadores como gente que utiliza hechos históricos. Uno de sus gran-

9. Carr, *¿Qué es la historia?,* págs. 99,150-151.

des ejemplos de un "hecho sobre el pasado" en el curso de la transmutación en un "hecho histórico" ha resultado, bajo el examen profundo de Richard Evans, no haber sido probablemente un hecho en absoluto, sino un recuerdo erróneo de un biógrafo.[10] Sin embargo, Carr tenía razón sobre la naturaleza de los actos en un aspecto por el que él tiene insuficiente crédito. Él se dio cuenta de que había una explicación genuinamente objetiva, verdadera, del pasado allí fuera, esperando ser encontrada, pero lo que él llamó el "proceso" de selección e interpretación necesariamente apartaba al trabajo del historiador de la verdad y comprometía la objetividad con la que se presentó. Esto era seguramente cierto. La verdad está allí fuera. No estamos equipados para llegar a ella.

Pero Carr pasó por alto tres puntos sobre los que ahora podemos llevar más lejos su escepticismo. Primero, podemos decir que los hechos que conocemos objetivamente, y con certeza, son hechos sólo sobre las fuentes. Para una obra titulada ¿Qué es la historia?, su libro parece sorprendentemente inocente sobre las fuentes, mientras que todo en el presente volumen, y todo en la erudición histórica moderna, está saturado en lo que se refiere a las fuentes. Nuestros hechos no son los del pasado en general, sino los de las fuentes en particular: sólo podemos saber lo que las fuentes dicen, no —como es natural— las realidades adicionales que subyacen más allá de ellas, porque las fuentes son la única parte del pasado que es directamente accesible a nuestros sentidos. Podemos conocer las realidades adicionales sólo como contingencias: si tal o cual fuente es fiable, podemos decir, entonces lo que dice es verdad. Por estas razones, el pasado que estudiamos como historiadores no es el pasado

10. Evans, *In Defence of History,* págs. 76-78.

como "realmente fue". Más bien, es lo que parecía estar en él. La creciente bibliografía de la historia de las pasiones, los sentimientos, las sensibilidades, las ansiedades, etcétera, es un reconocimiento mensurable de esto.

Segundo, la objetividad que estamos obligados a buscar, pero que nunca podemos lograr, subyace en la suma total de todas las subjetividades posibles, aquellas subjetividades tan brillantemente expuestas en la colaboración de Miri Rubin a este volumen. Por eso la investigación histórica debería cambiar siempre la perspectiva. Cambiando la perspectiva, compilamos múltiples perspectivas y nos acercamos a la objetividad que subyace en la suma de todas ellas. Sin dejarme intimidar por las sospechas de lo políticamente correcto, siempre les digo a mis alumnos que la historia es una musa vislumbrada bañándose entre las hojas: cuanto más cambias tu punto de vista, más se revela. Esto no tiene nada que ver con el relativismo, que yo descarto por completo. Y mi última razón para avalar y ampliar el escepticismo de Carr es en sí un asunto de hecho científico, difícil, verificable: la deficiencia demostrable de la memoria humana. Me sorprende cuán poco interés tienen los historiadores por la memoria, ya que tantas fuentes en las que nos basamos pasan a través del medio de la memoria antes de llegar a nosotros. Algunos de nosotros somos conscientes de que está construida social o culturalmente. Algunos de nosotros recomendamos a nuestros estudiantes a Halbwachs para que lean sobre la memoria social, o la así llamada memoria colectiva, y reflexionen sobre su máxima de que "el pasado no se conserva sino que se reconstruye sobre la base del presente".[11]

11. M. Halbwachs, "The Social Frameworks of Memory", *On Collective Memory,* Chicago, 1992, págs. 96-124 [ed. original: *La mémoire collective,* París, Presses Universitaires de France, 1950; trad. esp.: La memoria colectiva, Zaragoza, Prensas Uni-

Sin embargo, los problemas de la memoria van mucho más lejos que eso: a las raíces de las memorias individuales, de las que depende la memoria social y de las que se componen la mayor parte de las fuentes históricas. Sabemos muy poco de ella excepto que es normalmente mala. Ha habido una enorme cantidad de trabajos en los años recientes de psicólogos y antropólogos, pero sobre todo de neurofisiólogos, que se combinan para minar aún más nuestra fe en la memoria. En la obra de un psicólogo como Alan Baddeley, se asemeja a un mecanismo de engaño para eludir hechos difíciles, así como a una trampa para capturarlos.[12] Practicamos el olvido conveniente. Recuperamos los recuerdos a través de filtros optimistas. La memoria es el masaje. Entre los antropólogos, en un trabajo bien representado por un informe de Jack Godoy,[13] se reconoce cada vez más que los recuerdos de las culturas no letradas transmitidos oralmente no están fosilizados, palabra por palabra, en los sistemas de recuperación de los bardos, sino que son sustancialmente recreados, reinventados cada vez que se vuelven a contar. La memoria está conectada con el ser deformada. No es una autopista para el viaje en el tiempo: el pasado te lleva a lo que nunca ocurrió realmente como tú lo piensas. El recuerdo es una llamada de sirena. Sorprendentemente, quizás,

---

versitarias de Zaragoza, 2004]. Véase también P. Burke, "History as Social Memory", en T. Butler (ed.), *Memory: history, Culture and the Mind,* Oxford, 1989, págs. 97-113 [recogido también en P. Burke, *Formas de historia cultural,* cap. 3 ["La historia como memoria colectiva", págs. 65-86].

12. A. Baddeley, *The Psychology of Memory,* Londres, 1992, Nueva York, Harper and Row, ¹1976 [trad. esp.: *Psicología de la memoria,* Madrid, Debate, 1983]. Véase también D. Rubin (ed.), *Autobiographical Memory,* Cambridge, 1986; J. Prager, *Presenting the Past: Psychoanalysis and the Sociology of Misremembering,* Cambridge, MA, 1998.

13. J. Goody, "Memory in Oral Tradition", en *The Power of the Written Tradition,* Washington, DC, 2000, págs. 26-46.

esto es lo que uno esperaría de los resultados del trabajo experimental de los años recientes de los científicos cognitivos que trabajan con sujetos letrados. Los recuerdos son "grabados" o registrados en un entorno de actividad nerviosa febril en cuyas sinapsis se generan fuego y proteínas: a juicio de la primera autoridad, Daniel Schachter, es prácticamente imposible suponer que los recuerdos se graban inalterados:

> Los recuerdos nunca son réplicas exactas de la realidad externa. Estudios psicofísicos y grabaciones eléctricas del cerebro han mostrado que la información sensorial entrante no se recibe pasivamente (...). En este sentido, todos los recuerdos son "creados" más que simplemente "recibidos". Ningún recuerdo o imagen mental reproduce exactamente la constelación de impulsos nerviosos asociados con la sensación inicial. La experiencia pasada, codificada en la longitud de las conexiones sinápticas a través de las redes nerviosas activadas, modifica la información entrante.[14]

Para los historiadores, esto equivale al principio de la incertidumbre para los físicos. El entorno en que los recuerdos son rescatados introduce más niveles de incertidumbre, mientras que a menudo se engaña al mismo tiempo al que memoriza con "una convicción de precisión que los datos empíricos no apoyan".[15] Así pues, la memoria está siempre distante de la realidad, aunque, por razones que aún no sabemos, funciona mejor en unos casos que en otros. A no ser que y hasta que comprendamos cómo surgen las diferencias entre la buena y la mala memoria, la precaución y el escepticismo son nuestro mejor recurso.

14. D. L. Schachter (ed.), *Memory Distortion: How Minds, Brains and Societies Reconstruct the Past,* Cambridge, MA, 1995, pág. x.

15. Prager, *Presenting the Past,* pág. 185; Schachter, *Memory Distortion,* págs. 17-18.

Aparte de los pasajes sobre el hecho, la doctrina de la causalidad de Carr es la parte más chocante de su libro. Hoy soy un visitante regular de la Escuela de Economía de Londres, pero sólo la visité por primera vez hace unos pocos meses. Me asombré de encontrar blasonada en la pared, dentro de la entrada principal, en letras de oro, una cita de otro texto que, como el de E. H. Carr, conocía demasiado bien en mi juventud: *La Eneida* de Virgilio. La inscripción de la pared dice *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*. Recuerdo leer la misma línea cuando tenía, supongo, unos dieciséis años y pensar para mí que éste era un chiste muy bueno de Virgilio. Pues el mundo de Virgilio se asemeja al cosmos de la teoría del caos, donde las causas son imposibles de encontrar y los efectos imposibles de rastrear. Los destinos giran hacia fuera del escenario, dirigiendo a la historia hacia un objetivo predeterminado. Mientras tanto, sin embargo, las intervenciones fortuitas de gente furtiva y de dioses caprichosos siguen trenzando y rompiendo el hilo. Lo que hace de la *Eneida* una buena historia es que es imposible saber lo que va a pasar a continuación. No puedes saber las causas de las cosas; por lo tanto, no puedes predecir sus consecuencias. Sin embargo, esta ironía de Virgilio se ha transformado en las paredes de la Escuela de Economía de Londres en un solemne pronunciamiento que se toma con demasiada literalidad. Y es el mismo tipo de pronunciamiento que resuena en la obra de Carr, en la que la historia es una maldita causa tras otra y en la que estas vastas cadenas de la causalidad unen a la narrativa entera. La historia se extiende conexamente como la espina dorsal de un brontosaurio.

De manera implícita, la historiografía reciente parece reconocer la improcedencia de este modo de retratar el pasado. La mayoría de las cadenas de causas de larga duración

heredadas de la historiografía de generaciones previas resultan, en un examen detallado, estar compuestas de frágiles eslabones. Los historiadores ahora están reduciendo vastos esquemas a fragmentos. Para comprender la caída de Roma, nadie siente ahora la necesidad de volver a Augusto o incluso a los Antoninos. La Reforma ocurrió por el modo en que eran las cosas en el siglo XVI, no por el modo en que habían sido en la Edad Media. La mayoría de los especialistas consideran ahora que la Guerra Civil inglesa se comprende mejor en el contexto de la generación, o poco más o menos, que precedió a su estallido. Los orígenes de las Revoluciones americana y francesa y la I Guerra Mundial han sido recortadas por cuchillas similares. Estos ejemplos se podrían multiplicar. La nariz de Cleopatra se parece a las alas de una mariposa. La mayor parte del resto de los temas principales de Carr —los intentos de condenar al ostracismo al individuo, proscribir lo único, declarar fuera de la ley lo moralizador, apropiarse de la ciencia y materializar el progreso— parecen pasados de moda ahora; pero fueron tal vez ya acciones de retaguardia en su día y se pueden dejar a un lado como asuntos que probablemente no admitan controversia hoy. Será más provechoso dedicar las últimas líneas de que dispongo a los cambios no anticipados por Carr que hacen que la historia ahora sea distinta de la disciplina que él describió.

III

Parte del reciente crecimiento explosivo de la historia, que yo empecé por celebrar, ha sido en el gusto y la demanda popular, a los cuales los historiadores profesionales han contribuido poco y apenas han respondido en absoluto. La investigación genealógica privada es claramente muy impor-

tante. La reunión en la que el presente volumen tomó forma se impresionó tremendamente al oír decir a Elizabeth Hallam-Smith que el 70 por ciento de los investigadores de la Oficina Pública del Registro estaban ocupados en esto. Sin embargo, por lo que yo sé, ninguna institución académica se ha tomado mucho interés por el fenómeno. Globalmente, más o menos hemos abrogado la participación institucional en esta área de la historiografía popular a la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, cuyo culto al bautismo de los muertos ha suscitado en sus miembros proezas de trabajo heroicas para rastrear sus ancestros. No podemos despachar este asunto como si no tuviese interés, ni a los genealogistas aficionados como si fuesen meros anticuarios. El gusto por lo antiguo es el cimiento del conocimiento histórico y la investigación genealógica puede cocer los ladrillos con que construir los edificios históricos.

Junto a la llamada "historia de la familia", el sector conocido como "patrimonio" es ahora el principal punto de contacto con la historia de mucha gente, gracias a la atenuación de la historia en el currículum escolar. Parte de éste está en manos de los conservadores y *fonctionnaires* [funcionarios] eruditos de los museos. La mayor parte, sin embargo, está a merced de la economía de los parques temáticos, funestos y con bajo nivel intelectual. Los historiadores contribuyen con relativamente poco asesoramiento. Como fuente de la información histórica concebida como espectáculo, incluso el alcance del "patrimonio" es insignificante comparado con el de la televisión. En tiempos de Carr, era fácil para los historiadores profesionales controlar la presentación y la producción de la historia en la televisión, pues el carismático conferenciante escribía o improvisaba su propio guión y determinaba la elección de imágenes, si es que había alguna.

A. J. P. Taylor dio conferencias para la televisión y para las aulas sin modificar el estilo. Kenneth Clark tenía literalmente la última palabra. El director de Jacob Bronowski rara vez sabía, hasta que las cámaras estaban rodando, lo que iba a decir el presentador.[16]

Esos días son pasado irrecuperable. Sé que hay algunos programas buenos de telehistoria, a pesar de las circunstancias que voy a describir. David Starkey, Simon Schama y otros presentadores de inmenso poder y talento pueden ser mejores al manipular a los profesionales de la televisión que la mayoría de nosotros. En *Ad Familiares*, Paul Cartledge ha dado una nota optimista en el equivalente reciente sobre sus excelentes contribuciones a la televisión. Durante la reunión en que este volumen tomó forma, él y Richard Evans expresaron una amplia satisfacción con el tratamiento actual de la historia en la televisión. Yo pienso que el optimismo está fuera de lugar. Recomiendo el pesimismo a todo el mundo. Es el único modo de asegurarse uno mismo contra la decepción. Pero aún más importante, quiero dejar un mensaje fuertemente pesimista sobre esto para ayudar a asegurar que no ocurre lo peor. La función del pesimismo es armar a la resistencia contra el desastre.

La mayor parte de la historia en la televisión todavía tiene presentadores profesionales o voces superpuestas leyendo guiones no influidos por historiadores. Los académicos hacen papeles secundarios, marcados como aburridos por el convenio que los ha sentado en los estudios, mirando fuera de pantalla, como si no se pudiese confiar en ellos o no se pudiesen dirigir a las cámaras. Sus colaboraciones se editan para adecuarse a una versión del pasado escrita por el equipo de

16. Rita Bronowski, comunicación personal.

producción, con sus propias agendas forzadas por los índices de audiencia. Aunque es una forma de arte relativamente joven, la televisión ya tiene sus propias convenciones y clichés, sus cansados, fosilizados modos de empaquetar las imágenes y de reprimir las ideas. Mis propias experiencias al trabajar en la telehistoria me hacen prudente y cauteloso. Aunque pido cláusulas en mis contratos, que me den control nominal sobre mi propio material y especifiquen que nada de lo que yo escriba se pueda cambiar sin mi permiso, el control editorial queda necesariamente en manos de los productores. Los directores conducen las narrativas porque ellos seleccionan las imágenes; los editores con autoridad para seleccionar y contratar a escritores la empujan a la baja en el nivel intelectual, porque la mayoría de ellos parece despreciar intelectualmente a sus audiencias. La presión absoluta de trabajar con un equipo creativo —que es uno de los gozos de hacer programas de televisión— impone concesiones, algunas de las cuales se hacen por razones que en nada contribuyen a la integridad o validez del programa. Uno tiene que adherirse al dictamen de los colegas, como en cualquier aventura de colaboración, y eso a veces significa adherirse a juicios que no están restringidos por la disciplina de las fuentes.

Yo descubrí cuando estaba trabajando en la serie de televisión *Millennium*, que estaba basada en uno de mis libros y para la que escribí o coescribí la mayor parte de los guiones, que la televisión se preocupa apasionadamente por la logística de hacer programas y casi nada en absoluto por el contenido. Lo que en realidad importa es llevar al equipo de cámaras al lugar correcto en el tiempo preciso, con las condiciones atmosféricas adecuadas y, en ciertas localizaciones exóticas, untando las manos políticas apropiadas, cuando no hay crisis monetaria o golpe político o hambre. Y, en com-

paración con estas importantes consideraciones, nada más importa mucho. Con un guión deficiente, todavía tienes un programa. Con una logística chapucera, no tienes nada.

Una bendición problemática es que los equipos de televisión están llenos de gente maravillosamente creativa: cuarenta cerebros creativos, en el caso de la serie *Millennium*, todos amenazando con anularse los unos a los otros. Uno de mis trabajos en la serie era preparar listas de imágenes que los equipos de cámaras tenían que filmar en distintas localizaciones. Casi siempre volvían con un surtido de imágenes completamente distinto, a causa de las intervenciones de los problemas logísticos o de entusiasmos adventicios. En una ocasión un equipo volvió sin haber filmado nada de su lista, y sin imágenes del periodo que se suponía que contaba el programa. Yo dije, "¿Por qué habéis hecho esto?". "Por desgracia", contestó el director, "todas esas mezquitas de su lista estaban en ruinas con un aspecto lamentable." Yo señalé que, con nuestro enorme equipo de personas de videografía y nuestro presupuesto, podríamos haber reconstruido las glorias originales de las mezquitas en la pantalla, y habría sido maravilloso para la audiencia. Y él dijo, "Ah sí, lo sé, pero no quería darles esa satisfacción a los tíos de videografía."

Sobre la base de experiencias como éstas, no creo que en la actualidad tengamos la relación adecuada con el enormemente poderoso e influyente medio de la televisión. Esto es sintomático de una crisis más general, que separa a la profesión histórica del público. Sin embargo, ¿por qué debo quejarme? Si, como insistí arriba, la historia es algo que todo el mundo puede hacer, entonces los directores de televisión pueden hacerla y sus audiencias pueden hacerla; los que bautizan a los muertos y los guardianes del patrimonio nombrados por sí mismos pueden hacerla. Los historiadores son

innecesarios. Mi respuesta a eso es que, aunque cualquiera pueda hacerla, las personas privilegiadas por su profesión para hacerla a todas horas y que se les paga por ello —las personas con acceso privilegiado a las fuentes— tienen una cierta obligación de asesoramiento, incluso de liderazgo. En la actualidad, creo que, al menos, nos enfrentamos a una oportunidad perdida y quizás, en el peor de los casos, a una responsabilidad fallida.

Apéndice a la edición española:

Selección bibliográfica de obras en español sobre historiografía

Rafael G. Peinado Santaella

Como este libro está destinado fundamentalmente a los estudiantes que cursan la licenciatura de Historia en las universidades españolas e hispanoamericanas, los editores hemos creído oportuno añadir la siguiente relación de obras sobre historiografía escritas en español o traducidas a él. La misma, sin embargo, en modo alguno pretende ser exhaustiva. Salvo casos muy concretos, que se justifican por su temática o la personalidad de sus autores, he prescindido de los artículos de revista y de las comunicaciones a reuniones científicas, si bien estas ultimas sí se recogen con sus títulos generales. Tampoco he seleccionado las obras que abordan estados de la cuestión sobre periodos históricos específicos. En cambio, sí vuelvo a incluir aquí los títulos de las obras

traducidas al español ya citadas entre corchetes en las notas de los capítulos de este libro; pero sólo aquellas que hablan en general de historiografía y no las que pueden servir de ejemplos de determinadas prácticas o inquietudes historiográficas actuales.

En todo caso, el lector podrá obtener información de todo ello, así como de otra bibliografía no escrita en español, en las muy completas orientaciones bibliográficas que ha elaborado Enrique Moradiellos en dos obras recientes (*Las caras de Clío. Una introducción a la historia* y *El oficio de historiador*). Por lo demás, ahora puede disponer también de dos interesantes instrumentos informativos y de debate sobre la historiografía reciente en las Web de *Historia a debate* (www.h-debate.com) y de la revista anual *Cromohs (Cyber Review of Modern Historiography)*, fruto del proyecto elaborado, en 1995, por las universidades de Trieste y Florencia (www.cromohs.unifi.it/ita).

Abós, Ángel Luis, *La historia que nos enseñaron (1937-1975)*, Madrid, Foca, 2004.

Aguirre Rojas, Carlos Antonio, "Convergencias y divergencias entre los *Annales* de 1929 a 1968 y el marxismo. Ensayo de balance global", *Historia Social*, 16 (1993).

—, *Braudel y las ciencias humanas*, Barcelona, Montesinos, 1996.

—, *Braudel a debate: ensayos sobre su itinerario intelectual*, México, JGH, 1997.

—, *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, Barcelona, Montesinos, 1999

—, *Antimanual del mal historiador: o cómo hacer hoy una buena historia crítica*, México, La Vasija, 2002.

—, *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2005?*, Barcelona, Montesinos, 2004.

Alberola, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicate,

Insttutode Estudios Juan Gil Albert y Caja de Ahorros Provincial, 1987.
Altamira y Crevea, Rafael, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización,* Madrid, Ediciones de la Lectura, s. d.
—, *Proceso histórico de la historiografía humana,* México, El Colegio de México, 1948.
—, *La enseñanza de la historia,* Madrid, Akal, 1997.
Alted Vigil, Alicia (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria,* Madrid, UNED, 1995.
Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico,* Madrid, Siglo XXI, 1986.
—, *Los fines de la historia,* Barcelona, Anagrama, 1996.
—, *Campos de batalla,* Barcelona, Anagrama, 1998.
Andrés-Gallego, José (dir.), *New history, nouvelle histoire: Hacia una nueva historia,* Madrid, Actas-Universidad Complutense, 1993.
— (coord.), *Historia de la historiografía española,* Madrid, Encuentros, 1999.
Ariès, Philippe, *El tiempo de la Historia,* Barcelona, Paidós, 1986.
Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: teoría y método,* Barcelona, Crítica, 1995.
Azcona, José Manuel (ed.), *Debates por una historia viva,* Bilbao, Universidad de Deusto, 1990.
Barraclough, Geoffrey, "Historia", en Maurice Freedman, Sigfried de Laet y Geoffrey Barraclough, *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales. 2. Antropología. Arqueología. Historia,* Madrid, Tecnos-Unesco, 1981.
Barros, Carlos (ed.), *Historia a debate,* Actas del Congreso Internacional "Historia a Debate", celebrado el 7-11 de julio de 1993 en Santiago de Compostela, 3 vols., Santiago de Compostela, Historia a Debate, 1995 [vol. I: *Pasado y futuro;* vol. II: *Retorno del sujeto;* vol. III: *Otros enfoques*].
—, *Historiografía fin de siglo,* Santiago de Compostela, Tórculo, 1996.
—, (ed.), *Historia a debate,* Actas del II Congreso Internacional "Historia a Debate", celebrado el 14-18 de julio de 1999 en Santiago de Compostela, 3 vols., Santiago de Compostela, Historia a Debate, 2000 [vol. I: *Nuevos paradigmas;* vol. II: *Cambio de siglo;* vol. III: *Problemas de historiografía*].

Benavides Lucas, Manuel, *Filosofía de la Historia,* Madrid, Síntesis, 1994.
Benítez Martín, Pedro, *E. P. Thompson y la historia. Un compromiso ético y político,* Madrid, Talasa, 1996.
Bermejo Barrera, José Carlos, *Entre Historia y Filosofía,* Madrid, Akal, 1994.
Berque, Jacques *et alii., La historia hoy*, Barcelona, Avance, 1974.
Berr, Henri, *La síntesis en la historia,* México, Uteha, 1961.
Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1952.
—, *Apología para la historia o el oficio de historiador (Edición crítica preparada por Etienne Bloch),* México, FCE, 1998.
—, *Historia e historiadores,* Madrid, Akal, 1999.
Bourdé, Guy y Martin, Hervé, *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1992.
Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.
—, *Escritos sobre historia,* México, FCE, 1991.
—, *Las ambiciones de la historia,* Barcelona, Crítica, 2002.
Bravo, Gian Mario, *El marxismo en España,* Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas,1984.
Bravo, Gonzalo, "Limitaciones y condicionamientos de la reflexión historiográfica española", *Hispania,* 198 (1998).
Burguière, André, (dir.), *Diccionario de las ciencias históricas*, Madrid, Akal, 1991.
Burke, Peter (ed.), *Sociología e historia,* Madrid, Alianza Editorial, 1987.
—, *Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza Editorial, 1993.
—, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1989,* Barcelona, Gedisa, 1994.
—, *Historia y teoría social,* México, Instituto Mora, 1997.
—, *Formas de historia cultural,* Madrid, Alianza Editorial, 2000.
Bury, John, *La idea de progreso,* Madrid, Alianza Editorial, 1971.
Bustelo, Pablo, *Historia económica: una ciencia en construcción,* Madrid, Síntesis, 1998.
Cabrera, Miguel Ángel, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad,* Madrid, Cátedra-Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2001.
Cabrera, Miguel Ángel y Mac Mahon, Marie, *La situación de la Historia. Ensayos de historiografía,* La Laguna, Universidad de La Laguna, 2002.
Carbonell, Charles-Olivier, *La historiografía,* México, FCE, 1986.
Cardoso, Ciro Flamarion Santana, *Introducción al trabajo de la investi-*

gación histórica. Conocimiento, método e historia, Barcelona, Crítica, 1981.
Cardoso, Ciro Flamarion Santana y Pérez Brignoli, Héctor, *Los métodos de la historia,* Barcelona, Crítica, 1976.
Carr, Edward Hallet, *¿Qué es la historia?,* Barcelona, Ariel, 2003 (nueva edición completa).
Carreras Ares, Juan José, *Razón de historia, Estudios de historiografía,* Madrid, Marcial Pons, 2000.
Carreras Ares, Juan José *et alii, Once ensayos sobre la historia,* Madrid, Fundación Juan March, 1976.
Carreras Ares, Juan José y Forcadell Álvarez, Carlos (eds.), *Usos públicos de la Historia,* Madrid, Marcial Pons, 2003.
Casanova Ruiz, Julián, *La historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa?,* Barcelona, Crítica, 1991.
Castillo, Santiago (coord.), *La Historia Social en España. Actualidades y perspectivas,* Madrid, Siglo XXI, 1991.
Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Estudios sobre historia cultural,* Barcelona, Gedisa, 1992.
Chartier, Roger, Le Goff, Jacques y Revel, Jacques (dirs.), *La nueva historia,* Bilbao, Mensajero, 1988.
Chaunu, Pierre, *Historia cuantitativa, historia serial,* México, FCE, 1987.
Chesneaux, Jean, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores,* México, Siglo XXI, 1976.
Cipolla, Carlo Maria, *Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica,* Barcelona, Crítica, 1991.
Cirujano Marín, Paloma, Elorriaga Planes, Teresa y Pérez Garzón, Juan Sisinio, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868,* Madrid, CSIC, 1985.
Clara, Josep *et alii, Epistolari de Jaume Vicen Vives,* 2 vols., Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1994-1998.
Collingwood, Robin George, *Idea de la historia.* México, FCE, 1974.
Corcuera de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX,* México, FCE, 1997.
Croce, Benedetto, *Teoría e historia de la historiografía,* Buenos Aires, Escuela, 1955.
Cruz, Miguel, *El historicismo. Ciencia social y filosofía,* Barcelona, Montesinos, 1981.

—, *Filosofía de la Historia,* Barcelona, Paidós, 1991.
Cuesta Fernández, Raimundo, *Clío en las aulas. La enseñanza de la Historia en España entre reformas, ilusiones y rutinas,* Madrid, Akal, 1998.
Derrida, Jacques, *La escritura y la diferencia,* Barcelona, Antrhopos, 1989.
—, *El tiempo de una tesis: desconstrucción e implicaciones conceptuales,* Barcelona, Proyecto A, 1997.
Dhoquois, Guy, *En favor de la historia,* Barcelona, Anagrama, 1977.
Dietrich, Richard (ed.), *Teoría e investigación históricas en la actualidad,* Madrid, Gredos, 1966.
Dilthey, Wilhem, *Introducción a las ciencias del espíritu: Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia,* Madrid, Revista de Occidente, 1966.
Dosse, François, *La historia en migajas. De "Annales" a la "Nueva Historia",* Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1988.
Droysen, Johan Gustav, *Historica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la Historia,* Barcelona, Alfa, 1983 (original de 1857).
Duby, Georges, *Historia social e ideologías de las sociedades, y otros ensayos sobre historia,* Barcelona, Anagrama, 1976.
—, *Diálogos sobre la historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
—, *La historia continúa,* Madrid, Debate, 1992.
Dumoulin, Olivier, *Marc Bloch, o el compromiso del historiador,* Granada, Editorial Universidad de Granada-Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2003.
Elliot, Gregory, *Perry Anderson. El laboratorio implacable de la historia,* Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València-Editorial Universidad de Granada, 2004.
Faci, Javier *et alii, Tendencias en la historia*, Madrid, SNEP-CSIC, 1988.
Febvre, Lucien, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1974.
Ferrater Mora, José, *Cuatro visiones de la Historia Universal,* Madrid, Alianza Editorial, 1982.
Ferro, Marc, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero,* México, FCE, 1990.
Fink, Carole, *Marc Bloc. Una vida para la historia,* Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València-Editorial Universidad de Granada, 2004.
Finley, Moses I., *Uso y abuso de la historia,* Barcelona, Crítica, 1976.

Fogel, Robert William y Elton, Geoffrey Rudolph, *¿Cuál de los caminos al pasado? Dos visiones de la historia,* México, FCE, 1989.
Fontana, Josep, *La historia,* Barcelona, Salvat, 1974.
—, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Crítica,1982.
—, *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica,* Barcelona, Crítica,1992.
—(ed.), *Enseñar historia con una guerra civil por medio,* Barcelona, Crítica, 1999.
—, *Introducción al estudio de la historia,* Barcelona, Crítica,1999.
—, *La historia de los hombres,* Barcelona, Crítica, 2001.
—, *La historia de los hombres: el siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2002.
Forcadell Álvarez, Carlos (ed.), *Nacionalismo e historia,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001.
Forcadell Álvarez, Carlos y Peiró Martín, Ignacio (coords.), *Lecturas de la Historia: nueve reflexiones sobre historia de la historiografía,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001.
Foucault, Michel, *La arqueología del saber,* México, Siglo XXI, 1984.
—, *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas,* Madrid, Siglo XXI, ²1999.
Fueter, Eduard, *Historia de la historiografía moderna,* 2 vols., Buenos Aires, Editorial Nova, 1953.
Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre,* Barcelona, Planeta, 1992.
Gaddis, John Lewis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado,* Barcelona, Anagrama, 2004.
Galasso, Giuseppe, *Nada más que Historia. Teoría y metodología,* Barcelona, Ariel, 2001.
García de Cortázar, Fernando *et alii, Debates por una historia viva*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1990.
García Pallares-Burke, María Lucía, *La nueva historia*. Nueve entrevistas, Valencia, Publicaciones de la Universita de Vlència. Editorial Universidad de Granada, 2005.
Gómez Urdáñez, José Luis y Lorenzo, Pedro Luis, *En el seno de la historia,* Lleida, Milenio, 2001.
González de Molina, Manuel, *Historia y medio ambiente,* Madrid, Eudema, 1993.
Gooch, George Peabody, *Historia e historiadores en el siglo XIX,* México, 1977.

Gordon Childe, Vere, *Teoría de la historia,* Buenos Aires, La Pleyade, 1971.
—, *Qué sucedió en la historia,* Buenos Aires, La Pleyade, 1972.
Granja, José Luis *et alii, Tuñón de Lara y la historiografía española,* Madrid, Siglo XXI, 1999.
Granja, José Luis de la y Reig Tapia, Alberto (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993.
Guha, Ranait, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos,* Barcelona, Crítica, 2002.
—, *La historia en el término de la historia universal,* Barcelona, Crítica, 2003.
Heller, Agnes, *Teoría de la historia,* Barcelona, Fontamara, 1982.
Hernández Sandoica, Elena, *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método,* Madrid, Síntesis, 1995.
—, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy,* Madrid, Akal, 2004.
Hobsbawm, Eric (dir.), *Historia del marxismo,* 8 vols., Barcelona, Bruguera, 1979-1983.
—, *Sobre la historia,* Barcelona, Crítica, 1998.
Hofstadter, Richard, *Los historiadores progresistas,* Buenos Aires, Paidós, 1970.
Iggers, Georg Gerson, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales,* Barcelona, Idea Universitaria, 1998.
Johnson, Richard *et alii, Hacia una historia socialista,* Barcelona, Serbal, 1985.
Jover Zamora, José María, *Historiadores españoles de nuestro siglo,* Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.
Juliá, Santos, *Historia Social, Sociología Histórica,* Madrid, Siglo XXI, 1989.
Kaye, Harvey J., *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989.
Kocka, Jürgen, *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas,* Barcelona, Alfa, 1989.
Kula, Witold, *Problemas y métodos de historia económica,* Barcelona, Península, 1977.
Landes, David *et alii, Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa,* Madrid, Alianza Editorial, 1974.
Langlois, Charles-Victor y Seignobos, Charles, *Introducción a los estudios históricos,* Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2004.

Le Roy Ladurie, Enmanuel, *Entre los historiadores,* México, FCE, 1989.
Le Goff, Jacques, "El historiador y el hombre cotidiano", en Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval,* Barcelona, Gedisa, 1985.
—, "¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?", en Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval,* Barcelona, Gedisa, 1985.
—, *Entrevista sobre la historia (a cargo de Francesco Maello),* Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1988.
—, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario,* Barcelona, Paidós, 1991.
—, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso,* Barcelona, Paidós, 1991.
Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (dirs.), *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1974.
Lefebvre, Georges, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Martínez Roca, 1974.
Lledó, Emilio, *Lenguaje e historia,* Barcelona, Ariel, 1978.
Lozano, Jorge, *El discurso histórico,* Madrid, Alianza Editorial, 1987.
Lucas, Ana, *Tiempo y memoria (Una reflexión sobre la Filosofía de la Historia de Walter Benjamin),* Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1995.
Lyotard, Jean-Françoise, *El entusiamo: Crítica kantiana de la historia,* Barcelona, Gedisa, 1987.
—, *La posmodernidad (explicada a los niños),* Barcelona, Gedisa, 1987.
—, *La condición postmoderna: informe sobre el saber,* Madrid, Cátedra, 2000.
Maravall, José Antonio, *Teoría del saber histórico,* Madrid, Revista de Occidente, 1958.
—, "Mentalidad burguesa e idea de la historia en el siglo XVIII", *Revista de Occidente,* 107 (1972); ahora en *Estudios de la historia del pensamiento español: (siglo XVIII),* Madrid, Mondadori, 1991.
Marczewski, Jean y Vilar, Pierre, *¿Qué es la historia cuantitativa?,* Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1973.
Marrou, Henri-Irenée, *El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea Universitaria, 1999.
Mastrogregori, Massimo, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch Apología para la historia o el oficio de historiador,* México, FCE, 1998.

Meinecke, Friedrich, *El historicismo y su génesis*, México, FCE, 1983.
Mitre, Emilio, *Historia y pensamiento histórico*, Madrid, Cátedra, 1997.
Montanari, Massimo *et alii*, *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca,1991.
Moradiellos, Enrique, *Las caras de Clío. Introducción a la historia y a la historiografía*, Oviedo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1992.
—, *El oficio de historiador*, Madrid, Siglo XXI, 1994 (4.ª edición: 2003).
—, *Sine Ira et Studio. Ejercicios de crítica historica*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2000.
—, *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*, Madrid, Siglo XXI, 2001.
—, *La persistencia del pasado: Escritos sobre la historia*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2004.
Morazé, Charles, *La lógica de la historia*, Madrid, Siglo XXI, 1970.
Moreno Alonso, Manuel, *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1979.
Moreno Fraginals, Manuel, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Crítica, 1999.
Muñoz i Lloret, Josep Maria, *Jaume Vicens i Vives (1910-1960). Una biografia intelectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997.
Noiriel, Gérard, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra-Servei de Publicacions de la Universitat de València 1997.
Olabarri Gortázar, Ignacio, "El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)", *Hispania*, 175 (1990).
—, "La historiografía española del siglo XX. Escuelas, aportaciones, situación actual", *Atlántida*, 4 (1990).
Ortega y Gasset, J., *Historia como sistema*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.
Pagano, Nora y Buchbinder, Pablo (comps.), *La historiografía francesa contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1993.
Pagès, Pelai, *Introducción a la historia: epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*, Barcelona, Barcanova, 1983.
Palmer, Bryan D., *E. P. Thompson. Objecciones y oposiciones*, Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València-Editorial Universidad de Granada, 2004.

Parain, Charles *et alii, Hacia una nueva historia,* Madrid, Akal, 1976.
Pasamar Alzuria, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991.
—, "Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica, 1880-1980", *Hispania,* 195 (1997).
—, "La influencia de *'Annales'* en la historiografía española durante el franquismo: un esbozo de explicación", *Historia Social,* 48 (2004).
Pasamar Alzuria, Gonzalo y Peiró Martín, Ignacio, *Historiografía y práctica social en España,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1987.
Patocka, J., *Ensayos heréticos sobre la filosofía de la historia, seguido de Glosas,* Barcelona, Península, 1988.
Peiró Martín, Ignacio, *Los Guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración,* Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1995.
—, "La historia de la historiografía en España: una literatura sin objeto", *Ayer,* 26 (1997).
—, "La historiografía académica en la España del siglo XIX", *Memoria y civilización,* 1 (1998).
Peiró Martín, Ignacio y Pasamar Alzuria, Gonzalo, *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea),* Madrid, ANABAD, 1996.
— *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980),* Madrid, Akal, 2002.
Pelletier, Antoine y Globot, Jean-Jacques, *Materialismo histórico e historia de las civilizaciones,* México, Grijalbo, 1975.
Pérez Garzón, Juan Sisinio, Manzano Moreno, Eduardo, López Facal, Ramón y Rivière Gómez, Aurora, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder,* Barcelona, Crítica, 2000.
Popper, Karl, *La miseria del historicismo.* Madrid, Alianza Editorial, 1981.
Prost, Antoine, *Doce lecciones sobre la historia,* Madrid, Cátedra-Servei de Publicacions de la Universitat de València 2001.
Rama, Carlos María, *La historiografía como conciencia histórica,* Barcelona, 1981.
Raphael, Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica, 1984.
Reglà, Juan, *Introducción a la historia,* Barcelona, Teide, 1970.

Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido,* Madrid, Trotta, 2003.
Rodríguez Oliva, Pedro *et alii, La enseñanza de la historia: estado de la cuestión,* Málaga, Ágora, 1992.
Rodríguez Frutos, Julio (ed.), *Enseñar la Historia. Nuevas propuestas,* Barcelona, Laia, 1989..
Romeo, María Cruz y Saz, Ismael (eds.), *El siglo xx. Historiografía e historia,* Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2002.
Rorty, Richard, *El giro lingüístico: dificultades metafilosóficas de la filosofía lingüística,* Barcelona, Paidós, 1998.
—, *Consecuencias del pragmatismo,* Madrid, Tecnos, 1996.
Rosenstone, Robert, *El pasado en imágenes: el desafío del cine a nuestra idea de la historia,* Barcelona, Ariel, 1997.
Rueda, Germán (ed.), *Doce estudios de historiografía contemporánea,* Madrid, Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, 1991.
Ruiz Torres, Pedro (ed.), *Discursos sobra la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937),* Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2000.
Ruiz-Domènec, José Enrique, *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo xxi,* Barcelona, Península, 2000.
Saitta, Armando, *Guía crítica de la historia y la historiografía,* México, FCE, 1989, 5 vols.
Sales, Véronique (coord.), *Los grandes historiadores de los siglos xix y xx,* Granada, Editorial Universidad de Granada-Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2005 (en prensa).
Sánchez Marcos, F., *Invitación a la Historia. La historiografía, de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos,* Barcelona, Labor, 1993.
Sánchez Alonso, B., *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto,* 3 vols., Madrid, CSIC, 1950.
Sánchez Nistal, José María *et alii, Problemas actuales de la historia,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1993.
Sánchez Prieto, Saturnino, *¿Y qué es la historia? Reflexiones epistemológicas para profesores de Secundaria,* Madrid, Siglo xxi, 1995.
Sarasa, Esteban y Serrano, Eliseo (coords.), *La Historia en el horizonte del año 2000,* Zaragoza, Institución Jerónimo Zurita, 1995.
Schaff, Adam, *Historia y verdad,* Barcelona, Crítica, 1976.

Serna, Justo y Pons, Anaclet, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg,* Madrid, Cátedra-Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2000.
Stone, Lawrence, *El pasado y el presente,* México, FCE, 1987.
Stromberg, Ronald N., *Historia intelectual europea desde 1789,* Madrid, Debate, 1990.
Temin, Peter (ed.), *La Nueva Historia Económica,* Madrid, Alianza Editorial, 1984.
Thompson, Edward Palmer, *La miseria de la teoría,* Barcelona, Crítica, 1981.
Thompson, Paul, *La voz del pasado. Historia oral,* Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1988.
Topolski, Jerzy, *Metodología de la historia,* Madrid, Cátedra, 1985.
Tuñón de Lara, Manuel, *Claves de la historia social,* Barcelona, Salvat, 1980.
—, (dir.), *Historiografía española contemporánea,* Madrid, Siglo XXI, 1980.
—, *Por qué la historia,* Barcelona, Salvat, 1981.
—, *Metodología de la historia social de España,* Madrid, Siglo XXI, 1984.
Valdeón Baruque, Julio, *En defensa de la historia,* Valladolid, Ámbito, 1988.
Vázquez de Prada, Valentín, Olibarri Gortázar, Ignacio y Floristán Imicoz, Alfredo (eds.), *La historiografía en Occidente desde 1945: Actitudes, tendencias y problemas metodológicos,* Pamplona, Eunsa, 1985.
Vázquez García, F., *Estudios de teoría y metodología del saber histórico,* Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz,1989.
Veyne, Paul, *Cómo se escribe la historia,* Madrid, Alianza Editorial, 1984.
Vilar, Pierre, *Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser,* Barcelona, Anagrama, 1974.
—, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico,* Barcelona, Crítica, 1980.
—, *Pensar históricamente,* Barcelona, Crítica, 1997.
—, *Memoria, historia e historiadores,* Granada, Editorial Universidad de Granada-Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2003.
Vilar, Pierre y Fraenkel, Boris, *Althusser, método histórico e historicismo,* Barcelona, Anagrama, 1972.
Vovelle, Michel, *Ideologías y mentalidades,* Barcelona, Ariel, 1985.
White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX,* México, FCE, 1992.
—, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica,* Barcelona, Paidós, 1993.

—, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos,* Barcelona, Paidós, 2003.
Wulff, F., *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX),* Barcelona, 2003.

NOTAS SOBRE LOS COLABORADORES

David Cannadine es director del Instituto de Investigación Histórica de la Universidad de Londres. Ha regresado a Inglaterra después de desempeñar su labor docente en una cátedra de Historia de la Universidad de Columbia. Entre sus muchos libros se incluyen *The Pleasures of the Past, History in our Time, The Rise and Fall of Class in Britain* y *Ornamentalism: How the British Saw their Empire*. Dirige las revistas *Historical Research* y *Reviews in History*.

Richard J. Evans es catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge, y miembro de la Junta de Gobierno del Gonville and Caius College. Es autor de diez libros incluyendo *In Defence of History* y, más recientemente, un polémico estudio del Irving Trial, *Telling Lies about Hitler*.

Paul Cartledge, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Cambridge, y miembro de la Junta de Gobierno del Clare College, es autor de tres libros sobre Esparta y uno sobre Aristófanes, y ha dirigido tres colecciones de ensayos sobre historia ateniense y griega. Sus libros más recientes son *The Greeks*, *Democritus and Atomistic Politics*, y *The Greeks: Crucible of Civilization*, libro complementario de una importante serie de televisión de Estados Unidos. Ha dirigido la *Cambridge Illustrated History of Ancient Greece*, y codirige las series "Key Themes in Ancient History" y "Classical Inter/Faces".

Annabel Brett es miembro de la Junta de Gobierno del Gonville and Caius College, Cambridge. Sus publicaciones incluyen *Liberty, Right and Nature* y ha dirigido una colección de ensayos *On the Power of Emperors and Popes*.

Linda Colley es catedrática de Investigación Leverhulme de Historia en la London School of Economics and Political Science. Anteriormente catedrática de la Richard M. Colgate de Historia de la Universidad de Yale, también ha enseñado en la Universidad de Cambridge. Entre sus muchas publicaciones figura el superventas *Britons: Forging a Nation, 1707-1837* ganó el premio Wolfson.

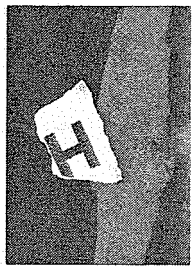
Susan Pedersen es catedrática de Historia en la Universidad de Harvard. Sus publicaciones incluyen *Family Policy and the Origins of the Welfare State: Britain and France, 1914-1945*, y *After the Victorians: Private Conscience and Public Duty in Modern Britain* editado junto con Peter Mandler.

Olwen Hufton es catedrática de Investigación Leverhulme en la Universidad de Oxford y miembro de la Junta de Gobierno del Merton College. También es miembro de la British Academy y de la Royal Historical Society. Sus muchas publicaciones incluyen *Europe: Privilege and Protest 1730-1789*, *Women and the Limits of Citizenship in the French Revolution* y *The Prospect Before Her: A History of Women in Western Europe, I: 1500-1800*.

Miri Rubin es catedrática de Historia Europea y directora de investigación del Queen Mary, Universidad de Londres. Previamente ha tenido cargos académicos en Cambridge, Princeton y Oxford. Sus publicaciones incluyen *Corpus Christi: The Eucharistic in Late Medieval Culture* y *Gentile Tales*, y codirigió *Framing Medieval Bodies*. Actualmente está escribiendo el volumen de la época medieval tardía de *The New Penguin History of Britain*.

Alice Kessler Harris es catedrática de Historia en la Universidad de Columbia. Ha publicado multitud fe trabajos sobre la historia laboral de las mujeres. El último de sus cuatro libros publicados es *In Pursuit of Equity: How Gender Shaped American Economic Citizenship*. Es codirectora de *Protecting Women: Labor Legislation in Europe, Australia, and the United States, 1880-1920* (1995), y *U. S. History as Women's History* (1995).

Felipe Fernández-Armesto es catedrático de Historia del Queen Mary, Universidad de Londres. Entre sus muchos libros se incluyen *Civilizations: Culture, Ambition and the Transformation of Nature*, *Millennium: A History of the last Thousand Years*, y *Truth: A History and a Guide for the Perplexed*.



En 1961 E. H. Carr publicó *¿Qué es la historia?*, título del que desde entonces se han vendido cientos de miles de ejemplares en todo el mundo. Para celebrar el 40 aniversario de su publicación, el *Institute of Historical Research* y el *Trinity College* de Cambridge, celebraron una serie de conferencias en las que se revisaba el estado de esta disciplina. Diez historiadores internacionalmente reconocidos, hablando de una serie de destacadas facetas históricas, se hicieron —e intentaron contestar— la pregunta de Carr para toda una nueva generación de historiadores: ¿que significa estudiar historia a comienzos del siglo XXI? El presente volumen ocupará un lugar junto al clásico de Carr, como tributo a su duda seminal mientras lleva el debate hacia nuevos territorios, asegurando así su frescura y relevancia en un nuevo siglo de estudio histórico.

9 788493 421502

¿Qué es LA HISTORIA AHORA?
David Cannadine (ed.)